before i fall



AGRADECIMIENTOS

Les agradecemos su apoyo incondicional, su contribución, dedicación e interés en sacar adelante este proyecto, haciendo que las traducciones y correcciones tuvieran la mejor calidad. Igualmente se le agradece a todos aquellos que demuestran su interés leyendo nuestras traducciones.

TRADUCTORES:

Virtxu, Ckony, Vanille, kuami, Hatlish, Cowdiem, Ellie, Ella Press, +DaRkGiRl+, Evelin, Andrea y Alec Lentner.

CORRECTORAS:

Mafe, Haushiinka, María José, Steffanie Mirella, Andrea, Obsession, Kanon ♪♫♪, Ángeles Rangel, Afrodita, Mona, Tibari, Vanille, Virtxu y Ellie.

RECOPILACIÓN:

Tibari, Mona y Vanille

DISEÑO:

Virtxu

INDICE

SINOPSIS

¿Y si solo te quedara sólo un día por vivir? ¿Qué harías? ¿A quién besarías? ¿Y qué tan lejos llegarías para salvar tu propia vida? Samantha Kingston lo tiene todo—apariencia, popularidad, el novio perfecto. El viernes 12 de Febrero debería ser simplemente otro día normal en su vida de ensueño. En cambio, es el último. La trampa: Samantha se levanta la mañana siguiente. De hecho, ella vuelve a vivir el último día de su vida siete veces, hasta que se da cuenta de que incluso al hacer el menor cambio, ella podría tener más poder del que alguna vez imaginó.

PRÓLOGO

Dicen que justo antes de morir flashes de toda tu vida pasan ante tus ojos, pero eso no es como me tocó a mí.

Para ser honesta, yo siempre había pensado que en el conjunto del momento-final, el escaneo-mental-de-la-vida, era una cosa que sonaba muy mal. Algunas cosas es mejor olvidarlas, como diría mi madre. Yo con mucho gusto olvidaría a todos los del quinto grado, por ejemplo (los vasos y llaves rosadas de tiempo), y ¿acaso alguien quiere volver a vivir el primer día de la secundaría? Añadiéndole todas esas aburridas vacaciones familiares, las clases de álgebra sin sentido, calambres del período, y los besos malos que apenas se disfrutan la primera vez...

La verdad es que, sin embargo, no me hubiera molestado volver a revivir mis grandes hits: cuando Rob Cokran y yo nos juntamos por primera vez en el centro de la pista en el baile de bienvenida[1], que todo el mundo vio y supo que estábamos juntos, o cuando Lindsay, Elody, Ally y yo fuimos a beber y tratamos de hacer ángeles de nieve en Mayo, dejando a una persona de nuestro tamaño estampada en el césped de Ally; mi dulce fiesta de los dieciséis años, cuando nos pusimos bajo una luz de cien voltios y bailamos en el patio, los momentos en que Lindsay y yo usábamos disfraces de Clara Seuse en Halloween, fuimos perseguidas por la policía y nos reímos tan fuerte que casi vomitamos. Esas eran cosas que quería recordar, que merecían ser recordadas.

Pero, antes de morir, yo no pensé en Rob, o en algún otro chico. No pensé en las travesuras con mis amigas, o la forma en que la mañana devolvía a las paredes de mi pieza el color crema, o en el olor de las azaleas que estaban fuera de mi ventana en julio, una mezcla de miel y canela.

Instantáneamente, pensé en Vicky Hallinan.

Específicamente, recordé en cuarto grado cuando Lindsay anuncio en frente de todo el gimnasio que no iba a tener a Vicky en su equipo de dodgeball [2].

—Ella es muy gorda —se burló Lindsay—. Podrían pegarle con los ojos cerrados. —No éramos amigas de Lindsay aún pero, cuando ella dijo las palabras de esa forma, todos se burlaron, y yo me reí con todos los del gimnasio mientras la cara de Vicky se tornaba purpura bajo una nube de tormenta.

Eso fue lo que recordé antes de la muerte instantánea, cuando suponía que iba a tener una gran revelación de mi pasado: el olor del barniz y el rechinar de nuestras zapatillas en el brillante piso; la elasticidad de mis pantalones cortos

de poliéster, las risas burlonas en el gran y vacío espacio, no deberían haber más de veinticinco personas en el gimnasio.

Y la cara de Vicky.

Lo que pesaba era que no había pensado en eso nunca. Era uno de esos recuerdos que nunca pensé recordar, si entiendes a qué me refiero. No era como si Vicky estuviera traumatizada o algo así. Esa era una de las cosas que los chicos les hacen a otros. No era la gran cosa. Siempre va a haber una persona de la que se burlen y una persona siendo burlada. Eso pasa todos los días, en cada escuela, en cada país de América (tal vez en el mundo), según sé. El punto es que debes aprender a estar en el lado de los que se ríen.

Vicky no era tan gorda como para empezar con eso (solo tenía el rostro y el estomago de un bebé) y antes de la escuela secundaria ya había perdido tres kilos. Incluso se hizo amiga de Lindsay. Ellas jugaban hockey y se saludaban en los pasillos. Una vez, en nuestro año de más libertad en la escuela, Vicky hizo una fiesta, todas acabamos como hermosas borrachas, y reímos y reímos, Vicky fue la que más se río, incluso su cara se puso púrpura como aquel día en el gimnasio.

Esa era la cosa que hacía peso número uno.

Incluso pesaba el hecho de que la grasa era un tema del cual todos hablan, como tal vez ocurrió antes que muriese, creo. No recuerdo exactamente cómo ocurrió, excepto que Elody se quejaba que siempre me negaba a llevar el cinturón de seguridad, ella se mantenía en el asiento delantero para desplazarse a través del iPod de Lindsay, a pesar de tener mis privilegios de DJ. Yo estaba tratando de explicar mis "grandes hits", y todas estábamos intentando explicar nuestra teoría de muerte. Lindsay descubrió que se había metido con Duke, obviamente, y Ally (quien se quejó de frío, como de costumbre, y amenazó con pedir su derecho de: muerta de neumonía) participó el tiempo suficiente antes de decir que deseaba volver a vivir su primer contacto con Matt Wilde para siempre, lo que no sorprendió a nadie. Lindsay y Elody fumaban, y la lluvia fría entraba por las ventanas rotas. La carretera era estrecha y sinuosa, y a ambos lados de nosotras había oscuridad, el viento despojaba a los árboles de sus ramas, arremetiéndolas de ida y vuelta, parecía que el viento las hacía bailar.

Elody puso "*With or without you*" para empujar fuera a Ally, tal vez ya estaba harta de sus lloriqueos. Era la canción de Ally con Matt, que había tocado para ella en septiembre. Ally la llamó perra y se desabrochó el cinturón de seguridad, se inclino hacia adelante y trato de agarrar el iPod. Lindsay se quejó que alguien le había dado un codazo en el cuello. El cigarrillo se cayó de su boca y aterrizó en sus muslos. Se puso a echar maldiciones y trato de cepillar las cenizas fuera del cojín, mientras Elody y Ally seguían luchando y yo estaba tratando de hablar con ellas, recordándoles el tiempo en que hacíamos ángeles de nieve en mayo. Los neumáticos se deslizaron un poco en la carretera mojada, el coche estaba lleno de humo de cigarrillo, y el humo iba en ascenso como fantasmas en el aire.

Luego, todo ocurrió como un flash blanco frente el auto. Lindsay gritó algo, palabras que no pude diferenciar, algo así como "siéntense", o "mierda", o "miren" [3]. Y de repente, el coche estaba volteado en la carretera y en la negra boca del bosque. Oí un ruido chirriante horrible (metal sobre metal, vidrio rompiéndose un plegado del coche en dos) y olí fuego. Tuve tiempo de preguntarme donde dejó Lindsay su cigarrillo. Entonces, la cara de Vicky Hallinan vino desde el pasado. Oí una risa y un eco del material a mí alrededor, la risa se convirtió en un grito.

Después nada.

La cosa es que no tienes forma de saber. Esto no es como si te despertarás con un mal presentimiento en el estomago. Tú no ves ninguna sombra que no deberías ver. No puedes recordarte avisarle a tus padres que los amas (en mi caso), no puedes recordar decirles adiós.

Si eres como yo, despertaras siete minutos y cuarenta y siete segundos antes que supongas que tu mejor amiga te está levantando. Estás muy ocupada suponiendo cuántas rosas vas obtener en el Día del Cupido para hacer algo más que tomar tu ropa, cepillarte los dientes y jugar a ser Dios dejando tu maquillaje en tu bolso porque puedes maquillarte en el auto.

Si eres como yo, tu último día comenzará algo así.

---

[1]Baile de bienvenida o Homecoming: Es un tradicional reencuentro de antiguos residentes y ex alumnos de una institución.

[2]Dodgeball: Se le denomina dodgeball a cualquier juego en que un balón se use para ser lanzado entre los jugadores

[3] Aquí hay un juego de palabras: Sit (siéntense), shit (mierda), sight (miren).

UNO

—Beep, beep —grita Lindsay. Hace unas cuantas semanas mi mamá le gritó por tocar la bocina a las 6:55 todas las mañanas, y esta es la solución de Lindsay.

—¡Ya voy! —grito en respuesta, aunque ella puede verme saliendo por la puerta delantera, y tratando de ponerme mi abrigo y luchando por meter mi carpeta a la mochila al mismo tiempo.

En el último segundo, mi hermana de ocho años, Izzy, me jala.

—¿Qué? —me doy la vuelta. Ella tiene un radar de hermana menor para cuando estoy ocupada, retrasada o hablando por teléfono con mi novio. Esas son las ocasiones en las que ella siempre elige molestarme.

—Olvidaste tus guantes —dice, sólo que se escucha: Olvidate tus gantes.

Ella se niega a ir a terapia del habla para lo de su tartamudeo, aunque todos los niños de su grado se burlan de ella. Ella dice que le gusta la forma en que habla.

Tomé los guantes de sus manos. Eran de cachemira y ella probablemente les echó mantequilla de maní. Andaba siempre por ahí cuchareando tarros de esas cosas.

—¿Qué te dije, Izzy? —digo, pinchándola en medio de la frente—. No toques mis cosas —ella se ríe tontamente como una idiota, y yo tengo que arrojarla dentro mientras cierro la puerta. Si fuera por ella, me seguiría todo el día como un perro.

Para cuando logro salir de la casa, Lindsay está afuera, reclinada contra la ventana del Tanque. Así es como ella llama a su auto, un enorme Range Rover plateado. (Cada vez que andamos en él, al menos una persona dice: "Eso no es un auto, es una camioneta", y Lindsay afirma que podría ir frente a frente contra un camión de dieciséis ruedas y salir sin ningún rasguño.) Ella y Ally son las únicas dos de nosotras con autos que realmente les pertenecen. El auto de Ally es un diminuto Jetta negro al que llamamos el Mínimo. Yo algunas veces consigo prestado el Accord de mi mamá; la pobre de Elody tiene que arreglárselas con el antiguo Ford Taurus color marrón de su papá, el cual ya apenas anda.

El aire es silencioso y helado. El cielo es perfecto, azul pálido. El sol se acaba de elevar, despierto y con aspecto acuoso, como si acabara de derramarse en el horizonte y estuviera demasiado cansado para limpiarse. Se supone que habrá una tormenta más tarde, pero nunca lo sabrías.

Me meto en el asiento del pasajero. Lindsay está ya fumando y hace un gesto con la punta de su cigarrillo hacia el café de Dunkin's Donut que ella compró para mí.

—¿Bagels? —digo.

—En el fondo.

—¿Con ajonjolí?

—Obviamente —ella me examina una vez mientras sale del camino de entrada.

—Bonita falda.

—Igualmente.

Lindsay inclina la cabeza, admitiendo el cumplido. Estamos en realidad usando la misma falda. Quedan sólo dos días del año en el que Lindsay, Ally, Elody y yo deliberadamente vestimos igual. El día de pijamas durante la Semana del Ánimo, porque todas compramos lindos conjuntos de Victoria's Secret la pasada Navidad, y el Día del Cupido. Pasamos tres horas en el centro comercial decidiendo si elegir el rosa o el rojo (Lindsay odia el rosa; y Ally vive vestida así) y finalmente determinamos usar una minifalda negra y un top rojo con adornos de piel que encontramos en el cesto de liquidación en Nordstrom.

Como dije, esas son las únicas ocasiones en las que lucimos igual. Pero la verdad es que, en mi escuela, Thomas Jefferson, todos se ven más o menos igual. No hay un uniforme oficial (es una escuela pública) pero verás el mismo conjunto de jeans marca Seven, zapatos deportivos color gris New Balance, una camiseta blanca y una chaqueta de lana North Face, en nueve de cada diez estudiantes. Incluso los chicos y las chicas visten igual, excepto que nuestros jeans son más ajustados y tenemos que secar nuestro cabello todos los días. Es Connecticut: ser como las personas a tu alrededor es el punto.

Eso no es para decir que nuestra escuela no tenga sus chicos raros (los tiene), pero incluso los raros son raros de la misma manera. Los raros ecológicos van a la escuela en sus bicicletas y usan ropa hecha de cáñamo y nunca se lavan el cabello. Como si tener rastas ayudara de alguna manera a frenar la emisión de gases de invernadero. Las reinas de drama llevan grandes botellas de té de limón y usan bufandas incluso en verano, y no hablan en clase porque están "conservando sus voces". Los miembros de la Liga de Matemáticas siempre tienen diez veces más libros que todos los demás y realmente siguen usando sus casilleros y caminan por ahí con una expresión de nerviosismo permanente, como si sólo estuvieran esperando a que alguien les gritara "¡Buuu!"

No me importa, de hecho. Algunas veces, Lindsay y yo hacemos planes para huir después de la graduación e instalarnos en un loft en Nueva York con ese artista de tatuajes que su hermanastro conoce, pero secretamente, me gusta vivir en Ridgeview. Es un lugar confiable, si sabes a lo que me refiero.

Me inclino, tratando de aplicarme rímel sin picarme el ojo. Lindsay nunca ha sido la más cuidadosa conductora, y tiene una tendencia a darle tirones al volante, hacer paradas repentinas y luego acelerar a fondo el motor.

—Más le vale a Patrick enviarme una rosa —dice Lindsay mientras se pasa rápidamente una señal de alto y casi rompe mi cuello pegándole de golpe a los frenos a la siguiente. Patrick es el "un día sí, al otro no" novio de Lindsay. Han terminado un número record de trece ocasiones desde el comienzo el año escolar.

—Me tuve que sentar junto a Rob mientras llenaba la solicitud —digo, poniendo los ojos en blanco. Era como una tarea obligatoria.

Rob Cokran y yo hemos estado saliendo desde octubre, pero yo he estado enamorada de él desde el sexto grado, cuando él era demasiado genial para hablarme. Rob fue mi primer enamoramiento o, al menos, mi primer enamoramiento real. Besé una vez a Kent McFuller en tercer grado, pero eso obviamente no cuenta, ya que acabábamos de intercambiar anillos de diente de león [la flor] y estábamos fingiendo ser marido y mujer.

—El año pasado recibí veintidós rosas. —Lindsay le da golpecitos a la colilla de su cigarrillo afuera de la ventana y se inclina por un ruidoso sorbo de café—. Voy por veinticinco este año.

Cada año, antes del día del Cupido, el consejo de estudiantes instala un quiosco afuera del gimnasio. Por dos dólares, puedes comprarles a tus amigos Valogramas (rosas con pequeñas notas sujetas) y luego son entregadas a lo largo del día por Cupidos (usualmente son los novatos o las chicas estudiantes de segundo curso, tratando de quedar bien con los estudiantes de tercero o cuarto).

—Yo sería feliz con quince —digo. Es algo importante qué tantas rosas recibas. Puedes decir quién es popular y quién no por el número de rosas que sostiene. Es malo si obtienes por debajo de diez y humillante si no consigues más de cinco, básicamente significa que, o eres feo o desconocido. Probablemente ambos. Algunas veces la gente busca en la basura rosas que fueron tiradas para añadirlas a su bouquet, pero siempre te das cuenta.

—Entonces —Lindsay me lanza una mirada de lado—. ¿Estás emocionada? El gran día. Noche de estreno —ella ríe—. Sin deliberado juego de palabras.

Me encojo de hombros y giro hacia la ventana, observando mi aliento empañar el vidrio.

—No es la gran cosa.

Los padres de Rob están fuera esta semana y hace un par de semanas él me preguntó si podía pasar toda la noche en su casa. Sabía que estaba en realidad preguntándome si quería tener sexo. Hemos estado más o menos a punto de hacerlo unas cuantas veces, pero siempre ha sido en el asiento trasero del BMW de su papá o en el sótano de alguien o en mi estudio, con mis padres dormidos en el piso superior, y siempre se ha sentido como algo incorrecto.

Así que, cuando me pidió que me quedara esa noche, dije que sí sin pensar al respecto.

Lindsay chilló y golpeó su palma contra el volante.

—¿No es la gran cosa? ¿Estás bromeando? Mi bebé está creciendo.

—Oh, por favor. —Siento calor subiendo por mi cuello y sé que mi piel probablemente va a ponerse roja y manchada. Esto sucede cuando estoy avergonzada. Ninguno de los dermatólogos, cremas, ni polvos en Connecticut ayudan. Cuando era más pequeña, los chicos solían cantar: *"¿Qué es rojo y blanco y todo raro? ¡Sam Kingston!"*

Sacudí mi cabeza un poco y froté el vapor de la ventana. Afuera, el mundo chispea, como si hubiera sido bañado en barniz.

—¿Cuándo lo hicieron Patrick y tú, de todos modos? ¿Hace como tres meses?

—Sí, pero hemos estado reponiendo todo el tiempo perdido. —Lindsay se balancea en su asiento.

—Repugnante.

—No te preocupes, niña. Estarás bien.

—No me llames niña.

Esta es una razón por la que estoy feliz de haber decidido tener sexo con Rob esta noche: así Lindsay y Elody ya no se burlarán de mí.

Afortunadamente, como Ally aún es virgen significa que tampoco seré la última. A veces siento que fuera de nosotras cuatro, soy siempre la única que sigue por el camino.

—Te dije que no es la gran cosa.

—Si tú lo dices.

Lindsay me ha puesto nerviosa, así que cuento todos los buzones mientras pasamos. Me pregunto si para mañana todo se verá diferente para mí. Me pregunto si yo me veré diferente para las otras personas. Eso espero.

Llegamos a la casa de Elody y antes de que Lindsay pueda siquiera tocar la bocina, la puerta principal de abre y Elody empieza su camino hacia la helada acera, balanceándose en tacones de tres pulgadas de alto, como si no pudiera salir de su casa lo suficientemente rápido.

—¿Hace mucho frío afuera? —dice Lindsay cuando Elody se desliza dentro del auto. Como de costumbre, está usando sólo una delgada chaqueta de cuero, aunque el reporte del clima dijo que la más alta temperatura estaría alrededor de los veinte grados *[20 Fahrenheit que equivalen a -6°C].*

—¿Cuál es el punto de verte linda si no puedes exhibirlo? —Elody abanica sus pechos y nos partimos de risa. Es imposible permanecer estresada cuando ella está cerca, y el nudo en mi estómago se afloja.

Elody hace un gesto de garra con la mano y le paso un café. Todas lo tomamos de la misma manera: grande, de avellana, sin azúcar y con crema extra.

—Fíjate dónde estás sentada. Aplastarás los bagels. —Lindsay frunce el ceño en el espejo retrovisor.

—Sabes que quieres un trozo de esto. —Elody le da una palmada a su trasero y todas reímos de nuevo.

—Guárdalo para Panqueque, cachonda.

Steve Doug es la última víctima de Elody. Ella lo llama Panqueque por su apellido, y porque es delicioso (ella dice; él se ve demasiado grasiento para mí, y siempre huele como a trastes). Ellos se enredaron por primera vez hace unas cuantas semanas.

Elody es la más experimentada de nosotras. Perdió su virginidad en segundo año y ya ha tenido sexo con dos chicos distintos. Ella fue una de las que me dijo que quedó adolorida después del primer par de veces que tuvo sexo, lo cual me puso diez veces más nerviosa. Podría sonar loco, pero nunca pensé realmente al respecto como algo físico, algo que te causaría dolor, como el futbol soccer o montar a caballo. Tengo miedo de no saber qué hacer, como cuando solíamos jugar basquetbol en el gimnasio y yo siempre olvidaba a quién se suponía que estaba marcando *[término deportivo]* o cuándo debería pasar el balón y cuándo debería rebotarlo.

—Mmm, Panqueque. —Elody pone una mano en su estómago—. Me muero de hambre.

—Hay un bagel para ti —digo.

—¿Con ajonjolí? —pregunta Elody.

—Obviamente —Lindsay y yo decimos a la vez. Lindsay me guiña un ojo.

Justo antes de llegar a la escuela, bajamos las ventanas y la canción de Mary J. Blige explota: "No más drama".

Cierro mis ojos y pienso en el baile de bienvenida y mi primer beso con Rob, cuando él me empujó hacia él en la pista de baile y repentinamente mis labios estaban en los suyos y su lengua deslizándose bajo la mía y pude sentir el calor de todas las coloridas luces presionándome como una mano, y la música parecía hacer eco en algún lugar detrás de mis costillas, provocando que mi corazón revoloteara y diera saltos al mismo tiempo. El frío aire entra por la ventana haciendo que mi garganta duela y el sonido del bajo pasa por las plantas de mis pies justo como lo hizo esa noche, cuando pensé que nunca sería más feliz; sube hacia mi cabeza, mareándome como si todo el carro fuera a desintegrarse del sonido.

La Popularidad: Un análisis.

La popularidad es una cosa extraña. En realidad, no se puede definir, y no es genial hablar de ella, pero sabes qué es cuando la ves. Como un ojo vago [1], o la pornografía.

Lindsay es deslumbrante, pero el resto de nosotras que no somos mucho más bonitas que nadie. Aquí están mis buenos rasgos: ojos marrones grandes, dientes blancos, los pómulos altos y las piernas largas. Aquí están mis malos

rasgos: una nariz demasiado larga, una piel a la que le salen manchas cuando estoy nerviosa, y el trasero plano.

Becky DiFiore es igual de bonita que Lindsay, y no creo que Becky ni siquiera tenga un horario para regresar a casa. Los senos de Ally son bastante grandes, pero los míos están al límite de la inexistencia. (Cuando Lindsay está de mal humor, me llama Samuel, no Sam o Samantha) Y no es que estemos brillantemente perfectas o el aliento siempre nos huela a lilas o algo parecido.

Lindsay una vez hizo un concurso de eructos con Jonah Sasnoff en la cafetería y todo el mundo la aplaudió. A veces Elody lleva zapatillas de color amarillo chillón a la escuela. Una vez se rió tan fuerte en clase de ciencias sociales que escupió su café con leche de vainilla sobre el escritorio de Jake Somers. Un mes más tarde, lo hicimos en el cobertizo para las herramientas de Lily Angler. (Él era malo.)

El punto es, que podemos hacer cosas así. ¿Sabes por qué? Debido a que somos populares. Y somos populares porque podemos salir con todo. Así que es un círculo.

Creo que lo que estoy diciendo es que no hay punto en el análisis del mismo. Si dibujas un círculo, siempre habrá un interior y un exterior, y al menos que seas un estúpido total, es bastante fácil de ver qué es que. Es lo que sucede.

No te voy a mentir, sin embargo. Es bueno que todo sea fácil para nosotros. Es una buena sensación saber que básicamente puedes hacer lo que quieras y no habrá ninguna consecuencia. Cuando acabemos la secundaria, miraremos hacia atrás y sabremos que hicimos todo lo correcto, que besé a chicos guapos y estuve en las mejores fiestas, lo suficiente para no tener bastantes problemas, escuchar nuestra música demasiado alta, fumar muy poco, o casi nada en absoluto. Sí, la escuela secundaria tenían un juego de póquer, Lindsay, Ally, Elody, y yo éramos el ochenta por ciento de las cartas.

Y créeme: Sé lo que es estar al otro lado. Estuve allí durante la primera mitad de mi vida. Abatida ante la idea de estar en lo más profundo del pozo. Sé lo que es tener que pelearse, elegir y pelear por las sobras.

Así que, si ahora tengo que elegir el primero en todo. Entonces, ¿qué? Esa será la manera.

Nadie dijo nunca que la vida era justa.

* * * *

Entramos en el aparcamiento exactamente diez minutos antes del primer timbre. Lindsay sale disparada hacia la parte más baja del estacionamiento, donde están los espacios de los profesores, dispersando a un grupo de chicas de segundo año. Puedo ver vestidos rojos y blancos de encaje que asoman bajo sus abrigos, y una de ellas lleva una diadema. Romántica, definitivamente.

—Vamos, vamos, vamos —murmura Lindsay cuando nos vamos detrás del gimnasio. Esta es la única fila en la parte inferior del parque no reservada para el personal. Por eso lo llaman Senior Alley, aunque Lindsay ha estado aparcando aquí desde el undécimo grado. Es el estacionamiento V.I.P. en Jefferson, y si pierdes el sitio (sólo hay veinte de ellos) tienes que aparcar al principio del camino del estacionamiento, que está al fondo a 22 millas de la entrada principal. Lo comprobamos una vez, y ahora cuando hablamos de que tenemos que hacer exactamente esa distancia. Es como: "¿Estás segura que quieres caminar 22 millas lloviendo?"

Lindsay chilla cuando ve un espacio abierto, girando el volante hacia la izquierda. Al mismo tiempo, Sarah Grundel está arrastrando su Chevrolet marrón desde la otra dirección, pescando el sitio.

—¡Oh!, diablos no. De ninguna manera. —Lindsay se apoya sobre la bocina, aunque es obvio que Sarah estaba aquí antes que nosotras, luego presiona el pie en el acelerador. Elody grita cuando se chapotea todo café caliente por el agujero de mierda. Un agudo chirrido de goma, y Sarah Grundel frena violentamente justo antes de que el Range Rover de Lindsay le quite el parachoques.

—Perfecto. —Lindsay se detiene en el sitio y pone su coche en modo de aparcado. Luego abre la puerta y se asoma.

—¡Lo siento, encanto! —Se vuelve para llamar a Sara—. No te había visto.

Eso obviamente es mentira.

—Genial. —Elody está barriendo la macha de café con una bola de servilletas de Dunkin's Donuts—. Ahora tengo que ir todo el día con mis tetas oliendo a avellanas.

—A los tipos les gusta los olores a comida —digo—. Lo leí en la revista *Glamour*.

—Probablemente habrá que ponerse galletas y panqueques en los pantalones antes de ir a clase. —Lindsay se voltea al espejo retrovisor y comprueba su rostro.

—Tal vez lo deberías probar con Rob, Sammy. —Elody me tira la servilleta manchada de café y la recojo y la lanzo de vuelta.

—¿Qué? —Ella se está riendo—. No pensarás que me iba a olvidar de tu gran noche, ¿verdad?

Mete la mano a su bolso y lo siguiente que vuela sobre el asiento es un preservativo arrugado con pedacitos de tabaco enredados en su envoltura. Lindsay chasquea.

—Esto es tuyo —digo, teniendo el condón entre dos dedos y colocándolo sobre la guantera de Lindsay. Sólo tocándolo mis nervios comienzan otra vez, y puedo sentir removerse algo en el fondo de mi estómago. Se ve tan clínico, como cuando tu médico te prescribe para las alergias o problemas intestinales.

—Sin condón, no hay amor —Elody dice, inclinándose hacia delante y besándome en la mejilla. Dejando un gran círculo de color rosa brillante allí.

—Vamos. —Salgo del coche antes de que puedan ver que estoy ruborizada.

El Sr. Otto, el director deportivo, está de pie fuera del gimnasio cuando estamos saliendo del coche, probablemente echando un vistazo a nuestros culos. Elody piensa que la razón por la que insistió que su oficina estuviera junto a la sala de las chicas es porque se improvisó desde el baño una cámara a su ordenador. ¿Por qué si ni siquiera necesita un ordenador? Él es el director deportivo. Ahora cada vez que hago pis en el gimnasio, me obsesiono.

—Muévanse, señoritas —nos llaman. También es el entrenador de fútbol, lo que es irónico, ya que probablemente no podría correr hasta la máquina expendedora y volver. Se parece a una morsa. Él incluso tiene bigote—. No quiero tener que dar una nota por llegar tarde.

—No quiero tener que darle una palmada en el trasero. —Tengo la impresión de que su voz es extrañamente aguda, otra razón por la que Elody piensa que podría ser un pedófilo. Elody bromea.

—Dos minutos para el timbre —Otto dice, más agudamente. Tal vez me oyó. Realmente no me importa.

—Feliz viernes —Lindsay se queja, y pone su brazo con el mío.

Elody ha tomado su teléfono móvil y está revisando sus dientes en el reflejo de la parte trasera, escogiendo las semillas de sésamo con la uña del meñique.

—Esto apesta —dice ella, sin levantar la vista.

—Totalmente —digo—. Los viernes son los más difíciles en algunos aspectos: Tú eres la única cerca de la libertad. ¡Mátame ahora!

—De ninguna manera. —Lindsay me aprieta el brazo—. No puedo permitir que mi mejor amiga muera virgen.

* * * *

Mis primeros dos períodos, de arte y AHAP (Programa de Aptitud a la Historia Americana; historia siempre ha sido mi mejor asignatura), la única en la que consigo cinco rosas. No soy la que destacó al respecto, aunque lo que me irrita son cosas como las cuatro rosas que Eileen Cho recibe de su novio, Ian Dowel. Ni siquiera se me ocurrió pedir a Rob que hiciera eso, y de una manera que no creo que sea justa. Hace que la gente piense que tiene más amigos de los que son.

Tan pronto como llegó a química, el Sr. Tierney anuncia un examen sorpresa. Esto es un gran problema ya que: (1) No he entendido ni una palabra de mi tarea en cuatro semanas (bueno, así que dejé de repasar después de una semana) y (2) El Sr. Tierney siempre nos está amenazando de telefonear sobre los grados al comité de admisión a la universidad, ya que la mayoría de nosotros aún no ha sido aceptado a la escuela todavía. No estoy segura de si va

en serio o si sólo está tratando de mantener a los de último año a raya, pero no hay manera de que deje a un profesor fascista arruinarme las posibilidades de entrar en la BU (Universidad de Boston).

Aún peor, estoy sentada al lado de Lauren Lornet, posiblemente la única persona en la clase con más idea sobre estas cosas que yo.

En realidad, mis notas han sido bastante buenas en química este año, pero no es porque he tenido la epifanía repentina sobre la interacción de protones-electrones. Mi promedio se pueden resumir en dos palabras: Jeremy Ball. Está más flaco que yo y su aliento siempre huele a copos de maíz, pero no me deja copiar sus tareas escolares y separa unos centímetros su escritorio del mío en los días de exámenes para que no pueda mirar por encima sus respuestas, sin ser obvio. Lamentablemente, ya que salí y, antes de la clase del Sr. Tierney fui a orinar y echar una ojeada a Ally, siempre nos reunimos en química, llegué demasiado tarde para sentarme donde siempre, junto a Jeremy.

Hay tres preguntas en la prueba de Sr. Tierney, y no sé lo suficiente como para acertar ni una sola respuesta. Junto a mí, está Lauren con un duplicado de mi documento, asomando la lengua un poco entre los dientes, siempre lo hace cuando piensa. Su primera respuesta a la pregunta se ve bastante bien, en realidad: sus respuestas son claras y deliberadas, no escribía frenéticamente como lo hace cuando no sabe lo que está hablando y si garabatea lo suficiente, el maestro no lo notará. (Para los registros, no funciona.) Luego recuerdo que el Sr. Tierney disertó acerca de Lauren, y la mejora de sus calificaciones la semana pasada, haciendo que la grasa debajo de su barbilla se moviera.

Parece que Lauren ha terminado y revisa su trabajo, pero está inclinada por lo que no puedo ver la tercera respuesta. Puedo ver la segunda mano dirigirse alrededor del reloj.

—Dos minuuutos y dos segundosss —el Sr. Tierney truena, me inclino sobre Lauren y la golpeo con mi bolígrafo. Ella me mira, sorprendida. Creo que no he hablado con ella en años, y por un segundo veo pasar una mirada en su rostro que no acabo de identificar.

Con el bolígrafo en la boca.

Parece confundida y mira rápidamente hacia Sr. Tierney, que afortunadamente se inclinó sobre el libro de texto.

—¿Qué? —susurra.

Hago algunos gestos con el bolígrafo, tratando de comunicarme con ella, que me he quedado sin tinta. Ella me mira sin decir nada, y por un segundo tengo ganas de abofetear la cara en blanco que me está mirando "doooooss minnnutttosss", pero al final su cara en blanco desaparece y sonríe como si acabara de descubrir cómo curar el cáncer. No quiero sonar fuerte, pero es un desperdicio ser un idiota y estúpido. ¿Qué sentido tiene si por lo menos, no puedes tocar Beethoven o ganar un concurso de ortografía del Estado o ir a Harvard o algo por el estilo?

Mientras Lauren se inclina para rebuscar por un bolígrafo en su bolso, copio la última respuesta. Incluso olvidando que le pedí el bolígrafo, en realidad, porque ella tiene que susurrarme para conseguir mi atención.

—Treeeiiiinnnttaaa Segunnndooss.

—Toma.

Lo tomo. Uno de los extremos está mordido; asqueroso. Le sonrío forzadamente y la miro, pero un segundo después, susurra.

—¿Funciona?

La miro para que sepa que ahora me está molestando. Supongo que lo que necesita es como una canción que no entiendo.

—La pluma. ¿Funciona? —susurra un poco más fuerte.

Ahí es cuando el señor Sr. Tierney cierra el libro de texto contra de su escritorio. El sonido es tan fuerte que todos nos sobresaltamos.

—Señorita Lornet —grita mirando a Lauren—. ¿Está hablando en mi examen?

Se vuelve de color rojo brillante y se gira de mí hacia el profesor, lamiéndose los labios. Yo no digo nada.

—Estaba —dice con voz débil.

—Suficiente. —Se levanta, con el ceño fruncido por lo que su boca parece que se va a fundir en su cuello, y cruza los brazos. Creo que va a decir algo más a Lauren porque la mira como si la fuera a matar, pero en lugar de eso sólo dice—: Tiempo. Todo el mundo lápices y bolígrafos abajo.

Voy a devolverle el bolígrafo a Lauren y ella no lo toma.

—Quédatelo —dice.

—No, gracias —le digo. Lo sostengo entre dos dedos, me inclino hacia adelante, colgando sobre su escritorio, pero se mete las manos a la espalda.

—En serio —dice—, vas a necesitar un bolígrafo. Para las notas y esas cosas.

Ella me mira como si estuviera ofreciendo algo milagroso y no un bolígrafo Bic con su baba en él. No sé si es la expresión o no, pero de repente me acuerdo de cuando fuimos a una excursión en segundo grado, y las dos fuimos las únicas que quedamos solas después de que todos habían elegido a sus compañeros. Tuvimos que ir de la mano el resto del día cada vez que cruzamos la calle, y las de ella siempre estaban sudorosas. Me pregunto si ella lo recuerda. Espero que no.

Sonrío con fuerza y suelto el bolígrafo en el bolso. Ella sonríe de oreja a oreja. Voy a tirarlo tan pronto como hayamos terminado con la clase, por supuesto, nunca se sabe qué tipo de enfermedades puede llevar la baba.

En el lado positivo: mi madre siempre dice que debes hacer una cosa agradable al día. Así que supongo que eso significa que estoy en ello.

[1]Ojo vago: La ambliopía, a veces llamado "ojo flojo" se produce cuando uno o ambos ojos no desarrollan una visión normal durante la infancia. Ojos desviados (estrabismo) es la causa más frecuente de ambliopía.

Clase de matemáticas: Clases complementarias de Química

A la cuarta hora tengo "supervivencia", que es como ellos llaman a un gimnasio cuando tienes la edad suficiente como para ser obligado a realizar una actividad física forzada (Elody piensa que debería llamarse "esclavitud" para poder definirlo con exactitud). Estamos estudiando la RCP [1], lo que significa que tenemos que hacerlo en maniquíes de tamaño natural en frente del Sr. Otto.

Una prueba más de su perversión.

A quinta hora tengo Cálculo y los Cupidos vienen temprano, justo después de que la clase haya comenzado. Uno de ellos lleva unas brillantes y rojas mallas y tiene cuernos de diablo; otro parece ir vestido de conejita de Playboy o, tal vez, de conejo de Pascua con tacones, y otro está vestido como un ángel. Sus trajes realmente no tienen sentido en el contexto de las fiestas, pero como dije una vez, ese es el punto que diferencia a los niños de los adolescentes. Y no los culpo. Nosotros lo hicimos también. La novata Ally se citó con Mike Harmon, uno de los alumnos mayores en aquel momento, dos meses después de que ella le mandase un Valograma y él dijese que su trasero parecía lindo en sus medias. Esa es una historia de amor real, ahí mismo.

El demonio me da tres rosas: una de Elody, una de Tara Flute, que parece ser de nuestro grupo, pero que realmente no lo es, y una de Rob. Despliego la pequeña tarjeta que está enrollada alrededor del tallo de la rosa y muevo la cabeza una vez que he leído la nota, a pesar de que todo lo que ha escrito es: *"Feliz Día de Cupido. Luv ya"* y luego en letras más pequeñas, en la parte inferior: *"¿Contenta ahora?"*

Luv ya [2]. No es exactamente "Te quiero", cosa que nunca nos hemos dicho, pero se acerca bastante. Estoy bastante segura de que se lo está guardando para esta noche. La semana pasada era tarde y estábamos sentados en el sofá y él me miraba y yo estaba convencida, convencidísima, de que iba a decirlo, pero, en cambio, él dijo que mirándome desde un determinado ángulo yo tenía un cierto parecido con Penélope Cruz.

Por lo menos, mi nota es mejor que la que recibió Ally de Matt Wilde el último año: "*Las rosas son rojas, las violetas son azules, y si consigo llevarte a la cama, será realmente chulo*".

Era una broma, por supuesto. Azul y chulo ni siquiera riman.

Creo que estos van a ser todos los Valogramas que voy a recibir, pero entonces el ángel viene a mi mesa y me da otro. Las rosas son de distintos

colores y su forma es bastante sorprendente: las de color crema y las de pétalos rosas se arremolinan como si fueran algún tipo de helado.

—Es hermoso —digo sin respiración.

Miro hacia arriba. El ángel estaba de pie allí, mirando al ramo de rosas de mi escritorio. Era bastante chocante que alguien de clase inferior osase dirigirse a otro de clase superior y me molestó por un segundo. Ella no se parecía a la media, aunque Cupido tampoco. Tenía el pelo rubio, tan claro que era casi blanco, y podía ver las venas clareándose a través de su piel. Me recordó a alguien, pero no supe a quién.

Ella me pilla mirándola y me lanza una rápida sonrisa nerviosa.

Me alegró ver un poco de color en su cara, por lo menos así parece viva.

—Marian.

Se da la vuelta cuando la niña vestida de diablo la llamó, haciendo un gesto impaciente con las rosas que sigue llevando, y el ángel, Marian, rápidamente se reincorpora con los otros Cupidos, saliendo los tres del aula.

Rozo con mis dedos los pétalos de rosa, son tan suaves como la nada, como el aire o un aliento, y, a continuación, al instante, me siento un poco estúpida. Puedo abrir la nota, esperando encontrar algo de Ally o Lindsay (ellas siempre dicen, "*Ámale hasta la muerte, chica*") pero veo un dibujo de cómic en el que una flecha de Cupido accidentalmente dispara a un pájaro de un árbol. El pájaro es un Águila Calva Americana y parece que está a punto de caer directamente sobre una pareja sentada en un banco, que seguramente era el objetivo original de la flecha. Los ojos de Cupido hacen espirales y tiene una sonrisa estúpida en su cara.

Por debajo de la caricatura dice: "*No bebas y ama*".

Obviamente, es de Kent McFuller, dibuja caricaturas en la *Tribulación*, la publicación humorística de la escuela; miro hacia arriba, buscando en su dirección. Él siempre se sienta en la esquina posterior izquierda de la sala. Es un poco extraño, pero definitivamente, no es el único. Y, efectivamente, a él le gusto yo. Él me devuelve una rápida sonrisa, un saludo y, a continuación, hace un gesto con la los brazos como si estuviera tirando una flecha en un arco y disparándome a mí. Frunzo el ceño y rápidamente guardo su nota en el fondo de mi bolso. No parece afectarle mucho, puedo sentir su ardiente sonrisa en mí.

El Sr. Daimler aparece por el pasillo, recogiendo las tareas y hace una pausa en mi pupitre. Tengo que admitirlo: es la razón por la que quiero conseguir cuatro Valogramas en cálculo.

El Sr. de Daimler tiene sólo veinticinco años y es magnífico. Es entrenador asistente del equipo de fútbol, y es bastante divertido verle de pie junto a Otto. Son opuestos, completamente, en cuanto a físico se refiere. El Sr. Daimler mide más de seis pies, siempre parece bronceado y viste como nosotros: vaqueros, polares y zapatillas de deporte New Balance. Se graduó en el Thomas Jefferson. Le buscamos una vez en los anuarios antiguos de la biblioteca. Él era el rey del baile, y, en una imagen, llevaba un esmoquin y sonreía mientras rodeaba con un

brazo un cartel con la fecha de su graduación. Uno podía ver un collar de cáñamo asomando por el cuello de su camisa. Yo adoraba esa imagen. Pero, ¿sabes lo que me gusta aún más? Todavía lleva ese collar.

Es muy irónico que el hombre más caliente del Thomas Jefferson esté en la facultad. Como de costumbre, cuando sonríe, mi estómago hace un poco de puenting hasta mis caderas. Se pasa la mano por su pelo castaño desordenado, y yo fantaseo con que soy yo quien lo hace.

—¿Nueve rosas ya? —Levanta las cejas, hace un exagerado gesto observando el reloj—. ¡Y sólo son las once y cuarto! ¡Bien hecho!

—¿Qué puedo decir? —digo con mi voz más suave y seductora—. La gente me quiere.

—Ya lo veo —dice y me guiña el ojo.

Le dejo avanzar un poco más por el pasillo antes de decirle en voz alta

—Todavía no me ha llegado su rosa, señor Daimler.

No se da la vuelta, pero puedo ver las puntas de sus orejas se ponerse rojas. La clase se ríe y bufa. Me gusta la sensación que se tiene cuando se sabe que estás haciendo algo mal y te sales con la tuya, como robar algo de la cafetería de la escuela o emborrachar a la familia en vacaciones sin que nadie lo sepa.

Lindsay dice que el Sr. Daimler va a demandarme por acoso algún día. Yo no lo creo.

Creo que secretamente le gusto.

El caso en cuestión, es que: cuando se da la vuelta para hacer frente a la clase, él está sonriendo.

—Después de revisar los resultados de las pruebas de la semana pasada, me doy cuenta de que hay todavía un gran confusión con las asíntotas y los límites — comienza, apoyado en su escritorio, y cruzando las piernas por los tobillos. Nadie más podría hacer el cálculo remotamente interesante. Estoy segura de ello.

Durante el resto de la clase apenas me mira, sólo cuando levanto la mano. Pero juro que cuando nuestros ojos se encuentran, hace que todo mi cuerpo sienta como un escalofrío gigante. Y juraría que él siente lo mismo.

---

[1] Resucitación cardiopulmonar: maniobras de masaje cardíaco y respiración artificial boca-a-boca.

[2] Luv ya = amor en jerga, como love you.

* * * *

Después de la clase, Kent me alcanza.

—¿Y qué? —dice— ¿Qué te pareció?

—¿El qué? —le digo para irritarle. Sé que habla de los dibujos y la rosa.

Kent sonríe y cambia de tema.

—Mis padres estarán fuera este fin de semana.

—Bien por ti.

Su sonrisa no vacila.

—Voy a celebrar una fiesta esa noche. ¿Quieres venir?

Le miro. Nunca he entendido a Kent. O al menos, no le he entendido desde hace muchos años. Éramos muy cercanos cuando éramos pequeños, técnicamente supongo que era mi mejor amigo; él fue el que me dio mi primer beso, pero tan pronto como cayó en la escuela secundaria, comenzó a ser cada vez más raro y extraño. Desde su primer año, ha llevado siempre una chaqueta a la escuela, aunque la mayoría de las que posee tienen rotas las costuras o tienen agujeros en los codos. Lleva la misma sudadera negra y las zapatillas blancas a cuadros cada día y su pelo es tan largo que parece una cortina balanceándose sobre sus ojos cada cinco segundos. Pero el verdadero crack es que lleva un sombrero de hongo. Para la escuela.

Lo peor es que él podría ser lindo. Tiene la cara y el cuerpo para ello. Tiene un diminuto lunar en forma de corazón debajo de su ojo izquierdo, no es broma.

Pero lo arruina todo siendo tan raro.

—No estoy segura de lo que voy a hacer —le digo—. Ya sabes, si es donde todo el mundo termina… —Dejo mi voz caer para que el sepa que sólo iría si no tenía nada mejor que hacer.

—Va a ser grande —dice, sin dejar de sonreír.

Otra cosa irritante de Kent: actúa como si todo en el mundo fuese grande, un brillante presente que comienza todas las mañanas.

—Ya veremos —le digo.

Al final del pasillo, veo a Rob dirigiéndose a la cafetería y me pongo a caminar más rápido, con la esperanza de que Kent se dé cuenta y de marcha atrás. Es un pensamiento bastante optimista por mi parte. Kent ha estado enamorado de mí durante años, incluso después de nuestro beso.

Él se para, tal vez con la esperanza de que yo lo haga también, pero yo no me paro. Durante un segundo, me siento mal, como si fuese demasiado dura, pero luego su voz suena detrás de mí, y puedo decir, con sólo su sonido, que está sonriendo.

—Nos vemos esta noche —dice.

Oigo el chirrido de sus zapatillas en el linóleo, y sé que se ha dado la vuelta y se dirige en dirección contraria. Comienza a silbar. El sonido de lo que silba llega débilmente hasta mí. Me toma un tiempo reconocer la melodía.

El sol sale cada mañana. Apuesta hasta tu último dólar a que mañana también saldrá el sol, del musical Annie, mi canción favorita cuando yo tenía siete años.

No conozco a nadie más en la sala que sea capaz de reconocerla, pero me da vergüenza y puedo sentir el calor subiendo por mi cuello. Él siempre hace aquello que demuestra que me conoce mejor que nadie, todo porque jugábamos

juntos en un cajón de arena, hace unos cien años, actuando como si no hubiese pasado nada en los últimos diez años, como si nada hubiese cambiado, a pesar de que ha cambiado todo.

Mi teléfono móvil zumba en mi bolsillo trasero y lo leo antes de entrar a almorzar. Hay un mensaje de texto de Lindsay. "Fiesta en casa de Kent MacFreaky esta noche. ¿Vamos?"

Hago una pausa por un segundo, exhalando un largo suspiro, antes de enviar la contestación.

"Obviamente."

* * * *

Hay tres cosas que son aceptables, para comer, en la cafetería del Thomas Jefferson:

1. Los panecillos, solos o con crema de queso.

2. Las patatas a la francesa.

3. Un sándwich de delicatesen.

3a. Pero sólo con pavo, jamón o pechuga de pollo. Salami y Bolonia no son, obviamente, aceptables y la carne asada es cuestionable. Lo que es una vergüenza, porque la carne asada es mi favorita.

Rob está de pie junto a la caja registradora con un grupo de sus amigos. Lleva una bandeja enorme de patatas fritas. Come lo mismo todos los días. Capta mi mirada y asiente en mi dirección con la cabeza. (No es el tipo de persona que lleve bien eso de los sentimientos, ni los suyos ni los míos, como se puede observar en el "*Luv ya*" de la nota que me envió.)

Es raro. Antes de salir con él, me gustaba mucho, y desde hace mucho, me gustaría conseguir repetir ese burbujeante y efervescente sentimiento, tan fuerte que me mareaba, que me provocaba antaño. No es mentira: a veces me mareaba sólo con pensar en él y tenía que sentarme.

Pero ahora que somos una pareja oficial, a veces tengo extraños pensamientos cuando le miro, como el preguntarme si todas esas patatas estarán obstruyendo sus arterias o cuánto tiempo ha pasado desde que lavó, por última vez, la gorra de los Yankees que lleva casi todos los días. Me preocupa que haya algo raro en mí. ¿Quién no querría salir con Rob Cokran?

No es que no sea totalmente feliz, lo soy, pero es que a veces parece que tengo que repasar una y otra vez las cosas en mi cabeza, como por ejemplo, ¿por qué me gustaba al principio? Como si yo creyese que necesitaba recordarlo.

Afortunadamente, hay un millón de buenas razones: tiene el pelo negro y unos mil millones de pecas, pero eso, de alguna manera, no parecer estúpido en él; es fuerte, pero divertido; le gusta a todo el mundo y todo el mundo le conoce y, probablemente, la mitad de las niñas de la escuela se han enamorado de él; le

sienta bien su camiseta de Lacrosse; cuando está cansado, pone su cabeza en mi hombro y se duerme.

Esa es mi cosa favorita de él: me gusta estar a su lado cuando es tarde y ya está tan oscuro y silencioso que se pueden escuchar los latidos de mi corazón. Es en momentos como esos en los que estoy segura de estar enamorada.

Ignoro a Rob mientras se coloca en la fila para pagar mi almuerzo, yo también sé jugar duro y hacerme del rogar, mientras me dirijo a la sección de los mayores. El resto de la cafetería es un rectángulo. Los chicos de educación especial pueden sentarse abajo, generalmente en las mesas más cercanas a las aulas; luego van las mesas de los de primer año, luego las de los de segundo año y, a continuación, las mesas de los pequeños. La sección de los mayores está a la cabeza misma de la cafetería. Es un octógono rodeado totalmente de ventanas. Solo se ve el estacionamiento, pero sigue siendo mejor que ver gotear el puré de manzana. Sin ánimo de ofender.

Ally ya está sentada en la pequeña mesa circular justo al lado de la ventana, nuestra favorita.

—Hey. —Dejo mi bandeja y mis rosas en la mesa.

El bouquet de Ally está arriba de la mesa y lo inspecciono contando las rosas. Nueve rosas. Señalo su bouquet y luego compruebo el mío.

—Yo también.

Pone mala cara.

—Una de las mías no cuenta. Ethan Shlosky me envió una. ¿Puedes creerlo? Acosador.

—Sí, bueno, yo recibí una de Kent McFuller, así que una de las mías tampoco cuenta.

—Te aaaaaaamaa —me dice, arrastrando la palabra—. ¿Recibiste el mensaje de Lindsay?

Le quito el centro esponjoso a mi rosquilla, y me lo meto en la boca.

—¿En serio vamos a ir a su fiesta?

Ally se ríe.

—¿Tienes miedo de que Kent se aproveche de ti?

—Muy graciosa.

—Habrá un barril de cerveza —dice Ally, tomando un trozo muy pequeño de su sándwich de pavo—. Quedamos en mi casa después de clase, ¿de acuerdo?

En verdad, no tenía por qué decir nada. Ésa es nuestra tradición de los viernes. Pedimos comida, invadimos su armario, escuchamos música demasiado fuerte, y bailamos mientras intercambiamos brillos labiales y sombras de ojos.

—Sí, claro.

Estaba observando a Rob acercarse por el rabillo de mi ojo y, de repente, estaba aquí, sentándose en una silla a mi lado, inclinándose hasta que su boca roza mi oreja izquierda. Huele a colonia Total. Siempre lo hace. Creo que huele

un poco a un té del que mi abuela solía beber "bálsamo de limón" pero todavía no se lo he dicho.

—Hola, Slammer. —Siempre está inventando nuevos nombres para mí; Slammer, Sándwich, Sammy Dice [1]— ¿Recibiste mi Valograma?

—¿Recibiste el mío? —le digo.

Quita su mochila de su hombro y la abre. Había media docena de rosas aplastadas en el fondo de la mochila "asumo que una es la mía" y al lado de las rosas, un paquete de cigarrillos vacío, un paquete de chicles Trident, su móvil, y una camiseta de repuesto. No le interesa tanto estudiar.

—¿De quién son las otras rosas? —le digo, tomándole el pelo.

—De tu competencia —dice levantando las cejas.

—Muy elegante —le dice Ally—. ¿Rob, vas a ir a la fiesta de Kent esta noche?

—Probablemente. —Rob se encoge de hombros y de repente parece estar muy aburrido.

Les voy a contar un secreto. Una vez, cuando nos estábamos besando, abrí los ojos y vi que los suyos estaban abiertos observando el salón.

—Va a conseguir un barril de cerveza —dice Ally por segunda vez. Todos bromeaban acerca de que estar en Jefferson te preparaba para la más grande experiencia universitaria. Aprendes a trabajar, y a beber. Dos años atrás, el *New York Times* nos colocó en el top diez de "las escuelas públicas más borrachas de Connecticut".

Y tampoco hay mucho más que hacer por aquí. Tenemos centros comerciales y fiestas en sótanos. Eso es todo. Aceptémoslo. Así es como está la mayor parte del país. Mi padre siempre dice que deberían quitar la Estatua de la Libertad y poner en su lugar una cadena de centros comerciales, o esos arcos dorados del McDonald. Al menos así, la gente sabría qué esperar.

—Ahem. Discúlpame. —Lindsay parada detrás de Rob, aclara su garganta. Sus brazos están cruzados y su pie golpetea el piso.

—Estás en mi asiento, Cokran —dice ella. Sólo finge ser dura. Rob y Lindsay siempre han sido amigos. Al menos, siempre han estado en el mismo grupo, y han tenido que ser amigos por necesidad.

—Mis disculpas, Edgecombe. —Él se levanta y hace un gran ademán, como una reverencia, mientras ella se sienta.

—Hasta esta noche, Rob —dice Ally, y agrega—, trae a tus amigos.

—Te veré más tarde. —Rob se inclina y entierra su rostro en mi pelo, cambiando su voz a una más profunda y calma. Esa voz que hacía que todo mi circuito nervioso estallara como una gran explosión. Ahora, hasta creo que es un poco cursi—. No lo olvides. Esta noche solos tú y yo.

—No lo olvidé —digo, esperando que mi voz sonara sexy y no asustada.

Las palmas de mis manos están sudando y rezo para que a él no se le ocurra agarrar una. Afortunadamente, no lo hace. En vez de eso, se inclina y

presiona su boca contra la mía. Nos besamos un poco hasta que Lindsay se queja:

—No mientras estoy comiendo. —Y arroja una patata frita en mi dirección golpeándome en el hombro.

—Adiós, damas —dice Rob, y se va caminando lentamente con su gorra inclinada en un pequeño ángulo.

Me limpio la boca con una servilleta mientras nadie me está mirando, ya que la parte inferior de mi cara está cubierta con la saliva de Rob. Aquí hay otro secreto sobre Rob: Odio su forma de besar.

Elody dice que todo mi estrés es sólo inseguridad porque Rob y yo todavía no hemos "sellado el trato". Una vez que lo hagamos, ella asegura que me sentiré mejor, y estoy segura de que tiene razón. Después de todo, ella es la experta.

Ella es la última en unirse a nosotros para el almuerzo. Coloca su bandeja de patatas fritas en la mesa y el resto de nosotras nos abalanzamos sobre ellas. Elody hace un débil intento por alejarnos de sus patatas.

A continuación, deja su ramo de rosas sobre la mesa. Tiene doce, y siento un momentáneo retorcijón de celos.

Creo que Ally también lo siente, porque dice:

—¿Qué tuviste que hacer para conseguirlas?

—¿A quién te tuviste que enganchar para conseguirlas? —Lindsay la corrige.

Elody saca la lengua, le alegra que lo hayamos notado. De repente, Ally mira por encima de mi hombro y se comienza a reír.

—Asesina psicópata, qu'est-ce que c'est.

Todas nos giramos para ver quién es. Juliet Sykes, o Psicópata, recién ha entrado flotando en la sección de alumnos de cuarto. Así es cómo camina, como si estuviera flotando y como sin fuerzas. Lleva una bolsa de papel marrón en sus dedos largos y pálidos. Su cara está cubierta detrás de un escudo de pelo rubio claro, y sus hombros encorvados hacia arriba casi cubren sus orejas.

La mayoría del tiempo, todos la ignoran en la cafetería: "Es la personificación de la definición de olvidable" pero esta vez, Lindsay, Ally, Elody y yo comenzamos a chirriar y a hacer movimientos de puñaladas como en la película de Alfred Hitchcock, Psicosis, la cual todas vimos en una fiesta de pijamas hace un par de años. Después de eso, tuvimos que dormir con las luces encendidas.

No estoy segura de si Juliet nos escuchaba o no. Lindsay siempre dice que no podía escuchar nada porque las voces en su cabeza son demasiado fuertes. Juliet sigue caminando con la misma tranquilidad a través de la cafetería, eventualmente llega a la puerta que da al aparcamiento. No estoy segura de dónde come todos los días. Casi nunca la veo en la cafetería. Tiene que empujar la puerta con su hombro un par de veces para que se abra, parece que es muy frágil para lograrlo.

—¿Recibió nuestro Valograma? —pregunta Lindsay, lamiendo la sal de una de las patatas, antes de metérsela en la boca.

Ally asiente y se ríe.

—En biología. Estaba sentada justo detrás de ella.

—¿Dijo algo?

—¿Alguna vez ha dicho algo? —Ally pone una mano sobre su pecho, fingiendo estar enojada—. Tiró la rosa tan pronto como la clase hubo acabado. ¿Lo pueden creer? Justo delante de mí.

En primero, Lindsay se enteró de que Juliet no había recibido ni un Valograma. Ni siquiera uno. Así que Lindsay puso una nota en una de sus rosas y la pegó con cinta adhesiva en el casillero de Juliet. La nota decía: *"Quizás el próximo año, pero probablemente no."*

Desde entonces, cada año le hemos enviado una rosa con la misma nota por el día de San Valentín. La única nota que recibía, que yo sepa. Normalmente, me sentiría mal, pero Juliet se merece su sobrenombre. Es rara. Dicen por ahí que una vez sus padres la encontraron en la Ruta 84, completamente desnuda a las tres de la mañana, caminando sobre las líneas divisorias de la ruta. El año pasado, Lacey Kennedy dijo que vio a Juliet en el baño del ala de ciencias, peinando su cabello una y otra vez y mirándose al espejo. Y Juliet nunca dice nada. Por lo visto, nunca ha dicho nada desde hace años. Lindsay la odia. Creo que Lindsay y Juliet estuvieron juntas en un par de clases en primaria, y por lo que sé, Lindsay la había odiado desde entonces. Hacía la señal de la cruz cada vez que Juliet estaba cerca, como si Juliet se convirtiera de repente en un vampiro y la fuera a atacar. Fue Lindsay quien descubrió que Juliet le había hecho pis en su bolsa de dormir durante nuestro viaje de las Chicas Exploradoras en quinto, y fue Lindsay quien le dio el sobrenombre de Pillo Amarillo. La gente llamó a Juliet por ese nombre por años, hasta finalizar nuestro primer año de secundaria, pueden creerlo, y se alejaba de ella porque decía que olía a pis.

Miro a través de la ventana y veo a Juliet, su cabello brilla bajo el sol como si se estuviera prendiendo fuego. Hay una oscuridad en el horizonte, se acerca un nubarrón de tormenta.

Por primera vez, no estoy completamente segura de por qué Lindsay empezó a odiar a Juliet, o cuándo. Abro la boca para preguntarle, pero ellas ya han comenzado a hablar de otros temas.

—Pelea de chicas —Elody termina, y Ally se ríe.

—Estoy atemorizada —dice Lindsay sarcásticamente. Claramente me he perdido algo.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Elody se gira para mirarme.

—Sarah Grundel anda por ahí diciendo que Lindsay arruinó su vida. —Tengo que esperar mientras Elody dobla una patata muy cuidadosamente en su boca—. No puede competir en la semifinal de natación. Ya sabes que vive para

esa mierda. ¿Te acuerdas cuando se olvidó de quitarse sus antiparras después de la práctica matutina y los usó hasta la segunda hora?

—Probablemente cuelgue todas sus cintas azules en una pared de su habitación —dice Ally.

—Sam solía hacer eso. ¿No es así, Sam? ¿Todas esas cintas por jugar con caballitos? —Lindsay me codea.

—¿Podemos volver al asunto? —Agito mis manos, en parte porque quiero volver a la historia, y en parte porque quiero quitar la atención de mí y del hecho de que solía ser una idiota. Cuando estaba en quinto, me pasaba más tiempo con caballos que con los miembros de mi propia especie—. Todavía no entiendo por qué Sarah está enojada con Lindsay.

Elody gira sus ojos y me mira como si pensara que pertenecía a la mesa de discapacitados.

—Sarah fue suspendida, llegó tarde al salón de estudios por, algo como…, fue la quinta vez en dos semanas. —Todavía no lo entiendo y ella suspira con exasperación—. Ella llegó tarde porque tuvo que aparcar en el lote superior y caminar…

—¡22 millas!

Todas lo decimos al mismo tiempo y enseguida comenzamos a reír a carcajadas.

—No te preocupes, Lindz —le digo—. Si se pelan, apostaré por ti.

—Sí, te defenderemos —dice Elody.

—¿No es algo extraño cómo suceden estas cosas? —pregunta Ally con una voz tímida, como si estuviera tratando de decir algo serio.

—¿Cómo se sale todo fuera de control? Digo, si Lindsay no hubiera robado su lugar en el aparcamiento...

—No lo robé. Lo conseguí limpiamente —protesta Lindsay, golpeando la mesa para enfatizar sus palabras. La lata de Coca-Cola dietética de Elody se vuelca, mojando algunas patatas. Esto hace que nos riéramos de nuevo.

—¡Lo digo en serio! —Ally levanta el tono de su voz para que podamos oírla. —. Es como una red, ¿no es cierto? Todo está conectado.

—¿Al, has estado tomando algo del escondite de tu padre? —le pregunta Elody.

Esto en verdad nos hizo reír como locas. Es una broma que desde hace tiempo le hemos hecho a Ally porque su padre trabaja en la industria musical. Es un abogado, no un productor ni un manager o un músico ni nada parecido, hasta usa un traje para ir a todos lados (incluso a la piscina en verano), pero Lindsay asegura que en realidad es un hippie grogui.

Mientras nos estamos riendo, Ally se pone colorada.

—Ustedes nunca me escuchan —dice tratando de no sonreír. Agarra una patata y se la arroja a Elody—. Una vez leí que si un montón de mariposas toman vuelo en Tailandia, pueden causar una tormenta en Nueva York.

—Sí, bueno, y uno de tus pedos podría causar un apagón masivo en Portugal. —Elody se ríe, arrojándole otra patata.

—Tu aliento matutino podría causar una estampida en África. —Ally se inclina hacia ella—. Y yo, no me tiro pedos.

Lindsay y yo nos estábamos riendo, y Elody y Ally seguían arrojándose patatas la una a la otra. Lindsay trata de decirles que estaban desperdiciando grasa en perfecto estado, pero se está riendo tan fuerte que casi no puede hablar. Finalmente, toma aire y logra decir:

—¿Saben lo que oí? Que si estornudas lo suficiente puedes causar un tornado en Iowa.

Hasta Ally se estaba muriendo de la risa a causa de esto, y de pronto todas lo intentamos, riéndonos y estornudando y bufando al mismo tiempo. Todos nos estaban mirando, pero no nos importa.

Después de casi un millón de estornudos, Lindsay se apoya en su silla, apretando su estómago y luchando por respirar.

—Treinta muertos en Iowa —logra decir—, y otros cincuenta desaparecidos.

Esto hace que nos dobláramos de la risa.

---

[1]En inglés son sobrenombres que empiezan con S: Sammy Dice (referencia a Simón Dice), es en realidad Sammy Says.

* * * *

Lindsay y yo decidimos saltarnos la séptima hora e ir a El Mejor Yogurt del País. Lindsay tenía francés por lo que no se podía quedar, y yo tenía inglés. Juntas nos saltamos por completo la séptima hora. Somos estudiantes de último semestre, así que era como si esperaran que no asistiéramos a clase. Además, odio a mi profesora de inglés. La señorita Harbor se va siempre por la tangente, algunas veces me distraigo y de lo único que se le ocurre hablar es acerca de la ropa interior del siglo XVIII o la opresión en África o la forma en que se ve un amanecer sobre el Gran Cañón, incluso pensando que ella está hasta ahora en sus cincuentas, creo que está perdiendo la cordura.

Así es como empezó mi abuela: ideas arremolinándose alrededor y chocando unas con otras, causas viniendo después de los efectos, y cambiando del punto A al B. Cuando mi abuela estaba viva, nosotros la visitábamos y, a pesar que yo sólo tenía seis años, recuerdo haber pensado: “Ojalá muera joven”.

Aquí tiene una definición de ironía, Señorita Harbor.

¿O tal vez un presagio?

Técnicamente, necesitas un pase especial firmado por tus padres y por la administración para dejar la escuela. Esto no era siempre verdad. Por mucho tiempo uno de los beneficios de ser de último semestre era poder dejar el campus cuando quisieras, mientras tuvieras hora libre. Eso era hace veinte años

sin embargo, cuando Thomas Jefferson adquirió la reputación de tener una de las más altas estadísticas de suicidios en el país. Nosotras miramos el articulo en internet: *El Connecticut Post* [1] nos llamó la secundaria suicida.

Aparentemente, un día un montón de niños dejaron el campus y condujeron a un puente (un pacto suicida, creo). De todos modos, después de eso, la escuela prohibió que nadie dejara la escuela sin un permiso especial. Es algo estúpido si piensas en ello. Es como si descubrieran que los chicos traen vodka a la escuela en botellas de agua y le prohibieran a cualquiera beber agua.

Afortunadamente, hay otra forma de salir del campus; a través de un agujero en la cerca junto al gimnasio por la cancha de tenis, la cual llamamos la sala de fumadores, ya que ahí es donde todos los fumadores pasan el rato. No hay nadie alrededor, sin embargo, Lindsay y yo nos deslizamos a través de la cerca y nos ponemos en marcha a través del bosque. En un momento estaríamos en la ruta 120. Donde todo está igual y congelado. Ramitas y hojas negras sonando bajo nuestros zapatos y nuestra respiración subiendo en solidas y blancas inhalaciones.

Thomas Jefferson queda a unas tres millas del pueblo principal Ridgeview, o lo que tú llamarías el pueblo principal, pero sólo a media milla de una pequeña franja de tiendas un poco dignas que nosotros llamamos "El paseo". Hay una estación de gasolina, un EMYP (El Mejor Yogurt del País), un restaurante de comida china que una vez hizo enfermar a Elody por dos días y una casual tienda Halmark donde puedes comprar figurillas de bailarinas rosa brillante, globos de nieve y mierdas como esas. Eso es lo que hemos oído.

Debíamos parecer como unas completas raras, pasando al lado de la carretera en nuestras faldas y medias ajustadas, nuestras chaquetas aleteando, mostrando los adornos de piel de nuestras blusas de tirantes.

Pasamos la cocina de Hunan en nuestro camino a El Mejor Yogurt del País. A través de la suciedad de las ventanas, vimos a Alex Liment y Katie Carjullo inclinados sobre un tazón de algo.

—Oooh, escándalo —Lindsay dice, levantando sus cejas, aunque es realmente mitad escándalo. Todos saben que Alex ha estado engañando a Briana McGuire con Katie por los pasados tres meses. Todos excepto Briana, obviamente.

La familia de Briana es súper católica. Ella es bonita y de apariencia limpia, cada vez que la miras ella parece haber lavado su rostro duramente.

Aparentemente, se está guardando para matrimonio. Eso lo que ella dice, como sea, aunque Elody piensa que Briana podría ser lesbiana en secreto. Katie Carjullo es solamente una estudiante de tercer año, pero si los rumores son ciertos, ella ya se ha acostado por lo menos con cuatro personas. Es una de las pocas chicas en Ridgeview que no tiene dinero. Su mamá es peluquera, y ni siquiera sé si tiene papá. Vive en uno de los condominios de mierda justo enfrente del "Paseo". Una vez oí a Andrew Singer decir que su cuarto siempre huele a pollo del "*General Tso*" [2].

—Vamos y les decimos hola —Lindsay dice apretando mi mano. Me quedo atrás.

—Me voy a buscar algo de dulce.

—Aquí, toma esto. —Ella tira un paquete de tartas dulces de la pretina de su falda. Lindsay siempre lleva dulces con ella las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, como si estuviera llevando drogas. Creo que es una clase de ésas—. Sólo un segundo, lo prometo.

Me dejo arrastrar hacia adentro. Una campañilla suena cuando atravesamos la puerta. Había una mujer hojeando *Us Weekly* [3] detrás del mostrador.

Ella nos mira, y luego mira abajo al darse cuenta que no íbamos a ordenar.

Lindsay se desliza hacia donde Alex y Katie están inclinados sobre la mesa. Ella es un poco amiga de Alex. Alex es un poco amigo de mucha gente, ya que él vende marihuana en una caja de zapatos en su cuarto. Él y yo nos saludamos con un movimiento de cabeza en un gesto de amistad, ya que ese es el límite de nuestra interacción. Él, de hecho, está en inglés conmigo, aunque aparece menos que yo. Supongo que el resto del tiempo está con Katie. De vez en cuando dice algo como: "Esa asignación del ensayo es demasiado fácil, ¿huh?". Y otras cosas de las que no hablamos.

—Hola, hola —Lindsay dice—. ¿Vas a la fiesta de Kent esta noche?

La cara de Alex está manchada y roja. Al menos está avergonzado de haber sido pillado con Katie tan descaradamente. O tal vez sólo está teniendo una reacción a la comida. No estaría sorprendida.

—Um... no sé. Tal vez. Voy a mirar... —su voz se apagó.

—Va a ser súper divertido. —Lindsay hace su voz extra alegre—. ¿Vas a traer a Briana? Ella es tan dulce.

De hecho, las dos pensamos que Briana es fastidiosa. Realmente siempre es animada y usa blusas con tontos slogans como: "A menos que seas el perro guía, la vista nunca cambia (verdad)", pero Lindsay desprecia a Katie y una vez escribió KC=WT [4] por todo el baño justo al frente de la cafetería (en el que todos usan).

La situación va más allá de lo incómodo, así que yo estallo.

—¿Pollo con ajonjolí? —Señalo a la carne congelada en una salsa gris en un tazón en la mesa, al lado de dos galletas de la fortuna y una naranja de triste aspecto.

—Filete a la naranja —Alex dice. Él parece aliviado por el cambio de tema. Lindsay me da una mirada molesta, pero yo sigo hablando.

—Deberías tener cuidado de comer aquí. El pollo una vez envenenó a Elody. Vomitó como dos días seguidos. Si fue el pollo. Ella jura que encontró una pelota de piel en él.

Tan pronto como digo esto, Katie recoge su palillo y toma un enorme mordisco, mirándome y sonriendo como si masticara. Entonces, puedo ver

comida en su boca. No estoy segura si lo hace deliberadamente o para asquearme, pero parece como si así fuera.

—Eso es asqueroso, Kingston —Alex dice, pero parece estar riendo ahora.

Lindsay rueda sus ojos, como si Alex y Katie fueran una completa pérdida de tiempo—. Vamos, Sam

Ella toma una galleta de la fortuna y la rompe cuando llegamos a fuera.

—La felicidad se encuentra cuando uno no la está buscando —ella lee y yo me río. Cuando hace una cara, enrolla el pedacito de papel y lo tira al suelo—. Inútil.

Tomo un respiro profundo.

—El olor ahí siempre me enferma.

Enferma demasiado: Ese olor de carne vieja, aceite barato y ajo.

Las nubes en el horizonte están lentamente llenando el cielo. Convirtiendo todo en gris y borroso.

—Dímelo a mí. —Lindsay pone una mano en su estómago—. ¿Sabes lo que necesito?

—¡Un vaso de tamaño extra de EMYP! —dije sonriendo. El Mejor Yogurt del País es otra cosa que no podemos dejar de abreviar.

—Definitivamente, un vaso de tamaño extra de EMYP —Lindsay dice haciendo eco.

Incluso aunque nos estuviéramos congelando, ordenamos doble—chocolate, suavemente espolvoreado y tazas de mantequilla de maní triturado hasta el borde, las que comimos en nuestro camino de vuelta a la escuela, soplando nuestros dedos para mantenerlos calientes. Alex y Katie ya se habían ido de Cocina Hunan cuando pasamos por ahí, pero los encontramos de nuevo en la sala de fumadores. Tenemos exactamente siete minutos de sobra hasta el timbre de la octava hora, y Lindsay me empuja hacia atrás del campo de tenis para así poder fumar un cigarrillo sin oír a Alex y Katie discutir. Eso es lo que parece que están haciendo de todos modos. La cabeza de Katie está inclinada y Alex está agarrándola por los hombros y susurrándole. El cigarrillo en su mano quemándose demasiado cerca a su cabello marrón mate. Estoy segura que va a arder, y me imagino su cabeza completa prendiéndose así, como un fósforo.

Lindsay termina de fumar y votamos nuestros vasos de yogurt ahí mismo en el borde de hojas negras congeladas, paquetes pisoteados de cigarrillos y bolsas plásticas, medio llenas con el agua de la lluvia.

Me siento nerviosa acerca de lo de esta noche (un poco temerosa, un poco emocionada) como cuando tu corazón truena y sabes que en cualquier segundo verás rayos rasgando a través del cielo, pellizcando las nubes con sus dedos. No debí haber escapado en clase de inglés. Me ha dado demasiado tiempo para pensar. Y saber que nunca hice ningún bien a nadie, no importa lo que tus profesores, padres y el club de ciencias de raros te dijeran.

Rodeamos el perímetro del campo de tenis a lo largo del callejón de los de último curso.

Alex y Katie aún están medio escondidos detrás del gimnasio. Alex está al menos en su segundo cigarrillo. Definitivamente, en una discusión. Siento un ataque momentáneo de satisfacción: Rob y yo raramente peleamos, al menos no por nada serio. Eso debía significar algo.

—Problemas en el paraíso —Lindsay dice.

—Más como problemas en el parque de remolques.

Empezamos a cruzar entre el lote de los profesores cuando vemos a la señorita Winters, la subdirectora, buscando entre los carros tratando de echar a los fumadores, quienes no tienen tiempo o están demasiado cansados para andar todo el camino a la sala de estar en lugar de tratar de esconderse detrás de los profesores viejos. La señorita Winters tiene alguna loca Vendetta en contra de la gente fumadora. Oí que su mamá murió por cáncer de pulmón, enfisema o algo. Si eres encontrado fumando por la señorita Winter, obtienes tres días de detención, sin ninguna pregunta.

Lindsay frenéticamente busca en su maleta sus Trident, echándose dos pedazos en su boca.

—Mierda, mierda.

—Puedes ser atrapada solo por oler a cigarrillo —digo incluso aunque Lindsay sabe esto. A ella le gusta el drama, sin embargo. Es gracioso cómo puedes conocer a tus amigos tan bien, pero aún así terminas jugando los mismos juegos con ellos.

Ella me ignora.

—¿Qué tal mi aliento? —Respiro en mí.

—Como una fábrica de mentas.

La señorita Winters no nos ha visto aún. Está abriéndose paso por las filas, a veces parando para mirar debajo de los carros como si alguien pudiera estar insertado en el suelo, tratando de alumbrarlo. Esa es la razón por la que todos la llaman Nazi de la Nicotina a sus espaldas.

Yo dudo mirando atrás, hacia el gimnasio. No me gusta mucho Alex y no me gusta Katie, pero cualquiera que haya estado en secundaria entiende que tienes que estar unido en contra de padres, profesores y policías.

Es una de esas líneas invisibles: nosotros contra de ellos. Tú sólo sabes esto, como sabes dónde sentarte, con quién hablar, qué comer en la cafetería, sin siquiera saber cómo lo sabes. Si eso tiene sentido.

—¿Deberíamos volver y avisarles? —le pregunto a Lindsay, y ella hace una pausa también mirando fijamente al cielo como si estuviera pensando en ello.

—Que se frieguen —ella dice finalmente—. Ellos pueden cuidarse por sí mismos.

Como si tratara de reforzar su punto, el timbre para la última hora suena y ella me da un empujón.

—Vamos.

Ella tiene razón, como siempre. Después de todo, no es como si ellos hubieran hecho algo por mí.

---

[1]Connecticut Post: periódico de Connecticut.
[2] Us Weekly. Revista de farándula de circulación nacional.
[3]General Tso's chicken: Receta de comida Americana.
[4]WT: White Trash (Basura blanca).

Amistad: Una Historia.

Lindsay y yo nos hicimos amigas en séptimo grado. Lindsay me escogió. Yo todavía no estoy segura de por qué. Después de años de tratar, apenas y había subido a arañazos por la escala social desde el fondo hasta el medio. Lindsay ha sido popular desde el primer grado, cuando ella se mudó aquí. En el circo de clases de ese año, ella fue la cabecilla; en el año siguiente, nosotros hicimos una producción de El Mago de Oz, ella fue Dorothy. Y en tercer grado, cuando todos nosotros representamos Charlie y la Fábrica de Chocolates, ella consiguió el papel de Charlie.

Supongo que eso les da una idea bastante buena. Ella es la clase de persona que hace que te sientas borracho simplemente por estar alrededor de ella, como si de repente las orillas del mundo fueran embotadas y todos los colores giraran juntos. Nunca le dije eso, obviamente. Ella se burlaría de mí.

En fin, el verano antes de séptimo grado, un grupo de nosotras fue a una fiesta de piscina de Tara Flute. Beth Schiff presumía haciendo bolas de cañones en la parte honda. Pero, en realidad, presumía el hecho de que entre mayo y julio, le habían brotado un par de tetas de copa C... definitivamente las más grandes entre todas las chicas allí. Yo estaba en la casa buscando una soda cuando, de repente, Lindsay vino hasta mí, con los ojos brillando. Ella nunca había hablado conmigo antes.

—Tienes que venir a ver esto —dijo ella, tomándome del brazo. Su aliento olía como a helado.

Ella tiró de mí hasta el cuarto de Tara, donde todas las chicas habían dejado sus bolsas y sus cambios de ropa. La bolsa de Beth era rosa y tenía sus iniciales marcadas con un bordado púrpura a un lado. Lindsay obviamente lo había revisado, porque se agachó inmediatamente y tomó un estuche con cremallera, de la clase que nosotras utilizábamos para guardar las plumas cuando estábamos en la primaria.

—¡Mira! —Ella lo sostuvo arriba, agitándolo. En el interior, había dos tampones.

Yo no recuerdo cómo comenzó, pero de repente Lindsay y yo corríamos por la casa, buscando en los armarios de aseo y en los cajones, recogiendo todos

los tampones y las toallitas femeninas que la madre de Tara y su hermana mayor tenían en la casa. Estaba tan feliz que me sentía mareada. Lindsay Edgecombe y yo estábamos hablando, y no sólo hablando sino riéndonos, y no sólo riéndonos sino riéndonos tanto que yo tenía que apretar las piernas juntas para evitar hacerme pis. Entonces, corrimos hacia el balcón y comenzamos a tirar puñado tras puñado de tampones hacia la fiesta en la piscina. Lindsay gritaba:

—¡Beth! ¡Estos se cayeron de tu bolsa! —Algunos de los tampones se arremolinaron hacia abajo en el agua y todos los chicos comenzaron a empujarse para salir de la piscina, como si fueran a ser contaminados. Beth se quedó parada en el trampolín, chorreando y temblando, mientras el resto de nosotros casi se moría de la risa.

Me recordó a la vez en que mis padres me llevaron al Gran Cañón en cuarto grado y me hicieron parar en una saliente para tomarme una fotografía. Mis piernas no podían dejar de temblar y mis pies hormigueaban en las suelas, como si les picara por saltar: no podía dejar de pensar cuán fácil sería saltar, cuán alto estábamos. Después de que mi mamá me tomara la foto y me permitiera volver de la saliente, yo empecé a reír y no pude parar.

Allí, en el balcón con Lindsay, me sentí exactamente igual.

Después de eso, Lindsay y yo fuimos mejores amigas. Ally entró más tarde, después de que ella y Lindsay estuvieran juntas en una liga de hockey sobre césped el verano antes de octavo grado. Elody se mudó a Ridgeview en el décimo. En una de las primeras fiestas del año, ella se juntó con Sean Morton, con quien Lindsay había tenido un enamoramiento durante seis meses. Todos pensaron que Lindsay mataría a Elody. Pero el próximo lunes en escuela, Elody estaba en nuestra mesa del almuerzo, y ella y Lindsay compartían un plato de papas fritas, riendo tontamente y actuando como si se conocieran de toda la vida. Eso me pone contenta. Aunque Elody pueda resultar avergonzante a veces, pienso muy en el fondo que ella es la más agradable de todas nosotras.

La fiesta

Después de la escuela, vamos a casa de Ally. Cuando éramos más jóvenes "en primer año y hasta la mitad del segundo año", a veces nos quedábamos allí y nos poníamos mascarillas de barro y pedíamos tanta comida china como podíamos comer, cogiendo veinte dólares del tarro de galletas que había en el tercer estante al lado del frigorífico de Ally, donde su padre guardaba miles de dólares por si en algún momento surgía una situación de emergencia. Las llamábamos nuestras noches del huevo, enrollado de emergencia. Luego nos extendíamos por su enorme sofá y veíamos películas hasta que nos quedábamos dormidas "la TV del salón de Ally era tan grande como la pantalla

de una sala de cine" con las piernas enrolladas alrededor de una enorme manta de lana. Desde el segundo año, me parece, no nos hemos vuelto a quedar ni una sola vez, excepto cuando Matt Wilde rompió con Ally, y lloró tanto que a la mañana siguiente tenía la cara hinchada, como la de un topo.

Hoy nos metemos en el armario de Ally, ya que no tenemos que usar la misma ropa para la fiesta de Kent. Elody, Ally y Lindsay están prestando especial atención a cómo me veo. Elody pone esmalte rojo brillante en mis uñas, sus manos tiemblan ligeramente por lo que un poco de éste se mete en mi cutículas y hace que parezca que estoy sangrando, pero estoy demasiado nerviosa como para preocuparme. Rob y yo nos vamos a encontrar donde Kent, él ya me envió un mensaje de texto que decía: Incluso hice mi cama para ti. Dejé que Ally eligiera mi ropa, una camiseta con tirantes metálicos de oro, que me quedaba demasiado grande en el pecho, y un par de locos tacones de ocho centímetros de Ally (ella los llama sus zapatos de stripper). Lindsay me maquilla, mientras tararea y su aliento de vodka me invade. Todas hemos bebido tres tragos, mezclado con jugo de arándano.

Después, me encierro en el baño, un calor hormigueante va de mis dedos a mi cabeza, y trato de memorizar exactamente cómo me veo allí, en ese segundo. Pero, aunque todos mis rasgos siguen estando aquí, me parece como si estuviera viendo a una extraña.

Cuando era pequeña solía hacer esto mucho: encerrarme en el baño y abrir el agua caliente para que los espejos se empañaran por completo, y permanecer ahí, viendo como mi cara se formaba lentamente detrás del vapor, siendo un esbozo al principio, para que después fueran apareciendo los detalles de forma gradual. Cada vez que hacía esto pensaba que mi rostro se volvería hermoso, como si el vapor me hubiera transformado en alguien más brillante y mejor. Pero siempre tenía el mismo aspecto.

De pie en el cuarto de baño de Ally, sonrío y pienso: Mañana finalmente seré diferente.

Lindsay es la típica chica obsesionada con la música, por lo que nos hace un remix para el viaje a casa de Kent, a pesar de que vive a pocos kilómetros de distancia. Escuchamos a Dr. Dre y Tupac, y luego empieza "*Baby Got Back*" y todas cantamos. "*¡Me gustan los traseros grandes y no te puedo mentiiiirrrr!*"

La cosa más extraña es, sin embargo: mientras estamos conduciendo por calles que nos son familiares, calles que he conocido toda mi vida, calles tan familiares que podría verlas con los ojos cerrados, tengo la sensación de que estoy flotando por encima de todo, revoloteando por encima de todas las casas, las calles, los patios y los árboles, subiendo arriba, arriba, arriba, por encima de Rocky, de Rite Aid, de la gasolinera, del Thomas Jefferson, del campo de fútbol y de las gradas de metal donde nos sentamos y nos divertimos antes de volver a casa. Como si todo fuera pequeño e insignificante. Como si sólo lo estuviera recordando.

Elody está cantando a todo pulmón. Ella es la que tiene menor tolerancia al alcohol de todas nosotras. Ally tiene el resto del vodka escondido en su bolso, para acabarlo más tarde. Lindsay conduce porque ella puede beber toda la noche y apenas sentirlo.

La lluvia empieza cuando ya casi estamos allí, pero es tan ligera que parece como si fuera sólo aire, como una gran cortina de vapor blanco. No recuerdo la última vez que estuve en casa de Kent (¿Su fiesta de cumpleaños de los nueve, tal vez?). Y me había olvidado de lo adentrada que estaba en el oscuro bosque. El camino parece serpentear para siempre. Todo lo que vemos es la débil luz de los faros rebotando, el camino de grava, las reveladoras ramas de los árboles muertos con lo que nos hacemos una idea de lo que hay ahí arriba, y minúsculas bolitas de lluvia, como diamantes.

—Así es como empiezan las películas de terror —dice Ally, ajustando su camiseta sin mangas. Todas se la habíamos pedido prestada, pero ella insistió en que solo se lo pondría ella, aunque a ella no le hubiera gustado mucho al principio. —. ¿Estás segura de que es el número cuarenta y dos?

—Es sólo un poco más adelante —le digo, aunque no tengo ni idea, y me estoy empezando a preguntar si vinimos demasiado pronto. Tengo mariposas en el estómago, pero no estoy segura de si eso es bueno o malo.

Los bosques se cierran más y más hasta que están casi rozando con las puertas del coche. Lindsay empieza a quejarse sobre la pintura del coche. Justo cuando parece que vamos a ser engullidas por la oscuridad, de repente, los bosques desaparecen por completo y nos encontramos en el jardín más grande y más hermoso que puedas imaginarte, con una casa blanca en el centro que parece que está hecha de escarcha. Tiene balcones y un gran porche que da a los dos lados. Las persianas son de color blanco, también, y talladas con diseños, pero todo está demasiado oscuro como para distinguirlos. No recuerdo nada de eso. Tal vez es el alcohol, pero creo que es la casa más hermosa que he visto nunca.

Nos quedamos en silencio por un minuto, mirando. La mitad de la casa está a oscuras, pero una cálida luz brilla en el piso de abajo, y esto hace que el césped parezca plateado.

Lindsay dice:

—Es casi tan grande como tu casa, Al.

Lamento que ella hablara: se siente como que el hechizo se hubiera roto.

—Casi —dice Ally. Ella saca el vodka de su bolso y le da un trago, tose, eructa, y se limpia la boca.

—Dame un trago de eso —dice Elody, cogiendo la botella.

La botella está en mi mano antes de que me pueda dar cuenta. Tomo un sorbo. Éste me quema la garganta y sabe horrible, como pintura o gasolina, pero tan pronto como esto baja, yo me apuro. Salimos del coche y la luz de la casa aumenta y se expande, haciéndome un guiño.

Caminar hacia una fiesta siempre me da una sensación de calambres en la parte inferior del estómago. Aunque es una sensación buena: el sentimiento de que sabes que todo puede suceder. Más que la mayoría del tiempo, por supuesto. La mayoría de las veces la noche lleva a otra noche, las semanas a otras semanas y los meses a otros meses. Y tarde o temprano todos moriremos.

Pero al comienzo de la noche, cualquier cosa es posible.

La puerta principal está cerrada y tenemos que ir por el lado, donde una puerta se abre a un pasillo muy estrecho con paneles de madera y una pequeña y empinada escalera de madera. Huele a algo que recuerdo de la infancia, pero no logro adivinar el qué. Oigo el tintineo de cristales rotos, y alguien grita: "¡Fuego a discreción!". La música ruge por los altavoces: "*Soy un estafador, cariño, sólo quiero que lo sepas*". Las escaleras son tan estrechas que tenemos que colocarnos en fila porque la gente está bajando en dirección opuesta, con vasos de cerveza vacíos en su mano. La mayoría de ellos a su vez, tienen que poner su espalda contra la pared. Nosotras saludamos a unas cuantas personas e ignoramos al resto. Como de costumbre, puedo sentir cómo todos ellos nos miran. Esa es otra cosa buena de ser populares: tú no tienes que prestar atención a las personas, ellas ya te lo prestan a ti.

En la parte superior de la escalera hay un pasillo oscuro del que cuelgan un montón de luces multicolores de Navidad. Hay una serie de habitaciones, cada una frente a la siguiente, y todas parecen estar llenas de tejidos drapeados, grandes almohadas, sofás y, sobre todo, están llenas de gente. Todo es suave, los colores, las superficies, la forma en la que se ve la gente. Todo menos la música, la cual bombea a través de las paredes, haciendo vibrar el suelo. La gente fuma en el interior también, así que todo lo que está sucediendo ocurre detrás de un espeso velo azul. Yo sólo he fumado marihuana una vez, por eso me imagino lo que se siente al estar colocado.

Lindsay se inclina hacia atrás y me dice algo, pero se pierde en el murmullo de voces. Entonces ella camina lejos de mí, introduciéndose en la multitud. Me doy la vuelta, pero Elody y Ally se han ido también y, antes de darme cuenta, mi corazón late con fuerza y tengo una sensación de picor en las palmas.

Recientemente, he tenido esa pesadilla en la que estás en el centro de una enorme multitud, siendo empujada de izquierda a derecha. Todas las caras te parecen familiares, pero hay algo terriblemente mal con todos ellos: veo a alguien andar que se parece a Lindsay, pero su boca es rara y caída como si se estuviera derritiendo. Y ninguno de ellos me reconoce.

Obviamente, estar de pie en la casa de Kent, no es lo mismo, puesto que todo el mundo me conoce excepto por algunos de los estudiantes de primaria y un par de chicas que creo que pueden ser estudiantes de segundo año. Pero aún así, es suficiente para hacer que me asuste un poco.

Estoy a punto de dirigirme hacia Emma Howser (ella es supe cursi y, normalmente, no iría ni muerta a hablar con ella, pero estoy desesperada)

cuando siento unos brazos gruesos alrededor de mí y un bálsamo con olor a limón. Rob.

Él pone su húmeda boca en mi oreja.

—Qué sexy, Sammy. ¿Dónde has estado toda mi vida?

Me doy la vuelta. Su cara es de color rojo brillante.

—Estás borracho —le digo, mi voz es más acusatoria de lo que pretendía.

—Lo suficientemente sobrio —dice, y yo trato de no levantar una ceja—. Y tú llegas tarde. —Su sonrisa es perezosa. Sólo la mitad de ella se curva hacia arriba—. Hicimos un mostrador de barriles de cerveza.

—Son las diez —señalo—. No llegamos tarde. Te llamé, de todos modos.

Él acaricia sus bolsillos y su forro polar.

—Debí de poner mi teléfono en algún lugar.

Ruedo los ojos.

—Eres un delincuente.

—Me gusta cuando utilizas esa gran palabra. —La otra mitad de su sonrisa está lentamente hacia arriba y sé que va a darme un beso. Pero yo me doy la vuelta buscando a mis amigas, pero todavía están desaparecidas en combate (MIA: Missing in Action).

En la esquina descubro a Kent, con una corbata y una camisa de cuello tres tallas más grandes que él, en la parte de abajo lleva unos cutres pantalones caquis. Al menos, no está usando su bombín "Sombrero de hongo". Él está hablando con Phoebe Rifer y ambos se están riendo de algo. Me molesta que no se haya fijado en mí todavía. Tengo la esperanza de que de repente mire hacia arriba y venga hacia mí, como suele hacer, pero él se inclina más hacia Phoebe como si estuviera tratando de escucharla mejor.

Rob me acerca hacia él.

—Sólo estaremos una hora más, ¿de acuerdo? Después nos iremos. —Su aliento huele a cerveza y un poco a tabaco cuando me besa. Cierro los ojos y pienso cómo en sexto grado le vi besando a Gabby Haynes y lo celosa que me sentí que incluso no pude comer en dos días. Me pregunto si parece que estoy disfrutando. Gabby lo hacía, en sexto grado.

Me relajo pensando en cosas como: lo graciosa que es la vida.

Ni siquiera me he quitado la chaqueta, pero Rob baja la cremallera y mueve sus manos a lo largo de mi cintura y luego debajo de mi camiseta. Las palmas de sus manos son sudorosas y grandes.

Me aparto lo suficiente para decir:

—No aquí, en medio de todo el mundo.

—Nadie nos está mirando —dice y se abalanza sobre mí de nuevo. Eso es mentira. Él sabe que todo el mundo nos está mirando. Él los ve. Ni siquiera cierra sus ojos.

Su mano avanza lentamente por mi vientre y sus dedos están tirando del aro de mi sujetador. Él no es muy bueno con los sujetadores. No es muy bueno con los pechos en general, realmente. Quiero decir, no es como si yo

verdaderamente supiera cómo tiene que hacerlo, pero cada vez que toca mis pechos él sólo da fuertes masajes en círculos. Mi ginecólogo hace lo mismo cuando voy a una revisión, sé que uno de ellos lo tiene que estar haciendo mal. Y para ser honestos, no creo que sea mi ginecólogo.

Si quieres saber mi mayor secreto, aquí está: Sé que tienes que esperar para tener relaciones sexuales con alguien a quien ames y todo eso, y amo a Rob; quiero decir, he estado enamorada de él desde siempre, así que, ¿por qué no? pero no sé por qué no me decido a tener relaciones sexuales con él esta noche.

Decidí tener sexo con él porque quiero acabar de una vez, y porque el sexo siempre me dio miedo y no quiero que me asuste más.

—No puedo esperar a despertar a tu lado —dice Rob, con su boca en mi oreja.

Eso es muy dulce, pero no puedo concentrarme mientras sus manos están sobre mí. Y de repente se me ocurre que nunca había pensado en la parte de despertar juntos. No tengo ni idea de lo que se supone que se tiene que hablar el día después de haber tenido sexo, y nos imagino uno al lado del otro, sin tocarnos, en silencio, mientras sale el sol. Rob no tiene persianas en su habitación (las arrancó una vez que iba borracho) y durante el día es como si hubiera un centro de atención en su cama, un foco o un ojo.

—¡Búsquense una habitación!

Me aparto de Rob cuando Ally aparece junto a mí, haciendo una mueca.

—Son unos pervertidos —dice ella.

—Esta es una habitación —Rob levanta los brazos hacia arriba y gesticula en torno a él. Me salpica un poco de cerveza en mi camiseta, y hago un ruido, molesta.

—Lo siento, nena. —Se encoge de hombros. Ahora sólo hay una media pulgada de cerveza en su copa y la mira fijamente, frunciendo el ceño—. Voy a ir a por otra. ¿Quieres?

—Hemos traído la nuestra. —Ally acaricia el vodka en su bolso.

—Buena idea. —Rob se lleva un dedo al lado de su cabeza, pero casi se saca un ojo en su lugar. Está más borracho de lo que pensé. Ally se cubre la boca y se ríe.

—Mi novio es un retrasado —digo, tan pronto él se aleja tambaleándose.

—Un lindo retrasado —me corrige Ally.

—Eso es como decir, "un mutante lindo". No existe.

—Claro que sí. —Ally está mirando alrededor de la habitación, exponiendo sus labios para hacerlos lucir más besables.

—¿Adónde ibas, de todos modos?

Me estoy sintiendo más molesta que lo que debería por todo: por el hecho de que mis amigas me abandonaron después de treinta segundos, por el hecho de que Rob está tan ebrio, por el hecho de que Kent está aun hablando con Phoebe Rifer, incluso cuando él supuestamente está tan obsesivamente

enamorado de mí. No es que yo quiera que esté enamorado de mí, obviamente. Es sólo una constante que siempre ha sido confortable, en una extraña forma. Saco la botella de la bolsa de Ally y tomo otro sorbo.

—Hicimos una ronda. Hay, como, diecisiete habitaciones diferentes aquí arriba. Deberías verlo. —Ally me mira, nota el rostro que estoy poniendo, eleva sus manos—. ¿Qué? No es como que te abandonemos en medio de la nada.

Ella tiene razón.

No sé porque me estoy sintiendo tan enojada.

—¿Adónde fueron Lindsay y Elody?

—Elody está succionada al regazo de Panqueque en una de las habitaciones. Y Lindsay y Patrick están peleando.

—¿Ya?

—Sí, bueno, se besaron por los primeros tres minutos. Ellos esperaron hasta el minuto cuatro para comenzar con eso.

Esto me hace estallar en risas y Ally y yo reímos juntas. Comienzo a sentirme mejor, más a gusto. El vodka llena mi cabeza de calor. Más gente llega a cada momento y las habitaciones parecen estar girando sólo un poco. Es una sensación agradable, sin embargo, como estar en un carrusel realmente lento. Ally y yo decidimos ir en una misión para salvar a Lindsay antes de que su pelea con Patrick se transforma en un "escupirlo todo".

Más gente ha llegado. Es como si toda la escuela se hubiera aparecido, pero en realidad hay sólo unos sesenta o setenta chicos. Esto es lo más que una fiesta logra convocar. Ahí está lo más alto y lo intermedio de la clase del último año, los popularmente sabios. Kent está solo sosteniéndose en los peldaños inferiores de la escalera, pero se está hospedando, así que está bien. Algunos de los estudiantes de tercer año más geniales, y un par de estudiantes de segundo año con estilo. Sé que se supone que los odie, como si nosotros hubiéramos sido odiados cuando éramos estudiantes de segundo año en las fiestas de los de último año, pero la verdad no puede preocuparme menos.

Ain embargo, Ally les da a un grupo de ellos una de sus miradas fijas de hielo cuando pasamos a su lado, y dice: "Prostitutas", en voz alta. Una de ellas, Rachel Kornish, supuestamente se dio el lote con Matt Wilde hace poco.

Por supuesto, ninguno de los chicos nuevos puede asistir. Lo más bajo de la categoría social tampoco se muestra. No es porque la gente pueda burlarse de ellos, aunque probablemente lo harían. Es más que eso. Ellos no saben de estas fiestas hasta después de que han sucedido. Ellos no saben las cosas que nosotros sabemos: no saben sobre la entrada secreta a la casa de huéspedes de Andrew Roberts, o el hecho de que Carly Jablonski instalo un refrigerador en su garaje donde puedes mantener tus cervezas frías, o el hecho de que Rocky no checa las identificaciones de muy cerca, o el hecho de que Mic está abierto siempre, y que hace los mejores huevos con queso de mundo, totalmente bañados en aceite y kétchup, perfectos para cuando estás ebrio. Es como la secundaria mantiene dos mundos distintos, todos girando alrededor de los

otros pero nunca tocándose: los que tienes y los que no. Creo que es bueno. La secundaria se supone que debe prepararte para el mundo real, después de todo.

Hay tantos pasillos pequeños y habitaciones, que se siente como un laberinto. Todos ellos están llenos de gente y humo. Sólo una puerta está cerrada. Tiene un gran signo de "Permanezca lejos" pegado sobre un extraño montón de pegatinas que dicen cosas como, "Visualiza los guisantes giratorios y bésame. Soy irlandés".

Para el momento que llegamos a Lindsay, ella y Patrick ya lo habían hecho, gran sorpresa. Ella estaba sentada en su regazo y él esta fumándose un cigarro. Elody y Steve Dough están en una esquina. Él se está apoyando contra una muralla y ella está entre bailando y moliéndose contra él. Ella tiene un cigarrillo apagado colgando de sus labios, la colilla acabada, y su cabello es un desastre.

Steve la está estabilizando, usando uno de sus brazos para mantenerla en pie, pero está conversando con Liz Hummer (su nombre real y, coincidentemente, su auto) como si Elody no estuviera siquiera ahí, mucho menos frotándose contra él.

—Pobre Elody —digo. No sé porque repentinamente me siento mal por ella—. Ella es demasiado linda.

—Es una prostituta —Ally dice, pero no agresivamente.

—¿Crees que recordaremos algo de esto? —No estoy segura de donde vinieron esas palabras. Mi cabeza completa se siente ligera y confusa, lista para flotar lejos—. ¿Tú crees que recordaremos algo de esto en dos años más?

—No lo recordaré ni siquiera mañana. —Ally ríe, poniendo la botella en mi mano. Sólo le queda un cuarto. No puedo recordar cuándo bebimos todo eso.

Lindsay chilla cuando nos ve y se sale del regazo de Patrick, tirando un brazo sobre cada una de nosotras como si hubieran sido años desde que estuvimos juntas. Ella me quita el vodka y toma un sorbo mientras su brazo aún está alrededor de mis hombros, su codo apretándose momentáneamente contra mi cuello.

—¿Adónde fuiste? —ella grita. Su voz es alta, incluso sobre la música y el sonido de todos hablando y riendo—. Estuve buscándolas por todos lados.

—Y una mierda —digo.

Y Ally dice:

—En la boca de Patrick seguramente.

Estamos riendo sobre el hecho de que Lindsay es una mentirosa y Elody es una borracha y Ally tiene un desorden obsesivo compulsivo y yo soy una antisocial, y alguien rompe una ventana para dejar al humo salir, y una fina niebla de lluvia entra, oliendo a césped y cosas frescas, aun cuando estamos en la mitad muerta del invierno. Sin que nadie lo note, estiro mi mano y la dejo descansar en el umbral, disfrutando del aire congelado y la sensación de cientos de pequeños pinchazos de lluvia.

Cierro mis ojos y me prometo a mí misma que nunca olvidaré este momento: el sonido de la risa de mis amigos y el calor de tantos cuerpos y el olor de la lluvia.

Cuando abro mis ojos, me doy el susto de mi vida. Juliet Sykes está parada en la entrada de la puerta, mirándome fijamente.

Ella nos está mirando fijamente, de hecho, a mí, Lindsay, Ally, y Elody, quien ha dejado a Steve y se ha acercado a estar con nosotras. El cabello de Juliet esta hacia atrás en una cola de caballo, y pienso que es la primera vez que veo su rostro realmente.

Es chocante que ella este ahí, pero es incluso más chocante que ella sea bonita. Tiene ojos azules bien separados y pómulos altos, como una modelo. Su piel es perfectamente clara y blanca, no puedo dejar de mirarla fijamente.

La gente la está codeando y empujando porque está bloqueando la salida, pero ella sólo está de pie ahí, mirando fijamente.

Ally se recupera primero y su boca se abre.

—¿Qué…?

Elody y Lindsay se giran para ver qué es lo que nosotras estamos mirando fijamente. Lindsay se pone pálida primero, de hecho se ve asustada, lo cual está más allá de los extraño, pero no tengo tiempo de preguntarme sobre eso porque así de rápido su rostro se pone morado, y se ve realmente lista para arrancarle la cabeza a alguien. Esa es una mirada más natural en ella. Elody comienza a reírse histéricamente hasta que se dobla sobre sí misma y tiene que cubrir su boca con ambas manos.

—No puedo creerlo —ella dice—. No puedo creerlo. —Ella trata de comenzar a cantar—. *Asesina psicótica, qu'est-ce que c'est.*

Pero todas estamos aún choqueadas y no nos unimos.

¿Sabes, como en las películas cuando alguien dice o hace algo inapropiado y el sonido se para y hay un silencio de muerte repentinamente? Bueno, eso no es exactamente lo que paso, pero está cerca. La música no se detuvo, pero como todos en la habitación se dan cuenta del hecho de que Juliet Sykes (Moja camas, rara, y totalmente psicótica) está de pie en el medio de la fiesta dándole a cuatro de las más populares chicas en Thomas Jefferson el ojo apestoso, la conversación decae y un sonido bajo de susurros llena la habitación, creciendo más fuerte y más insistente hasta que es un zumbido constante, hasta que suena como el viento en el océano.

Juliet Sykes finalmente avanza lejos de la puerta y hacia la habitación. Ella camina lenta y seguramente hacia nosotras.

Nunca la había visto lucir tan calmada. Deteniéndose a tres pasos de Lindsay.

—Eres una perra. —ella dice. Su voz es calmada y muy alta, como si estuviera deliberadamente llegando a todos en la habitación. Yo siempre había imaginado que su voz era aguda o ahogada, pero es llena y profunda como la de un chico.

Le toma a Lindsay medio segundo encontrar su voz.

—¿Disculpa? —ella grazna.

Juliet no ha hecho contacto visual con Lindsay desde quinto grado, menos hablarle. Mucho menos insultarla.

—¿Me escuchaste? Una perra. Una chica cruel. Una mala persona. —Juliet se gira hacia Ally después—. Tú eres una perra también. —Hacia Elody—. Tú eres una perra.

Ella gira sus ojos hacia mí y, por un segundo, veo algo brillar ahí, algo familiar, pero así de rápido se ha ido.

—Tú eres una perra.

Estamos todas tan choqueadas que no sabemos cómo responder. Elody se ríe de nuevo nerviosamente, hipa, y se queda callada. La boca de Lindsay se abre y se cierra como la de un pez, pero nada sale. Ally está apretando sus puños como si estuviera pensando en golpear a Juliet en el rostro.

Y aunque yo estoy enojada y avergonzada, la única cosa en la que puedo pensar cuando miro a Juliet es: Nunca supe que eras tan bonita.

Lindsay se recupera. Se inclina de modo que su rostro está a pulgadas del de Juliet. Nunca la había visto tan enojada. Creo que sus ojos se van a salir de su cabeza.

Su boca está torcida en un ladrido, como la de un perro. Por un segundo, ella se ve realmente y verdaderamente fea.

—Prefiero ser una perra que una psicótica —ella sisea, agarrando a Juliet por la camiseta. Saliva sale de su boca, así de enojada está. Empuja a Juliet hacia, y Juliet se golpea contra Matt Dorfman. Él empuja a Juliet de nuevo y ella se inclina hacia Sarah Fishman. Lindsay comienza a gritar:

—Psicótica, psicótica. —Haciendo los sonidos de cuchillos de la película en un alto volumen, y repentinamente todos comienzan a gritar: "¡Psicótica!" Haciendo la imitación de un cuchillo imaginario y a rasguñarla y empujarla hacia todos lados. Elody es la primera en voltear su cerveza en la cabeza de ella, pero todos lo captan también; Lindsay la salpica con vodka, y cuando Juliet se tambalea hacia mí, casi empapada, con los brazos extendidos, tratando de recuperar el equilibrio, tomo una cerveza a medio terminar desde el marco de la ventana y le doy vuelta sobre ella. No me doy cuenta que estoy gritando junto con todos hasta que mi garganta está dolorida.

Juliet mira hacia mí después de que doy vuelta a la cerveza. No puedo explicarlo, es una locura. Pero es casi como una mirada compasiva, como si ella se sintiera mal por mí.

Todo el aire abandona mi cuerpo de golpe, y siento como si hubiera sido golpeada en el estómago. Sin pensarlo, me lanzo hacia ella y la empujo tan fuerte como puedo, y ella se va hacia atrás contra el librero que casi se cae sobre ella. Yo la había empujado de vuelta hacia la puerta, y mientras todos están aun gritando y riendo y chillando "Psicótica", ella corre fuera de la habitación. Se

tiene que apretujar contra Kent. Él estaba justo entrando, probablemente para ver qué es lo que todos estaban gritando.

Trabamos nuestras miradas por un momento. No puedo decir exactamente qué es lo que él está pensando, pero sea lo que sea, no es bueno. Desvío la mirada, sintiéndome acalorada e incómoda. Todos están zumbando con energía ahora, riendo y hablando de Juliet, pero mi respiración no vuelve a la normalidad y siento el vodka quemando mi estomago, quemando por mi garganta. La habitación es sofocante, girando más rápido que antes.

Tengo que salir por aire.

Trato de salir, pero Kent aparece frente a mi rostro y bloquea mi camino.

—¿Qué demonios fue eso? —él exige.

—¿Me dejas pasar por favor? —No estoy en el humor de lidiar con nadie y especialmente no estoy de humor para lidiar con Kent y su estúpida camisa abotonada.

—¿Qué es lo que ella te ha hecho?

Cruzo mis brazos.

—Entiendo. Eres amigo de la psicótica. ¿Es eso?

Él entrecierra sus ojos.

—Un sobrenombre muy inteligente. ¿Lo pensaste por ti misma, o tus amigas tuvieron que ayudarte?

—Sal de mi camino. —Me las arreglo para pasar junto a él, pero él me toma del brazo.

—¿Por qué? —Estamos parados tan cerca que puedo oler que él acaba de comer mentas y ver el lunar en forma de corazón bajo su ojo izquierdo, aun cuando todo lo demás es borroso, como en una piscina. Él me está mirando como si estuviera desesperado por entender algo, y es peor, mucho peor que cualquier cosa por mucho, peor que Juliet o la rabia de él o la sensación de que me voy a enfermar en cualquier segundo.

Trato de sacar su mano de mi brazo.

—No puedes llegar y agarrar a la gente, tú sabes. No puedes llegar y agarrarme, tengo novio.

—Baja la voz, solo estoy tratando de…

—Mira. —Tuve éxito en quitármelo de encima. Sé que estoy hablando alto y rápido. Sé que sueno histérica, pero no puedo evitarlo—. No sé cuál es tu problema, ¿sí? No voy a salir contigo. Nunca saldría contigo ni en un millón de años. Así que puedes parar de estar tan obsesionado conmigo. Quiero decir. No debería ni siquiera saber tu nombre.

Las palabras volaron fuera de mí y es como si me estuvieran estrangulando al salir: repentinamente, no puedo respirar.

Ken me mira fija y duramente. Luego él se inclina más cerca. Por un segundo pienso que va a tratar de besarme y mi corazón se detiene.

Pero sólo pone su boca en mi oído y dice:

—Veo directo a través de ti.

—Tú no me conoces. —Doy un paso atrás, temblando de ira—. No sabes ni una cosa de mí.

Él levanta su mano en rendición y retrocede.

—Tienes razón. No te conozco. —Empieza a alejarse y murmura algo más.

—¿Qué dijiste? —Mi corazón está palpitando tan fuerte en mi pecho que creo que explotará.

Él se gira para verme.

—Dije: "Gracias a Dios".

Me doy la vuelta, deseando no haber tomado prestado un par de tacones de Ally.

La habitación gira conmigo y tengo que estabilizarme contra la barandilla.

—Tu novio está abajo, vomitando en el fregadero de la cocina —Kent grita detrás de mí.

Le enseño el dedo sobre mi hombro sin girarme para ver si está observándome, pero tengo la sensación de que no.

Incluso antes de que baje las escaleras para ver si lo que Kent dijo sobre Rob es cierto, lo sé: hoy no es "la noche" después de todo. La combinación de decepción y alivio es tan abrumadora que tengo que sostenerme en las paredes mientras camino, sintiendo las escaleras moviéndose en espiral debajo de mí como si fueran a desaparecer en cualquier segundo. Hoy no es la noche. Mañana me despertaré y seré exactamente la misma, y el mundo se verá igual, y todo se sentirá y sabrá y olerá igual. Mi garganta se pone tensa y mis ojos empiezan a arder, y lo único en lo que puedo pensar en este momento es que todo es culpa de Kent. De Kent y de Juliet Sykes.

* * * *

Media hora más tarde, la fiesta comienza a calmarse. Adentro, alguien había arrancado las luces de navidad de las paredes y están arrastrándose por el piso como una víbora, iluminando las pizcas de polvo en los rincones.

Me siento mejor ahora, más como yo misma.

—Siempre hay un mañana —me dice Lindsay, cuando le cuento sobre Rob, y repito la frase una y otra vez en mi cabeza como un mantra: *Siempre hay un mañana, siempre hay un mañana.*

Paso veinte minutos en el baño, primero lavándome la cara y luego re aplicándome el maquillaje, aunque mis manos están inestables y mi cara se mantiene duplicándose en el espejo. Cada vez que me pongo maquillaje, me recuerda a mi madre (yo solía observarla explotar su vanidad, alistándose para sus citas con mi padre), y eso me tranquiliza. *Siempre hay un mañana.*

Es el momento de la noche que más me gusta, cuando la mayoría de las personas están dormidas y se siente como si el mundo entero nos perteneciera a

mis amigas y a mí. Es como pensar que nada existe además de nuestro pequeño círculo: todo lo demás es oscuridad y silencio.

Me voy con Elody, Ally y Lindsay. La multitud está reduciéndose mientras la gente se va, pero aún es difícil moverse. Lindsay se mantiene gritando: "¡Disculpen, disculpen, muévanse, emergencia femenina!". Años atrás descubrimos en un concierto de Poughkeepsie para menores de dieciocho, que nada hace que se despeje la gente más rápido que referirse a una emergencia femenina. Es como si la gente creyera que se contagiarán.

En nuestro camino, pasamos a personas enrollándose en los rincones y presionados contras la caja de las escaleras. Detrás de puertas cerradas, escuchamos los amortiguados sonidos de gente riéndose tontamente. Elody golpea su puño contra cada puerta y grita: "¡Sin condón no hay amor!". Lindsay se da la vuelta y le dice algo a Elody, y Elody se calla y me mira de manera culpable. Quiero decirle que no me importa. No me importa Rob ni el haberme perdido mi oportunidad ni nada de eso, pero repentinamente, estoy demasiado cansada para hablar.

Vemos a Brianna McGuire sentada en el borde de la bañera y con la puerta un poco abierta. Tiene la cabeza en sus manos y está llorando.

—¿Qué le pasa? —digo, tratando de pelear contra la sensación de sumergirme en mi propia cabeza, la sensación de mis palabras viniendo desde la distancia.

—Ella dejó a Alex. —Lindsay me agarra por el codo. Parece sobria pero sus pupilas se ven enormes y las partes blancas de sus ojos están inyectadas de sangre—. No lo creerás. Descubrió que la Nazi de la Nicotina arrestó a Alex y a Katie juntos. Se suponía que él estaba en una cita con el doctor. —Ella lanza una mirada hacia Brie. La música sigue, así que no podemos escuchar a Brianna, pero sus hombros se sacuden como si se estuviera convulsionando—. Estará mejor sin él. Cabrón.

—¡Todos son unos cabrones! —dice Elody alzando su cerveza y derramando un poco. Ni siquiera creo que sepa de qué estamos hablando.

Lindsay toma su copa y la pone en una mesa, encima de una gastada copia de *Moby Dick*. También se mete en el bolsillo una pequeña figura de cerámica: una pastorcita con cabello rizado y rubio, y pestañas pintadas. Ella siempre se roba algo de las fiestas. Los llama sus "recuerdos".

—Más le vale no vomitar en el Tanque —dice en un susurro, inclinando su cabeza de vuelta hacia Elody.

Rob está tumbado en un sofá en el primer piso, pero se las arregla para agarrar mi mano cuando paso cerca y trata de jalarme encima de él.

—¿Adónde vas? —dice. Sus ojos están desenfocados y su voz es ronca.

—Vamos, Rob. Déjame ir. —Lo empujo lejos de mí. Esto también es su culpa.

—Se supone que íbamos a... —Su voz se desvanece y sacude la cabeza, confundido, entonces entrecierra los ojos hacia mí—. ¿Me estás engañando?

—No seas estúpido.

Quiero rebobinar la noche entera, rebobinar las pasadas semanas, regresar al momento en que Rob se inclinó hacia mí, puso su barbilla en mi hombro y me dijo que quería dormir a mi lado; regresar a ese silencioso momento en la habitación oscura con la televisión azul y enmudecida delante de nosotros, y el sonido de su respiración, y con mis padres durmiendo en el segundo piso; regresar al momento en el que abrí mi boca, y escuchar: "Yo también quiero".

—Lo estás. Me estás engañando. Lo sabía. —Se tambalea hacia sus pies y mira alrededor de manera salvaje. Chris Harmon, uno de los mejores amigos de Rob, está de pie en una esquina riendo de algo y Rob va tambaleándose hacia él.

—¿Estás saliendo con mi novia, Harmon? —Rob vocifera y empuja a Chris. Chris tropieza y se golpea contra la estantería de libros. Una figura de cerámica cae, se hace añicos y una chica grita.

—¿Estás loco? —Chris salta sobre Rob y repentinamente están agarrados, luchando, moviéndose por la habitación y golpeando cosas, gruñendo y gritando. De alguna manera, Rob tira a Chris sobre sus rodillas y luego ambos están en el suelo. Las chicas están chillando y quitándose del camino. Alguien grita: "¡Mira la cerveza!" justo antes de que Rob y Chris rueden contra la entrada de la cocina, donde está situado el barril.

—Vámonos, Sam. —Lindsay aprieta mis hombros desde atrás.

—No puedo sólo dejarlo —digo, aunque parte de mí quiere hacerlo.

—Él está bien. Mira… se está riendo.

Estaba en lo cierto. Él y Chris habían hecho una lucha y estaban tirados en el suelo, riendo como locos.

—Rob va a estar tan molesto —digo, y sé que Lindsay sabe que estoy hablando de algo más que de la fiesta.

Me da un abrazo rápido.

—Recuerda lo que te dije. —Ella empieza con el sonsonete—: Sólo piensa en el mañana, ponle fin a las telarañas y al dolor…

Por un momento, mi estomago se aprieta, pensando que ella se está burlando de mí, pero es sólo una coincidencia. Lindsay no me conocía cuando era pequeña, ni siquiera me hablaba por aquel entonces. No tiene forma de saber que solía encerrarme en mi cuarto con la banda sonora de Annie y la cantaba a todo pulmón hasta que mis padres me amenazaron con tirarla a la calle.

Empiezo a repetir la melodía en mi cabeza y sé que la voy a estar cantando por días. Mañana, mañana, te amaré, mañana. Es preciosa, si realmente piensas en ella.

—Una mala fiesta, ¿eh? —dice Ally, poniéndose a mi lado. A pesar de que sé que está enfadada porque Matt Wilde no vino, me alegro de que lo diga.

El sonido de la lluvia es más fuerte de lo que pensé que sería y eso me asusta. Por un momento, nos encontramos bajo el alero del porche, mirando nuestro aliento condensarse en nubes, abrazándonos a nosotras mismas. Está

helando. El agua está cayendo en corrientes constantes en los aleros. Christopher Tomlin y Adam Wu están lanzando botellas vacías de cerveza al bosque. De vez en cuando oímos a una hacerse añicos, y el sonido vuelve a nosotras como un disparo.

La gente está riendo, gritando y corriendo bajo la lluvia, la cual cae tan fuertemente que parece como si estuviera derritiendo todo lo demás. No hay vecinos que llamen a la policía en millas. La hierba se agita, mostrando grandes pozos de barro negro. Unas luces parpadean en la distancia, se encienden, se apagan, se encienden, se apagan, como si el coche estuviera recorriendo el sendero hacia la Ruta 9.

—¡Corran! —grita Lindsay, y siento cómo Ally tira de mí y entonces corremos, gritando, la lluvia nos ciega chorreando por nuestras chaquetas, con el barro rezumando en nuestros zapatos, perdidas en la lluvia.

En el momento en que llegamos al coche de Lindsay, realmente no me importa lo mala que resultó ser la noche. Nos estamos riendo histéricamente, empapadas y temblando, espabiladas por el frío y la lluvia. Lindsay chilla sobre la marca mojada en su asiento de cuero y sobre el barro en el suelo, Elody pide que vayamos a Mic por huevos y queso y se queja de que yo alguna vez saldré disparada *[Nt: por no llevar cinturón de seguridad]*, y Ally le está gritando a Lindsay para que encienda el calentador y amenaza con caerse muerta allí mismo de una neumonía.

Supongo que es así como empezamos a hablar acerca de ello: morir, quiero decir. Me imaginé que Lindsay conduciría bien, pero me doy cuenta de que va más rápido que de costumbre por este horrible y largo camino de entrada. Los arboles parecen esqueletos desnudos a cada lado del coche, gimiendo en el viento.

—Tengo esta teoría —digo mientras Lindsay patina en la Ruta 9 y los neumáticos chirrían contra el asfalto negro. El reloj del salpicadero se ilumina: 12:38—. Tengo esta teoría de que antes de morir ves tus grandes éxitos, ¿saben? Las mejores cosas que has hecho.

—Duke, nena —dice Lindsay, y quita una mano del volante para alzar un puño al aire.

—La primera vez que conecté con Matt Wilde —dice Ally inmediatamente.

Elody gime y se inclina hacia delante, para alcanzar el iPod.

—Música, por favor, antes de que me mate a mí misma.

—¿Puedes darme un cigarrillo? —pide Lindsay, y Elody le enciende la colilla que estaba sosteniendo. Lindsay baja la ventanilla y la helada lluvia entra. Ally comienza a quejarse del frío otra vez.

Elody pone *"With or Without You"*, para amortiguar a Ally, ya que está harta de sus quejas. Ally la llama perra y desabrocha su cinturón de seguridad para inclinarse hacia delante y trata de agarrar el iPod. Lindsay se queja de que alguien le dio un codazo en el cuello. El cigarrillo se le cae de la boca y aterriza

entre sus muslos. Comienza a maldecir y a intentar quitar las cenizas del cojín del asiento, y Elody y Ally todavía se están peleando, estoy tratando de hablar con ellas, recordándoles la vez que hicimos ángeles de nieve en mayo. El reloj luce: 12:39. Las ruedas patinan sobre el asfalto mojado y el coche está lleno de humo de cigarrillo, pequeñas volutas de humo se alzan como fantasmas en el aire.

Luego todo ocurre como un flash blanco enfrente del coche. Lindsay grita algo, palabras que no puedo descifrar, algo como "siéntense", o "mierda" o "miren", y de repente el coche vuelca en la carretera hacia la boca negra del bosque. Oigo un horrible sonido chirriante, metal sobre metal, vidrio rompiéndose, el coche plegándose en dos, y huelo a fuego. Tengo tiempo de preguntarme dónde puso Lindsay su cigarrillo.

Y entonces.

Entonces es cuando sucede. El momento de la muerte está lleno de golpes y sonidos, y del dolor más grande que nada, una chimenea de ardiente calor partiéndome en dos, algo marchitando, quemando y desgarrando, y si el gritar fuera un sentimiento, sería este.

Después, nada.

Sé que algunos estarán pensando que tal vez me lo merecía. Tal vez no debería haber enviado esa rosa a Juliet o haberle tirado mi bebida en la fiesta. Tal vez no debería haber copiado el examen de Laurent Lornet. Tal vez no debería haberle dicho esas cosas a Kent. Probablemente algunos pensarán que me lo merecía porque iba a permitir a Rob recorrer todo el camino, porque no iba a guardarme.

Pero antes de señalarme con el dedo, pregúntate esto: ¿es lo que hice tan malo? ¿Tan malo para merecerme morir? ¿Tan malo para merecerme morir así?

¿Es realmente mucho peor de lo que hacen los demás?

¿Es realmente mucho peor de lo que haces tú?

Piensa en ello.

DOS

En mi sueño, sé que estoy cayendo, aunque no hay un arriba y abajo, no hay paredes o lados, ni techos, sólo la sensación de frío, y oscuridad en todas partes. Estoy tan asustada que podría gritar, pero cuando abro la boca, no pasa nada, y me pregunto, si caes por siempre jamás y nunca tocas tierra: ¿Es eso seguir cayendo?

Pienso que voy a caer por siempre.

Un ruido puntualiza el silencio, un pequeño sonido haciéndose más fuerte cada vez hasta que es como una hoja de metal cortando el aire, cortándome a mí.

Luego despierto.

Mi alarma ha estado sonando por 20 minutos, son las 6:50 am.

Me siento en la cama, deshaciéndome del cobertor, estoy empapada en sudor aunque mi habitación esta fría. Mi garganta está seca y estoy desesperada por agua, como si hubiera estado corriendo un maratón.

Por un segundo, mientras veo alrededor en mi habitación todo se ve borroso y un poco distorsionado, como si no viera mi habitación si no un acetato de ésta que ha sido puesto incorrectamente y las esquinas no coinciden con la real. Luego la luz cambia y todo se ve en su lugar de nuevo.

Todo regresa de una a mí, y la sangre empieza a golpear en mi cabeza: la fiesta, Juliet Sykes, la pelea con Kent...

—¡Sammy! —Mi puerta se abre, chocando contra la pared e Izzy atraviesa la habitación corriendo, pisando mis cuadernos, mis pantalones usados y mi blusa de "Team Pink " de Victoria´s Secret. Algo parece estar mal, algo está en los límites de mis recuerdos, pero luego desaparece e Izzy salta a mi cama, poniendo sus brazos alrededor de mí. Están calientes. Ella apuña su mano alrededor del collar que siempre uso, una cadena delgada de oro con un pequeño talismán de un pájaro colgando de ella, un regalo de mi abuela, Izzy jala ligeramente.

—Mamá dice que tienes que levantarte. —Su aliento huele a crema de cacahuate, y no es hasta que la quito de encima de mí que me doy cuenta que estoy temblando.

—Es sábado —digo. No tengo idea de cómo llegué a casa la noche anterior. No tengo idea de que les pasó a Lindsay o Elody o Ally. Y sólo pensarlo me hace sentir mal.

Izzy empieza a reírse como loca y se baja de la cama de un salto.

—¡Mami, Sammy no se quiere levantar! —dice mi nombre como "Thammy".

—¡No me hagas subir, Sammy! —La voz de mi mamá hace eco desde la cocina.

Pongo mis pies en el piso. Sentir la madera fría me hace sentir más segura.

Cuando era menor, me acostaba en el piso todo el verano cuando papá se negaba a prender el aire acondicionado; era el único lugar que permanecía frío, Estoy tentada a hacer lo mismo ahora. Me siento afiebrada. Rob, la lluvia, el sonido de botellas rompiéndose en el bosque...

Mi teléfono suena haciéndome brincar. Lo alcanzo y lo abro. Hay un nuevo mensaje de Lindsay. "Estoy afuera. ¿Dónde estás?"

Cierro mi teléfono rápido, pero no antes de ver la fecha parpadeando, viernes 12 de febrero. Ayer. Otro sonido, otro texto.

"¡No me hagas enojar en el día de Cupido, perra!"

De repente, me siento como si me moviera bajo el agua, como si no pesara nada, o viéndome a mí misma desde lejos. Trato de levantarme, pero cuando lo hago el fondo de mi estómago se quiere salir y tengo que correr al baño del pasillo, con las piernas temblando, seguro voy a vomitar. Me encierro y me pongo sobre el excusado. Mi estómago se contrae pero no sale nada. El carro, la volcadura, los gritos...

Ayer.

Oigo las voces en el pasillo, pero el agua está haciendo un ruido tan fuerte que no puedo oír lo que dicen. No es hasta que alguien empieza a tocar la puerta que me enderezo y grito:

—¡¿Qué?!

—Sal de la ducha, no hay tiempo. —Es Lindsay, mamá la dejó entrar.

Abro la puerta un poco y ahí está ella, su gran chamarra acolchada cerrada hasta la barbilla, se ve enojada. Estoy feliz de verla aún así. Se ve tan normal, tan familiar.

—¿Qué pasó ayer en la noche? —pregunto.

Ella hace un gesto por un segundo.

—Sí. Siento eso, no pude llamarte de nuevo. No colgué el teléfono con Patrick como hasta las 3 a.m.

—¿Llamarme de nuevo? —Sacudo la cabeza—. No, quiero decir...

—Está molesto porque sus padres van a Acapulco sin él. —Rueda los ojos—. Pobre bebé. Te juro, Sam, que los chicos son como mascotas: aliméntalos, hazles cariños y ponlos en la cama. —Se acerca un poco—. Hablando de eso, ¿estás emocionada por esta noche?

—¿Perdón? —Ni siquiera sé de lo que está hablando. No entiendo sus palabras, se mezclan. Me estoy sosteniendo del toallero, por miedo a caer. La ducha está muy caliente y hay un vapor denso en todos lados que empaña el espejo, condensándose en los azulejos.

—Tú, Rob, algunas Miller Lite [1] y sus sábanas de franela. —Se ríe—. Muy romántico.

—Tengo que bañarme. —Trato de cerrar la puerta, pero ella interpone su codo en un segundo y entra al baño.

—¿Aún no te has bañado? —Sacude la cabeza—. Oh, oh, de ninguna manera. Vas a tener que salir sin bañarte.

Se acerca a la regadera y cierra la llave de agua, luego me toma de la mano y me saca al pasillo.

—Aunque, definitivamente, necesitas maquillaje —dice viendo mi cara—. Te ves mal, ¿tuviste pesadillas?

—Algo así.

—Tengo mi maquillaje en el maletero. —Desabrocha el abrigo y veo un poco de peluche blanco que sale del escote: Nuestras blusas del día de Cupido. De repente siento la necesidad de sentarme y reír, y tengo que aguantarme para no montar un episodio ahí mismo mientras Lindsay me mete a mi habitación.

—Vístete —dice, y saca su celular, probablemente para mandar un mensaje a Elody diciéndole que llegaremos tarde. Me ve por un segundo y luego suspira dándose la vuelta.

—Espero que a Rob no le importe —dice y lanza una risita, empiezo a ponerme mi ropa, la blusa, la falda, las botas. De nuevo.

---

[1] Marca de cerveza

¿Esta camisa de fuerza hace que mi trasero se vea grande?

Cuando Elody entra al auto, se inclina para agarrar su café, y el olor de su perfume (el atomizador corporal de frambuesa que ella aún compra religiosamente de The Body Shop [1] en el centro comercial, aunque dejó de ser genial en séptimo grado), es tan real, agudo y familiar que tengo que cerrar mis ojos, abrumada.

Mala idea. Con los ojos cerrados, veo las hermosas y cálidas luces de la casa de Kent, alejándose en el espejo retrovisor, y los suaves y brillantes árboles oscuros amontonándose a cada lado de nosotras como esqueletos. Huelo a quemado. Escucho a Lindsay gritar y siento mi estomago salirse mientras el carro se tambalea a un lado, los neumáticos chirriando...

—Mierda.

Abro mis ojos de golpe cuando Lindsay se desvía para esquivar a una ardilla. Ella tira su cigarro por la ventana y el olor a humo es extrañamente doble: no estoy segura de si estoy oliéndolo, recordándolo, o ambos.

—Tú realmente eres la peor conductora —Elody se ríe tontamente.

—Ten cuidado, por favor —murmuro.

Estoy agarrando los costados de mi asiento sin querer.

—No te preocupes. —Lindsay se inclina y le da palmaditas a mi rodilla—. No dejaré que mi mejor amiga muera virgen.

Estoy desesperada por revelarle todo a Lindsay y a Elody en este momento, de preguntarles qué me pasó (qué nos pasó) pero no puedo pensar en ninguna manera de decirlo.

Estuvimos en un accidente automovilístico después de una fiesta que todavía no ha sucedido.

Pensé que morí ayer. Pensé que morí hoy.

Elody debe pensar que estoy callada porque estoy preocupada por Rob. Ella enrolla sus brazos alrededor del respaldo de mi asiento y se inclina hacia delante.

—No te preocupes, Sam. Estarás bien. Es sólo como montar en bicicleta —dice Elody.

Trato de forzar una sonrisa, pero apenas puedo concentrarme. Parece como si hubiera pasado mucho tiempo desde que fui a la cama imaginando estar lado a lado con Rob, imaginando la sensación de sus frescas y secas manos. Pienso en él causándome dolor, y mi garganta amenaza con cerrarse. Repentinamente, no puedo esperar para verlo, no puedo esperar para ver su tramposa sonrisa y su gorra de los Yankees e incluso su sucio muletón que siempre huele un poco como a sudor de chico hasta después de que su mamá lo hace lavarlo.

—Es como montar a caballo —Lindsay corrige a Elody—. Serás una campeona de listón azul en poco tiempo, Sammy.

—Siempre olvido que tú solías montar a caballo. —Elody abre de un tirón la tapa de su café y sopla el vapor.

—Cuando tenía, como, siete años —digo, antes de que Lindsay pueda convertir esto en una broma. Creo que si ella empieza a divertirse a costa mía ahora, realmente lloraré. Nunca podría explicarle la verdad a ella: que montar a caballo era mi cosa favorita en el mundo. Amaba estar sola en los bosques, especialmente a finales de otoño, cuando todo es crujiente y dorado, las hojas son del color del fuego, y huele como si todo se convirtiera en tierra. Amaba el silencio de ello, el único sonido es el constante golpeteo de las pezuñas y la respiración de los caballos.

Sin teléfonos. Sin risas. Sin voces. Sin casas.

Sin autos.

Bajo la visera para mantener el resplandor fuera de mis ojos, y en el espejo puedo ver a Elody sonriéndome. Quizá le diré lo que me está pasando, pienso, pero al mismo tiempo, sé que no lo haré. Ella pensaría que estoy loca. Todos lo pensarían.

Me mantengo callada y miro afuera de la ventana. La luz es débil y de aspecto acuoso, como si el sol se hubiera derramado sobre el horizonte y estuviera demasiado cansado para limpiarse. Las nubes son tan nítidas y puntiagudas como agujas. Observo a tres cuervos negros irse simultáneamente de un cable de teléfono, y deseo poder irme yo también, elevarme, hacia arriba, arriba, y ver el suelo alejarse de mí de la manera en que lo hace cuando estás en un aeroplano, doblándose y comprimiéndose como una figura de origami, hasta que todo estuviera plano y brillantemente coloreado, hasta que el mundo entero fuera un dibujo de sí mismo.

—La canción, por favor —dice Lindsay, y yo rebusco hasta encontrar el de Mary J. Blige, entonces me reclino y trato de no pensar en nada excepto en la música y el ritmo.

Y mantengo mis ojos abiertos.

* * * *

Para cuando entramos al camino que rodea el área superior del estacionamiento y baja hacia el terreno de la facultad y el callejón de los de último año, estoy sintiéndome realmente mejor, aunque Lindsay está echando maldiciones y Elody quejándose de que otra llegada tarde le hará ganarse un viernes de detención y ya han pasado dos minutos después de la primera campana.

Todo se ve tan normal. Sé que, porque es viernes, Emma McElroy vendrá de la casa de Matt Danzig y estoy bastante segura de que allí está ella, agachándose a través de una parte recortada de la valla. Sé que Peter Kourt traerá puestos un par de Nike Air Force que ha tenido durante un millón de años porque los usa todos los días, aunque tienen tantos agujeros que puedes ver el color de los calcetines que trae puestos (usualmente negros). Observo pasar sus zapatos velozmente, mientras él se apresura hacia el edificio principal.

Ver todas estas cosas me hace sentir mil veces mejor, y empiezo a creer que tal vez todo lo de ayer (todo lo que sucedió) fue sólo una especie de extraño y largo sueño.

Lindsay circula por el callejón de los de último año, aunque hay cero oportunidades de encontrar un lugar. Es una religión para ella. Mi estómago se hunde cuando pasamos el tercer sitio de la cancha de tenis, y ahí está el Chevrolet marrón de Sarah Grundel con su estampilla del equipo de natación Thomas Jefferson (y hay otra, más pequeña, que dice "Mójate") mirándome desde el parachoques. Pienso: ella consiguió el último lugar porque nosotras estamos muy retrasadas, y tengo que apretar las uñas en las palmas de mis manos y repetirme a mí misma que únicamente he estado soñando, que nada de esto sucedió antes.

—No puedo creer que tenemos que caminar 350 metros —dice Elody, haciendo pucheros—. Ni siquiera tengo una chaqueta.

—Tú eres la que salió de su casa semidesnuda —dice Lindsay—. Es febrero.

—No sabía que estaría afuera.

Pasamos por los campos de soccer a nuestra derecha mientras damos la vuelta de regreso al terreno superior. A estas alturas del año, los campos están todos revueltos, sólo con lodo y unas cuantas áreas de césped marrón.

—Siento como si estuviera teniendo un déjà vu —dice Elody—. Escenas retrospectivas de primer año, ¿sabes?

—Yo he estado teniendo un déjà vu toda la mañana —digo impulsivamente antes de poder detenerme. Instantáneamente, me siento mejor, segura de que de esto se trata, de un déjà vu.

—Déjame adivinar. —Lindsay se lleva una mano a las sienes y frunce el ceño, fingiendo concentrarse—. Estás teniendo retrospectivas de la última vez que Elody estuvo así de irritante antes de las nueve de la mañana.

—¡Cállate! —Elody se inclina, golpea el brazo de Lindsay y ambas empiezan a reír. Yo sonrío también, aliviada de haber dicho las palabras en voz alta. Tiene sentido: una vez en un viaje a Colorado, mis padres y yo escalamos casi cinco kilómetros hacia una pequeña cascada que caía en medio de los árboles. Los árboles eran grandes y viejos, todos eran pinos. Las nubes estaban atravesando el cielo como hilos de caramelo. Izzy era demasiado pequeña para caminar o hablar, y estaba montada en el canguro portabebés que mi papá traía, y ella se mantuvo levantando sus diminutos y gordos puños como si quisiera agarrar las nubes.

En fin, mientras estábamos ahí de pie observando el rocío del agua en las rocas, yo tuve loca sensación de que eso había pasado antes, desde el olor de las naranjas que mi mamá estaba pelando y el reflejo exacto de los árboles en la superficie del agua. Estaba segura. Se convirtió en la gran broma del día, porque yo me había quejado sobre tener que escalar casi cinco kilómetros, y cuando les dije a mis padres que estaba teniendo un déjà vu, ellos estuvieron riendo y diciendo que sería realmente un milagro si yo hubiera estado de acuerdo en caminar tanto alguna vez en mi vida pasada.

Supongo que mi punto es que yo estaba segura entonces, así de segura como me siento ahora.

—¡Ooo! —Elody chilla y empieza a buscar en su bolso. Saca un paquete de cigarros y dos tubos vacíos de brillo labial, además de un deformado rizador de pestañas—. Casi olvido tu obsequio.

Arroja el condón al asiento delantero, y Lindsay aplaude y da saltitos en su asiento cuando yo lo agarro.

—¿Sin condón no hay amor? —digo, arreglándomelas para sonreír.

Elody se inclina y me besa en la mejilla, dejando un aro de brillo labial rosa.

—Vas a estar estupenda, niña.

—No me llames así —digo y echo el condón en mi mochila. Salimos del auto y el aire es tan frío que siento escozor en los ojos y se me comienzan a humedecer. Ignoro la mala sensación que zumba a través de mí, y pienso. Este es mi día, este es mi día, este es mi día, de manera que no pueda pensar en nada más.

---

[1]The Body Shop es el nombre de una marca de productos de belleza y de las tiendas donde los venden.

* * * *

Leí una vez que tienes un déjà vu cuando las dos mitades de tu cerebro procesan las cosas a velocidades diferentes: la mitad derecha unos segundos antes que el de izquierda, o viceversa. La ciencia probablemente es mi peor asignatura, por lo que yo no entendí el artículo entero, pero eso explicaría la doble sensación que te deja, como si el mundo o tú, estuviera dividido en dos partes.

Es así lo que yo siento, por lo menos: como si hubiera un verdadero yo y un reflejo de mí, y no tengo forma de saber cuál. Al igual que el día tiene una sombra.

La cosa sobre el vu del déjà es que siempre pasa muy rápidamente, treinta segundos, un minuto a lo sumo.

Pero esto no pasa.

Todo es lo mismo: Eileen Cho chillando sobre sus rosas a primera hora y Samara Phillips inclinada y canturreando: "Realmente te amo". Las mismas personas pasando de largo por los pasillos, al mismo tiempo. Richard Lint derramando todo su café en el pasillo de nuevo, y Carol Lin empieza a gritarle de nuevo al verlo.

Incluso sus palabras son las mismas.

—¿Se te cayó en la cabeza demasiadas veces o algo parecido? —Tengo que admitir que es bastante divertido, aunque sea la segunda vez. Incluso me siento como si estuviera loca, y aun así siento ganas de gritar.

Pero aún son más raros los pequeños pitidos y arrugas, que han cambiado alrededor de Sarah Grundel, por ejemplo. De camino a mi segunda hora, la veo de pie contra un banco junto a los armarios, girando sus gafas alrededor de su dedo índice y hablando con Wendy Hale. Mientras camino, capto sólo un poco de su conversación.

—...Muy emocionada. Quiero decir, el entrenador dice que aún podría bajar mi propio tiempo todavía medio segundo más.

—Aún faltan dos semanas antes de las semifinales. Puedes hacerlo totalmente.

Me detengo en seco cuando la oigo. Ella me ve mirándola y se siente muy incómoda. Se alisa el pelo y se tira de la falda que está montada en su cintura.

Entonces, ella se gira.

—¿Eh, Sam? —ella dice. Tirando de nuevo de su falda.

—¿Eras tú? —Tomo una respiración profunda para impedir tartamudear como una idiota—. ¿Qué, estás hablando de semifinales? ¿Para el equipo de natación?

—Sí. —La cara de Sarah se ilumina—. ¿Vas a venir?

Aunque me estoy volviendo loca, todavía se me ocurre que esta es una pregunta realmente estúpida. Nunca he ido a una competición de natación en mi vida y la idea de sentarme en un suelo de azulejos viscosos y ver a Sarah Grundel chapotear en traje de baño es tan atractiva como ver hacer tallarines chinos en la Cocina de Hunan. Para ser honesta, el único acontecimiento deportivo que he ido en mi vida es la bienvenida, hace cuatro años y todavía no entiendo ninguna de sus reglas. Lindsay normalmente suele traer alguna botella de algo para compartir con nosotras cuatro, por lo que podía tener algo que hacer con ello.

—Pensaba que no estabas compitiendo. —Me esfuerzo por parecer casual—. He oído algunos rumores... como que tal vez llegaron tarde y el entrenador se extrañó...

—¿Oíste un rumor? ¿Sobre mí? —Los ojos de Sarah se ensanchan y me mira como si acabara de entregarle un billete de lotería ganador. Supongo ella tiene como filosofía de vida "la prensa no es mala prensa."

—Supongo que estaba equivocada. —Creo que de ver su coche el tercero comenzando-por-el final y siento el calor inundando mi cara. Claro que ella no llegaba tarde hoy. Por supuesto, aún está compitiendo. Y no tuvo que caminar hasta el terreno superior hoy. Ella llegaba tarde ayer.

Mi cabeza empieza a golpear y de pronto sólo quiero salir de allí.

Wendy me mira raro.

—¿Estás bien? Te ves muy pálida.

—Sí. Bien. El sushi me sentó mal. —Pongo una mano sobre las taquillas para no perder el equilibrio. Sarah empieza a balbucear sobre una vez que se intoxicó con la comida rápida del centro comercial, pero yo ya me estoy alejando, mientras siento cómo el pasillo está girando y está tragándome hacia abajo.

El déjà vu. Es la única explicación.

Si repites algo lo suficiente, puedes casi creértelo tú misma.

Me siento tan sacudida casi me olvido de que Ally me está esperando en el baño en el ala de ciencias. Entro en el sitio y giro la tapa de un inodoro, me siento allí mientras balbucea, sólo la escuchaba a medias. Recuerdo algo que dijo una vez la señora Harbor de una de sus tangentes locas en inglés: que Platón creía que el mundo entero, todo lo que podemos ver, era como sombras sobre la pared de una cueva. En realidad, no podemos ver realmente las cosas,

lo que vemos es la proyección de la sombra, como si estuviéramos viendo la impresión de la cosa antes que la propia cosa.

Déjame decirte algo: esto es lo que no tienes que estar pensando cuando tu vida entera está desmoronándose. 1º- En locos profesores de inglés que son siempre aleatorios y 2º- en los filósofos griegos.

—¿Hola? ¿Por casualidad me escuchas?

Ally repiquetea la puerta y miro hacia arriba, sorprendida. Me doy cuenta de que KC = WT está garabateado en el interior de la puerta. A continuación se lee una nota más pequeña: "Volver al remolque, ho."

—Dijiste que muy pronto tendrás que comprar sujetadores en la sección de maternidad —digo de forma automática. Por supuesto no estaba escuchando de verdad. No esta vez, de todas formas.

Me pregunto, vagamente, ¿por qué Lindsay ha venido hasta aquí para escribir en la pared del baño?, ¿por qué era importante para ella?, quiero decir. Ya había escrito una docena de veces en los compartimentos al otro lado de la cafetería, y ese es el baño que todo el mundo utiliza. Ni siquiera estoy segura de por qué no le gusta a Katie, y me recuerda que aún no sé cuando tampoco empecé a odiar tanto a Juliet Sykes. Es extraño cómo puedes conocer a alguien sin saberlo todo. Creía que a algunos, habían llegado a conocerlos bien.

Me levanto y giro la puerta que abierta, mientras apunto el grafiti.

—¿Cuándo hizo esto Lindsay?

Ally rueda sus ojos.

—No lo hizo. Un imitador.

—¿En serio?

—Uh—huh. Hay una en el vestuario de las chicas también. El imitador. —Recoge su cabello en una cola de caballo y empieza a apretar los labios para hacerlos hinchar—. Es inútil. No podemos hacer nada en esta escuela sin que todos hagan lo mismo.

—Inútil. —Paso mis dedos encima de las palabras. Son espesas y negras, hechas con marcador permanente, como gusanos. Me pregunto, en pocas palabras, si Katie usa este baño.

—Tenemos que interponer una demanda por infracción de copyright. ¿Te imaginas? Veinte dólares por cada vez que alguien las suplante de nuestro estilo. Estaríamos encantadas. —Se ríe—. ¿Lo acuñamos?

Ally guarda un paquete de Altoids [1]. A pesar de que ella es todavía virgen, y será, para un futuro previsible (o por lo menos hasta que vaya a la universidad), ya que está completamente obsesionada con Matt Wilde, e insiste en tomar píldoras anticonceptivas, que ella guarda junto al arrugado papel del paquete de pastillas mentoladas. Dice que es para que su padre no las encuentre, pero todo el mundo sabe que le gusta enseñarlas en clase para que todos piensen que está teniendo relaciones sexuales. No es que nadie se deje engañar. Thomas Jefferson es pequeño: y se saben estas cosas.

Una vez Elody le dijo a Ally ella tenía "halitosis del embarazo" y todos nosotros moriríamos con él. Fue en tercero de secundaría y todos estábamos recostados sobre la cama elástica de Ally. Fue el sábado por la mañana después de que ella hubiese tenido una más de sus buenas fiestas. Todos teníamos un de poco resaca, con nuestros confusos cerebros, rellenos con todas las tortitas y bacón que habíamos dejado alegremente, abajo en el comedor. Me quedé allí mientras el trampolín bajaba y oscilaba, cerrando los ojos contra el sol, deseando que el día nunca se acabara.

Suena la campana y Ally grita:

—¡Ooh! Vamos a llegar tarde.

---

[1]Altoids: son una marca de pastillas para el aliento.

* * * *

Una vez más ese pozo se abre en mi estómago. Una parte de mí está tentada de ocultarse todo lo que resta de día en el baño, pero no puedo.

Sé que sabes lo que sucede después. Que llego al final de la clase de química. Que tomo el último asiento al lado de Lauren Lornet. El Sr. Tierney pasa una prueba con tres preguntas. ¿Sabes qué es lo peor? Que ya he visto el cuestionario antes y sigo sin saber las respuestas.

Pido prestado un bolígrafo. Lauren comienza a susurrarme, quiere saber si el bolígrafo funciona bien. El Sr. Tierney ruge.

Saltan todos menos yo.

Clase. Timbre. Clase. Timbre.

Loca. Voy a volverme loca.

En el momento en que las rosas deben ser entregadas en la clase de matemáticas me tiemblan las manos.

Trago una bocana de aire profunda antes de abrir la tarjeta que me envió Rob. Me imagino que dirá algo increíble, algo sorprendente, que hará que todo sea mejor. Algo como: *eres tan hermosa, Sam*, o, *estoy tan feliz de estar contigo*, o *te quiero Sam.*

Levanto la esquina de la tarjeta con cuidado y le echo un vistazo.

I Luv...

Cierro la tarjeta rápidamente y la meto en mi mochila.

—Vaya. Es hermoso.

Miro hacia arriba. La muchacha vestida como un ángel está de pie, mirando la rosa que acaba de poner en el escritorio: pétalos de color crema, arremolinados juntos, como un helado. Ella todavía tiene la mano tendida y pequeñas venas azules se entrecruzan en su piel como una telaraña.

—Hazle una foto. Durará más tiempo —le comento. Ella se sonroja tanto como las rosas que está sosteniendo y tartamudea una disculpa.

No me molesto en leer la nota adjunta a éstas, y durante el resto de la clase mantengo los ojos pegados a la pizarra para evitar cualquier signo de Kent. Estoy tan concentrada en no mirarle que casi me pierdo cuando el Sr. Daimler me guiña el ojo y sonríe.

Casi.

Después de la clase, Kent me alcanza, agitando las rosas color crema que yo había dejado deliberadamente en mi escritorio.

—Olvidaste esto —dice. Como siempre, su cabello le cae sobre uno de los ojos—. Está bien, ya puedes decírmelo: son increíbles.

—No las he olvidado. —Estoy luchando por no mirarle—. No las quiero.

Le echo un vistazo y veo cómo su sonrisa desaparece por un segundo. Entonces, de nuevo se abre a plena potencia, como un puto rayo láser.

—¿Qué quieres decir? —Trata de pasar por delante de mí—. ¿No se trata de que quien recibe más rosas en el Día de Cupido, es el más popular?

—No creo que necesite ninguna ayuda al respecto. Especialmente tuya.

Su sonrisa se desploma entonces definitivamente. Una parte de mí odia lo que estoy haciendo, pero todo aquello en lo que soy capaz de pensar es en el recuerdo, o sueño, o lo que quiera que sea; de pronto se inclina y creo que va a darme un beso, pero en lugar de ello susurra:

Puedo ver a través de ti.

Tú no me conoces. Tú no sabes nada de mí.

Gracias a Dios.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos.

—Nunca dije que las rosas fueran mías —dice.

Su voz es tan baja y seria que me asusta. Me encuentro con sus ojos, son de color verde brillante. Recuerdo que cuando era pequeña mi madre solía decir que Dios mezcló la hierba y los ojos de Kent para sacar el color.

—Sí, bueno. Es bastante obvio.

Sólo quiero que deje de mirarme así.

Él toma una respiración profunda.

—Mira. Voy a celebrar una fiesta esta noche...

Ahí es cuando veo a Rob galopando hacia la cafetería. Normalmente, esperaría a que él se fijara en mí, pero hoy no puedo.

—Rob —grito.

Se vuelve y me ve, me lanza un medio—saludo y empieza a darse la vuelta otra vez.

—¡Rob!

—¡Espera!

Empiezo a medio correr por el pasillo.

No sé exactamente hace cuanto Lindsay, Ally, Elody y yo hicimos un pacto por el cual nunca correríamos en la escuela, fuera cual fuera el motivo, ni siquiera en la clase de gimnasia (seamos realistas: el sudor y los jadeos no le hacen a una precisamente atractiva), pero ahora lo hago.

—Ehhhh, Slamster. ¿Dónde está el fuego?

Rob pone sus brazos alrededor de mí y yo entierro mi nariz en su polar. Huele un poco a pizza vieja, que no es el mejor de los olores, especialmente cuando se mezcla con bálsamo de limón, pero no me importa. Me tiemblan las piernas tanto que creo que van a ceder. Yo sólo quiero quedarme allí para siempre, aferrándome a él.

—Te extrañé —le digo a su pecho.

Un Mundo en Sombras.

Por un segundo, sus brazos se tensan a mí alrededor. Pero cuando gira mi cara hacia la suya, está sonriendo.

—¿Te llegó mi Valograma? —pregunta.

Asiento.

—Gracias. —Mi garganta está apretada y me preocupa comenzar a llorar. Me siento tan bien con sus brazos a mí alrededor, como si eso fuera lo único que me mantuviera arriba—. Escucha, Rob. Sobre lo de esta noche…

Ni siquiera estoy segura de lo que voy a decir, pero él me corta.

—Muy bien. ¿Qué pasa ahora?

Me aparto un poco para poder mirarlo.

—Q—quiero… yo sólo, hoy las cosas son una locura. Creo que podría estar enferma o, o algo así.

Se ríe y aprieta mi nariz con dos de sus dedos.

—Oh, no. No te vas a escapar esta vez. —Pone su frente junto a la mía y susurra—. He estado esperando para esto durante mucho tiempo.

—Lo sé, yo también… —Lo he imaginado muchas veces: la forma en que la luna se sumergirá en los árboles y entrará a través de las ventanas, creando triángulos y cuadrados en las paredes; la forma en que su manta de lana se sentirá contra mi piel desnuda cuando me haya quitado la ropa.

Y luego me imagino el momento de después, después de que Rob me haya besado y me haya dicho que me ama y se haya dormido con su boca un poco abierta, me escaparé al baño y mandaré un mensaje de texto a Elody, Lindsay y Ally.

"Lo hice".

Es la parte del medio la que es más difícil de imaginar.

Siento que mi teléfono vibra en mi bolsillo trasero: un nuevo mensaje. Mi estómago se mueve dando un vuelco. Ya sé lo que dirá.

—Tienes razón —le digo a Rob, apretando mis brazos alrededor de él—. Quizá deberíamos ir directos después de la escuela. Nosotros podríamos hacerlo toda la tarde, toda la noche.

—Eres linda. —Rob se aparta, se ajusta su gorra y su mochila—. Sin embargo, mis padres no se van hasta la hora de la cena.

—No importa. Podemos ver una película o algo…

—Además. —Rob mira por encima del hombro ahora—. He oído algo sobre una fiesta de cual—sea—el nombre—del tipo del bombín. ¿Kent?

—Kent —digo de forma automática. Voces suenan por el pasillo, y la gente comienza a pasarnos. Puedo sentir sus miradas fijas. Probablemente esperan una pelea.

—Sí, Kent. Puede que me pase un rato. ¿Nos vemos allí?

—¿De verdad quieres ir? —Estoy tratando de luchar contra la sensación de pánico que brota dentro de mí. Bajo la cabeza y miro hacia él de la manera en que se lo he visto hacer a Lindsay con Patrick cuando está realmente desesperada o algo—. Eso significaría menos tiempo conmigo.

—Vamos a tener tiempo de sobra. —Rob besa sus dedos, y los pasa, dos veces, contra mi mejilla—. Confía en mí. ¿Alguna vez te he defraudado?

Me defraudarás esta noche. El pensamiento viene a mí antes de que lo pueda detener.

—No —digo demasiado alto. Sin embargo, Rob no está escuchando.

Adam Marshall y Jeremy Tucker acaban de unirse a nosotros, y todos están haciendo el saludo de subirse unos encima de otros y pelearse. A veces pienso que Lindsay tiene razón y los chicos son como animales.

Saco mi teléfono para comprobar mi mensaje, aunque no es realmente necesario.

"Esta noche fiesta en casa de Kent McFreaky. ¿Vas?"

Mis dedos están adormecidos cuando escribo de vuelta. "Obvio". Entonces, entro al almuerzo sintiendo cómo el sonido de trescientas voces, es pesado, como un viento sólido que me lleva arriba, arriba y lejos.

Antes de Despertar

—¿Así que, estás nerviosa? —Lindsay levanta una pierna en el aire y la gira de nuevo a los lados, admirando los zapatos que acaba de robar del closet de Ally.

La música golpea en la sala. Ally y Elody están ahí cantando con sus cabezas como si "estuvieran orando". Ally no está ni siquiera cerca de la nota. Lindsay y yo estamos recostadas en la cama mongo de Ally. Todo en la casa de Ally es 25% más grande que en una persona normal: La nevera, las sillas de cuero. Los televisores, incluso la champaña Magnum que su papá guarda en las bodegas de vino (estrictamente nadie la toca). Lindsay dijo una vez que la hacía sentir como si estuviera en Alicia en el País de las maravillas.

Recuesto mi cabeza en una enorme almohada que dice, La perra está in. Yo tengo cuatro tragos ya preparados, pensando que me calmarán pues sobre mí las luces están parpadeando y borrosas. Hemos abierto todas las ventanas pero aún me siento febril.

—No te olvides de respirar —Lindsay dice—. No te asustes si duele un poco, especialmente al principio. No te tenses, o lo harás peor.

Me estoy sintiendo mareada y Lindsay no está ayudando. No pude comer en todo el día, así que cuando llegamos a la casa de Ally, estaba muerta de hambre y me abalancé sobre 25 tostadas "Pesto" de queso de cabra, bocadillos que Ally arrasa. No estoy segura qué tan bien se combina el queso de cabra con el vodka.

Encima de esto, Lindsay me hace comer siete tiras de mentas Listerine, porque el Pesto tiene ajo, y ella dice que Rob sentirá que está perdiendo su virginidad con una cocinera Italiana.

Ni siquiera me siento tan nerviosa por Rob. Quiero decir, no me puedo enfocar en sentirme nerviosa por él. La fiesta, el viaje, la posibilidad de lo que pasará ahí: Eso es realmente lo que me estaba dando calambres estomacales. Por lo menos, el Vodka me está ayudando a respirar, y no estoy temblado más.

Por supuesto, no le puedo decir a Lindsay nada de esto, así que en cambio yo digo:

—No me voy a asustar, quiero decir, todo el mundo lo hace ¿cierto? Si Katie Carjullo pudo...

Lindsay hace una cara.

—Ew. Lo que sea que vayas a hacer, no es lo que Katie Carjullo hace. Rob y tú van a "hacer el amor". —Ella hace comillas en el aire con sus dedos y se ríe, pero puedo decir que lo dice en serio.

—¿Lo crees?

—Por supuesto. —Ella inclina su cabeza para mirarme—. ¿Tú no?

Quiero preguntarle: ¿Cómo sabes la diferencia?

En las películas siempre puedes decir cuándo la gente debería estar junta, porque la música sube de volumen tras de ellos, tonto, pero cierto. Lindsay siempre está diciendo que ella no podría vivir sin Patrick y no estoy segura si es así como te deberías sentir o no.

A veces cuando estoy parada en el medio de una multitud con Rob, él pone un brazo en mis hombros y me empuja cerca, como si él no quisiera que me golpearan o me empujaran o lo que sea. Yo siento como una clase de calor en mi estómago, como si hubiera bebido un vaso de vino recientemente, y estoy completamente feliz, sólo por ese segundo. Estoy muy segura de que eso es amor.

Así que le digo a Lindsay:

—Claro que sí.

Lindsay ríe de nuevo y me da un codazo.

—Entonces. Él hizo de tripas corazón y ¿sólo lo dijo?

—¿Decir qué?

Ella rueda los ojos.

—Que te ama.

Yo paro por un segundo demasiado largo, pensando en su nota: *Luv ya*. La clase de cosa que escribes en el anuario de alguien cuando no sabes qué más decir.

Lindsay se apresura.

—Él lo hará. Los chicos son retardados. Te apuesto a que lo dice esta noche. Después de que tú... —Su voz se va apagando… y empieza a mover sus caderas arriba y abajo.

Yo la golpeo con una almohada.

—Eres una perra, ¿lo sabías?

Ella me gruñe y me muestra sus dientes, nos reímos y luego nos recostamos en silencio por un minuto, escuchando los alaridos de Ally y Elody desde el otro cuarto.

Ellas están ahora en "*Eclipse total del corazón*" Se siente bien estar acostada ahí: Bien y normal. Pienso en todas las veces que hemos estado acostadas en el mismo sitio, esperando a que Ally y Elody estén listas, esperando para salir, esperando a que algo pasara (el tiempo corriendo y luego yéndose, perdido para siempre) y de improvisto deseo poder recordarlos singularmente, como si de alguna manera, si los recordará todos, los podría tener de vuelta.

—¿Tú estuviste nerviosa? La primera vez. Quiero decir. —Me da vergüenza preguntar, así que lo digo en voz baja.

Creo que la pregunta deja a Lindsay con la guardia baja. Ella se sonroja y comienza a coger una trenza del cobertor de la cama de Ally, y por un momento hay un silencio incómodo. Estoy muy segura sobre lo que está pensando, aunque, nunca lo diría en voz alta. Elody, Ally, Lindsay y yo somos muy cercanas, pero aún hay cosas de las que nunca hablaríamos. Por ejemplo, aunque Lindsay dice que Patrick fue su primero y único, esto no es técnicamente verdad, su primero fue un chico que conoció en una fiesta cuando ella estaba visitando a su hermanastro en La Universidad de Nueva York. Ellos fumaron marihuana, se dividieron un paquete de seis, y después tuvieron sexo, y él nunca supo que ella no lo había hecho antes.

Nunca hablamos de eso. No hablamos del hecho de que nunca podemos pasar por la casa de Elody antes de las cinco, porque su madre estará en casa, y borracha. Nunca hablamos del hecho que Ally nunca come más que un cuarto de lo que esté en el plato, aunque ella está obsesionada con cocinar y mirar The Food Network desde el principio hasta el final.

Nunca hablamos acerca de la broma que me sigue por los pasillos, en las clases y en el bus, esa telaraña en mis sueños. "*¿Qué es rojo, blanco y raro por todas partes? ¡Sam Kingston!*" Y Nosotras definitivamente nunca hablamos de que Lindsay era la única que lo había hecho.

Una buena amiga guarda tus secretos por ti. Una mejor amiga te ayuda a guardar tus propios secretos.

Lindsay se da vuelta y se apoya en un codo. Me pregunto si ella finalmente va a hablar sobre el chico de la Universidad de Nueva York. (Ni siquiera conozco su nombre y las pocas veces que ella hizo referencia a él, ella lo llamó el Innombrable)

—No estuve nerviosa. —Ella dice suavemente. Luego suelta un profundo suspiro y su cara vuelve a una sonrisa—. Fue caliente, Baby. Randy —dice en un falso acento Británico y luego salta encima de mí y empieza a hacer movimientos, hacia arriba y hacia abajo.

—Eres imposible —le digo, empujándola. Ella gira en la cama, carcajeando.

—Me amas. —Apoya en sus rodillas y sopla su flequillo lejos de su cara. Ella se inclina hacia adelante y pone sus codos en la cama. De repente se pone seria.

—¿Sam? —Sus ojos se ensanchan y baja su voz. Tengo que sentarme para poder oírla por encima de la música—. ¿Puedo contarte un secreto?

—Por supuesto. —Mi corazón empieza a aletear. Ella sabe que lo que me pasa a mí, le pasa a ella también—. Tienes que prometerme no decirle a nadie. Tienes que jurar que no te vas a asustar.

Ella lo sabe, ella lo sabe, no soy sólo yo. Mi mente se aclara y todo se agudiza a mí alrededor. Me siento totalmente sobria.

—Lo juro. —Las palabras apenas logran salir.

Ella se inclina hacia adelante hasta que su boca está a una pulgada de mi oído.

—Yo…

Luego ella gira su cabeza y eructa, fuertemente, en mi cara.

—Jesús, Lindz. —Yo ventilo el aire a mí alrededor con mi mano. Ella se hunde nuevamente en su espalda, levantando las piernas al aire y riendo histéricamente—. ¿Qué pasa contigo?

—Debiste haber visto tu cara.

—¿Alguna vez eres seria? —digo bromeando, pero mi cuerpo completo se siente pesado con desilusión. Ella no lo sabe. Ella no entiende. Lo que sea que esté pasando, me está pasando sólo a mí. Un sentimiento de completa soledad me abruma, una niebla.

Lindsay toca las esquinas de sus ojos con su pulgar y luego salta a sus pies.

—Seré seria cuando esté muerta.

Esa palabra manda una corriente directo a través de mí. Muerte, tan final, tan desagradable, tan corta. El sentimiento cálido que había tenido desde que me había tomado los tragos se drenó fuera de mí y me levanté para cerrar la ventana de Ally, temblando.

La negra boca de los bosques, bostezando abiertamente. La cara de Vicky Hallinan...

Traté de decidir qué me pasaría si resulta que yo realmente me he ido, mal, mierda, loca. Justo antes de la octava hora. Me paré a diez pies de distancia de la oficina principal (casa de la directora, La señora Winters, y del psiquiatra de la escuela), pensando en entrar y decir las palabras. *Me estoy volviendo loca*. Pero entonces hubo una explosión y Lauren Lornet entró en el pasillo, moqueando, probablemente llorando sobre algún drama con un chico o una pelea con sus padres o algo normal. En ese segundo, todo el trabajo que había hecho para encajar desapareció.

Todo es diferente ahora. Yo soy diferente.

—Así que vamos, ¿o qué? —Elody aparece en la habitación junto con Ally.

Las dos están sin respiración.

—Vamos a hacerlo. —Lindsay toma su bolsa y se la pone en un hombro.

Ally empieza reír.

—Son sólo las nueve y media —dice—. Y Sam ya luce como si fuera a vomitar.

Me levanto y espero un segundo hasta que el suelo se estabiliza debajo de mí.

—Estaré bien, estoy bien.

—Mentirosa —Lindsay dice y sonríe.

La fiesta. Toma dos

—Así es como comienza una película de terror —dice Ally—. ¿Estás segura de que es el número cuarenta y dos?

—Estoy segura. —Mi voz sonó como si viniera desde muy lejos. El inmenso temor aplastante ha vuelto. Puedo sentirlo presionándome desde todas las direcciones, quitándome el aliento.

—Será mejor que esto no arruine mi pintura —dice Lindsay mientras una rama pasa raspando la puerta del pasajero haciendo el sonido de una uña siendo arrastrada contra una pizarra.

El bosque se abre un poco, y la casa de Kent se asoma fuera de la oscuridad, blanca y reluciente, como si estuviera hecha de hielo. La forma en que simplemente aparece allí, rodeada de negro por todos lados, me recuerda a la escena de Titanic donde el iceberg aparece en el agua y destripa al buque. Todas nos quedamos en silencio por un segundo. Pequeñas gotas de lluvia suenan al chocar contra el parabrisas y el techo, y Lindsay apaga su iPod. Una vieja canción nos llega calladamente desde la radio. Apenas si logro entender la letra: "*He estado intentando llegar a lo esencial del asunto...*"

—Es casi tan grande como tu casa, Al —dice Lindsay.

—Casi —dice Ally. Siento una onda tremenda de cariño por ella en este momento. Ally, a quien le gustan las casas grandes y los coches caros y las joyas de Tiffany y el brillo corporal. Ally, quien no es tan lista y lo sabe, y se obsesiona por chicos que no son lo suficientemente buenos para ella. Ally, quien secretamente es una cocinera asombrosa. Yo la conozco. La entiendo. Las conozco a todas ellas.

En la casa, Jay—Z ruge por los altavoces: "*Soy un estafador, nena, sólo quiero que lo sepas*". Las escaleras vibran debajo de mí. Cuando llegamos arriba, Lindsay quita la botella de vodka de mi mano, riéndose.

—Más despacio, niña ebria. Tienes negocios que atender.

—¿Negocios? —comienzo riéndome un poco, riendo en pequeños jadeos. Está tan lleno de humo que apenas puedo respirar—. Pensé que era hacer el amor.

—El negocio de hacer el amor —ella se inclina y su cara se hincha como una luna—. No más vodka por un rato, ¿bueno?

Asiento y su cara retrocede. Ella observa alrededor del cuarto.

—Tengo que hallar a Patrick. ¿Vas a estar bien?

—Perfecta —digo, tratando de sonreír. Pero no puedo hacerlo: es como que los músculos de mi cara no responden. Ella comienza a girarse y yo la tomo de la muñeca—. ¿Lindz?

—¿Sí?

—Voy contigo, ¿sí?

Ella se encoge de hombros.

—Sí, seguro. Como sea. Él está en la parte de atrás en algún lugar... acaba de enviarme un mensaje de texto.

Empezamos a empujar a las personas al pasar. Lindsay grita atrás hacia mí. "Es como un laberinto aquí arriba". Las cosas pasan por delante de mí en forma borrosa (retazos de conversaciones y risas, la sensación de los abrigos rozando mi piel, el olor a cerveza y perfume y gel de ducha y sudor) todo moviéndose y girando a mí alrededor.

Todos se ven como en los sueños, familiares pero no demasiado nítidos, como si pudieran transformarse en otra persona en cualquier segundo. Estoy soñando, pienso. Todo esto es un sueño: todo este día ha sido un sueño, y cuando me despierte le diré Lindsay cómo el sueño se sentía verdadero y pareció durar horas, y ella pondrá sus ojos en blanco y me dirá que los sueños nunca duran más que treinta segundos.

Es gracioso pensar en decirle a Lindsay, quien me sostiene de la mano y tira de su pelo hacia atrás impacientemente delante de mí, que yo sólo estoy soñando con ella, que ella no está realmente aquí, y yo me río tontamente, empezando a relajarme. Es todo un sueño; puedo hacer lo que quiera. Puedo besar a quien quiera, y mientras pasamos grupos de chicos, yo los registro en mi cabeza: Adam Marshall, Rassan Lucas, y Robert. Yo podría besar a todos y cada uno de ellos si quisiera. Veo a Kent parado en el rincón hablando con

Phoebe Rifer y pienso: yo podría ir hasta él y besar el lunar en forma de corazón bajo su ojo, y no haría una diferencia. No sé de dónde salió la idea. Yo nunca besaría a Kent, ni siquiera en sueños. Pero podría hacerlo si quisiera. En algún lugar, yo estoy extendida bajo una tibia manta en una gran cama rodeada de almohadas, con las manos dobladas bajo mi cabeza, durmiendo.

Yo me inclino hacia delante para decirle a Lindsay esto, que estoy soñando con el día de ayer, y que quizá ayer fue también un sueño, cuando veo a Brianna McGuire de pie en una esquina con un brazo alrededor de la cintura de Alex Liment. Ella se está riendo y él se agacha para acariciar su cuello con la nariz. Ella mira hacia arriba en ese momento y me ve mirándolos. Entonces, toma su mano y lo arrastra hasta mí, empujando a otras personas fuera del camino.

—Ella lo sabrá —dice sobre su hombro a él, y entonces se gira para sonreírme. Sus dientes son tan blancos que resplandecen—. ¿La Sra. Harbor repartió las tareas de ensayo hoy?

—¿Qué? —Estoy tan confundida que me toma un segundo darme cuenta de que está hablando de la clase de inglés.

—Las tareas de ensayo. ¿Para Macbeth?

Le da un codazo a Alex y él dice:

—Me perdí el séptimo período. —Encuentra mis ojos y entonces mira hacia otro lado, tomando un trago de cerveza.

Yo no digo nada. No sé qué decir.

—Así que, ¿los repartió? —Brianna luce igual que siempre: como un perrito esperando su premio—. Alex tuvo que faltar. Tenía una cita con el doctor. Su mamá le hizo poner una inyección como para prevenir la meningitis. ¿Cuán triste es eso? Quiero decir, cuatro personas murieron de ello el año pasado. Tienes más posibilidades de ser atropellado por un auto que...

—Debería ponerse una inyección para prevenir herpes —dice Lindsay, ocultando su risa, pero lo dice tan calladamente que sólo yo la oigo porque estoy parada junto a ella—. Aunque probablemente sea demasiado tarde.

—No lo sé —le digo a Brianna—. Me salteé esa clase.

Miro fijamente a Alex, observando su reacción. No estoy segura de si nos vio a Lindsay y a mí paradas afuera de la Cocina de Hunan hoy, mirando hacia adentro. No lo parece.

Él y Katie habían estado apiñados sobre una carne grisácea coagulada en un tazón de plástico, justo como había esperado que lo estuvieran. Lindsay había querido entrar y molestarlos, pero yo había amenazado con vomitar en sus nuevas botas Steve Madden si olía siquiera una ráfaga del desagradable olor a carne y cebolla de adentro.

Cuando dejamos El Mejor Yogur del País, ellos ya se habían ido, y nosotras sólo volvimos a verlos brevemente en el Salón de los Fumadores. Se estaban yendo justo cuando Lindsay encendía uno. Alex le dio a Katie un beso

rápido en la mejilla, y luego los vimos alejarse en dos direcciones diferentes: Alex hacia el restaurante, y Katie hacia el edificio de arte.

Se habían ido mucho antes de que Lindsay y yo pasáramos a la Nazi de la Nicotina en su patrulla diaria. Ellos no fueron atrapados hoy.

Y Brianna no sabe dónde realmente estuvo durante el séptimo período.

De repente, las cosas empiezan a hacer clic en su lugar, todos los temores que he estado guardando (uno tras otro, caen como fichas de dominó). No puedo negarlo más. Sarah Grundel consiguió la plaza de aparcamiento porque nosotras llegamos tarde. Es por eso que ella todavía está en las semifinales. Katie y Alex no tuvieron una pelea porque convencí a Lindsay para que siguiera caminando. Eso es por lo que estoy atrapada en el salón de fumadores, y es por eso que Brianna está colgada de Alex en lugar de estar llorando en el baño.

Esto no es un sueño. Y no es un déjà vu.

Realmente está sucediendo. Está sucediendo de nuevo.

Se siente como si todo mi cuerpo se congelara en ese instante. El balbuceo de Brianna sobre que nunca ha interrumpido una clase y Lindsay asintiendo con la cabeza y pareciendo aburrida, y Alex bebiendo su cerveza, y entonces realmente no puedo respirar, el miedo se abraza a mí como un tornillo de banco, me siento como si pudiera romperme en un millón de piezas en ese mismo momento. El frío me perfora. Quiero sentarme y poner mi cabeza entre mis rodillas, pero me preocupa que si me muevo, o cierro los ojos, o hago algo. Empezaré a desentrañarme desprendiéndose mi cabeza de mis hombros, toda yo flotando en la nada.

El hueso de la cabeza se desconecta del hueso del cuello, el hueso del cuello se desconecta de la columna vertebral.

Siento que unos brazos me envuelven desde atrás y la boca de Rob está en mi cuello. Pero incluso él no puede hacerme entrar en calor. Estoy temblando incontrolablemente.

—Sexy Sammy —canta, girándome hacia él—. ¿Dónde has estado toda mi vida?

—Rob. —Realmente me sorprendo de que aún pueda hablar, que aún pueda pensar—. En realidad, necesitaba hablar contigo.

—¿Qué pasa, nena? —Sus ojos están llorosos y rojos. Quizás se deba a que estoy aterrorizada, pero ciertas cosas me parecen más nítidas que nunca, más claras. Me he dado cuenta por primera vez que la cicatriz en forma de media luna que tiene bajo la nariz le hace parecer una especie de toro.

—No puedo hacerlo aquí. Nosotros necesitamos… necesitamos ir a algún lado. Una habitación o algo. Algún lugar privado.

Él sonríe y se inclina hacia mí, respirando alcohol en mi cara mientras intenta besarme.

—Lo entiendo. Es ese tipo de conversación.

—Es en serio, Rob. Estoy sintiendo. —Sacudo mi cabeza—. No me siento bien.

—Nunca te sientes bien. —Él se aleja, frunciéndome el ceño—. Siempre hay algo, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir con eso?

Se balancea un poco sobre sus pies y me imita

—Estoy cansada esta noche. Mis padres están escaleras arriba. Tus padres podrían oírnos. —Sacude su cabeza—. Llevo esperando meses para esto, Sam.

Las lágrimas vienen. Mi cabeza palpita fuertemente por el esfuerzo de contenerlas.

—Esto no tiene nada que ver con eso. Te lo juro, yo…

—¿Entonces, con qué tiene que ver? —Se cruza de brazos.

—Sólo que realmente te necesitaba ahora. —Apenas dejé salir las palabras. Me sorprendí incluso de que él me hubiera oído.

Suspira y se frota la frente.

—Está bien, está bien. Lo siento. —Pone una mano en la parte superior de mi cabeza.

Asiento. Las lágrimas empiezan a salir y él limpia dos de ellas con su pulgar.

—Hablemos, ¿de acuerdo? Vamos a algún lugar tranquilo. —Él sacude su vaso de cerveza vacío hacia mí—. Pero ¿puedo conseguir otra antes?

—Sí, claro —digo, a pesar de que quiero rogarle que se quede conmigo, que ponga sus brazos alrededor de mí y nunca se vaya.

—Eres la mejor —dice, agachándose para besar mi mejilla—. No llores. Estamos en una fiesta, ¿recuerdas? Se supone que debes divertirte. —Él comienza a irse y levanta la mano, extendiendo los dedos—. Cinco minutos.

Me apoyo contra la pared y espero. No sé que más hacer. La gente pasa a mi lado, tengo el pelo suelto y sobre mi cara, para que nadie pueda darse cuenta que estoy llorando. La fiesta es ruidosa, pero cada ruido que oigo es distante. Las palabras se distorsionan y la música suena de la manera en que lo hace en un carnaval, como si todas las notas estuvieran fuera de tono y sólo chocaran unas con otras.

Pasan cinco minutos, luego siete. Pasan diez minutos, y me digo a mi misma que esperaré cinco minutos más y entonces iré a buscarlo, incluso aunque la idea de moverme me parezca imposible. Después de doce minutos, escribo un mensaje, "¿Dónde estás?" Pero entonces recuerdo que ayer él me dijo que había dejado su teléfono en algún lado.

Ayer. Hoy.

Y esta vez, cuando me imagino a mí misma acostada en algún lado, no es durmiendo. Esta vez me imagino a mí misma tendida en una fría losa de piedra, con la piel blanca como la leche, los labios azules, y las manos cruzadas sobre mi pecho como si hubieran sido colocadas allí…

Tomo aire fuertemente y me fuerzo en enfocarme en otra cosa. Cuento las luces de Navidad que brillan en el poster de la película de ET sobre el sofá, y luego cuento las brillantes colillas rojas de los cigarros que tejen en medio de la oscuridad, de alrededor como luciérnagas. No soy un genio de las matemáticas ni nada, pero siempre me han gustado los números. Me gusta cómo puedes acumularlos, unos encima de otros, hasta que ellos llenan cualquier espacio, cualquier momento. Yo les dije eso a mis amigas un día, y Lindsay dijo que yo me iba a convertir en el tipo de anciana que memoriza las guías telefónicas y mantiene aplanadas las cajas de cereales y apilados los periódicos desde el suelo hasta el techo de su casa, buscando mensajes en los espacios de los códigos de barras.

Pero unos pocos meses después, estaba durmiendo en su casa, y ella me confesó que algunas veces cuando está disgustada recita esa oración católica para antes de dormir que memorizó cuando era pequeña, a pesar de que ella es medio judía y no cree en Dios, de todos modos.

Ahora me acuesto para dormir,
Te ruego, Señor, que guardes mi alma.
Si muero antes de despertar,
Te ruego, Señor, que tomes mi alma.

Ella había visto eso bordado en un cojín en la casa de su profesora de piano, nosotras nos habíamos reído sobre lo poco convincente que era lo de los cojines bordados. Pero hasta que no me dormí aquella noche, no pude quitarme una frase de mi cabeza. Esa línea se repetía una y otra vez en mi mente: *Si muero antes de despertar.*

Estaba a punto de forzarme a dejar la pared, cuando oí el nombre de Rob. Dos estudiantes de segundo año habían tropezado en la habitación, riendo, y me esforcé por escuchar lo que estaban diciendo.

—…su segundo en dos horas.

—No, Matt Kessler hizo el primero.

—Ambos lo hicieron.

—¿Viste como está Aarón Stern, así como, equilibrándose sobre el barril? Totalmente de cabeza.

—Para eso está puesto así el barril, duh.

—Rob Cockran es tan atractivo.

—Shhh.

—¡Dios mío! —Una de las chicas golpea a la otra con el codo cuando ellas me notan. Su rostro se pone blanco. Ella está probablemente aterrorizada: ella ha estado hablando de mi novio (delito menor), pero más específicamente, ha estado hablando de cuan atractivo es (delito). Si Lindsay estuviera aquí, se volvería loca, llamaría a las chicas zorras, y las echaría a ambas de la fiesta. Si ella estuviera aquí, esperaría que yo me enojara. Lindsay piensa que los chicos de años menores (específicamente las chicas de segundo año) necesitan ser puestas en su lugar. De otro modo, sobre poblarían el universo como

cucarachas, protegidas de un ataque nuclear por una armadura de joyería Tiffany y conchas de brillo labial brillante.

Sin embargo, no tengo la energía para dársela a la actitud de estas chicas, y estoy agradecida de que Lindsay no esté conmigo de modo que no pueda lanzarme un reto de proporciones.

Debería haber sabido que Rob no iba a volver. Pensé en el día de hoy, cuando me dijo que confiara en él, cuando dijo que nunca me decepcionaría. Debería haberle dicho que él estaba lleno de eso.

Necesito salir. Necesito estar lejos del humo y la música. Necesito un lugar para pensar. Aún me estoy congelando, y estoy segura de que me veo horrible, aunque no siento que vaya a llorar más. Una vez vimos este video de salud sobre los síntomas del shock, y soy el símbolo clásico de esos afiches. Respiración dificultosa. Manos frías y pegajosas. Mareos.

Saberlo me hace incluso peor.

Lo cual sólo demuestra que nunca debes poner atención en las clases de salud.

La fila para ambos baños es cuatro veces profunda y todas las piezas están ocupadas.

Son la once en punto y todos los que habían planeado mostrarse están aquí.

Un par de personas dicen mi nombre, y Tara Flute se para en mi rostro y dice:

—Oh, Dios mío. Amo tus aros, ¿acaso los compraste en…?

—No ahora. —La corto y sigo andando, desesperada por encontrar algún lugar oscuro y tranquilo. A mi izquierda hay una puerta cerrada, esa con todas las pegatinas pegadas. Tomo la manija y la agito.

No se abre, por supuesto.

—Esa habitación es la VIP.

Me giro y Kent está parado detrás de mí, sonriendo.

—Tienes que estar en la lista. —Él se inclina contra la pared—. O deslizarle al guardia veinte dólares. Cualquiera de esas dos.

—Yo… Yo estaba buscando un baño.

Kent inclina su cabeza hacia el otro lado del pasillo, donde Ronica Masters, obviamente ebria, está golpeando una puerta con su puño.

—¡Vamos, Kristen! —ella está gritando.

—De verdad tengo que orinar.

Kent me da la espalda y eleva sus cejas.

—Mi mal —digo, y trato de pasar junto a él.

—¿Estás bien? —Kent no me toca exactamente, pero mantiene su mano elevada como si estuviera pensando en hacerlo—. Te ves...

—Estoy bien. —La última cosa en el mundo que necesito ahora es la piedad de Kent McFuller, y paso empujándolo hacia el pasillo.

Justo he decidido salir y llamar a Lindsay desde el pórtico. Le diré que necesito irme tan rápido como sea posible, tengo que irme, cuando Elody irrumpe en el pasillo, tirando sus brazos a mí alrededor.

—¿Dónde demonios has estado? —ella chilla, besándome. Esta sudando, y pienso en Izzy trepando en mi cama y poniendo sus brazos a mi alrededor, tirando de mi collar. Nunca debí haber salido de la cama hoy.

—Déjame adivinar, déjame adivinar. —Elody deja sus brazos alrededor de mí y comienza a agitar sus caderas como si nos estuviéramos moviendo en la pista de baile. Ella hace rodar sus ojos hacia el cielo y comienza a gemir—. Oh, Rob, oh, Rob. Sí. Justo así.

—Eres una pervertida. —La empujo lejos de mí—. Eres peor que Otto.

Ella ríe y toma mi mano, y comienza a arrastrarme hacia la parte de atrás de la habitación.

—Vamos. Todos están aquí.

—Me tengo que ir —digo. La música acá está más fuerte y estoy gritando—. No me siento bien.

—¿Qué?

—¡No me siento bien!

Ella apunta a su oído como diciendo, "No puedo escucharte". No estoy segura de si es verdad o no. Sus palmas están húmedas y trato de soltarme, pero en ese segundo Lindsay y Ally me ven, y comienzan a gritar, saltando alrededor mío.

—Te he estado buscando por años —dice Lindsay, agitando sus cigarrillos.

—En la boca de Patrick, quizás —resopla Ally.

—Ella estaba con Rob. —Elody me señala, balanceándose en sus pies—. Mírala. Se ve culpable.

—¡Desvergonzada! —Lindsay grita.

Ally se une con...

—¡Ramera!

Y Elody suelta un:

— ¡Pindonga! —Esta es una broma vieja entre nosotras: Lindsay decidió que perra era demasiado aburrido el año pasado.

—Me voy a casa —digo—. No tienes que llevarme. Ya me las arreglare.

Lindsay debe pensar que estoy jugando.

—¿Irte a casa? Llegamos, como, hace una hora. —Ella se inclina hacia delante y susurra—. Además, pensé que tú y Rob iban a… tú sabes.

Como si ella no lo hubiera gritado en frente de todos que ya lo había hecho.

—Cambié de idea. —Hago mi mejor esfuerzo de sonar como que no me importa, y el esfuerzo que toma es agotador.

Estoy enojada con Lindsay y no sé por qué, por no irse de la fiesta conmigo, supongo. Estoy enojada con Elody por arrastrarme hasta acá y con

Ally por siempre ser tan despistada. Estoy enojada con Rob por no preocuparse de cuan triste estoy, y estoy enojada con Kent por preocuparse. Estoy enojada con todo y todos, y en ese segundo fantaseo con el cigarrillo que Lindsay está agitando, agarrando las cortinas, en el fuego creciendo en la habitación y consumiéndolos a todos. Luego me siento inmediatamente culpable. La última cosa que necesito es transformarme en una de esos que siempre usan negro y dibujan armas y bombas en sus cuadernos.

Lindsay está mirándome boquiabierta como si pudiera ver lo que estoy pensando.

Luego me doy cuenta que está mirando sobre mi hombro. Elody se pone rosada.

La boca de Ally comienza a abrirse y cerrarse como la de un pez.

Hay una disminución en el ruido de la fiesta, como si alguien hubiera justo apretado pausa en la canción.

Juliet Sykes. Sé que será ella antes de darme la vuelta, pero estoy aún sorprendida cuando la veo, aún golpeada con la misma sensación de asombro.

Ella es bonita.

Hoy, cuando la vi vagando en la cafetería se veía como siempre, con el cabello cayendo sobre su cara, su ropa holgada, encogida en sí misma como si pudiera ser cualquiera, estar en cualquier lugar, ser un fantasma o una sombra.

Pero ahora ella está de pie, erguida, su cabello está acomodado hacia atrás y sus ojos están brillantes.

Camina a través de la habitación hacia nosotras. Mi boca se seca. Quiero decir "no", pero ella está delante de Lindsay antes de que yo pueda decir una palabra. Veo su boca moverse, pero lo que dice me lleva un segundo en entenderlo, como si lo estuviera escuchando desde debajo del agua.

—Eres una perra.

Todos están susurrando, mirando nuestro pequeño grupo: Lindsay, Elody, Ally, Juliet Sykes y yo. Siento mis mejillas incendiarse. El sonido de voces comienza a aumentar.

—¿Qué dijiste? —Lindsay está apretando sus dientes.

—Una perra. Una chica ruin. Una mala persona. —Juliet se gira hacia Elody—. Tú eres una perra. —Hacia Ally—. Eres una perra.

Finalmente, sus ojos se clavan en los míos. Son exactamente del color del cielo.

—Eres una perra.

Las voces son un rugido ahora, la gente está riendo y gritando "Psicópata".

—Tú no me conoces —grazno al fin, encontrando mi voz, pero Lindsay ya ha avanzado y me quita.

—Prefiero ser una perra que una psicópata —gruñe ella y pone sus manos sobre los hombros de Juliet y la empuja. Juliet se tambalea hacia atrás, agitando sus brazos, y todo es tan horrible y familiar. Todo está sucediendo de nuevo;

está realmente sucediendo. Cierro mis ojos. Quiero rezar, pero todo lo que puedo pensar es: *por qué, por qué, por qué, por qué.*

Cuando abro los ojos, Juliet está caminando hacia mí, empapada, con los brazos extendidos. Levanta la mirada hacia mí y juro por Dios que es como si ella lo supiera, como si pudiera ver a través de mí, como si esto fuera de alguna manera culpa mía. Siento como si hubiera sido golpeada en el estómago y el aire saliera de mí, y arremeto contra ella sin pensar, empujándola y enviándola hacia atrás. Ella colapsa en una estantería de libros y luego gira, agarrándose del marco de la puerta para estabilizarse.

Entonces, desaparece por el pasillo.

—¿Puedes creerlo? —alguien está chillando detrás de mí.

—Juliet Sykes está adquiriendo algo de cojones.

—Loca por Cocoa Puffs [1], hombre.

La gente está riendo y Lindsay se inclina sobre Elody y dice: "Fenómeno". Ally está riendo tontamente, con la botella vacía de vodka colgando de su mano. Debe haber vertido el resto sobre Juliet. Empiezo a abrirme paso a empujones para salir de la habitación. Parece como si incluso más personas hubieran entrado y fuera imposible moverse. Estoy realmente empujando, usando mis codos cuando tengo que hacerlo, y todos me están dando extrañas miradas.

No me importa. Necesito salir. Finalmente, llego a la puerta y allí está Kent, mirándome con la boca convertida en una línea. Él se mueve como si estuviera a punto de bloquearme.

Levanto mi mano.

—Ni siquiera lo pienses. —Las palabras salen como un gruñido.

Sin emitir sonido, se mueve de manera que yo pueda pasar. Cuando estoy a mitad del pasillo, lo escucho gritar:

—¿Por qué?

—Porque... —grito en respuesta. Pero en realidad me estoy preguntando lo mismo.

¿Por qué me está pasando esto a mí?

¿Por qué, por qué, por qué?

* * * *

—¿Cómo es que Sam siempre consigue el asiento delantero?

—Porque tú siempre estás demasiado borracha para reclamarlo.

—No puedo creer que hayas dejado a Rob así —dice Ally. Ella se ha enrollado el abrigo en las orejas. El coche de Lindsay está tan frío que nuestros alientos son un vapor de un color blanco uniforme—. Vas a estar en muchos problemas mañana.

Si hay un mañana, casi digo. Me fui de la fiesta sin despedirme de Rob, quien estaba tumbado en un sofá, con los ojos entrecerrados. Yo había estado encerrada en un baño vacío en el primer piso durante media hora antes de eso, sentada en el duro y frío borde de la bañera, escuchando la música pulsando a través de las paredes y del techo. Lindsay había insistido en que me pusiera pintalabios de color rojo brillante, y cuando miré mi cara en el espejo, vi que había empezado a correrse de mis labios, como los de un payaso. Lo quité lentamente con pañuelos arruinados que dejé flotando en el retrete del baño, pequeñas flores color rosa.

En cierto punto, tu cerebro deja de tratar de racionalizar las cosas. En cierto punto se da por vencido, se aísla, se cierra. Aún así, mientras Lindsay hacía girar el coche (conduciendo sobre el césped de Kent para hacerlo, con los neumáticos patinando en el lodo) tengo miedo.

Los árboles, tan blancos y frágiles como huesos, están danzando salvajemente en el aire. La lluvia está martillando sobre el techo del coche, y las capas de agua en la ventana hacen que el mundo parezca estarse desintegrando. El reloj en el tablero está brillando: 12:38.

Estoy apretando mi asiento cuando Lindsay acelera sobre el camino de entrada, con las ramas azotándose a cada lado a nuestro paso.

—¿Y qué hay del trabajo de pintura? —digo, con el corazón martilleando en mi pecho. Trato de decirme a mí misma que estoy bien, que nada va a suceder. Pero no me hace ningún bien.

—Que se joda —dice ella—. Los coches se descomponen de todos modos. ¿Has visto el parachoques?

—Quizá si dejaras de golpear coches aparcados —dice Elody con un bufido.

—Quizá si *tú* tuvieras un coche. —Lindsay quita una mano del volante y se inclina, tratando de agarrar la bolsa a mis pies. Mientras se inclina, le da un tirón al volante, y el coche se acerca un poco a los árboles. Ally se desliza en el asiento trasero y colapsa sobre Elody, y ambas comienzan a reír.

Yo me inclino y trato de agarrar el volante.

—Jesús, Lindsay.

Lindsay se endereza y me da un codazo. Me lanza una extraña mirada y luego empieza a enredarse con una caja de cigarros.

—¿Qué pasa contigo?

—Nada. Yo... —Miro fuera de la ventana, conteniendo las lágrimas que repentinamente amenazan con venir—. Sólo quiero que pongas atención, eso es todo.

—¿Sí? Bueno, quiero que te mantengas alejada del volante.

—Vamos, chicas. Sin pelear —Ally dice.

—Dame un cigarrillo, Lindz. —Elody se reclina en el asiento trasero y agita su brazo salvajemente.

—Solo si tú enciendes uno para mí —Lindsay dice, lanzando su mochila al asiento trasero. Elody enciende dos cigarrillos y le pasa uno a Lindsay. Lindsay abre un poco la ventana y exhala una nube de humo.

Ally dice a gritos:

—Por favor, por favor, no abras las ventanas. Estoy a punto de caer muerta por neumonía.

—Estás a punto de morir cuando yo te asesine —Elody dice.

—Si vas a morir —exclamo de repente—, ¿cómo te gustaría que fuera?

—No quiero morir —Lindsay dice.

—Hablo en serio. —Las palmas de mis manos están húmedas por el sudor y las limpio en el cojín del asiento.

—Mientras duermo —Ally dice.

—Comiendo la lasaña de mi abuela —Elody dice y luego hace una pausa y añade—. O teniendo sexo —lo que hace a Ally dar gritos de la risa.

—En un avión —Lindsay dice—. Si voy a morir, quiero que todo el mundo muera conmigo.

Ella hace una señal de clavado con su mano.

—Sin embargo, ¿crees que lo sabrás? —De repente es importante para mí hablar de esto—. Quiero decir, ¿crees que tendrás una idea de ello…como, antes?

Ally se endereza y se inclina hacia adelante, enganchando sus brazos a lo largo del espaldar de nuestros asientos.

—Un día, mi abuelo despertó y juró que vio un hombre todo de blanco a los pies de su cama, con una gran capucha y sin cara. Él estaba sosteniendo una espada o como sea que esa cosa se llame. Era la Muerte, ¿sabes? Y entonces, más tarde ese día, él fue al doctor y lo diagnosticaron con cáncer de páncreas. El mismo día.

Elody entrecierra los ojos.

—Sin embargo, él no murió.

—Pudo haber muerto.

—Esa historia no tiene ningún sentido.

—¿Podemos cambiar de tema? —Lindsay frena por sólo un segundo antes de que el carro tirara con fuerza por fuera de la carretera mojada—. Esto es demasiado insano.

Ally suelta una risita.

—Alerta Mundial SAT.

Lindsay estira el cuello hacia atrás y trata de soplar humo en la cara de Ally.

—No todas nosotras tenemos el vocabulario de un niño de doce años.

Lindsay gira en la Ruta 9, la cual se extiende frente a nosotras, y con una gran elocuencia pareciera que un colibrí está batiendo sus alas en mi pecho—levantándose, levantándose, revoloteando dentro de mi garganta.

Quiero regresar a lo que estaba diciendo (Quiero decir: Lo sabías, ¿cierto? Lo sabías antes de que ocurriera), pero Elody empuja a Ally y se inclina hacia adelante con el cigarrillo colgando de su boca y dice:

—¡Música! —Ella agarra el iPod.

—¿Tienes el cinturón puesto? —digo. No puedo evitarlo. El terror está ahora en todas partes, oprimiéndome, haciendo difícil mi respiración y pienso: *Si no respiras, morirás.* El reloj marca las 12:39.

Elody ni siquiera responde, sólo empieza a buscar en el iPod. Ella encuentra *"With or Without You"*, Y Ally le da una bofetada y dice que debería ser el turno para que ella escogiera la música. Lindsay les dice que paren de pelear y trata de quitarle a Elody el iPod, quitando las dos manos del volante, sosteniéndolo con una rodilla. Yo lo agarro de nuevo y ella grita:

—¡Aléjate! —Ahora está riendo.

Elody quita el cigarrillo de las manos de Lindsay y cae entre los muslos de Lindsay. Las llantas se deslizan un poco en la carretera mojada y el carro se llena con el olor de algo quemado.

Si no respiras…

Entonces, de repente, aparece un destello blanco frente al auto. Lindsay grita algo, palabras que no puedo diferenciar, algo así como "siéntense", o "mierda", o "miren" y de repente...

---

[1]Cocoa Puffs es una marca de cereal. Y esta frase está basada en el comercial de dicha marca en el que un ave enloquece por el cereal. Lo que están dando a entender con el chiste es que la chica está loca. (N. del T.)

TRES

En mi sueño estoy cayendo eternamente a través de la oscuridad. Cayendo, cayendo, cayendo.

¿Se le llama aún caer si no tiene fin?

Y entonces un grito. Algo rasgando a través del silencio, un horrible y alto lamento, como un animal o una alarma...

Beep beep beep beep beep beep.

Me despierto sofocando un grito.

Apago la alarma, temblando, y me recuesto de nuevo contra las almohadas. Mi garganta está ardiendo y estoy cubierta de sudor. Tomo largos y lentos respiros, y observo mi habitación iluminada mientras el sol avanza poco a poco sobre el horizonte, las cosas comienzan a emerger: la playera de Victoria's Secret en el piso, el collage que Lindsay me hizo años atrás con citas textuales de nuestras bandas favoritas y pedazos de revistas. Escucho los sonidos del piso inferior, tan familiares y constantes que es como si pertenecieran a la arquitectura, como si hubieran sido erigidos del suelo junto con las paredes: el ruido metálico que hace mi padre en la cocina, poniendo platos en la alacena; el frenético sonido de rasguños de nuestro pug, Pickle, tratando de salir por la puerta trasera, probablemente para hacer pipi y correr en círculos; un bajo murmullo que significa que mi mamá está viendo el noticiero matutino.

Cuando estoy lista, inhalo en un profundo respiro y alcanzo mi teléfono. Lo abro.

La fecha destella hacia mí.

Viernes, 12 de febrero.

Día del Cupido.

—Levántate, Sammy. —Izzy asoma su cabeza en la puerta—. Mami dice que vas a llegar tarde.

—Dile a mamá que estoy enferma. —La melena rubia de Izzy desaparece de nuevo.

Aquí está lo que recuerdo: recuerdo estar en el carro. Recuerdo a Elody y a Ally peleando por el iPod. Recuerdo el salvaje giro del volante y ver la cara de Lindsay cuando el carro atraviesa hacia los árboles, su boca abierta y sus cejas levantadas por la sorpresa, como si acabara de chocar contra una persona que conocía en un lugar inesperado. Pero ¿después de eso? Nada.

Después de eso, sólo el sueño.

Esta es la primera vez que realmente pienso al respecto (la primera vez que me permito a mí misma pensarlo).

Que quizá los accidente (ambos) fueron reales.

Y tal vez yo no lo logré.

Quizá, cuando mueres, el tiempo se envuelve sobre ti, y rebotas dentro de esta pequeña burbuja por siempre. Como el "después de la muerte" equivalente a la película *El día de la marmota*. No es como me imaginé que sería morir (no lo que imaginé que vendría después) pero entonces de nuevo, no es como si hubiera alguien por ahí que te cuente sobre ello.

* * * *

Sé honesto: ¿Estás sorprendido de que no me diera cuenta antes? ¿Estás sorprendido de que me tomó tanto tiempo pensar siquiera en la palabra muerte? ¿Morir? ¿Muerto?

¿Crees que estaba siendo estúpida? ¿Ingenua?

Trata de no juzgar. Recuerda que somos iguales, tú y yo.

Yo también pensé que viviría para siempre.

* * * *

—¿Sam? —Ahora mi mamá está en la puerta. Abre la puerta y se reclina contra el marco—. ¿Izzy dijo que te sientes enferma?

—Yo… yo creo que tengo un resfriado o algo. —Sé que me veo como la mierda así que debería ser creíble.

Mi mamá suspira como si yo estuviera siendo difícil a propósito.

—Lindsay estará aquí en cualquier segundo.

—No creo que pueda ir hoy. —La idea de la escuela hace que quiera enroscarme en una pelota y dormir para siempre.

—¿En el día del Cupido?— Mi mamá levanta las cejas. Mira fijamente hacia el top con adornos de piel que está preparado pulcramente sobre la silla de mi escritorio (la única prenda de ropa que no está dispersa por todo el piso o colgando de un poste de la cama o de una perilla)—. ¿Pasó algo?

—No, mamá. —Trato de tragar el nudo en mi garganta. Lo peor es saber que no puedo decirle a nadie lo que está sucediéndome (o lo que me ha sucedido). Ni siquiera a mi mamá. Supongo que han pasado años desde que le hablé sobre cosas importantes, pero comienzo a añorar aquellos días en los que yo creía que ella podía arreglar todo. Es gracioso, ¿no? Cuando eres joven sólo quieres ser mayor, y entonces después deseas poder regresar a ser un niño.

Mi mamá está examinando mi cara muy intensamente. Siento como si en cualquier segundo pudiera derrumbarme y decir impulsivamente algo loco, así que giro alejándome de ella, dándole la cara a la pared.

—Tú amas el día del Cupido —mi mamá insiste—. ¿Estás segura de que no pasó nada? ¿No peleaste con tus amigas?

—No. Por supuesto que no.

Ella vacila.

—¿Peleaste con Rob?

Eso me hace querer reír. Pienso en el hecho de que me dejó esperando en el piso de arriba en la fiesta de Kent, y casi digo: No todavía.

—No, mamá. Dios.

—No uses ese tono de voz. Sólo estoy tratando de ayudar.

—Sí, pues, no lo estás haciendo.

Me entierro más profundo bajo las mantas, manteniendo mi espalda girada. Escucho susurros y creo que ella vendrá a sentarse a mi lado. Aunque no lo hace. En primer año después de una gran pelea, dibujé una línea con esmalte rojo justo dentro de mi puerta, y le dije que si alguna vez cruzaba esa línea, nunca le hablaría de nuevo. La mayoría del esmalte de uñas se ha descascarado ahora, pero en partes puedo ver aún manchas sobre la madera, como sangre.

Lo dije en serio aquella vez, pero había esperado que lo olvidara después de un tiempo. Pero, desde ese día, ella no ha puesto un pie en mi habitación ni una sola vez. Es inútil en algunas maneras, pues ella ya no me sorprende con haber compuesto mis sábanas, o dejado doblada la ropa, o con un vestido nuevo en mi cama como hacía cuando yo estaba en la secundaria. Pero al menos sé que no está rebuscando entre mis cajones mientras estoy en la escuela, en busca de drogas o juguetes sexuales o lo que sea.

—Si quieres salir aquí, iré por el termómetro —dice ella.

—No creo tener fiebre.

Hay una astilla en la pared de la forma exacta de un insecto, y empujo mi dedo contra la pared, apretándolo.

Casi puedo sentir a mi mamá poniéndose las manos en los labios.

—Escucha, Sam. Sé que es segundo semestre. Y sé que crees que eso te da derecho de flojear...

—Mamá, no es eso. —Entierro mi cabeza bajo la almohada, sintiendo como si pudiera gritar—. Te dije, no me siento bien.

Estoy medio temiendo que me pregunte qué es lo que está mal y medio esperando que lo haga.

Ella sólo dice:

—De acuerdo. Le diré a Lindsay que estás pensando ir más tarde. Quizá te sientas mejor después de un poco más de sueño.

Lo dudo.

—Quizá —digo, y un segundo después, escucho la puerta cerrarse detrás de ella.

Cierro los ojos y vuelvo a esos momentos finales, los últimos recuerdos (la mirada de sorpresa de Lindsay y los árboles iluminados como dientes en los

faros, el salvaje rugido del motor) buscando una luz, un hilo que conecte este momento al otro, una forma de ver juntos los días de manera que puedan tener sentido.

Pero todo lo que obtengo es oscuridad.

Ya no puedo contener mis lágrimas. Vienen todas a la vez, y antes de que lo sepa, estoy sollozando y moqueando sobre mis mejores almohadas marca Ethan Allen. Un poco más tarde, escucho arañazos contra mi puerta. Pickle siempre ha tenido un sentido canino para cuando estoy llorando y, en sexto grado, después de que Rob Cokran dijo que yo era una empollona demasiado grande para alguien con quien él saliera (justo en medio de la cafetería, delante de todos) Pickle se sentó en mi cama y lamió las lágrimas, una tras otra.

No sé por qué es ese el ejemplo que me viene a la mente, pero pensar en ese momento hace que un nuevo torrente de furia y frustración se hinche dentro de mí. Es extraño cómo el recuerdo me afecta. Nunca le he mencionado ese día a Rob (dudo que él lo recuerde) pero siempre me ha gustado pensar en ello cuando caminamos por el pasillo, con nuestros dedos entrelazados, o cuando estamos todos haraganeando en el sótano de Tara Flute, y Rob me mira y me guiña un ojo. Me gusta pensar en lo chistosa que es la vida: lo mucho que cambia. Cómo la gente cambia.

Pero ahora sólo me pregunto cuándo, exactamente, me volví lo suficientemente genial para Rob Cokran.

Después de un rato, los arañazos en mi puerta se detienen. Pickle finalmente se ha dado cuenta que no va a entrar, y escucho sus patas contra el piso mientras él se va trotando. No creo que me haya sentido tan sola en mi vida.

Lloro hasta que parece increíble que una persona pueda tener tantas lágrimas. Parece como si debieran venir de las mismísimas puntas de los dedos de mis pies.

Entonces me duermo sin soñar.

Tácticas de Escape

Despierto pensando en una película que vi una vez. El personaje principal muere de alguna forma (que no recuerdo) pero sólo está medio muerto. Una parte de él está allí, tumbado, en coma, y la otra parte está vagando por el mundo, como estar en el limbo. El punto es que, mientras él no esté completamente muerto, en un 100%, una pieza de él está atrapada en este lugar "en medio".

Esto me da esperanza por primera vez en dos días. La idea de que pudiera estar tendida en algún lugar, en coma, mi familia inclinada sobre mí, todos

preocupándose y llenando de flores mi habitación de hospital, realmente me hace sentir bien.

Porque si no estoy muerta (al menos, no todavía) quizá hay una manera de detenerlo.

Mi mamá me deja en el terreno superior justo antes de que el tercer periodo comience (350 metros o no, no seré vista saliendo del Accord color marrón modelo 2003 de mi mamá, el cual no cambia para comprarse uno nuevo porque dice que es "eficiente en el consumo de combustible"). Ahora no puedo esperar para llegar a la escuela. Tengo un hondo presentimiento de que encontraré las respuestas allí. No sé cómo o por qué estoy atrapada en este lapso de tiempo, pero por más que pienso al respecto, más convencida estoy que hay una razón para ello.

—Te veo luego —digo y comienzo a salir del auto.

Pero algo me detiene. Es la idea que ha estado fastidiándome por las últimas veinticuatro horas, sobre lo que había estado tratando de decirle a mis amigas en el auto: cómo nunca podrías realmente saberlo. Cómo podrías estar caminando un día por la calle y ¡bam!

Oscuridad.

—Hace frío, Sam. —Mi mamá se inclina sobre el asiento del pasajero y me hace señas para que cierre la puerta.

Me doy la vuelta y bajo la mirada hacia ella. Me toma un segundo hacer salir las palabras de mi boca, pero murmuro:

—Te quiero.

Me siento tan rara diciéndolo, suena más como si hubiera dicho "jugo de oliva"[1]. Ni siquiera estoy segura si ella me entiende. Cierro la puerta rápidamente antes de que ella pueda responder. Han pasado probablemente años desde que les dije "te quiero" a alguno de mis padres, excepto en Navidad o en los cumpleaños o cuando ellos lo dicen primero y es más o menos lo que se espera que diga. Me deja con una rara sensación en el estómago, una parte de alivio, una de vergüenza y otra parte de arrepentimiento.

Mientras estoy caminando hacia la escuela, hago una promesa: no va a haber un accidente esta noche.

Y sea lo que sea (esta burbuja o hipo en el tiempo) lo voy a romper.

* * * *

Aquí hay algo más que recordar: la esperanza te mantiene viva. Incluso cuando estás muerta, es lo único que te mantiene viva.

* * * *

La campana ya había sonado para el tercer periodo, así que voy a química. Llego allí justo a tiempo para tomar un asiento (gran sorpresa) junto a Lauren Lornet. El examen sale igual que ayer y que el día anterior, excepto que ahora puedo responder la primera pregunta yo sola.

Bolígrafo. Tinta. ¿Trabajo? El señor Tierney. Libro. Golpe. Sobresalto.

—Quédatelo —me murmura Lauren prácticamente agitando sus pestañas hacia mí—. Vas a necesitar un bolígrafo.

Trato de devolverlo como de costumbre, pero algo en su expresión hace chispear mi memoria. Me recuerdo a mí misma volviendo a casa después de la fiesta de piscina de Tara Flute en séptimo grado, y viendo mi cara en el espejo iluminada exactamente así, como si alguien me hubiera entregado un billete de lotería premiado o me hubiera dicho que mi vida estaba a punto de cambiar.

—Gracias. —Meto la pluma en mi bolsa. Ella aún está haciendo esa cara (puedo verlo por el rabillo de mi ojo) y después de un minuto me giro y digo—: No deberías ser tan agradable conmigo.

—¿Qué? —Ahora ella parece completamente estupefacta. Definitivamente, una mejora.

Tengo que susurrar porque Tierney ha empezado su lección de nuevo. Las reacciones químicas, bla, bla, bla. La transfiguración. Pon dos líquidos y forman un sólido. Dos más dos no es igual a cuatro.

—Agradable conmigo. No deberías de serlo.

—¿Por qué no? —Ella arruga la frente de manera que sus ojos casi desaparecen.

—Porque yo no soy amable contigo. —Las palabras son sorpresivamente difíciles de decir.

—Tú eres amable —dice Lauren, mirando sus manos, pero ella obviamente no lo dice en serio. Levanta la mirada e intenta de nuevo—. Tú no...

—Exactamente —digo.

—¡Chicas! —vocifera el señor Tierney, golpeando violentamente sus puños sobre su estación de laboratorio. Juro que él se pone prácticamente color neón.

Lauren y yo no hablamos por el resto de la clase, pero me voy de química sintiéndome bien, como si hubiera hecho lo correcto.

* * * *

—Esto es lo que me gusta ver. —El señor Daimler tamborilea sus dedos sobre mi escritorio mientras camina hacia el final del pasillo, recogiendo tareas—. Una gran sonrisa. Es un hermoso día...

—Se supone que lloverá más tarde —interpone Mike Heffner, y todos ríen. Es un idiota.

El señor Daimler no salta ni un poco.

—... Y es el día del Cupido. El amor está en el aire. —Mira directo hacia mí y mi corazón se detiene por un segundo—. Todos deberían estar sonriendo.

—Sólo por usted, señor Daimler —digo, haciendo que mi voz suene extra dulce. Más risitas tontas y un alto bufido de la parte de atrás. Me doy la vuelta y veo a Kent, con la cabeza agachada, garabateando furiosamente en la portada de su cuaderno.

El señor Daimler se ríe y dice:

—Y aquí pensé que había conseguido tu entusiasmo por las ecuaciones diferenciales.

—Usted consiguió su entusiasmo sobre *algo* —murmura Mike.

Más risas de la clase. No estoy segura si el señor Daimler escucha (no lo parece) pero las puntas de sus orejas se ponen rojas.

La clase entera ha estado así. Estoy de buen humor, segura de que todo estará bien. Tengo todo resuelto. Voy a tener una segunda oportunidad. El señor Daimler ha estado prestándome atención extra. Después de que el Cupido entró, le echó un vistazo a mis cuatro rosas, levantó las cejas, y dijo que yo debo tener admiradores secretos por todas partes.

—No tan secretos —digo, y él me guiña el ojo.

---

[1]Sus palabras en inglés (I love you) sonaron como “olive juice”.

* * * *

Después de la clase, recojo mis cosas y al salir del pasillo, me detengo un segundo para mirar por encima de mi hombro. Efectivamente, Kent saltando

detrás de mí, con la camisa por fuera, la mochila medio abierta y palmeándole en el muslo. Qué lío. Yo empiezo a caminar hacia la cafetería. Hoy he puesto más atención a su nota: El árbol está dibujado con tinta negra, cada tramo con la sombra en la corteza perfectamente definida. Las hojas son muy pequeñas y con forma de diamante. Todo esto le debe haber llevado horas. Lo metí entre dos páginas de mi libro de matemáticas para aplanarlo.

—Hola —dice, alcanzándome—. ¿Recibiste mi nota?

Estuve a punto de decirle: "Es realmente buena", pero algo me detiene.

"¿No bebas lo que amas?" ¿Eso es una especie de eslogan que no conozco?

—Considero que es mi deber cívico correr la voz. —Kent pone su mano sobre su corazón.

Un pensamiento me viene de pronto, pero lo aparto. Se trata de Kent McFuller. Tiene suerte de que en absoluto quiera hablar con él. Además, no tengo planeado comenzar en la fiesta de esta noche: en ninguna parte, ni de Sykes Juliet, no hay razón para que Kent me lo reproche. Lo más importante, no es casual.

—Más bien como difundir la rareza —digo.

—Lo tomo como un cumplido. —Kent de repente parece serio. El rostro se arruga por lo que todas las pecas en la nariz se unen como una constelación—. ¿Por qué coqueteas con el señor Daimler? Es un pervertido, ya sabes.

Estoy tan sorprendida por la pregunta que me toma un segundo en contestar:

—El Sr. Daimler no es un pervertido.

—Confía en mí, lo es.

—Celoso.

—No es probable.

—No he coqueteado ni una pizca con él, de todos modos.

Kent voltea sus ojos.

—Por supuesto.

Me encojo de hombros.

—¿Por qué tanto interés?

Kent se sonroja y deja caer su mirada al suelo.

—No hay razón —murmura.

Mi estómago se contrae un poco, y me doy cuenta de que una parte de mí estaba esperando que su respuesta fuera diferente, más personal. Por supuesto, si Kent confesara su amor eterno por mí allí mismo, en el pasillo, sería desastroso. A pesar de su rareza, no tengo deseo de humillarlo públicamente, es

buena persona y somos amigos de la infancia y todo eso, pero nunca pude, nunca, nunca salí con él, ni en un millón de vidas. No en mi vida, de todos modos: primero querría volver, donde el ayer, iría seguido por el día de hoy y después por el de mañana.

Sólo que es imposible hacer el truco del sombrero.

—Escucha. —Kent me mira por el rabillo de sus ojos—. Mis padres se van este fin de semana, y algunas personas van a venir esta noche...

—Uh—huh. —Más adelante veo a Rob galopando hacia la cafetería. En cualquier momento me va a encontrar. No puedo soportar verlo ahora mismo. Mi estómago aprieta y salto delante de Kent, dando la espalda a la cafetería—. Um... me dices otra vez, ¿dónde está tu casa?

Kent me mira extrañado. Básicamente, le hice erguirse como una barricada humana.

—Fuera de la Ruta 9. ¿No te acuerdas? —No respondo y por un segundo la sonrisa se desvanece de su cara. Mira hacia otro lado, encogiéndose de hombros—. Supongo que no, en realidad. Sólo has estado allí un par de veces. Nos mudamos justo antes de la escuela de secundaria. Junto a Terrace Place. Te acuerdas de mi vieja casa junto a la terraza de lugar, ¿no? —La sonrisa ha vuelto. Es verdad: los ojos son exactamente del color de la hierba—. Tú te pasabas el rato en la cocina y robabas todas las galletas buenas. Y yo te perseguía alrededor de los grandes árboles de arce del patio delantero. ¿Te acuerdas?

Tan pronto como él menciona los árboles de arce, mis recuerdos aparecen, expandiéndose, como algo que rompe la superficie del agua y ondula hacia afuera. Estábamos sentados en un pequeño sitio entre dos enormes raíces que se curvaban hacia fuera de la tierra como las espinas de los animales. Recuerdo que él arrancó dos semillas de arce y metió una en su nariz y otra en la mía, diciéndome que de esta manera los dos sabríamos que era el amor. Yo tendría probablemente sólo cinco o seis años.

—Yo. Yo... —Lo último que necesitaba era que me recordaran los viejos tiempos, cuando iba de rodillas, la nariz y las gafas y él era el único chico que tenía a mi lado—. Tal vez. Todos los tipos de árboles a mí me parecen iguales, ¿sabes?

Se ríe a pesar de que no estaba tratando de ser graciosa.

—Así qué, ¿crees que vas a venir esta noche? ¿A mi fiesta?

Esto me trae de vuelta a la realidad. La fiesta. Sacudo la cabeza y empiezo a retroceder.

—No. No lo creo.

Su sonrisa se tambalea un poco. Será divertido. Interesante. Hablar de lo viejos recuerdos. Los buenos tiempos de nuestra vida y toda esa basura.

—Claro —digo con sarcasmo—. High School Heaven.

Me doy la vuelta y empiezo a caminar lejos de él. La cafetería está llena, y me acerco a las puertas dobles, una de las cuales se mantiene abierta con una vieja zapatilla de tenis, el ruido de los estudiantes me saluda con un rugido.

—¿Vendrás? —grita detrás de mí—. Sé que lo harás.

—¡No! —contengo la respiración, le devuelvo el grito, y estuve a punto de añadir, "mejor así".

Reglas de Supervivencia

—¿Qué quieres decir con eso de que no puedes salir?

Ally me mira como si yo hubiese dicho que me gustaría ir al baile con Ben Farsky (o el Cielo Pedorro [1], como le hemos estado llamando desde cuarto grado).

Suspiro.

—Es sólo que no tengo ganas, ¿de acuerdo? —Pruebo cambiar de táctica y vuelvo a intentarlo—. Salimos cada fin de semana. Pensé que podíamos… no sé, quedarnos, como antes.

—Antes nos quedábamos porque no podíamos entrar en las fiestas de los mayores —dice Ally.

—Habla por ti misma— dice Lindsay.

Esto está siendo más difícil de lo que pensé que sería.

Recuerdo a mi madre preguntándome si había tenido una pelea con Rob y antes de que pueda pensar demasiado en ello suelto abruptamente.

—Es Rob, ¿de acuerdo? Nosotros… tenemos… algunas desavenencias.

Abro la tapa de mi teléfono móvil, comprobando los mensajes de texto por millonésima vez. Cuando entré en la cafetería, Rob estaba de pie detrás de la caja registradora, cargando con sus patatas fritas con kétchup y salsa barbacoa (su favorita). No pude forzarme a mí misma para ir a su encuentro, así que en vez de ello, me apresuré hacia nuestra mesa, situada en la sección superior y le envié un mensaje:

"Tenemos que hablar".

El mensaje de respuesta llegó de inmediato.

"¿Sobre?"

"Esta noche", contesté, y desde entonces mi teléfono ha estado en silencio.

Al otro lado de la cafetería, Rob está apoyado en las máquinas expendedoras hablando con Adam Marshall. Tiene la gorra torcida hacia un lado de la cabeza. Él cree que le hace parecer mayor. Yo adoraba percibir todos estos hechos de su personalidad, almacenarlos y agruparlos, abrazándolos dentro de mí, como si el hecho de atesorarlos y acordarme de ellos (que le gusta la salsa de barbacoa, pero no la mostaza, que su equipo favorito son los Yankees, a pesar de que prefiere baloncesto al béisbol, que una vez cuando era pequeño se rompió una pierna tratando de saltar por encima de un coche) supusiera que le entiendo. Yo solía pensar que eso era el amor: conocer a alguien tan bien como si fuese una parte de ti. Pero cada vez siento más y más que no conozco a Rob.

La mandíbula de Ally cae en picada.

—Pero se supone que tú ya le conoces.

Ella parece un pez con la boca abierta así. Me aparto, luchando contra el impulso de reír.

—Se supone que debíamos conocernos, pero… —Nunca he sido una mentirosa muy buena y mi cerebro está totalmente en blanco.

—¿Pero? —Se empeña Lindsay.

Meto la mano en mi mochila y saco la nota que me envió, que ahora está arrugada y tiene un pedazo de goma de mascar medio envuelta, pegándose a ella. La empujo encima de la mesa.

—Pero esto.

Lindsay arruga la nariz y de un tirón abre la tarjeta con las puntas de las uñas. Ally y Elody se inclinan sobre ella y empiezan a leer. Un segundo después, reina el silencio. Finalmente, Lindsay cierra la tarjeta y la empuja de nuevo hacia mí.

—No es tan malo —dice ella.

—Ni tan bueno tampoco.

Sólo estaba tratando de encontrar un pretexto para mantenernos lejos de la fiesta de esta noche, pero en cuanto empiezo a hablar de Rob, realmente me lanzo.

—¿*Luv ya*? ¿Qué clase de mierda es eso? Llevamos saliendo juntos desde Octubre.

—Él probablemente está esperando para decírtelo —dice Elody, retirándose el flequillo de los ojos—. Steve no me lo ha dicho a mí.

—Es distinto. Tú no esperas que él te lo diga.

Elody mira hacia otro lado rápidamente, y se me ocurre que tal vez, a pesar de todo, sí que lo espera.

Se hace un silencio incómodo hasta que Lindsay habla.

—No veo cuál es el trauma. Tú sabes que te gusta Rob. No es que sea un rollito de una sola noche o algo así.

—Me gusta, pero... —Estoy a punto de confesarles que no estoy tan segura de que estemos bien juntos, pero en el último segundo no puedo.

Podrían pensar que estaba loca. Ni siquiera yo me entiendo a mí misma, la verdad. Es como si tuviese la idea de que él es lo mejor que hay en la caja.

—Mira. No voy a tener sexo con él sólo para que me diga que me quiere, ¿sabes?

Ni siquiera he pensado en estas palabras antes de que salgan de mi boca, y, por un segundo, estoy tan sorprendida por ellas, y por lo que significan, que no puedo decir nada más. No es por esto por lo que he planeado tener relaciones sexuales con Rob, para escuchar las palabras, quiero decir. Sólo quería salir de esta. Creo. En realidad, no estoy segura de por qué parecía tan importante.

—Hablando del diablo —murmura Ally.

Llega a mí el olor de bálsamo de limón y Rob planta un beso húmedo en mi mejilla.

—Hola, señoritas —Acerca su fritanga a Elody y ella pone la bandeja fuera de su alcance. Él se ríe—. Hey, Slammer. ¿Recibiste mi mensaje?

—Lo recibí. —Miro a la mesa. Siento como si mis ojos intentasen olvidar todo, olvidar el último mensaje y la forma en que no me respondió y en que cuando me besa, él mantiene los ojos abiertos.

Al mismo tiempo, realmente, no quiero que nada cambie.

—¿Y? ¿Qué me he perdido? —Rob se inclina hacia delante y pone sus manos sobre la mesa, un poco demasiado bruscamente, creo. La Coca—Cola Diet de Lindsay da un salto.

—Sam no quiere ir a la fiesta de Kent —deja escapar Ally. El codo de Elody se dispara hacia ella y suelta un aullido.

Rob gira la cabeza y me mira. Su rostro está completamente inexpresivo.

—¿Es eso de lo que querías hablar?

—No… Bueno, más o menos.

No esperaba que él mencionase el contenido del mensaje y me confundió tanto que no pude decir lo que estaba pensando. Sus ojos se oscurecieron, casi

se nublaron. Traté de sonreírle, pero sentí que mis mejillas estaban rellenas de algodón. No puedo dejar de imaginarlo tambaleándose sobre sus pies, sosteniendo mi mano y diciendo: "Cinco minutos".

—¿Y bien? —Se endereza y se encoge de hombros—. ¿De qué entonces?

Lindsay, Ally y Elody están mirándome. Puedo sentir sus ojos sobre mí como si despidieran calor.

—No puedo hablar sobre eso aquí. Quiero decir, no ahora. —Señalo ligeramente a las chicas con mi cabeza.

Rob se ríe: una risa corta y dura. Y ahora me doy cuenta de lo enojado que está y cómo trata de esconderlo.

—Claro que no. —Camina hacia atrás, ambas manos levantadas como si estuviera tratando de detener algo invisible—. ¿Qué tal esto? Tú dime cuando estés LISTA para hablar. Yo te ESPERARÉ. Nunca quisiera, tú sabes, PRESIONARTE. —Estira alguna de las palabras, y puedo oír el sarcasmo en su voz, apenas se escucha, pero está ahí.

Es obvio, al menos, para mí, de que está hablando de algo más que sólo hablar, pero antes de que pueda responderle hace una floritura con su mano, una especie de reverencia, y luego da media vuelta y se va.

—Cielos. —Ally juega con la ensalada de su plato— ¿De qué se trata todo eso?

—No están peleando de verdad, ¿cierto, Sam? —pregunta Elody, con los ojos grandes como platos.

Antes de poder responder, Lindsay emite una especie de silbido y levanta su barbilla, señalando con ella a algo detrás de mí.

—Alerta de psicópata. Guarden los cuchillos y bebés.

Juliet Sykes ha entrado en la cafetería. He estado tan concentrada en hoy, en arreglarlo, en la idea de que puedo arreglarlo, y me he olvidado por completo de Juliet. Pero ahora me volteo rápidamente, sintiéndome más curiosa de lo que nunca lo he estado acerca de lo que hará. La veo flotar a través de la cafetería. Su pelo está suelto sobre su rostro: pelo rizado, suave y tan blanco que me recuerda a la nieve. Así es como se ve, realmente, como un copo de nieve al cual el viento mueve de aquí para allá, dando vueltas y giros en las distintas corrientes de aire. Ni siquiera levanta la vista hacia nosotras, y me pregunto si también en este momento lo estará planeando, planeando seguirnos esta noche y avergonzarnos delante de todos. No parece que pudiera hacerlo.

Estoy tan concentrada de verla que me toma un momento darme cuenta de que Ally y Elody recién han terminado de cantar "Psicópata asesina, *qu'est—*

ce que c'est" y que ahora se están riendo histéricamente. Lindsay tiene sus dedos levantados formando una cruz, como tratando de alejar una maldición, y repite una y otra vez:

—Oh Dios, aleja a la oscuridad.

—¿Por qué odias a Juliet? —le pregunto a Lindsay. Me resulta extraño que nunca había pensado en preguntarle hasta ahora. Siempre lo había aceptado sin más.

Elody resopla y casi escupe su Coca Dietética.

—¿Lo dices en serio?

Lindsay claramente no estaba preparada para la pregunta. Abre su boca, la cierra, y luego mueve su pelo sobre su hombro y voltea sus ojos, como si no pudiera creer lo que le acababa de preguntar.

—No la odio.

—Sí, lo haces. —Fue Lindsay quien descubrió que Juliet no había recibido ni una sola rosa en primero, y fue ella quien tuvo la idea de enviarle un Valograma. Fue Lindsay quien la llamo Psicópata, y quien, todos esos años atrás, esparció la historia sobre Juliet haciéndose pis en el campamento de las Chicas Scout.

Lindsay me mira como si me hubiera vuelto demente.

—Lo siento —me dice, encogiéndose de hombros—. No soporto a los pacientes mentales.

—No me digas que sientes pena por ella, o algo parecido —dice Elody—. Sabes que debería estar encerrada.

—En Bellevue [2].—Ally se ríe.

—Sólo me lo preguntaba —digo, enderezándome cuando Ally dice la palabra B. Todavía queda la posibilidad de que me haya vuelto total y clínicamente loca. Pero de algún modo, ya no lo creo así. Un artículo que leí una vez decía que la gente loca no cree estarlo, he ahí su problema.

—Así que, ¿de verdad nos quedaremos en casa toda la noche? —Ally dice, haciendo pucheros con su boca—. ¿TODA la noche?

Contengo mi respiración mientras miro a Lindsay. Ally y Elody también la miran. Ella tiene la última palabra en todas nuestras grandes decisiones. Si ella quiere ir a la fiesta de Kent, tendré un gran problema.

Lindsay se recuesta en su silla y me mira. Veo un brillo en sus ojos, y mi corazón se detiene, pensando que me dirá que me la aguante, que una fiesta me hará bien.

Pero en vez de eso, sonríe y me guiña un ojo.

—Es solo una fiesta —me dice—. Es muy probable que sea aburrida.

—Podríamos alquilar una película de terror —dice Elody—. Ya saben, como solíamos hacerlo.

—Depende de Sam —dice Lindsay—. Lo que ella quiera.

Podría besarla justo allí.

---

[1] Juego de palabras con el apellido: Farsky. Fart—sky (pedo—cielo)

[2]Bellevue: Bellevue Hospital Center, el hospital público más viejo de los Estados Unidos. Por eso Bellevue es usado informalmente en los Estados Unidos para cualquier Hospital Psiquiátrico.

* * * *

Falto de nuevo a inglés con Lindsay. Vemos a Alex y Katie en la Cocina Hunan, pero hoy Lindsay ni siquiera se fija en ellos, probablemente porque está tratando de ser buena conmigo y porque sabe que odio las confrontaciones.

Aun así, me detengo por un momento. Pienso en Brianna con sus brazos alrededor de Alex y mirándolo como si él fuera en único chico de la Tierra. Ella está molesta, eso es seguro, pero se merece mucho más que esto. Está mal.

—¿Hola? Acosando un poco, ¿eh? —dice Lindsay.

Me doy cuenta de que estoy parada ahí mirando por encima de carteles y pósters rotos acerca de especiales de cinco dólares, grupos de teatro locales y salones de peluquería. Alex Liment me ha visto a través de la ventana. Me está mirando a los ojos.

—Ahí voy. —Es malo, pero, ¿qué más puedo hacer? Vive y deja vivir.

En El Mejor Yogurt del País, Lindsay y yo pedimos grandes cantidades de yogurt de chocolate doble con mantequilla de maní, y yo le agrego grageas y cereal. Me ha vuelto el apetito, eso es seguro. Todo está yendo como lo planeé. No habrá fiesta para nosotras hoy, no habrá coches y nadie conducirá. Estoy segura que esto lo arreglará todo, que la arruga en el tiempo se alisará, que despertaré de esta pesadilla en la que he estado viviendo. Tal vez me levantaré, respirando con dificultad, en la cama de algún hospital: mi madre y mi padre con lágrimas en sus ojos, Izzy llorando mientras se aferra a mi cuello, Lindsay y Ally y Elody y…

Una imagen de Kent pasa como un flash por mi cabeza, pero la quito de allí rápidamente.

Y Rob. Claro que Rob también está allí.

Ésta es la llave, estoy segura. Vive el día hasta el final. Sigue las reglas. Aléjate de la fiesta de Kent. Simple.

—Cuidado. —Lindsay ríe, tomando una gran cucharada de yogurt—. No querrás ser gorda y virgen.

—Mejor eso que gorda con gonorrea —digo, arrojando un chip de chocolate a su rostro.

Ella también me arroja uno.

—¿Estas bromeando? Estoy tan sana que podrías comer de mi piel.

—El buffet Lindsay. ¿Sabe Patrick que te estás regalando así?

—Qué asco.

Lindsay está tratando de sacar una cucharada perfecta de yogurt de su copa. Pero ambas nos estamos riendo, y ella termina lanzando una cucharada llena de yogurt a mi rostro. Me da de lleno sobre mi ojo izquierdo.

Ella jadea y lleva una mano hacia su boca. El yogurt se desliza por mi rostro y se cae sobre mi seno izquierdo con un sonoro PLOP.

—Lo siento, lo siento tanto —dice Lindsay, con su mano aún sobre su boca. Sus ojos están inmensos, y es obvio que está tratando de no reírse—. ¿Crees que tu camisa esté arruinada?

—Todavía no —digo, tomando una cucharada de yogurt y arrojándoselo. Le golpea al costado del rostro, justo en su pelo.

Grita:

— ¡Perra! —y después estamos agachadas detrás de las mesas y las sillas en EMYP, arrojándonos grandes cantidades de yogurt de chocolate doble y usando nuestras cucharas como catapultas para lanzar el yogurt de un lado al otro.

No puedes juzgar al profesor de gimnasia por su "bigote de manija"

Lindsay y yo no paramos de morirnos de la risa en el camino de regreso a la escuela. Es difícil de explicar, pero me estoy sintiendo más feliz de lo que había estado en años. Como si notara todo por primera vez: El fuerte olor del viento, la luz extraña y sesgada, la forma en que las nubes se dibujaban sobre el cielo suavemente. La piel de nuestros tops de verano espesa y gruesa, y tenemos manchas de agua en todos lados. Los carros nos siguen echando bocinazos, y nosotras les soplamos besos.

Un Mercedes negro se orilla, y Lindsay se inclina moviendo su trasero y dice:

—Diez dólares. Diez dólares.

La golpeo en el brazo.

—Ese podría ser mi padre.

—Lamento decírtelo, pero tu papá no conduce un Mercedes.

Lindsay empuja su cabello lejos de su cara. Está fibroso y húmedo. Tuvimos que lavarlo en el baño de EMYP, las mujeres nos gritaron y amenazaron con llamar a la policía si volvíamos a poner un pie en su tienda.

—Eres imposible —digo.

—Sabes que me amas —ella dice tomando mi brazo y abrazándose a mí. Nos estábamos congelando.

—Sí, lo hago —digo. Y en verdad lo siento. La amo, amo el horrible color mostaza de los ladrillos del Thomas Jefferson y los pasillos color magenta. Amo Ridgeview por ser pequeño y aburrido, y amo todo y a todos en él. Amo mi vida. Quiero mi vida.

—Yo también te amo, nena.

Cuando llegamos a la escuela. Lindsay quiere fumar un cigarrillo, aunque la campana para la octava hora va timbrar en un minuto.

—Dos fumadas. —Lindsay dice, ampliando sus ojos, yo rio y me dejo arrastrar porque ella sabe que no puedo decir que no cuando me hace esa cara. La sala está vacía. Estamos justo al lado del campo de tenis, acurrucadas juntas. Mientras Lindsay trata de prender un fósforo.

Finalmente, ella lo logra y toma una gran bocanada dejando un hilo de humo fuera de su boca.

Un segundo más tarde oímos un grito a través del estacionamiento.

—¡Hey! ¡Tú! ¡La del cigarrillo!

Ambas nos congelamos: la Señora Winter. La nazi de la nicotina.

—¡Corre! —Lindsay dice después de un segundo, botando su cigarrillo.

Ella sale detrás del campo de tenis aunque yo le grito:

—Por aquí. —Veo el gran y rubio cabello de la señora Winter pasando entre los carros. No estoy segura de si ella nos ve o sólo nos oye reír. Paso detrás de una Range Rover y atravieso por el callejón de los de último año a una de las puertas negras en el gimnasio, mientras la señora Winter sigue gritando.

—Oye, oye.

Agarro la manija y la jalo pero la puerta está atascada. Por un segundo, mi corazón se para, y estoy segura que está cerrada, pero luego la empujo y se abre

a un closet de almacenamiento. Salto dentro y cierro la puerta tras de mí. Luego oigo a la Señora Winter decir "mierda" y ella empieza a caminar de vuelta.

Todas las cosas (todo el día, La pelea en El Mejor Yogurt del País, el casi fracaso de la idea de Lindsay, agazapada en algún lugar en el bosque en su falda y sus nuevas cuñas marca Steve Madden) me parece tan gracioso que tengo que taparme la boca para no reír. El cuarto donde estoy huele como a zapatos de futbol, Jersey y barro, y con la pila de conos de color naranja y una bolsa llena de balones de baloncesto apiladas en la esquina. Es apenas suficiente para aguantar.

En un lado del cuarto hay una ventana que muestra una oficina: La de Otto probablemente, ya que él básicamente vive en el gimnasio. Yo, de hecho, nunca había visto su oficina. Su escritorio está apilado de papeles y hay un computador mostrando un protector de pantalla con una foto un poco cursi sobre una playa bajada de internet. Me muevo un poco más cerca de la ventana, pensando en lo gracioso que sería si pudiera molestarlo con algo sucio, como alguna clase de ropa interior asomándose en su escritorio o una revista pornográfica o algo así, cuando la puerta se abre y ahí está él.

Instantáneamente, me tiro al suelo. Tengo que acurrucarme como un balón, e incluso estoy tan paranoica que mi cola de caballo puede estar asomándose por el alfeizar de la ventana. Suena estúpido, considerando todo lo que ha pasado. Pero todo lo que puedo pensar en ese momento es que si él me ve, estoy realmente muerta, adiós casa de Ally, hola detención.

Mi cara está presionada contra una bolsa de lona que parece llena de viejas camisetas de baloncesto, no sé si alguna vez han sido lavadas o qué, pero el olor me hace atragantarme.

Oigo a Otto moviéndose alrededor del escritorio, y estoy rezando (rezando) que él no se acerque lo suficiente para verme acosando a un montón de equipo deportivo. Ya puedo oír los rumores: *Samanta Kingston haciéndolo con los conos de conducción de educación física.*

Hay un minuto o dos mientras él arrastra los pies, y mis piernas se empiezan a acalambrar. La primera campanada timbra para la octava hora (tres minutos para la clase) pero no tengo forma de escabullirme. La puerta es ruidosa, además, no tengo manera de saber hacia qué lado está mirando. Él podría estar mirando la puerta.

Mi única esperanza es que Otto tenga clase en la octava hora, pero no parece que vaya a ninguna parte. Me imagino atrapada aquí hasta que la escuela termine. El olor me acabaría.

Oigo la puerta de Otto chirriar de nuevo, y me levanto pensando que él se ha ido después de todo. Pero luego una segunda voz dice.

—Maldición. Las perdí.

Reconocería ese quejido nasal en cualquier lado. La señora Winter.

—¿Fumadores? —Otto dice, su voz es casi tan aguda como la de ella. No tenía idea que siquiera se conocieran. Las únicas veces que los he visto en el mismo salón es en las asambleas escolares. Cuando la Señora Winter se sienta junto al director Beneter luciendo como si alguien hubiera explotado una bomba apestosa bajo su silla, y Otto se sienta con los profesores especiales de educación física, el instructor de salud y el conductor especial de educación física y los otros raros que están en la facultad pero que no son verdaderos profesores.

—¿Sabes a cómo los estudiantes llaman a esa pequeña área? Salón de fumadores. —Casi puedo oír a la señora Winter pellizcando su nariz.

—¿Pudiste ver quien era? —Otto pregunta, y tensa sus músculos.

—No realmente, pude oírlas, y olí el humo.

Lindsay tiene razón, la señora Winter tiene la mitad de la nariz de un galgo.

—La próxima vez —Otto dice.

—Debe haber dos mil colillas de cigarrillos fuera de aquí —la señora Winter dice—. Con todos los videos de salud que les mostramos...

—Son adolescentes, hacen lo opuesto a los que dices. Eso es parte del trato. Espinillas, vello púbico, y mala actitud.

Casi me perdí cuando Otto dijo vello púbico y creo que la señora Winter iba a sermonearlo, pero ella solo dijo:

—Algo que no sepa, porque me tomo la molestia.

—Ha sido uno de esos días, ¿huh? —Otto dice, y hay un sonido de alguien chocando contra el escritorio, y un libro cae al suelo. La señora Winter de hecho se ríe.

Y luego, lo juro por Dios que los oigo besándose. No como piquitos. Boca abierta, succionando, con gemido incluido, esa clase de beso.

Oh, mierda. Literalmente, tengo que morder mi propia mano para evitar gritar, o llorar, o estallar en carcajadas, o enfermarme o todo lo dicho anteriormente. Esto no puede estar pasando. Estoy desesperada por sacar mi teléfono y mandar un mansaje a las chicas, pero no me quiero mover. Ahora realmente no quiero ser atrapada, para que Otto y la Nazi piensen que estoy espiando su fiesta sexual. Vomitivo.

Justo cuando no puedo aguantar un segundo más apretujada entre las camisetas sudadas, oigo a Otto y Winter succionar como si estuvieran en una mala película porno. La segunda campana suena. Estoy oficialmente tarde para el octavo periodo.

—Oh, Dios, debería estar reunida con Beanie —la señora Winter dice. Beanie es el nombre de los estudiantes para el señor Beanie, el director, de todas las cosas sorprendentes que he oído en los pasados cinco minutos es que ella conoce el sobrenombre, y lo usa.

—Sal de aquí —el señor Otto dice, y luego lo juro, (lo juro) que lo oigo palmear su trasero.

OH. Por Dios esto es mejor que cuando Marcie Harris fue descubierta masturbándose en el laboratorio de ciencias (con un tubo de ensayo hasta su... ya saben qué, si crees los rumores). Esto es mejor que cuando Mark Hanley fue suspendido por pasar brevemente por una página pornográfica online. Esto es mejor que cualquier escándalo, es el hit en el Thomas Jefferson hasta ahora.

—¿Tienes clase? —la señora Winter dice prácticamente arrullando.

—Ya terminé por hoy —dice Otto. Mi corazón se hunde... no hay forma que pueda aguantar estar aquí durante otros cuarenta y cinco minutos. Olvídate del horrible calambre serpenteando por arriba de mis piernas y muslos: ¡Tengo increíbles chismes que esparcir!

—Pero yo tengo que establecer las pruebas para la audición de fútbol.

—Bueno, bebé. —¿Bebé?—. Te veré esta noche.

—A las ocho en punto.

Oigo que la puerta se abre y sé que la Sra. Winters se ha ido. Gracias a Dios. Por la manera en que ellos mantenían sus conversaciones de alcoba, estaba preocupada de que tendría que soportar otra sinfonía de sesión de besos de cinco minutos. No estoy segura de que mis tendones ni mi psique pudieran soportarlo.

Después de unos pocos segundos de moverse alrededor y escribir algunas cosas en el teclado, oigo que Otto sale por la puerta. El cuarto junto a mí se queda oscuro, entonces la puerta se abre y se cierra, y sé que está todo despejado.

Digo un aleluya silencioso y me paro. Los hormigueos en mis piernas son tan malos que casi me caigo, pero empiezo a caminar hacia la puerta y me inclino sobre ella. Cuando salgo, me quedo ahí afuera, moviendo los pies y tomando largos y profundos alientos de aire limpio. Finalmente, lo dejo salir:

tiro la cabeza hacia atrás y me río histéricamente, carcajeando y bufando y ni siquiera preocupándome por si parezco desquiciada.

La Sra. Winters y el Sr. Otto. ¿Quién lo habría adivinado en un millón, o en un trillón de años?

Mientras me dirijo hacia el gimnasio, me golpea el pensamiento de cuán extrañas son las personas. Puedes verlas todos los días, puedes pensar que los conoces, y entonces puedes descubrir que apenas si sabes algo de ellas. Me siento estimulada, casi como si estuviera girando alrededor de un remolino, girando más y más cerca alrededor de las mismas personas y los mismos acontecimientos, pero viendo las cosas desde ángulos diferentes.

Estoy todavía riéndome cuando llego a la Oficina Principal, aunque el Sr. Howser se pondrá loco porque llego tarde, y yo aún tengo que detenerme en mi armario y recoger mi libro de texto (él nos dijo en el primer día que debemos tratar a nuestros libros de texto como si fueran niños. Obviamente, él no tiene ninguno). Estoy presionando ENVIAR para mandarles un mensaje de texto a Elody, Ally, y Lindsay (no van a creer lo que pasó) cuando ¡bam!, choco contra Lauren Lornet.

Ambas nos tropezamos, y mi teléfono sale volando fuera de mi mano y salta a través del vestíbulo.

—¡Mierda! —Chocamos tan fuerte que me toma un segundo recuperar el aliento—. Mira por dónde vas.

Camino hacia mi teléfono, preguntándome si puedo exigirle que me lo pague si la pantalla está agrietada o algo, cuando me toma del brazo. Fuerte.

—¿Qué dem...?

—Diles —me dice locamente, moviéndose para quedar frente a mí. —Tienes que decirles.

—¿De qué estás hablando? —Trato de quitarme su agarre, pero ella me toma del otro brazo también, como si quisiera sacudirme. Su cara está roja y manchada, y tiene una apariencia pegajosa integral. Es obvio que ha estado llorando.

—Diles que no hice nada malo. —Da un tirón a su cabeza hacia atrás sobre su hombro. Nosotras estamos paradas directamente frente a la oficina principal, y yo la veo en ese momento de la misma forma en que estaba ayer, con el pelo cayendo sobre su cara, llorando a lo largo del pasillo.

—Realmente no sé de lo que hablas —le digo tan suavemente como puedo, porque ella me está poniendo verdaderamente nerviosa. Ella probablemente tiene visitas quincenales establecidas con el psicólogo de la

escuela para controlar su paranoia, o su DOC (Desorden Obsesivo—Compulsivo), o lo que sea que tiene.

Ella toma un hondo respiro. Su voz es inestable.

—Ellos piensan que me copié de ti en química. Beanie me llamó... pero no lo hice. Juro por Dios que no lo hice. He estado estudiando...

Doy un tirón hacia atrás, pero ella mantiene su agarre en mis brazos. El sentimiento de estar atrapada en un remolino regresa, pero esta vez es horrible: estoy siendo empujada hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo, como si hubiera un peso sobre mí.

—¿Tú me copiaste? —Mis palabras suenan como si vinieran desde muy lejos. Ni siquiera sueno como si fuera yo.

—No lo hice, juro por Dios que yo... —Lauren se estremece en sollozos—. Él me reprobará. Dijo que me reprobaría si mis notas no mejoraban, y yo conseguí un tutor y ahora ellos piensan que yo... él dijo que llamaría a la Universidad de Penn State. Nunca iré a la universidad y yo... tú no entiendes. Mi padre me matará. Él me matará. —Ella realmente me sacude entonces. Sus ojos están llenos de pánico—. Tienes que decirles.

Yo finalmente logro quitarme su agarre. Me siento caliente y enferma. No quiero saber esto. Nada de esto.

—No puedo ayudarte —le digo, retirándome, aún sintiendo como si no estuviera realmente diciendo las palabras, sólo como si las estuviera escuchando decir en voz alta desde algún lugar.

Lauren luce como si acabara de abofetearla.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con que no puedes ayudarme? Solo diles...

Mis manos tiemblan mientras voy a recoger mi teléfono. Se escapa de mi mano dos veces y se cae al piso ambas veces con un estrépito. No se supone que sea así. Me siento como si alguien hubiera apretado el botón de REVERSO en una aspiradora y toda la mugre que hice estuviera siendo arrojada otra vez a la alfombra mientras yo sólo puedo observar.

—Tienes suerte de que no rompieras mi teléfono —digo, sintiéndome entumecida—. Me costó doscientos dólares.

—¿Me escuchaste siquiera? —La voz de Lauren sube histéricamente. No me atrevo a encontrar sus ojos—. Estoy arruinada, estoy acabada...

—No puedo ayudarte —digo otra vez, es como si no pudiera recordar ninguna otra palabra.

Lauren deja salir algo que está entre un chillido y un sollozo.

—Dijiste que no debería ser amable contigo hoy. ¿Sabes qué? Tenías razón. Eres atroz, eres una perra, eres...

De repente, es como si recordara dónde estamos: quién es ella y quién soy yo. Se tapa la boca con la mano tan rápidamente que hace un hueco sonido que resuena en el pasillo.

—Oh, Dios. —Ahora su voz sale como un susurro—. Lo lamento mucho. No quería decirlo.

Yo ni siquiera le contesto. Esas palabras: eres una perra, hacen que todo mi cuerpo se ponga frío.

—Lo siento. Yo... por favor no te enojes.

No puedo soportarlo, no puedo soportar escucharla disculpándose conmigo. Y, antes de darme cuenta, estoy corriendo... corriendo a todo pulmón por el vestíbulo, mi corazón sacudiéndose, sintiéndome como si debiera gritar o llorar o golpear algo con mi puño. Ella me grita algo, pero yo no sé lo que es, no me importa, no puedo saberlo, y cuando empujo la puerta del cuarto de baño de chicas, tiro mi espalda contra la puerta y me hundo contra ella hasta que mis rodillas quedan aplastadas contra mi pecho, mi garganta tan apretada que me duele respirar. Mi teléfono continúa zumbando, y una vez que me calmo un poco, lo abro y encuentro mensajes de texto de Lindsay, Ally, y Elody: "¿Qué? Cuenta. Escúpelo. ¿Te arreglaste con Rob?"

Guardo mi teléfono en mi bolso y descanso mi cabeza entre mis manos, esperando a que mi pulso se normalice. Toda la felicidad que sentía antes se fue. Incluso toda la situación de Otto y Winters ya no parece graciosa. Brianna y Alex y Katie y Sarah Grundel y su estúpido estacionamiento y Lauren Lornet y la prueba de química... se siente como si hubiera sido atrapada por una enorme red y hacia cada lado que gire, veo que estoy atascada con otra persona, todos nosotros girando alrededor en la misma red. Y no quiero saber nada de ello. No es mi problema. No me importa.

Eres una perra.

No me importa. Tengo cosas más importantes por las que preocuparme.

Finalmente, me paro. He dado por perdido ir a español. En lugar de eso, me echo agua fría en la cara y entonces me vuelvo a aplicar el maquillaje. Mi cara se ve tan pálida bajo las luces fluorescentes, que apenas si me reconozco.

Sólo un sueño

—Vamos, anímate. —Lindsay me golpea en la cabeza con una almohada. Elody aparece con el último rollo de atún picante, lo cual no creo que fuera tan buena idea, ya que ahora estará sentada en la alfombra otomana por las próximas tres horas—. No te preocupes, Sammy. Rob lo superará.

Todas piensan que Rob es la razón por la cual estoy tan silenciosa. Pero, por supuesto, no lo es. Estoy silenciosa porque tan pronto como el reloj fue avanzando a lo largo de la noche y dieron las doce, el miedo se arrastró de vuelta a mí llenándome lentamente, como la arena que cae por un reloj de arena. Con cada segundo, estoy más y más cerca del Momento. La Zona Cero. Esta mañana estaba muy segura de que todo era muy simple… todo lo que tenía que hacer era mantenerme alejada de la fiesta, alejada del coche. Que el tiempo retrocedería. Que podría salvarme.

Pero ahora mi corazón se siente como si estuviera siendo aplastado entre mis costillas, y se hace más difícil respirar. Estoy asustada de que en un segundo… en el espacio entre una respiración… todo se evapore en la oscuridad, y me encuentre sola en la habitación de mi casa, despertando por el sonido de la alarma. No sé lo que voy a hacer si eso sucede. Creo que mi corazón se rompería. Creo que mi corazón se pararía.

Ally apaga la televisión y lanza el control remoto.

—¿Qué hacemos ahora?

—Déjame consultar a los espíritus. —Elody se desliza del sofá y se pone en el suelo, donde anteriormente en los viejos tiempos habíamos creado un polvoroso tablero de Ouija. Tratamos de jugar, pero todas obviamente lo estamos empujando, y el indicador se mantiene deletreando palabras como pene o raja, hasta que Lindsay comienza a gritar al aire:

—¡Espíritus pervertidos! ¡Niños molestos!

Elody empuja el indicador con dos dedos. Este gira una vez más hasta establecerse en la palabra SI.

—Mira, mamá. —Elody levanta sus manos—. Sin manos.

—No era una pregunta de si o no, estúpida. —Lindsay rueda los ojos y toma un sorbo del *Châteauneuf—du—Pape* que trajimos de la bodega.

—Esta ciudad apesta —dice Ally—. Nunca pasa nada.

Doce y treinta y tres. Doce y treinta y cuatro. Nunca he visto los segundos y minutos pasar tan rápido, cayendo unos sobre otros. Doce y treinta y cinco. Doce y treinta y seis.

—Necesitamos música o algo así —dice Lindsay, saltando—. No podemos quedarnos sentadas aquí como vagas.

—Definitivamente, música —dice Elody. Ella y Lindsay corren hasta la sala contigua, donde está el aparato de música.

—Música no. —Me quejo, pero es demasiado tarde. Beyoncé ya esta explosionando. Los jarrones comienzan a vibrar en las estanterías. Mi cabeza parece que va a explotar, y los escalofríos me recorren el cuerpo de arriba a abajo. Doce y treinta y siete. Me acurruco profundamente en el sofá, cubriéndome las rodillas con una manta y tapándome los oídos.

Lindsay y Elody vuelven a la habitación. Estamos todas con pantalones cortos y camisetas sin mangas. Lindsay obviamente allanó el armario de Ally, porque ella y Elody ahora también llevan puestas gafas de esquí y sombreros de lana. Elody va cojeando con un pie atascado en una raqueta de nieve de niño.

— ¡Oh Dios Mío! —grita Ally. Sostiene su estomago y se dobla, riendo.

Lindsay gira con un bastón de esquí entre las piernas, balanceándose adelante y atrás.

—¡Oh, Patrick! ¡Patrick!

La música está tan fuerte que apenas puedo oírla, incluso cuando me quito las manos de los oídos. Doce y treinta y ocho. Un minuto.

— ¡Vamos! —grita Elody, extendiendo su mano hacia mí. Tengo tanto miedo que no me puedo mover, ni siquiera sacudir la cabeza y ella se inclina hacia adelante y grita—. ¡Vive un poco!

Son muchos los pensamientos y palabras que están retumbando en mi cabeza. Quiero gritar: “No, para” o “Sí, vive”, pero todo lo que puedo hacer es cerrar los ojos y, en un segundo, las imágenes corren por mi mente como el agua de una piscina infinita, y me imagino a todas nosotras precipitándonos a través del tiempo y pienso: Ahora, ahora, va a pasar ahora…

* * * *

Y entonces, todo está en silencio.

* * * *

Tengo miedo de abrir los ojos. Un profundo vacío se abre dentro de mí. No siento nada. Esto es lo que se siente al estar muerto.

Entonces una voz:

—Demasiado fuerte. Van a estallar sus tímpanos antes de cumplir veinte.

Abro los ojos. La Sra. Carter, la madre de Ally, está de pie en la puerta con un brillante impermeable, alisándose el pelo. Y Lindsay está de pie ahí, con sus gafas de esquí y el gorro, y Elody torpemente tratando de hacer palanca para sacar el pie de la raqueta de nieve.

Lo hice. Funcionó. El alivio y la alegría me inundan con tanta fuerza que estoy a punto de gritar.

Pero en cambio, me río. Me echo a reír en el silencio, y Ally me da una sucia mirada, como: ¿ahora decides que es divertido?

—¿Están borrachas, niñas? —La madre de Ally nos mira una a una, y luego frunce el ceño ante la botella de vino casi vacía en el suelo.

—Casi. —Ally se tira en el sofá—. Acabaste con la diversión.

Lindsay se quita de un tirón las gafas de la cabeza.

—Estábamos haciendo una fiesta de baile, señora Carter —dice alegremente, como si bailar medio desnuda y cubierta con un equipo de deporte de invierno, fuera una actividad estipulada de las Chicas Exploradoras.

La señora Carter suspira.

—Ya no es así. Ha sido un día largo. Me voy a la cama.

—Mamáaa —se queja Ally.

La señora Carter la fulmina con la mirada.

—No más música.

Elody finalmente libera su pie y tropieza hacia atrás, cayendo contra una de las estanterías de libros. El Manual de Martha Stewart para el gobierno de la casa, sale volando y aterriza a sus pies.

—Oops. —Enrojece y mira a la señora Carter como si esperara que ella le pegara unas cachetadas en cualquier momento.

No puedo evitarlo. Empiezo a reír otra vez.

La señora Carter rueda sus ojos hacia el techo y mueve la cabeza.

—Buenas noches, chicas.

—Bien hecho. —Ally se inclina y me pincha en el muslo—. Retardada.

Elody empieza a reír e imita la voz de Lindsay.

—Estábamos haciendo una fiesta de baile, señora Carter.

—Al menos, no me caí sobre una estantería de libros. —Lindsay se inclina y menea su trasero ante nosotras—. Bésalo.

—Quizás lo haga. —Elody se tira hacia ella, pretendiendo que va a hacerlo. Lindsay grita y la esquiva. Ally sisea:

—¡Shhh! —justo cuando oímos a la señora Carter gritar: "¡Chicas!" desde el piso de arriba. Al momento, todas nos estamos riendo. Se siente genial reír con ellas.

Estoy de vuelta.

* * * *

Una hora más tarde Lindsay, Elody y yo estamos acostadas en el sillón en forma de L. Mis pies están apretujados contra los de Lindsay, y ella continúa meneando sus dedos solo para molestarme. Pero nada puede molestarme justo ahora. Ally ha traído su colchón de aire y sus mantas desde arriba (ella insiste en que no puede dormir sin su confortable edredón Society). Es justo como el primer año. Hemos puesto la televisión baja porque a Elody le gusta el sonido, y en la oscura habitación el brillo de la pantalla me recuerda a los veranos pasados ingresando en la piscina del Club para nadar de noche, a la forma en que las luces brillan a través de toda esa agua negra, a la tranquilidad y la sensación de que eres la única persona viva en todo el mundo.

—¿Están despiertas? —susurro. No estoy segura de quién estará aún despierta.

—Mmmf —gruñe Lindsay.

Cierro mis ojos, dejando que el sentimiento de paz barra sobre mí, que me llene de pies a cabeza.

—Si tuvieras que revivir un día una y otra vez, ¿cuál elegirías? Yo no lo sé —digo—. ¿Cómo puedes elegir?

Nadie me responde, y en unos pocos momentos más escucho a Ally comenzar a roncar en su almohada. Están todas dormidas. Aún no estoy cansada. Aún estoy muy emocionada por estar aquí, a salvo, por haber roto esa burbuja de tiempo y espacio que había estado apresándome. Pero cierro mis ojos de todas formas y trato de imaginar qué tipo de día elegiría. Los recuerdos pasan veloces, docenas y docenas de fiestas, viajes de compras con Lindsay, comer en cantidades en pijamadas y llorar con Elody por El cuaderno, y mucho antes de eso, las vacaciones familiares y mi fiesta de octavo cumpleaños y la primera vez que me lancé desde el trampolín más alto de la piscina y el agua llenó mi nariz, dejándome mareada. Pero todas ellas parecen imperfectas de alguna forma, manchadas y sombrías.

En un día perfecto no habría que ir a la escuela, eso seguro. Y habría panqueques de desayuno (los panqueques de mamá). Y mi papá haría sus

famosos huevos fritos, e Izzy pondría la mesa como lo hace en los días festivos, con distintos platos que no hacen juego y fruta y flores que ella recolecta alrededor de la casa y los pone en medio de la mesa y los llama un "centodemesa".

Cierro mis ojos y me siento a mi misma dejándome ir, como volcándome sobre el límite de un abismo, la oscuridad se eleva para llevarme lejos…

Ring ring ring.

Soy devuelta desde el límite del sueño y, por un horrible segundo, pienso: es mi alarma, estoy en casa, está pasando de nuevo. Doy un golpe, un espasmo, y Lindsay grita:

—¡Ow!

El sonido de esa sola palabra hace que mi corazón se calme y mi respiración vuelva a la normalidad.

Ring ring ring.

Ahora que estoy completamente alerta me doy cuenta que no es mi alarma, es el teléfono, sonando estridentemente en muchas habitaciones, creando un efecto de eco extraño. Miro el reloj. 1:52.

Elody se queja. Ally se da la vuelta y murmura:

—Apágalo.

El teléfono deja de sonar y luego comienza otra vez, y repentinamente Ally se sienta, recta como una vara, totalmente despierta.

Ella dice.

—Mierda. Mierda. Mi mamá va a matarme.

—Haz que se detenga, Al —dice Lindsay, desde debajo de su almohada.

Ally trata de soltarse de sus sabanas, aún murmurando:

—Mierda. ¿Dónde está el maldito teléfono? —Tropieza y termina trastabillando fuera de la cama y cayendo al suelo golpeándose el hombro. Elody gime de nuevo, esta vez más alto.

Lindsay dice:

—Estoy tratando de dormir, chicas.

—Necesito el teléfono —sisea Ally de vuelta. Es muy tarde de todos modos. Escucho pasos que se mueven arriba. Obviamente la Sra. Carter se ha despertado. Un segundo más tarde, el teléfono para de sonar.

—Gracias a dios. —Lindsay se acurruca, hundiéndose más aún bajo sus sábanas.

—Son casi las dos. —Ally se levanta, puedo ver la silueta de su forma cojeando de vuelta a su cama—. ¿Quién demonios llama a la una y media de la mañana?

—Quizás es Matt Wilde, confesando su amor —dice Lindsay.

—Muy divertido —dice Ally. Ella se acuesta y todas nos quedamos en silencio. Sólo puedo escuchar el bajo murmullo de la voz de la Sra. Carter sobre nosotras, el crujido de sus pasos mientras se pasea. Luego escucho claramente que dice:

—Oh, no. Oh Dios mío.

—Ally… —comienzo.

Pero ella lo ha escuchado también. Se levanta y enciende la luz. El brillo repentino me hace arrugar el ceño. Lindsay maldice y pone sus sábanas sobre la cabeza.

—Algo está mal. —Ally se abraza, pestañeando rápidamente.

Elody se estira a por sus lentes, y se incorpora apoyándose en sus codos. Finalmente Lindsay se da cuenta de que la luz no va a apagarse y emerge desde debajo de su capullo.

—¿Cuál es el problema? —Ella empuña sus manos, frotando sus ojos.

Nadie responde. Todas tenemos una sensación creciente de eso ahora: algo está muy mal. Ally sólo está de pie en medio de la habitación. En su enorme camiseta y con los pantalones cortos holgados se ve mucho más joven de lo que es.

En un momento específico, la voz escaleras arriba se detiene, y los pasos se mueven diagonalmente a través del piso, camino a las escaleras. Ally se mueve de vuelta al colchón de aire, plegando sus piernas bajo ella y mordiendo sus uñas.

La Sra. Carter no parece sorprendida de vernos despiertas, esperándola. Lleva puesta una camisola larga de seda y tiene un antifaz de ojos en lo alto de su cabeza. Nunca había visto a la Sra. Carter luciendo menos que perfecta y hace que el miedo se expanda en mi estómago.

—¿Qué? —La voz de Ally es casi histérica—. ¿Qué paso? ¿Es papá?

La Sra. Carter pestañea y parece enfocarse en nosotras como si recién hubiera despertado de un sueño.

—No, no. No es tu padre. —Ella toma aliento, luego lo suelta sonoramente—. Escuchen, chicas. Lo que estoy por decirles es muy triste. Sólo se los estoy diciendo, en primer lugar, porque lo averiguarán tarde o temprano.

—Sólo dinos, mamá.

La Sra. Carter asiente lentamente.

—Todas conocen a Juliet Sykes.

Esto es un shock: todas nos miramos, completamente desconcertadas. De todas las palabras que la Sra. Carter podría haber dicho en este momento, estoy segura que "Todas conocen a Juliet Sykes" se ubica bastante arriba en la lista de las no esperadas.

—Sí. ¿Y? —Ally se encoje de hombros.

—Bueno, ella… —La Sra. Carter se detiene alisando su camisola con las manos, y comienza de nuevo—. La del teléfono era Mindy Sachs.

Lindsay eleva sus cejas, y Ally da un suspiro de reconocimiento. Todas conocemos a Mindy Sachs también. Tiene cincuenta años y está divorciada pero aún se viste y actúa como una estudiante de segundo año. Está más obsesionada con los chismes que nadie de la escuela. Donde sea que veo a la Srta. Sachs me acuerdo del juego al que solíamos jugar de niñas, donde una persona susurra un secreto y la siguiente persona lo repite y así y así, excepto que en Ridgeview la Srta. Sachs es la única que susurra. Ella y la Sra. Carter se sientan juntas en el consejo escolar, así que la Sra. Carter siempre sabe sobre los divorcios o quien justamente ha perdido todo su dinero y quien está teniendo una aventura romántica.

—Mindy vive justo al lado de los Sykes —continúa la Sra. Carter—. Aparentemente, su calle ha estado ocupada por una ambulancia en la pasada media hora.

—No entiendo —dice Ally, y quizá es la hora o el estrés de los días pasados, pero yo no lo estoy entendiendo tampoco.

La Sra. Carter tiene sus brazos cruzados y los aprieta un poco, como si tuviera frío.

—Juliet Sykes. Se suicidó esta noche.

Silencio. Silencio total. Ally deja de morderse las uñas, y Lindsay se sienta tan silenciosa como yo nunca la había visto. Realmente pienso durante varios segundos que mi corazón ha dejado de latir. Siento una extraña sensación de estar en un túnel, como si hubiera estado saltando en paracaídas fuera de mi cuerpo, y ahora estuviera justo mirándolo desde muy lejos, como si por unos momentos, todas fuéramos sólo pinturas de nosotras mismas.

Repentinamente, me acuerdo de una historia que una vez mis padres me contaron: Antes, cuando la escuela Thomas Jefferson era llamada la Preparatoria Suicida, algún chico se colgó dentro de su propio vestidor, justo ahí en medio de suéteres oliendo a bolas de naftalina, zapatos viejos y todo. Él

era un fracasado y tocaba en la banda y no tenía casi amigos. Creo que también tenía alguna clase de defecto de nacimiento que hacía que un lado de su cara estuviera todo colgado. Así que nadie pensó nada al respecto cuando murió. Es decir, la gente estaba triste y todo, pero ellos lo *comprendieron*.

Pero el siguiente año (el siguiente año a ese día) uno los chicos más populares en la escuela, se mató de la misma exacta manera. Todo fue lo mismo: el método, la hora y el lugar. Excepto que este chico era capitán del equipo de natación y del equipo de soccer y, aparentemente, cuando la policía entró al vestidor, había tantos viejos trofeos atléticos que parecía como si hubiera sido sepultado en una cripta de oro. Él dejó sólo una nota de una línea: *"Todos somos hombres colgados"*.

—¿Cómo? —Elody pregunta, apenas en un susurro.

La señora Carter sacude la cabeza y por un segundo creo que ella podría llorar.

—Mindy escuchó el disparo. Ella pensó que era un cohete. Pensó que era una travesura.

—¿Se disparó a sí misma? —dice Ally quedamente, casi de manera reverencial, y sé que todas estamos pensando lo mismo: ésa es la peor forma de todas.

—¿Cómo...? —Elody se ajusta las gafas y se lame los labios—. ¿Saben por qué?

—No había ninguna nota —dice la señora Carter, y juro que puedo escuchar algo en la habitación: una diminuta exhalación. Un respiro de alivio—. Sólo pensé que deberías saberlo.

Ella va hacia Ally y se inclina, besando su frente. Ally retrocede, tal vez por la sorpresa. Nunca antes he visto a la señora Carter besar a Ally. Nunca antes he visto a la señora Carter parecerse mucho a una madre.

Después, la señora Carter nos deja ahí sentadas mientras el silencio se estira y se expande en enormes aros a nuestro alrededor. Siento como si todas estuviéramos esperando por algo, pero no estoy segura de qué. Finalmente, Elody habla.

—¿Creen...? —Elody traga, mirando de aquí para allá, de una a otra—. ¿Creen que es por culpa de nuestra rosa?

—No seas estúpida —dice Lindsay bruscamente. Aunque puedo notar que ella está alterada. Su cara está pálida, y enrolla y desenrolla el borde de su manta—. No es como si fuera la primera vez.

—Eso lo hace incluso peor —dice Ally.

—Al menos, sabíamos quién era ella. —Lindsay me atrapa mirando sus manos, y las coloca firmemente sobre su regazo—. La mayoría de las personas sólo actuaban como si fuera invisible.

Ally se muerde el labio.

—Aun así, en su último día... —Elody se calla.

—Ella está mejor de esta manera —dice Lindsay. Esto es bajo incluso para ella, y todas la miramos fijamente.

—¿Qué? —Levanta la barbilla y nos mira en respuesta de manera desafiante—. Todas ustedes saben que lo están pensando. Ella era miserable. Escapó. Está hecho.

—Pero... Quiero decir, las cosas podrían haber ido mejor —digo.

Ally sacude la cabeza y se lleva las rodillas a su pecho.

—Dios, Lindsay.

Estoy en shock. La parte más rara de todo esto es el arma. Parece tan cruel, tan fuerte, una forma tan física de hacerlo. Sangre y sesos, y achicharrante calor. Si ella tuvo que hacerlo (que morir) debería haberse ahogado, debería haber sólo caminado en el agua hasta que le cubriera la cabeza. O debería haber saltado. Me imagino a Juliet flotando de esta manera y eso, como si estuviera siendo sostenida por corrientes de aire. Puedo imaginarla extendiendo los brazos y saltando de un puente o un cañón en algún lugar, pero en mi cabeza ella empieza a elevarse con el viento tan pronto como sus pies dejan el suelo.

No con un arma. Las armas son para dramas policíacos, atracos en la tienda 7—Eleven, adictos al crack y peleas de pandillas. No para Juliet Sykes.

—Quizá deberíamos haber sido más amables con ella —dice Elody. Baja la mirada como si estuviera avergonzada de decirlo.

—Por favor. —La voz de Lindsay es alta y dura en comparación—. No puedes tratar mal a alguien siempre y luego sentirte mal cuando muere.

Elody levanta la cabeza y mira a Lindsay.

—Pero yo *sí* me siento mal. —Su voz se está volviendo más fuerte.

—Entonces, eres una hipócrita —dice Lindsay—. Y eso es peor que nada.

Ella se levanta y apaga las luces. La escucho subir de nuevo al asiento y crujiendo entre las mantas, acomodándose.

—Si me permites —dice—, tengo que dormir para ponerme al corriente.

Hay un silencio total durante un rato. No estoy segura de si Ally está acostada o no, pero cuando mis ojos se ajustan a la oscuridad, veo que no: ella aún está allí sentada con las rodillas contra su pecho, mirando directo al frente.

Después de un minuto, dice:

—Voy a dormir arriba.

Recoge sus sábanas y mantas, haciendo ruido extra, probablemente para vengarse de Lindsay.

Un momento después, Elody dice:

—Voy con ella, el sofá es demasiado grumoso. —Ella obviamente también está molesta. Hemos estado durmiendo en ese sofá durante años.

Después de que ella se fuera, me siento por un rato, escuchando la respiración de Lindsay. Me pregunto si está durmiendo. No veo cómo podría estarlo. Me siento tan despierta como lo he estado alguna vez. Entonces, de nuevo, Linsay siempre ha sido diferente de la mayoría de las personas, menos sensible, más "blanco y negro". Mi equipo, tu equipo. Este lado de la línea, aquel lado de la línea. Audaz e indiferente. Siempre la he admirado por eso (todas siempre la hemos admirado).

Me siento inquieta, como si necesitara saber las respuestas de preguntas que no estoy segura cómo hacer. Salgo del sofá lentamente, tratando de no despertar a Lindsay, pero resulta que ella no está durmiendo después de todo. Se gira, y en la oscuridad puedo sólo divisar su pálida piel y las profundas cavidades de sus ojos.

—Tú no vas arriba, ¿o sí? —susurra.

—Al baño —susurro en respuesta.

Voy tanteando mi camino hacia el pasillo y hago una pausa allí. En algún lugar, un reloj está haciendo tic—tac, pero además de eso, está en total silencio. Todo está oscuro y el piso de piedra está frío bajo mis pies. Paso una mano a lo largo del pasillo para orientarme. El sonido de la lluvia se ha detenido. Cuando miro hacia fuera, veo que la lluvia se ha convertido en nieve, miles de copos de nieve derritiéndose en las ventanas con celosía y haciendo que la luz de la luna que viene a través de los cristales se vea acuosa y llena de movimiento, sombras girando y oscureciendo el piso, vivas. Hay un baño allí, pero no es ahí a donde me dirijo. Abro la puerta que guía al sótano de Ally y ando a tientas hacia abajo, sujetando los dos barandales.

Tan pronto como mis pies golpean la alfombra al final de la escalera, busco torpemente en la pared a mi izquierda, eventualmente encuentro el interruptor de luz. El sótano es repentinamente revelado, grande, desolado y de aspecto normal: sofás de cuero beige, una vieja mesa de ping-pong, otra TV de pantalla plana, y un área circular con una rueda de andar, una máquina elíptica y un espejo de tres caras en el centro. Está más fresco aquí abajo y huele como a químicos y a pintura nueva.

Justo detrás del área de ejercicio, está otra puerta, la cual lleva a la habitación a la que siempre nos hemos referido como el Altar de Allison Carter. La habitación está empapelada con los viejos dibujos de Ally, ninguno de ellos

bueno, la mayoría datan de la escuela primaria. Las estanterías de libros están llenas con fotos de ella: Ally disfrazada de pulpo para Halloween en primer grado; Ally usando un vestido de terciopelo verde y sonriendo delante de un enorme árbol de navidad colapsado absolutamente con adornos; Ally entrecerrando los ojos con un bikini puesto; Ally riendo; Ally frunciendo el ceño; Ally viéndose pensativa. Y en la estantería más baja, cada uno de los viejos anuarios escolares de Ally, desde el jardín de niños en adelante. Ally una vez nos mostró cómo la señora Carter había ido a través de todos los libros, uno a uno, colocando etiquetas adheribles a cada uno de los amigos de Ally de año a año. ("Así puedes recordar lo popular que siempre fuiste", la señora Carter le había dicho).

Me dejo caer sobre mis rodillas. No estoy segura exactamente de lo que estoy buscando, pero hay una idea tomando forma en mi cabeza, un viejo recuerdo que desaparece siempre que quiero que tome forma, como esos juegos de ilusión visual en los que sólo puedes ver la figura oculta cuando tus ojos no están enfocados.

Comienzo con el anuario de primer grado. Lo abro directamente en la clase del señor Christensen (sólo mi suerte) y ahí estoy, un par de sitios lejos del grupo. El flash de la cámara reflejado en mis gafas hace imposible ver mis ojos. Mi sonrisa es más cercana a un respingo, como si el esfuerzo doliera. Paso rápidamente la fotografía. Odio mirar los viejos anuarios; no traen exactamente un torrente de recuerdos positivos. Los míos están escondidos en algún lugar del ático, con toda la otra mierda que mi mamá insiste en que debo conservar "*porque podrías quererla después*", como mis viejas muñecas y un andrajoso cordero de peluche que solía llevar conmigo a todas partes.

Dos páginas después, encuentro lo que estoy buscando: la clase de primer grado de la señora Novak. Y allí está Lindsay, adelante y al centro como siempre, irradiando una gran sonrisa hacia la cámara. A su lado, está una delgada y bonita chica con una sonrisa tímida y el cabello tan rubio que podría ser blanco. Ella y Lindsay están de pie juntas, tan cerca que sus brazos están tocándose desde el codo hasta la punta de los dedos.

Juliet Sykes.

En el anuario de segundo grado, Lindsay está arrodillada delante de la línea de su clase. De nuevo, Juliet Sykes está junto a ella.

En el anuario de tercer grado, Juliet y Lindsay están separadas por varias páginas. Lindsay estaba en la clase de la señorita Derner (conmigo. Ese fue el año en que ella inventó la broma: "*¿Qué es rojo blanco y todo raro?*"). Juliet estaba en la clase del Doctor Kuzma. Diferentes páginas, diferentes clases, diferentes poses (Lindsay tiene sus manos apretadas delante de ella; Juliet está de pie con su cuerpo inclinado ligeramente a un lado) y aún así ellas lucen exactamente igual, usando la misma playera polvo azul Petite Bateau, haciendo juego con pantalones capris color blanco; el cabello de ambas, rubio y brillante, dividido pulcramente a la mitad, y el destello de una pequeña cadena de plata alrededor

de sus cuellos. Ese fue el año en el que era genial vestirte como tus amigos, tu mejor amigo.

Recogí el anuario de cuarto grado después, con mis dedos pesados y entumecidos, el frío corriendo a través de mí. Hay un gran retrato Tecnicolor de la escuela en su portada, todo en colores rosas neón y rojos, probablemente pintado por un maestro de arte. Me toma un rato encontrar la clase de Lindsay, pero tan pronto como lo hago, mi corazón empieza a correr. Ahí está ella con la misma enorme sonrisa, como si estuviera desafiando a la cámara a captarla luciendo menos que perfecta. Y junto a ella, está Juliet Sykes. Una bonita y feliz Juliet Sykes, sonriendo como si tuviera un secreto. Entrecierro los ojos, enfocándome en un diminuto espacio borroso entre ellas, y creo que sólo puedo divisar que sus dedos índices están enlazados vagamente.

Quinto grado. Encuentro a Lindsay fácilmente, de pie al frente y al centro del salón de la señora Krakow, sonriendo tan ampliamente que parece que estuviera revelando sus dientes. Me toma más tiempo encontrar a Juliet. Voy por todas las fotografías buscándola, y tengo que comenzar otra vez desde el principio antes de notarla, muy arriba, en la esquina a mano derecha, apretada entre Lauren Lornet y Daniel Cho, encogiéndose hacia atrás como si quisiera sacarse del marco por completo. Su cabello cae delante de su cara como una cortina. Junto a ella, tanto Lauren como Daniel están alejados ligeramente, como si no quisieran ser asociados con ella, como si ella tuviera alguna enfermedad contagiosa.

Quinto grado: el año del viaje de las Chicas exploradoras, cuando se orinó en el saco de dormir y Lindsay la apodó Mellow Yellow.

Pongo los anuarios de vuelta con cuidado, asegurándome de ordenarlos correctamente. Mi corazón late salvajemente, un ritmo de tambor fuera de control. De repente, quiero salir del sótano tan pronto como sea posible. Apago las luces y tanteo mi camino a ciegas por las escaleras. La oscuridad parece un remolino de formas y sombras, y el terror sube hacia mi garganta. Estoy segura de que si me giro voy a verla, toda de blanco, tropezando con sus manos extendidas, buscándome, con la cara ensangrentada y descompuesta.

Y entonces estoy arriba y ahí está: una visión, una pesadilla. Su cara está completamente en sombra (un agujero) pero puedo decir que tiene su mirada fija en mí. La sala se inclina y me agarro a la pared para mantenerme firme.

—¿Cuál es tú problema? —Lindsay da un paso en la sala, la luz de la luna cae diferente, haciendo que sus rasgos surjan—. ¿Por qué me miras así?

—Jesús. —Llevo mi mano hacia mi pecho, tratando de presionar mi corazón de nuevo a su ritmo normal—. Me asustaste.

—¿Qué estabas haciendo allí? —Lleva el pelo desordenado y, al estar en pantalones cortos y un top sin mangas, podría ser un fantasma.

—Eras su amiga —le digo. Se me escapa como una acusación—. Fuiste su amiga por años.

No estoy segura de la respuesta que estoy esperando, pero ella mira hacia otro lado y luego me mira.

—No es culpa nuestra —dice, como si me retara a que la contradijera—. Ella está totalmente loca. Lo sabes.

—Lo sé —digo. Pero tengo la sensación de que no soy yo la que habla.

—Y oí que su padre era, una especie de, alcohólico —presionó Lindsay, su voz fue repentinamente rápida, urgente—. Toda su familia enloqueció.

—Sí —dije. Por un minuto me quedo ahí parada en silencio. Mi cuerpo se siente pesado, inútil, de la forma en que lo hace algunas veces cuando tienes que correr en una pesadilla, pero no puedes. Después de un tiempo, se me ocurre algo, y digo—. Lo estaba.

A pesar de que hemos estado de pie en silencio, Lindsay inhala fuertemente, como si la hubiera interrumpido en medio de un largo discurso.

—¿Qué?

—Ella estaba loca. —digo yo—. Ella ya no es nada.

Lindsay no responde. Paso delante de ella en el oscuro pasillo y sigo mi camino hacia el sofá. Me instalo debajo de la manta y, un rato después, llega ella y se une a mí.

Tendida aquí, convencida de que no voy a poder dormir, recuerdo la vez en mitad del tercer año de secundaría cuando Lindsay y yo nos escapamos un día al azar entre semana (un martes o un jueves) y condujimos alrededor porque no había nada que hacer. En algún momento, ella se detuvo bruscamente en Fallow Ridge Road y apagó los faros, a la espera de que otro coche empezara a venir en nuestra dirección por el otro carril. Luego encendió el motor y las luces y condujo a toda velocidad en línea recta hacia él. Yo estaba gritando a todo pulmón, los faros crecían como soles, estaba segura de que íbamos a morir y ella estaba agarrando el volante y gritando por encima de mis chillidos.

—No te preocupes. Ellos siempre giran primero. —Tuvo razón, también. En el último segundo, el otro coche giró bruscamente hacia la cuneta.

Eso es lo que recuerdo justo antes de que el sueño me atrape.

En mi sueño, estoy cayendo en la oscuridad.

En mi sueño, caigo para siempre.

CUATRO

Incluso antes de que me despierte, el reloj de la alarma está en mi mano, y estoy totalmente despierta en el mismo momento en que lo lanzo contra la pared. Suelta un gemido final antes de romperse.

—Vaya —dice Lindsay, cuando me deslizo dentro del coche quince minutos más tarde—. ¿Hay algún trabajo en la zona roja del que no estoy enterada?

—Sólo conduce. —Apenas puedo mirarla. La cólera hierve a través de mí como un líquido. Ella es un fraude: el mundo entero es un fraude, una brillante, reluciente estafa. Y de alguna manera, yo soy la que está pagando por ello. Soy la que murió. Soy la que está atrapada.

Aquí está la cosa: no debería ser yo. Lindsay, la única que conduce como si estuviera en la versión de la vida real de Grand Theft Auto. Lindsay, la única que siempre está pensando en maneras de atormentar o humillar a las personas, la que siempre está criticando a todo el mundo. Lindsay, la única que mintió sobre ser amiga de Juliet Sykes y luego la torturó durante todos estos años. Yo no hice nada; solo seguí adelante.

—Vas a congelarte, sabes. —Lindsay tira su cigarrillo y cierra la ventana.

—Gracias, mamá. —Giro el espejo para asegurarme de que mi barra de labios no esté manchada. He doblado mi falda un par de veces, por lo que apenas me cubre el culo cuando me siento, y estoy usando las plataformas de cinco pulgadas que compré con Ally como una broma en una tienda, la cual estábamos seguras que solo abastecía a strippers. Mantengo la parte superior del top con adornos de piel, pero le he añadido un collar de diamantes de imitación, que otra vez compramos como una broma de Halloween, cuando nos disfrazamos de Enfermeras Traviesas. Este dice: "gran putilla", provocadoras palabras.

No me importa. Estoy de humor para parecerlo. Siento como si pudiera hacer cualquier cosa ahora mismo: dar un puñetazo a alguien en la cara, robar un banco, beber y hacer algo estúpido. Ese es el único beneficio de estar muerto. No hay consecuencias.

Lindsay no entiende mi sarcasmo, o lo ignora.

—Me sorprende que tus padres te hayan dejado salir así de casa.

— No lo hicieron. —Otra cosa que hace que tenga un humor de perros son los diez minutos del combate de gritos que le he dado a mi madre antes de que irme fuera de casa. Incluso cuando Izzy fue a esconderse en su habitación y mi

padre me amenazó con estar castigada de por vida (¡Já!), las palabras seguían saliendo. Se sentía tan bien gritar, como cuando te quitas una costra y la sangre comienza a fluir nuevamente.

—No vas a salir por esa puerta a menos que subas las escaleras y te pongas algo más de ropa. —Es lo que dijo mi mamá—. Vas a coger una neumonía. Más importante aún, no quieres que la gente tenga una impresión equivocada acerca de ti en la escuela.

Y de pronto todo se precipitó dentro de mí, rompiendo y le dije bruscamente.

—¿Ahora te importa? —Ella dio un respingo al oír mi voz, como si hubiera extendido la mano y la hubiera abofeteado—. ¿Ahora quieres ayudarme? ¿Ahora quieres protegerme?

Lo que realmente quería decir era: "¿Dónde estabas hace cuatro días? ¿Dónde estabas cuando mi coche volcó por el borde de una carretera en medio de la noche? ¿Por qué no estabas pensando en mí? ¿Por qué no estabas allí?". Odio a mis padres en este momento: sentados tranquilamente en nuestra casa, mientras que en la oscuridad mi corazón latía contando los segundos de mi vida, marcando cada uno hasta el momento en que mi tiempo se fue; dejando que el hilo que nos conectaba se volviera tan lejano y fino que, en el momento en que se cortó para siempre, ellos no lo sintieron.

Al mismo tiempo, sé que en realidad no es su culpa, al menos no completamente. Yo hice mi parte también. Lo hice un centenar de diferentes días y de mil maneras diferentes y lo sé. Pero esto hace que la rabia empeore, no mejore.

Se supone que tus padres tienen que mantenerte a salvo.

—Jesús, ¿cuál es tú problema? —Lindsay me mira fijamente por un segundo—. ¿Te has levantado en el lado equivocado de la cama o algo así?

—Durante unos pocos días, sí.

Estoy realmente harta de esta poca media luz, el cielo azul pálido y enfermizo (ni siquiera es verdaderamente azul) y el sol es un húmedo desorden en el horizonte. Una vez leí que cuando la gente muere de hambre empieza a tener fantasías con alimentos, tendido allí durante horas soñando con puré de patatas caliente y viscosa crema de mantequilla y carne roja en sus platos. Ahora lo entiendo. Me muero de hambre por diferente luz, diferente cielo. Nunca he pensado en ello antes, pero es un milagro cuántas clases de luz hay en el mundo, al igual que muchos cielos: el brillante pálido de la primavera, cuando sientes que el mundo entero florece; el exuberante y audazmente brillante del medio día de Julio; los tormentosos cielos morados y la verde inquietud antes de que venga un relámpago; y los enloquecedores multicolores del atardecer que parece como si alguien se hubiera drogado.

Debería haberlos disfrutado más, haberlos memorizado. Debería haber muerto un día con una hermosa puesta de sol. Debería haber muerto en vacaciones de verano o invierno. Debería haber muerto cualquier otro día.

Inclino la frente contra la ventana, fantaseo sobre enviar mi puño contra el cristal, todo el camino hacia el cielo, y verle destrozarse como un espejo.

Pienso en lo que voy a hacer para sobrevivir a todos los millones y millones de días que serán exactamente como este, dos espejos frente a frente multiplicando un reflejo en el infinito. Empiezo a idear un plan: voy a dejar de ir a la escuela, voy a robar el coche de alguien y conducir en una dirección diferente cada día. Este, oeste, norte, sur. Me permito fantasear con ir tan lejos, tan rápido que me levanto como un avión y asciendo hacia arriba y voy hacia un lugar donde el tiempo es soplado lejos como la arena de una superficie por el viento.

* * * *

¿Recuerdas lo que dije acerca de la esperanza?

* * * *

—¡Feliz Día de Cupido! —canta Elody cuando se sube al Tanque.

Lindsay mira desde Elody hacia mí.

—¿Qué es esto? ¿Algún tipo de competición por ser la Menos Vestida?

—Si lo tienes, hay que hacer alarde de ello. —Los ojos de Elody van a mi falda mientras ella se inclina hacia delante para coger su café—. ¿Olvidaste tus pantalones, Sam?

Lindsay ríe por lo bajo. Dice: "¿Celosa?", sin girarse hacia la ventana.

—¿Qué está mal con ella? —Elody se inclina hacia atrás.

—Alguien olvidó tomarse su pastilla de la felicidad esta mañana.

Por la esquina de mi ojo, veo a Lindsay volverse hacia Elody y gesticular algo como: "Déjalo". Como si yo fuera una cría que necesita que la echen una mano. Pienso en esas viejas fotos donde ella está brazo con brazo con Juliet Sykes, y entonces pienso en Juliet volándose la cabeza y salpicando el suelo del sótano. Otra vez regresa la ira, y hago todo lo que puedo para evitar girarme hacia ella y gritarle que es una farsante, una mentirosa, que puedo ver a través de ella.

Veo a través de ti… Mi corazón da un vuelco cuando recuerdo las palabras de Kent.

—Sé de algo que te va a animar. —Elody empieza a hurgar en su bolso, buscando muy satisfecha consigo misma.

—Lo juro por Dios, Elody, si me das un condón ahora… —Presiono mis dedos en mis sienes.

Elody se congela y frunce el seño, sosteniendo un condón entre dos dedos.

—Pero… es nuestro regalo. —Ella mira a Lindsay para que la apoye.

Lindsay se encoge de hombros.

—Tú decides —dice. Ella no me mira, pero puedo decir que mi actitud está realmente empezando a joderla, y para ser honestos, estoy feliz por eso—. Si quieres cultivar enfermedades de transmisión sexual.

—Tú sabes todo sobre eso. —Ni siquiera quiero que eso salga; pero lo hace.

Lindsay se agita hacia mí.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—Has dicho...

—No he dicho nada. —Apoyo mi cabeza contra la ventana.

Elody aún está sentada cuando el condón oscila entre sus dedos.

—Vamos, Sam. Sin condón no hay amor, ¿verdad?

Perder mi virginidad parece absurdo para mi ahora, la trama de una película diferente, de un personaje diferente, de una vida diferente. Intento ir hacia atrás y recordar qué amaba de Rob (qué amaba de él) pero todo lo que consigo es una colección de imágenes al azar sin un orden en particular: Rob desmayado en el sofá de Kent, agarrándome el brazo y acusándome de engañarle; Rob poniendo su cabeza sobre mi hombro en su sótano, susurrando que quiere despertar junto a mí; Rob dándome la espalda en sexto grado; Rob sosteniendo en alto su mano y diciendo "Cinco minutos"; Rob cogiendo mi mano por primera vez cuando caminamos alrededor del pasillo, un sentimiento de orgullo y fortaleza yendo a través de mí. Parecen los recuerdos de otra persona.

Ahí es cuando realmente me golpea: nada de esto importa ya. Nada importa más.

Me vuelvo en mi sitio, alargando la mano hacia atrás para coger el condón de Elody.

—Sin condón no hay amor —digo, dándole una sonrisa tirante.

Elody se anima.

—Esa es mi chica.

Me vuelvo otra vez cuando Lindsay frena en seco ante un semáforo en rojo. Salgo disparada hacia delante y extiendo una mano para no golpear el tablero y, a continuación, cuando el coche deja de moverse, vuelvo hacia tras golpeándome contra el asiento. El café en el porta—vasos salta de este y salpica mi muslo.

—Oops. —Lindsay se ríe tontamente—. Lo siento.

—Realmente eres un peligro. —Elody ríe y busca alrededor la hebilla de su cinturón de seguridad.

La furia que llevo sintiendo toda la mañana sale precipitadamente.

—¿Qué esta malditamente mal en ti?

La sonrisa de Lindsay se congela en su cara.

—¿Perdona?

—Dije: ¿Qué está malditamente mal en ti? —Cojo unas cuantas servilletas de la guantera y empiezo a limpiarme mi pierna. El café no estaba caliente (Lindsay le había quitado la tapa para que se enfriara) pero deja una marca roja en mi muslo, y siento ganas de llorar—. Eso no es tan difícil. Luz roja: para. Luz verde: adelante. Sé que la amarilla podría resultarte más difícil de entender, pero uno pensaría que con un poco de práctica podrías llegar a hacerlo.

Lindsay y Elody están mirándome en un estupefacto silencio, pero yo no me detengo, no puedo detenerme, todo esto es culpa de Lindsay, Lindsay y su estúpida forma de manejar.

—Podrían entrenar monos para que manejen mejor que tú. Entonces, ¿qué? ¿Qué es? ¿Necesitas demostrar que no te importa una mierda? ¿Que no te importa nada? ¿No te importa nadie? Golpea un guardafangos por aquí, golpea un espejo por allá, oops, gracias a Dios que tenemos nuestras bolsas de aire, para eso es para lo que son los parachoques, sólo mantente andando, mantente conduciendo, nadie jamás sabrá. ¿Adivina qué, Lindsay? No tienes que demostrar nada. Ya sabemos que no te importa una mierda nadie excepto tú misma. Siempre lo hemos sabido.

Se me acaba el aire entonces y, por un segundo después de que hablé, hay un silencio total. Lindsay ni siquiera está mirándome. Ella está mirando directo al frente, con ambas manos en el volante y los nudillos blancos de apretarlo tan estrechamente. La luz se pone verde y ella presiona su pie en el acelerador, con fuerza. El motor ruge, sonando como un trueno en la distancia.

Le toma a Lindsay un rato hablar y, cuando lo hace, su voz es baja y suena extraña.

—¿De dónde rayos sacaste...?

—Chicas —chilla Elody nerviosamente desde la parte de atrás—. No peleen, ¿de acuerdo? Sólo déjenlo.

La furia está aún corriendo a través de mí, como una corriente eléctrica. Me hace sentir más aguda y alerta de lo que he estado en años. Me giro para enfrentar a Elody.

—¿Cómo es que nunca sacas la cara por ti misma? —digo. Ella se echa atrás un poco, sus ojos moviéndose entre Lindsay y yo—. Sabes que es verdad. Ella es una perra. Adelante, dilo.

—Déjala fuera de esto —sisea Lindsay.

Elody abre la boca y da una insignificante negativa con su cabeza.

—Lo sabía —digo, sintiéndome triunfante y enferma al mismo tiempo—. Le tienes miedo. Lo sabía.

—Te dije que la dejes en paz. —Lindsay finalmente eleva la voz.

—¿Se supone que la deje en paz? —La agudeza, el sentido de claridad está desapareciendo. En su lugar, todo se siente como si estuviera girando, moviéndose en espirales fuera de mi control—. Tú eres quien la trata como mierda todo el tiempo. Eres tú. *Elody es tan patética. Mira a Elody trepando sobre*

Steve, a él ni siquiera le gusta ella. Mira, Elody está hecha un desastre de nuevo. Espero que no vomite en mi auto, no quiero que el cuero huela como a una alcohólica.

Elody inhala en un agudo respiro en la última palabra. Sé que he ido muy lejos. En el segundo en que lo digo, quiero retractarme. Mi espejo está aún echado hacia abajo, y puedo ver a Elody mirando por la ventana, con la boca temblando como si estuviera tratando de no llorar. Regla número uno de las mejores amigas: hay ciertas cosas que nunca, nunca dices.

De repente, Lindsay golpea los frenos. Estamos en medio de la ruta 120, cerca de una milla de la escuela, pero hay una línea de tráfico detrás de nosotras. Un carro tiene que desviarse al otro carril para evitar golpearnos. Afortunadamente, no hay tráfico del otro lado. Incluso Elody chilla.

—Jesús. —Mi corazón está corriendo. Los autos nos pasan tocando la bocina furiosamente. Bajan las ventanas del lado del pasajero y gritan algo, pero no puedo oírlo. Sólo veo el destello de una gorra de beisbol y ojos furiosos—. ¿Qué estás haciendo?

Los carros en la línea detrás de nosotros empiezan a presionar sus bocinas también, pero Lindsay pone el auto en modo de estacionar y no se mueve.

—Lindsay —dice Elody de manera ansiosa—. Sam tiene razón. No es gracioso.

Lindsay se lanza hacia mí y yo creo que va a golpearme. En vez de eso, se inclina y abre la puerta.

—Fuera —dice quedamente, su voz llena de rabia.

—¿Qué? —El aire frío entra en el carro como un golpe en el estómago, dejándome desinflada. Lo último de mi furia y audacia se va con ello, y sólo me siento cansada.

—Lindz. —Elody trata de reír, pero el sonido sale agudo e histérico—. No puedes hacerla caminar. Está helando.

—Fuera —Lindsay repite. Los autos están empezando a apretarse a nuestro alrededor ahora. Todos tocando las bocinas y bajando sus cristales para gritarnos. Todas sus palabras se pierden en los rugidos de los motores y los sonidos de las bocinas, pero sigue siendo humillante. La idea de salir ahora, de ser forzada a caminar en la cuneta mientras todas estas docenas de carros pasan cerca de mí, con todas esas personas observando, hace que me encoja contra mi asiento. Miro a Elody para más apoyo, pero ella aparta la mirada.

Lindsay se inclina.

—Dije que salgas —susurra, y su boca está tan cerca de mi oído que si pudieras escucharla pensarías que ella estaba diciéndome un secreto.

Agarro mi mochila y salgo al frío. El aire helado en mis piernas casi me paraliza. En el segundo en el que estoy fuera del carro, Lindsay acelera a fondo, alejándose con la puerta aún oscilando abierta.

Empiezo a caminar en la cuneta llena de hojas y basura que corre al lado de la carretera. Mis dedos de las manos y de los pies se entumen casi instantáneamente, y pisoteo las hojas cubiertas de escarcha para mantener mi

sangre fluyendo. Le lleva un minuto a la larga línea de tráfico empezar a disiparse, y los carros al final de la línea están aún tocando las bocinas, el sonido es como el aullido de un tren desvaneciéndose al pasar.

Un Toyota azul se acerca a mí. Una mujer se inclina, su cabello es gris, probablemente está en sus sesentas, y sacude la cabeza.

—Chica loca —dice, frunciendo el ceño hacia mí.

Por un momento, sólo me quedo allí, pero mientras los carros empiezan a alejarse, recuerdo que no importa, nada de esto importa, así que lanzo mi dedo de en medio, esperando que ella lo vea.

Todo el camino hacia la escuela lo repito de nuevo: *no importa, nada de esto importa*, hasta que las palabras en sí mismas pierden sentido.

* * * *

Aquí está una de las cosas que aprendí esta mañana: si cruzas una línea y nada sucede, la línea pierde sentido. Es como ese viejo acertijo sobre un árbol en un bosque, y sobre si hace un sonido si no hay nadie para escucharlo.

Te mantienes dibujando una línea más y más lejos, cruzándola cada vez. Así es como las personas terminan pisando fuera del borde de la tierra. Te sorprendería lo fácil que es romperse fuera de órbita, dar vueltas a un lugar donde nadie puede tocarte. Para perderte a ti mismo, para perderte.

O quizá no te sorprenderías. Tal vez algunos de ustedes ya lo saben.

Para esas personas sólo puedo decir: lo siento.

* * * *

Me salto todas mis clases de la mañana sólo porque puedo, y paso un par de horas caminando por los pasillos sin ningún propósito o destino real. Casi espero que alguien me detenga (un maestro o la señorita Winters, o el asistente de un maestro o alguien) y me pregunte qué estoy haciendo, incluso que me acuse sin rodeos de faltar a clases y me envíen a la oficina del director. Pelear con Lindsay me dejó insatisfecha, y aún siento un vago pero urgente deseo de hacer algo.

Sin embargo, la mayoría de los maestros sólo asienten o sonríen, o me dan un leve saludo con la mano. Ellos no tienen manera de conocer mi horario, ninguna manera de saber si tengo un periodo libre o si la clase fue cancelada, y estoy decepcionada por lo fácil que es romper las reglas.

Cuando entro a la clase del señor Daimler, deliberadamente no lo miro, pero puedo sentir sus ojos en mí, y después de que me deslizo en mi pupitre, él viene directo hacia mí.

—Es un poco temprano en la estación para ropa de playa, ¿no crees? —Él sonríe.

Normalmente, siempre que me mira por más de diez segundos, me pongo nerviosa, pero hoy me obligo a mí misma a mantener los ojos sobre él. El calor se extiende por todo mi cuerpo; me recuerda a estar bajo las calientes lámparas en la casa de mi abuela cuando no tenía más de cinco años. Es increíble que los ojos puedan hacer esto, que puedan transformar la luz en calor. Nunca me he sentido de esta manera con Rob.

—Si lo tienes, presúmelo —digo, haciendo mi voz suave y estable. Veo algo parpadear en sus ojos. Lo he sorprendido.

—Supongo —murmura él, tan quedamente que estoy segura que soy la única que escucha. Entonces, él se sonroja con un rojo brillante como si no pudiera creérselo. Asiente hacia mi escritorio, el cual está vacío excepto por una pluma y la pequeña libreta cuadrada que Lindsay y yo usamos para pasarnos de aquí para allá entre clases, escribiéndonos notas.

—¿No hay rosas hoy? ¿O tu bouquet se puso demasiado pesado como para llevarlo por ahí?

No he ido a ninguna de mis clases, así que no he colectado ningún Valograma. Ni siquiera me importa. En el pasado habría preferido haber muerto que ser vista en los pasillos de la preparatoria Thomas Jefferson en el día del Cupido sin una sola rosa. En el pasado, lo habría considerado una fatalidad peor que la muerte.

Por supuesto, eso fue antes de que yo realmente lo supiera.

Echo atrás mi cabeza, encogiéndome de hombros.

—Estoy más o menos fuera de eso.

Es como si la confianza estuviera dentro de mí desde otra persona, alguien mayor y hermosa, como si estuviera sólo interpretando un papel.

Él sonríe hacia mí y, de nuevo, veo algo moviéndose en sus ojos. Luego, él regresa a su escritorio y da una palmada, haciendo gesto para que todos tomen su asiento. Como siempre, el sucio collar de cáñamo está asomándose por debajo de su cuello, y me permito a mí misma pensar en entrelazar mis dedos en el collar, empujarlo hacia mí, y besarlo. Sus labios son gruesos, pero no demasiado, y tienen la forma exacta a como la boca de un chico debería de ser, como si él sólo separara sus labios por completo, tu boca encajaría directamente encima de ellos. Pienso en la foto del anuario escolar, cuando él está de pie con el brazo alrededor de su cita en el baile de graduación. Ella era delgada, con largo cabello castaño, incluso con una sonrisa. Como yo.

—Muy bien, todos —él está diciendo mientras las personas se mueven y hacen chirriar sus escritorios, riendo tontamente y agitando sus bouquets—. Sé que es día del Cupido y el amor está en el aire, pero ¿adivinen qué? También lo están las derivadas.

Un par de personas sueltan un gemido. Kent choca en la puerta, casi tarde, con su mochila agitándose abierta y los papeles literalmente esparciéndose detrás de él, como si fuera Hansel o Gretel y tuviera que asegurarse de que alguien puede seguir su rastro de bosquejos a medio terminar y notas para la

clase de matemáticas. Sus zapatos con cuadros blancos y negros se asoman bajo sus caquis demasiado grandes...

—Lo siento —murmura sin aliento al Sr. Daimler—. Activación del plan de emergencia. Problemas con la impresora. Acumulación de papel en la bandeja 2. Tenía que actuar de inmediato o corría el riesgo de que lo pierda. —Tan pronto como él va a medio camino del pasillo a su asiento, su libro de texto de matemáticas, que iba subiendo más y más alto en una ola de papel arrugado dentro de su bolsa abierta, se sale y cae de golpe al suelo, y todos se ríen. Siento una oleada de irritación. ¿Por qué es siempre un desastre? ¿Qué tan difícil es cerrar su mochila?

Él me atrapa mirándole y yo supongo que el malinterpreta mi expresión como preocupación, porque él me sonríe alicaído y articula: "un desastre ambulante". Como si estuviera orgulloso de ello.

Vuelvo la atención de nuevo al Sr. Daimler. Está de pie frente a la sala con los brazos cruzados, con una falsa expresión sería. Ésa es otra cosa que me gusta de él: nunca está realmente enfadado.

—Será un placer ayudarte con la impresora —dice, levantando las cejas. Enrollándose sus mangas en sus brazos color canela. O quizá eso simplemente es el color de excitación en San Valentín, pero eso simplemente no significa que podamos ignorarlo…

—¡Cupidos! —Alguien grita, y las risitas se dispersan en toda la clase. Bastante seguro, allí están: el diablo, el gato, y el ángel pálido blanco con sus grandes ojos.

El Sr. Daimler levanta las manos y se apoya en su escritorio.

—Me rindo —dice. Él simplemente me sonríe un segundo, pero el tiempo suficiente para que mi cuerpo entero se ilumine como un rótulo de Navidad.

El ángel entrega tres de mis rosas, primero la de Rob, Tara Flute, y Elody, y entonces sigue ordenando metódicamente a través de su ramo, volteando cada tarjeta y comprobando mi nombre. Hay algo cuidadoso y sincero en sus movimientos, como si estuviera súper concentrada en hacer todo correctamente. Lee en voz baja el nombre del destinatario para sí misma, con asombro, como si ella no pudiera creer que haya tantas personas en la escuela, tantas rosas por entregar, tantos amigos. Es doloroso mirar y me pongo de pie bruscamente, cogiendo el hermoso remolino de rosas color crema y rosa de sus manos. Ella salta hacia atrás, sobresaltada.

—Es mío —digo—. Lo reconozco.

Ella asiente con la cabeza hacia mí, con ojos desorbitados. Dudo que un alumno de último año le haya hablado alguna vez en su vida. Empieza a abrir su boca.

Me apoyo para que nadie más pueda oírme.

—No lo digas —le digo, y sus ojos se ensanchan incluso más. No puedo soportar oírla decir que es hermoso. No puedo soportar la rosa, cuando todo lo demás, ahora es una basura, sin sentido—. Simplemente va a ir a la basura.

Lo digo en serio también. Tan pronto como el señor Daimler acomoda a los Cupidos fuera de la puerta, en la clase todavía todos están riéndose tontamente y presumiendo con las notas que sus amigos les han escrito e intentando predecir cuántas rosas pueden esperar al final del día, yo recojo mis rosas y camino hacia la parte delantera del aula, vertiéndolas directamente al cubo grande de basura al lado del escritorio de Sr. Daimler.

Al instante, se detienen las risas. Dos personas jadean y Walker Chrissy realmente hace la señal de la cruz, como si acabara de cagar sobre una Biblia o algo así. Eso es lo mejor de repartir las rosas. Becca Roth medio se levanta de su asiento, como si quisiera tirarse sobre las rosas y después rescatarlas del destino de ser aplastadas por las virutas de papel y lápiz, pruebas descartadas, y las latas de refrescos vacías. Ni siquiera miro en dirección a Kent. No quiero ver su cara.

Becca exclama.

—Simplemente no puedes tirar tus rosas, Sam. Algún ser queridos las envió.

—Bien —Chrissy boquiabierta—. Eso no se hace.

Me encojo de hombros.

—Pueden cogerlas si quieren.

Señalo a la papelera, y Becca arroja una mirada nostálgica en esa dirección. Probablemente tratando de decidir si el impulso social aumentará por tener cuatro rosas extra merece la pena golpear el ego por bucear en el contenedor para obtenerlas.

El Sr. Daimler sonríe, pestañeando hacia mí.

—¿Segura que quieres hacer eso, Sam? —Levanta las manos vueltas hacia arriba—. Estás rompiendo los corazones de la gente a diestra y siniestra.

—Oh, ¿sí? —Todos estos se habrán ido, desaparecido, borrado mañana, y mañana se borrará el próximo día, y el próximo día se borrará después de eso, todo quedará sin manchas y limpio por hoy—. ¿Y el de usted?

Se hace un silencio absoluto en la sala; alguien tose. Puedo decir que el Sr. Daimler no sabe si le estoy acosando deliberadamente o no.

Se lame nerviosamente y pasa la mano por el pelo.

—¿Qué?

—Su corazón. —Me impulso hasta que estoy sentándome en la esquina de su escritorio, mi falda casi se sube hasta mi ropa interior. Mi corazón late tan rápido que es un zumbido. Me siento como si estuviera rozando por encima del aire—. ¿Lo estoy rompiendo?

—Muy bien. —Él mira hacia abajo, jugueteando con una de sus mangas—. Toma asiento, Sam. Es hora de empezar.

—Pensé que estaba disfrutando de la vista. —Me inclino un poco hacia atrás y estiro los brazos por encima de mi cabeza. Hay una especie de electricidad en el aire, comprimiendo, la tensión corriendo en todas direcciones; parecido al momento justo antes de empezar una tormenta, igual que cada

partícula extra de aire se carga por separado y vibra. Un estudiante en la parte de atrás de la clase se ríe y otro uno murmura:

— Jesús. —Quizá es mi imaginación, pero creo reconocer la voz de Kent.

El Sr. Daimler me mira, con rostro ensombrecido.

—Siéntate.

—Si insiste. —Giro en el borde del escritorio y me muevo en torno a su silla, a continuación, me siento y cruzo las piernas lentamente, doblando mis manos en mi regazo. Unas cuantas risas y suspiros irrumpen en toda la clase, estallidos de sonido. No sé de dónde viene, esta sensación de control completo y total. Hasta hace unos meses, todavía me avergonzaba, siempre que un tipo hablaba conmigo, incluso con Rob. Pero esto parece tan fácil, tan natural, como si me hubiera metido en mi propia piel por primera vez en mi vida.

—En tu propia silla. —El Sr. Daimler está gruñendo prácticamente y su cara es de color rojo oscuro, casi púrpura. Yo le he hecho perderse por primera vez, probablemente en la historia de Thomas Jefferson. Sé que sea cual sea el juego al que estamos jugando, simplemente acabo de ganar un punto. La idea hace revolver un poco mi estómago, no de mala manera, más bien como en el momento justo antes de llegar a la parte más alta en la atracción del parque, mirando por encima de todo, deteniéndose allí por una fracción de segundo, a punto de tener el viaje de tu vida. Es la inmersión en el estómago justo antes de que todo salga volando por separado, en una ráfaga de viento, y gritos, justo antes de abandonarte por completo. Las risas en la clase crecen en un rugido. Si estuvieras fuera, posiblemente que la confundirían con un aplauso.

Por el resto de la clase, me quedó callada, aunque las personas siguen cuchicheando y rompen a reír, y por lo menos recibo tres notas. Una de ellas es de Becca y dice: "Eres impresionante"; la otra es de Hana Gordon y dice: "Él es taaaan atractivo". Y una aterriza en mi regazo, toda ovillada como basura, antes de que pueda ver quién la tiró en mi dirección. Dice: "Puta". Por un momento, siento un rubor caliente de vergüenza, así como náuseas o vértigo. Pero pasa rápidamente. Nada de esto es real nunca más. Ni siquiera yo soy real.

Una cuarta nota simplemente llega antes del final de la clase. Está en la forma de un avión en miniatura, literalmente aterrizando suavemente en mi escritorio mientras que el Sr. Daimler vuelve a escribir una ecuación en la pizarra. Es tan perfecto que odio tocarlo, pero despliego sus alas, y hay un mensaje escrito en claras letras de imprenta.

Eres demasiado buena para eso.

Aunque no hay ninguna firma, sé que es de Kent, y por un segundo algo agudo y profundo pasa por mí, algo que no puedo comprender o describir, una hoja corriendo bajo mis costillas y me hace casi jadear. Yo no debería estar muerta. No debería ser yo.

Tomo la nota muy cuidadosamente y la rasgo por la mitad, entonces la rasgo por la mitad de nuevo.

Hemos estado muy inquietos toda clase y el Sr. Daimler cede dos minutos antes de que suene la campana.

—No olviden: la prueba del lunes. Los límites y asíntotas. —Va hacia su mesa y se inclina sobre ella con cara de cansancio. Hay una exhalación en masa, un suspiro colectivo de chaquetas que susurran y sillas raspando contra el linóleo—. Samantha Kingston, por favor puedes venir a verme después de clase.

Ni siquiera está mirándome, pero el tono de su voz me hace sentir nerviosa. Por primera vez, se me ocurre que realmente podría estar en problemas. No es que importe, pero si el señor Daimler me hace sentarme a través de una conferencia acerca de la responsabilidad, me muero de vergüenza. Voy a morir otra vez.

Por suerte, Becca me habla mientras sale. Nosotras ni siquiera somos amigas, Lindsay la llaman "La pava estúpida", porque come sándwiches de pavo cada día, pero el hecho de que ella hable hace aliviar el nudo en mi estómago.

El Sr. Daimler espera hasta que el último estudiante esté afuera del aula, veo a Kent rondando en la puerta con el rabillo del ojo y luego camina lentamente hacia la puerta y la cierra. Algo sobre la forma en que la puerta hace clic, tan definitivo, tan rápido, hace que mi corazón salte de golpe. Cierro los ojos por un segundo, sintiendo que estoy de vuelta en el coche con Lindsay en Fallow Ridge Road, con los faros de niebla de un segundo coche hacia nosotros en la oscuridad, en recriminación. Siempre viran primero, había dicho, pero en ese segundo entiendo con total claridad y perfectamente que no es por eso que lo hizo, por qué ella lo hace. Ella lo hace para ese momento emocionante cuando no sabes, cuando te enfrentas a alguien que no se desvía y en su lugar encuentras una caída en picado de la carretera en la oscuridad.

Cuando abro mis ojos, el Sr. Daimler tiene sus manos en sus caderas. Y está mirándome fijamente.

—¿En qué diablos estabas pensando?

La dureza de su voz me asusta. Nunca he sido maldecida a por un profesor.

—Yo... Yo no sé de qué está hablando. —Mi voz suena más delgada, más joven, mucho más de lo que me gustaría.

—La cagaste allí, allí mismo, delante de todos. ¿En qué estabas pensando?

Me pongo de pie, así ya no estoy sentada mirándolo como una niña pequeña. Tengo las piernas temblorosas y tengo que mantener el equilibrio apoyando una mano en el escritorio. Intento respirar profundamente. Esta no es la cuestión, no importa: todo ello será borrado, limpiado.

—Lo siento —digo, en un tono un poco más fuerte—. Realmente no sé de qué está hablando. ¿Hice algo mal?

Mira hacia la puerta y una serie de espasmos musculares de su mandíbula, muy leves, me devuelven toda mi confianza. Quiero llegar hasta él y tocarle, meter mis dedos en su pelo.

—Podrías meterte en un montón de problemas, ¿sabes? — dice sin mirarme—. Podrías meterme a mí en un montón de problemas.

La primera campana suena: la clase ha terminado oficialmente ahora. La sensación de ganas de cantar vuelve a mi sangre, flota en el aire. Rodeo cuidadosamente mi escritorio y camino directamente a la parte delantera del aula. Me detengo cuando estamos tan sólo a unos metros de distancia uno de otro. Él no retrocede. En su lugar, finalmente, me mira. Sus ojos son tan profundos y tan llenos de algo, que casi me espanta. Sin embargo, no lo hago. Me apoyo con indiferencia en el pupitre de Becca, inclinándome hacia atrás y apoyándome sobre los codos, así que estoy totalmente dispuesta delante de él, pecho, piernas… todo. Mi cabeza se siente como si estuviera flotando lejos de mi cuerpo, mi cuerpo se siente como si estuviera flotando lejos de mi sangre, disuelta en las vibraciones y en la energía.

—No me preocupan los problemas —digo, con mi voz más sexy.

El Sr. Daimler está mirándome a los ojos, sin mirar al resto de mi cuerpo, pero, de alguna manera, sé que eso es un esfuerzo.

—¿Qué estás haciendo?

Mi falda está tan subida que sé que mi ropa interior está a la vista. Es un tanga de encaje rosa, uno de los primeros que he tenido. Los tangas siempre me hacen sentir como si tuviese una banda de goma en mi trasero, pero el año pasado Lindsay y yo compramos el mismo par de Victoria's Secret y juré que lo usaría.

Las palabras vienen a mí como un guión de una película:

—Puedo parar si tú lo deseas. —Mi voz sale entrecortada, pero no porque lo esté haciendo apropósito, sino porque estoy sin respiración y todo, todo el mundo se congela en ese momento mientras espero su respuesta.

Pero cuando habla, suena cansado, molesto, ni de lejos lo que yo estaba esperando.

—¿Qué quieres, Samantha?

Su tono de su voz me asusta, y por un segundo mi mente gira sin comprender.

Está mirándome fijamente, con una mirada de impaciencia, como si sólo le estuviese pidiendo un cambio de notas. Suena la segunda campana. Me siento como si en cualquier momento me fuese a despedir, recordándome la prueba del lunes. De alguna manera, he perdido el control de la situación y no sé cómo solucionarlo. Las vibraciones en el aire aún están ahí, pero ahora se sienten como un mal augurio, como si el aire estuviese lleno de cosas fuertes a punto de caer.

—Yo... te quiero… a ti. —No lo digo como para que salga tan incierto. Esto es lo que quiero. Esto es lo que le he estado esperando: al Sr. Daimler. Por un

instante, mi mente gira en un pánico ciego, mientras intento recordar su nombre de pila y me entran ganas de reír histéricamente: estoy tendida semidesnuda sobre el libro de matemáticas y no sé su nombre. Entonces lo recuerdo. Evan—. Te quiero, Evan —digo un poco más audaz. Es la primera vez que he utilizado su nombre de pila.

Él me mira fijamente durante mucho tiempo. Empiezo a ponerme nerviosa. Quiero estar lejos o tirar hacia debajo de mi falda o cruzar los brazos, pero me obligo a mantenerme de pie.

—¿Qué estás pensando? —Finalmente pregunto, pero en lugar de responder, él simplemente camina alrededor de su escritorio y pone sus brazos sobre mis hombros, inclinándome hacia atrás, tumbándome sobre la mesa de Rebecca.

Entonces, él se inclina sobre mí, besándome y lamiendo mi cuello, mi oreja y emitiendo unos ruidos, como unos gruñidos, que me recuerdan un poco a los que hace un diablillo cuando tiene que hacer pis. Apretada contra él, me siento pequeña, mientras sus fuertes brazos, tocan mis hombros y mis brazos. Él desliza una mano dentro de mi camisa y me aprieta las tetas, primero una y luego la otra, de un modo tan duro que casi me hace gritar. Su lengua es grande y pienso "Estoy besando al Sr. Daimler, estoy besando al Sr. Daimler y Lindsay jamás se va a creer esto", pero no siento nada por el estilo a lo que había imaginado. Su sombra de barba es dura para mi piel, y tengo un horrible pensamiento: esto es lo que mi madre siente cuando la besa mi padre.

Cuando abro los ojos, veo los azulejos que salpican el techo de la clase, los azulejos del techo que he pasado horas y horas mirando en este semestre, y mi mente empieza a dar vueltas a su alrededor, contándolos, como si intentase volar a algún lugar fuera de mi cuerpo. Pienso: "¿Cómo puede ser el mismo techo mientras esto sucede? ¿Este no es el mismo techo de esta mañana?". Nada de esto es divertido: todo el brillo abandona el aire a la vez, y al mismo tiempo, algo se derrumba muy dentro de mí. Me siento como si de repente estuviese sobria después de beber toda la noche.

Pongo mis manos sobre su pecho y trato de empujarlo fuera, pero es demasiado pesado, demasiado fuerte. Puedo sentir sus músculos bajo la punta de mis dedos, solía jugar al Lacrosse en la escuela secundaria, Lindsay y yo ya nos habíamos dado cuenta, y por encima, una fina capa de grasa. Está apoyado en mí con todo su peso y no puedo respirar. Estoy aplastada debajo de él, mis piernas divididas a ambos lados de sus caderas, su estómago caliente, gordo y pesado sobre el mío. Lucho por sacar mi boca fuera de la suya.

—Nosotros… no podemos hacer esto aquí.

Las palabras salen sin que yo quiera. Lo que yo realmente quería decir era: "No podemos hacer esto. Ni aquí, ni en ninguna otra parte".

Lo que quería decir era: "Alto".

Su respiración es difícil, no deja de mirar a mi boca. Hay una gota minúscula de sudor en la línea de su pelo y la veo trazar un sendero por la

frente hasta la punta de su nariz. Por último, se separa de mí, se frota la mandíbula con las manos y asiente.

En ese momento, él se aparta de mí, me pongo de pie y tiro de mi falda, pero no quiero que vea cómo me tiemblan las manos.

—Tienes razón—dice lentamente. Da una sacudida rápida de la cabeza, como si tratase de despertarse de su sueño—. Tienes razón.

Da unos pasos hacia atrás y me da la espalda. Por un segundo, nos quedamos parados, sin hablar. Mi cerebro está lleno de estática. Él está sólo a unos pocos pies de mí, pero se ve irremediablemente, imposiblemente lejano, como alguien a quien únicamente se puede distinguir a la distancia, como una silueta en medio de una ventisca.

—¿Samantha? —Finalmente se vuelve de nuevo a mí, frotándose los ojos con las manos y suspirando, como si estuviese agotado—. Escucha, lo que ha pasado aquí… no creo que tenga que decirte que debe permanecer estrictamente entre tú y yo.

Me sonríe, pero no es su sonrisa normal, fácil. No hay ningún humor en esta.

—Esto es importante, Samantha. ¿Entiendes? —Suspira de nuevo, como si estuviera tratando de explicar algo sencillo y yo no consiguiese entenderlo—. Todos cometemos errores… —Su voz se desvanece, observándome.

—Errores —repito, la palabra rebota en mi cabeza. No estoy segura de si cree que él cometió un error, o que lo hice yo. Error, error, error. Una extraña palabra: escuece, de alguna manera.

La boca del señor Daimler, sus ojos, su nariz, su rostro entero parece estar reordenándose en patrones familiares, como una pintura de Picasso.

—Necesito saber que puedo contar contigo.

—Por supuesto que puedes. — Me oigo decir, y él me mira, aliviado, como si fuera a darme una palmadita en la cabeza y decir: "Buena chica".

Después, él se queda parado un segundo. No sé si va a venir y darme un beso o abrazarme, parece una locura sólo salir, recoger mis cosas e irme como si nada hubiese sucedido. Pero después de que él parpadea un poco, finalmente dice:

—Llegas tarde para el almuerzo. —Y ahora sé que realmente acaba de despedirme. Así que agarro mi mochila y me voy.

Tan pronto como estoy en el pasillo, me apoyo contra una pared, agradecida por la percepción de la piedra contra mi espalda. Algo bulle dentro de mí, y no sé si debo ir arriba o abajo, reír o gritar. Afortunadamente, las salas están vacías. Todo el mundo está ya en el almuerzo.

Saco mi teléfono para mandar un mensaje a Lindsay, pero luego recuerdo que nos hemos peleado. No hay respuesta a su pregunta de si quiero ir a la fiesta de Kent. Ella todavía debe estar enfadada. No estoy segura de si estoy peleada con Elody también.

Recordar lo que dije en el coche me hace sentir horrible.

Pienso en los mensajes de Ally, estoy casi segura de que no estoy peleada con ella, algo es algo, y me demoro pensando en cómo decirlo. Suena raro escribir: "He besado a Sr. Daimler", pero si escribo "Evan" ella no sabrá de quien estoy hablando. "Evan Daimler" suena mal también, y además, hicimos algo más que besarnos.

Él estaba encima de mí.

Al final, dejo caer el móvil en mi mochila sin escribir nada. Creo que esperaré a decírselo a Lindsay y Elody en persona. Será más fácil de esa manera, más fácil hacer que suene mejor de lo que ha sido y… ver sus caras. La idea de los celos de Lindsay hace todo esto más digno de ello. Me pongo un poco de maquillaje en la barbilla para cubrir las manchas de color rojo allí donde la cara del Sr. Daimler me hizo una exfoliación que no necesitaba y luego me dirijo a almorzar.

No puedes juzgar un libro por sus puntiagudas botas de combate

Cuando entro a la cafetería diez minutos más tarde, nuestra mesa de siempre está vacía, y sé que he sido oficial y deliberadamente abandonada. Por una fracción de segundo, puedo sentir los ojos de todo el mundo mirar en mi dirección, observando. Levanto mi mano hacia mi cara sin pensarlo, aterrada, instante en que todos pueden ver la dureza en mi barbilla y saber lo que he estado haciendo. Me voy hacía el pasillo de nuevo. Necesito estar sola, necesito controlarme.

Me encamino hacia los baños, pero mientras me acerco, dos chicas de segundo (Lindsay las llama s'mores [1] porque siempre andan juntas y más de dos pueden enfermarte) salen juntas del baño, riendo, con sus brazos entrelazados. El almuerzo dura hora y pico en los baños, todas necesitan renovar su brillo de labios, quejarse acerca de estar más gordas, intentar vomitar en uno de los lavabos, y lo último que necesito es un torrente constante de estupidez.

Camino hacia el viejo baño en el fondo del ala de ciencias. Casi nadie lo usa desde que instalaron un nuevo baño, uno donde los inodoros no se atascan constantemente, entre los laboratorios. Cuanto más me alejo de la cafetería, más disminuye el sonido rugiente, hasta que sólo parezco escuchar el sonido del océano desde la distancia. Me calmo más con cada paso. Mis tacones golpean las baldosas del piso con un ritmo marcado.

El ala de ciencias está vacía, como esperaba, y huele, como siempre, a limpiadores químicos y sulfuro. Sin embargo, hoy hay algo más: el olor del humo y algo más terroso, más penetrante. Empujo la puerta del baño y por un segundo, nada sucede. Empujo con más fuerza y se escucha un sonido

chirriante; apoyo mi hombro contra la puerta y finalmente se abre, haciendo que me tambaleé hacia adentro. Instantáneamente, me golpeo la rodilla con la silla que mantenía cerrada la puerta y el dolor corre por mi pierna. El olor en el baño es mucho más fuerte.

Dejo caer mi mochila y me doblo por el dolor, apretando mi rodilla.

—Mierda.

—¿Qué demonios?

La voz hace que me sobresalte. No me había dado cuenta de que había alguien más en el baño. Levanto mi mirada y Katie Carjullo está parada allí, con un cigarrillo en la mano.

—Jesús —digo—. Me asustaste.

— ¿Yo te asusté a ti? —Se levanta y se apoya contra el lavabo, tirando sus cenizas dentro—. Tú entraste a la fuerza. ¿No sabes golpear? —Me mira como si hubiera entrado en su casa.

—Lamento haber arruinado tu fiesta. —Me muevo desganadamente hacia la puerta.

—Espera. —Sostiene una mano en el aire, y se ve nerviosa—. ¿Le dirás a alguien?

—¿Decirle qué?

—Esto. —Inhala y exhala una nube de humo. El cigarrillo que está fumando es extra delgado y se ve como si lo hubiera hecho ella misma. Y luego caigo en la cuenta: es un porro. La marihuana debe estar mezclada con mucho tabaco porque al principio no me había dado cuenta, y generalmente vuelvo a casa con un intenso olor a humo después de cada fiesta. Elody dice que tengo suerte de que mi madre nunca entre a mi cuarto, o pensaría que trafico marihuana que escondo en mi cesto para la ropa sucia.

—Así que, ¿vienes aquí y te fumas tu almuerzo? —No lo digo de mala manera, pero así es como sale de mi boca.

Sus ojos bajan hacia el suelo por un segundo, y ahí es cuando noto una bolsa de sándwich vacía y una de patatas fritas a medio empezar tiradas allí. Se me ocurre que nunca he visto a Katie en la cafetería. Debe comer su almuerzo aquí todos los días.

—Sí. Me gusta la decoración. —Me ve mirando la bolsa de su sándwich, guarda su porro, y cruza sus brazos—. De todos modos, ¿qué haces aquí? ¿No tienes...? —Deja de hablar, pero sé lo que estuvo a punto de decir. "¿No tienes amigas?"

—Tenía que hacer pis —digo. Esto es obviamente una mentira ya que no he hecho ningún esfuerzo por usar el inodoro, pero estoy demasiado cansada para inventar una excusa diferente, y ella no me pregunta nada más. Nos quedamos paradas allí en un silencio incómodo. Nunca he intercambiado una palabra con Katie Carjullo en mi vida, sin contar la vez que le dije: "No la llames bruja malvada," después de que le hubiera dicho bruja malvada a Lindsay. Pero me gustaría quedarme aquí, en lugar de volver a la cafetería. Finalmente

pienso, al carajo, y me siento en la silla, apoyando mi pierna en uno de los lavabos. Los ojos de Katie están ahora un tanto desenfocados, y está un poco más relajada, dejándose caer contra una de las paredes. Señala mi rodilla con la cabeza.

—Parece hinchada.

—Sí, bueno, alguien puso una silla contra la puerta.

Comienza a reírse. Definitivamente está drogada.

—Lindos zapatos. —Levanta las cejas, mirando mis pies, que están colgando de uno de los lavabos redondos. No puedo darme cuenta de si está siendo sarcástica o no—. ¿No te resulta difícil caminar con ellos?

—Puedo caminar —digo, demasiado rápido. Luego me encojo de hombros—. Distancias cortas.

Ella suelta un bufido y luego cubre su boca.

—Los compré como una broma. —No sé porque siento la necesidad de defenderme frente a Katie Carjullo, pero creo que nada es como se supone que deber ser hoy. Todas las reglas se han ido por la ventana, supongo. Katie también se está relajando. Actúa como si no fuera extraño que estuviéramos las dos en un baño del tamaño de una celda de prisión, cuando deberíamos estar en la cafetería, almorzando.

Salta y se sienta en la mesa, y mueve sus pies en mi dirección. No está usando nada relacionado con el día de San Valentín, pero no me sorprende. Lleva puestas varias cazadoras negras y un polo con capucha. Sus jeans están deshilachados en los dobladillos y tienen un alfiler de gancho en un ojal donde falta un botón. Está usando botas de punta redonda enormes que me recuerdan a un Doc Martens[2] drogado.

—Necesitas un par de estos. —Ella chasquea sus talones juntos, en la forma en que Dorothy lo hizo para volver a casa desde Oz—. Son los zapatos más cómodos que nunca he tenido.

La miro como: sí, claro. Se encoge de hombros.

—No los critiques hasta que los hayas probado.

—Muy bien, entonces pásamelos.

Katie me mira durante un segundo largo, como si no estuviera segura de si lo decía en serio.

—Mira. —Me quito mis zapatos. Estos caen al suelo con un gran estrépito—. Vamos a intercambiar.

Katie se inclina sin decir una palabra, abre la cremallera de sus botas y las contonea. Sus calcetines de arco iris, me sorprenden. Había esperado cráneos o algo así. Ella se los quita y los hace una bola en una mano, comenzando a pasármelos.

—Ew. —Arrugo la nariz—. No, gracias. Prefiero ponérmelas sin nada debajo.

Se encoje de hombros, riendo.

—Como quieras.

Cuando me abrocho sus botas, me doy cuenta de que tiene razón. Son súper cómodas, incluso sin calcetines. El cuero es fresco y muy suave. Admiro mis pies.

—Siento como si debiera atemorizar a los niños. —Hago sonar el metal de ellas, juntándolas, las cuales producen un sonido satisfactorio.

—Siento como si debiera hacer algún truco de voltereta. —Katie ha tenido que maniobrar para sostenerse sobre los talones, y ahora está tambaleándose experimentalmente por el baño, con los brazos extendidos como si estuviera en la cuerda floja.

—Pies del mismo tamaño —señalo, aunque es obvio.

—Ocho y medio. Bastante común. —Me mira por encima de su hombro, como si estuviera considerando decir otra cosa, entonces llega al fregadero y alcanza su bolsa, una cosa maltratada de vagabundo hecha de retales como si la hubiera hecho ella misma. Extrae una pequeña lata de Altoids. Dentro hay una bolsa de hierba, estoy de acuerdo en que Alex Liment es bueno para algo, papeles de fumar, y unos cuantos cigarrillos.

Comienza a hacerse otro porro, equilibrando cuidadosamente su libro de estudio en su regazo para usarlo como bandeja. (Nota al margen: hasta ahora he visto a los libros de estudio utilizados como (1) un paraguas, (2) una toalla improvisada (3) una almohada, y ahora esto. Hasta ahora no he visto realmente a nadie estudiándolos, lo que significa o que todo el mundo que se gradúa en Thomas Jefferson está totalmente preparado para la vida o que ciertas cosas no se pueden aprender en un formato de viñeta.) Sus dedos son delgados y se mueven rápidamente. Obviamente, tiene práctica. Y me pregunto si eso es lo que ella y Alex hacen juntos después de tener sexo, sólo se ponen uno al lado de otro, fumando. Me pregunto si alguna vez piensa en Brianna cuando lo están haciendo. Estoy tentada a preguntar.

—Para de mirarme —dice sin levantar la vista.

—No lo hago. —Inclino la cabeza hacia atrás y miro el vomitivo color del techo, recordando al Sr. Daimler, y la miro de vuelta—. No hay muchas otras opciones.

—Nadie te pidió que vinieras. —Algo de nerviosismo vuelve a su voz.

—Propiedad pública. —Hay una fracción de segundo en el que su rostro se oscurece y estoy segura de que va a perder los estribos, y será el final de nuestro brillante y feliz tiempo juntas. Me apuro—: Seriamente, no se está mal aquí. Ya sabes, para ser un cuarto de baño.

Ella me mira con desconfianza, como si estuviera segura de que solo la estaba provocando para poder burlarme de ella después.

—Podrías conseguir algunos cojines para el suelo. —Miro alrededor—. Decorarlo un poco o algo así.

Ella baja la cabeza, concentrándose en sus dedos.

—Hay un arte que siempre me ha gustado, el tipo que hace todas esas escaleras que suben y bajan al mismo tiempo…

—¿M.C. Escher?

Levanta la vista, evidentemente sorprendida de que sepa de quién está hablando.

—Sí, él. —Una sonrisa revolotea en su cara—. Estaba pensando, no sé, en colgar uno de sus grabados aquí. Solo pegándolo arriba, ya sabes, para que perezca algo.

—Yo tengo, como, diez libros suyos en casa —suelto, contenta de que ella no enloqueciera y me echara del cuarto de baño—. Mi padre es arquitecto. Él tiene esas cosas.

Ella lo enrolla, lamiendo las esquinas y finaliza apretándolo con sus dedos. Asiente con la cabeza hacia la silla.

—Si te sientas allí, al menos bloquearías la puerta. De esta forma sería propiedad privada.

La silla chirría contra las baldosas del suelo mientras la empujo hacia la puerta, y ambas nos estremecemos, captamos nuestros propios estremecimientos, y nos reímos.

Katie saca un encendedor de color púrpura con flores, no es el encendedor que yo esperaba de ella, y trata de hacerlo funcionar. El encendedor petardea un par de veces y lo tira al suelo, maldiciendo.

Rebusca otra vez en su bolso y saca un encendedor con la forma de un torso femenino desnudo.

Ella presiona la cabeza y pequeñas llamas azules salen disparadas de sus pezones. Ahora esa es la clase de encendedor que esperaría que Katie Carjullo tuviera.

La cara de Katie se vuelve seria, da una larga calada al cigarro, luego me mira a través del humo azul.

—Así que —dice—, ¿porque me odian?

De todas las cosas que esperaba oír de ella, esta no era una de esas. Aun más inesperado, sostiene el porro en mi dirección, ofreciéndome un poco. Dudo durante solo un segundo. Oye, sólo porque esté muerta no significa que sea una santa.

—No te odiamos. —No sale muy convincente. La verdad es que no estoy segura. No odio a Katie, de verdad; Lindsay siempre dice que ella sí, pero es difícil conocer las razones que Lindsay tiene por cualquier cosa. Doy una calada al porro. Sólo he fumado marihuana una vez, pero lo he visto hacer cientos de veces. Inhalo y mis pulmones se llenan de humo: un completo sabor pesado, como mascar musgo. Trato de mantener mi respiración, de la manera en que se supone que se hace, pero el humo cosquillea en la parte trasera de mi garganta. Empiezo a toser y entrego el porro de vuelta.

—Entonces, ¿cuál es la razón? —Ella no dice: "Por todas las cosas de mierda que han hecho". Por el grafiti del baño. Por el falso y explosivo mensaje de segundo año: *Katie Carjullo tiene clamidia*. No tiene que hacerlo. Me vuelve a pasar el porro.

Doy otro calada. Ya las cosas se están deformando, ciertos objetos son borrosos y otros brillan como si alguien estuviera jugando con el foco de una cámara. No me pregunto por qué todos siguen hablando con Alex aun sabiendo que él es un imbécil.

—No lo sé. —Porque es fácil—. Creo que necesitas sacar las cosas de las personas.

Las palabras salen de mi boca antes de comprender que eran verdad. Doy otra calada y le devuelvo el porro. Siento como si todo estuviera amplificado, como si pudiera sentir el peso de mis brazos y piernas y mi corazón latiendo y la sangre resonando entre mis venas. Y al final del día todo estaría en silencio, por lo menos hasta que el tiempo saltara de nuevo en su rueda y empiece todo de nuevo.

La campana suena. El almuerzo acaba. Katie dice:

—Mierda, mierda tengo que estar en un lugar. —Y empieza a tratar de reunir sus cosas. Accidentalmente, golpea las mentas. El paquete de marihuana sale volando bajo el lavabo junto con papeles esparcidos por todos lados—. Mierda.

—Te ayudo. —Ambas no agachamos. Mis dedos se sienten entumecidos e hinchados, y tengo problemas para levantar los papeles del piso. Esto me parece demasiado gracioso. Y Katie y yo empezamos a reír, inclinadas una sobre la otra, sin aliento. Ella sigue diciendo: "Mierda" en intervalos.

—Mejor nos apuramos —digo, toda la ira y el dolor de los pasados días se está yendo, dejándome sentir libre, despreocupada y feliz—. Alex estará enojado.

Ella se congela. Nuestras frentes están tan cerca que casi nos tocamos.

—¿Como sabes que iba a encontrarme con Alex? —Su voz es clara y baja.

Me doy cuenta demasiado tarde que la he jodido.

—Te he visto buscar una o dos veces en la sala de fumadores después de la séptima hora —dijo vagamente y ella se relaja.

—No le vas a decir a nadie, ¿cierto? —Pregunta, mordiendo su labio inferior—. No quisiera que… —Se detiene y me pregunto si va a decir algo sobre Brianna. Pero sólo sacude su cabeza y continúa recogiendo los papeles, trabajando más rápido ahora.

La idea de juzgar a Katie Carjullo por acostarse con Alex después de lo que acabo de hacer (después de lo del señor Daimler) es graciosísima. No tengo derecho a decir nada a nadie. Estoy fumando marihuana en un baño, no tengo amigas, mi profesor de matemáticas metió su lengua en mi garganta, mi novio me odia porque no dormí con él. Estoy muerta, pero no puedo dejar de vivir. Lo absurdo de esto me golpea en ese segundo y empiezo a reír de nuevo. Katie se pone seria. Sus ojos son grandes y brillantes como canicas.

—¿Qué? —dice—. ¿Te estás riendo de mí?

Sacudo mi cabeza, pero no puedo responder inmediatamente. Me estoy riendo tan fuerte que me cuesta respirar. He estado casi en cuclillas junto a ella,

pero me sacudo tanto y la risa me atraviesa tanto que me tambaleo y caigo sobre mi trasero con un ruidoso golpe. Katie sonríe de nuevo.

—Estás loca —dice riendo.

Tomo unos pocos respiros.

—Por lo menos no me encerré en un baño.

—Por lo menos no me drogo con medio porro.

—Por lo menos no me acuesto con Alex Liment.

—Por lo menos no tengo unas perras por amigas

—Por lo menos tengo amigas.

Nos movemos adelante y atrás, riéndonos cada vez más fuerte. Katie se ríe tan fuerte que se inclina hacia un lado y se apoya en un codo. Luego ella rueda sobre un lado para estar así simplemente acostada en el piso del baño. Haciendo esos graciosos aullidos que me recuerdan a un poodle. Con frecuencia resopla, lo que me hace reír de nuevo.

—Déjame decirte algo —digo, tan pronto como logro sacar las palabras.

—Te escucho, te escucho. —Katie trata de parar una risa y luego resopla en su mano.

Amo el sentimiento de espesor a mí alrededor, en el que estoy nadando. Estoy nadando en tinieblas. Las paredes verdes son agua.

—Bese al señor Daimler. —Tan pronto como lo digo, muero de risa de nuevo. Esas deben ser las cuatro palabras más ridículas del idioma.

Katie se apoya en un codo.

—¿Qué hiciste qué?

—Shhhhhhh. —Balanceo mi cabeza arriba y abajo—. Nos besamos, él puso su mano en mi falda. El puso su mano… —Señalo mi entrepierna.

Ella sacude su cabeza de lado a lado. Su cabello cae alrededor de su cara, recordándome a un tornado.

—No te lo creo, no te lo creo, no te lo creo.

—Lo juro por Dios.

Se inclina, tan cerca que puedo oler su aliento en mi cara. Ella ha estado chupando mentas.

—Eso es enfermo, lo sabías, ¿cierto?

—Lo sé.

—Enfermo, enfermo, enfermo. Él estuvo aquí en la escuela, hace como diez años.

—Ocho. Nosotras lo comprobamos.

Ella deja salir un sonoro aullido de risa, y por un segundo apoya su cabeza en mi hombro.

—Son todos unos pervertidos —dice, son palabras bajas y directas justo en mi oído. Luego ella se retira y dice—: Mierda, estoy muerta.

Se para, apoyándose con una mano contra la pared. Se tambalea por un momento y se para enfrente del espejo, alisando su cabello. Coge un frasco de

gotas para ojos y se echa un par de gotas en cada uno. Yo aún sigo en el suelo, mirándola desde atrás. Ella parece estar millas y millas lejos.

Lo dejo escapar.

—Eres demasiado buena para Alex.

Ella ya está tras de mí en su camino a la puerta, veo su espalda rígida y pienso que se va a enojar. Se detiene, descansando una mano en la silla.

Pero cuando se gira está sonriendo.

—Eres demasiado buena para el señor Daimler —dice y las dos comenzamos a reír de nuevo, luego empuja la silla del camino y abre la puerta, deslizándose dentro del corredor.

Después que ella se ha ido, me siento con mi cabeza baja, disfrutando cómo se siente el cuarto haciendo bucles. Esto es lo que se debe sentir ser el sol, pienso y luego pienso en lo drogada que estoy, y luego pienso lo gracioso que es saber que estás drogada pero no ser capaz de detener los pensamientos drogados.

Veo algo blanco asomándose bajo el lavabo: un cigarrillo, me inclino y encuentro otro. Katie olvidó recogerlo, justo entonces suena un golpe duro en la puerta, cojo los dos cigarrillos y me levanto. Tan pronto como lo hago, el círculo y el sentimiento de estar bajo agua se vuelve peor. Esta parece cogerme siempre quitando la silla del camino. Todo está demasiado pesado.

—Olvidaste esto —digo, sosteniendo los dos cigarrillos entre mis dedos cuando abro la puerta.

No es Katie, sino que es la señora Winter, de pie en el camino con los brazos cruzados y su cara apretada tan herméticamente que luce como si su nariz fuera un agujero negro y el resto de su rostro es absorbido por este.

—Fumar en la propiedad de la escuela está prohibido —dice pronunciando cada palabra cuidadosamente. Luego sonríe mostrando todos sus dientes…

---

[1]Tipo de galleta.
[2]Marca de zapatos.

Las Pugs

En el R & R del Instituto Thomas Jefferson (Guía de Reglas y Regulaciones), dice que cualquier estudiante que sea atrapado fumando en propiedad de la escuela, es susceptible a una suspensión de tres días. (Sé esto porque a todos los fumadores les gusta arrancar esta página de la guía y quemarla en el Salón, a veces agachándose y encendiendo sus cigarrillos en las llamas, mientras que las palabras en la página se retuercen y ennegrecen hasta convertirse en humo).

Pero yo me fui con sólo una advertencia. Supongo que la administración hace excepciones para los estudiantes que tienen chismes jugosos acerca de una cierta vice—directora y un cierto maestro de gimnasia/entrenador de fútbol/amante de los bigotes. La Sra. Winters lucía como si estuviera a punto de sufrir de un infarto masivo cuando yo había empezado a hablar acerca de "modelos a seguir" y de "mi pobre mente impresionable" (adoro esa expresión, como si todos bajo la edad de veintiuno tienen el poder cerebral de una pasta dental) y acerca de "la responsabilidad de la administración para dar el ejemplo", especialmente cuando le había recordado acerca de la página sesenta y nueve en la R & R: está prohibido para cualquier estudiante realizar actos lascivos o sexualmente inadecuados dentro o en los alrededores de la propiedad de la escuela (ése lo sé porque la página ha sido arrancada y colgada un millar de veces en varios cuartos de baño en el campus, los márgenes decorados con dibujos de una naturaleza decididamente lasciva y, definitivamente, sexualmente inadecuada. Aunque la administración totalmente lo pedía... (¿Quién pone una regla como esa en la página sesenta y nueve?)

Por lo menos, la hora y media que pasé con la Sra. Winters logró ponerme más sobria. La última campana acaba de sonar, y por todas partes a mi alrededor, los estudiantes salen de las aulas, haciendo mucho más ruido del necesario (gritando, riéndose, azotando armarios, dejando caer carpetas, empujándose el uno al otro) un ruido nervioso, despreocupado e inquieto típico de los viernes por la tarde. Yo me siento bien, y poderosa, y pienso: tengo que encontrar a Lindsay. Ella no podrá creerlo. Se morirá de risa. Entonces, pasará su brazo a través de mis hombros y dirá: "Eres una estrella de rock, Samantha Kingston", y todo estará bien. Estoy también pendiente de Katie Carjullo, ya que mientras estaba sentada en la oficina de la Sra. Winters, se me ocurrió que no volvimos a cambiarnos los zapatos. Yo todavía llevo sus monstruosas botas negras.

Salgo del edificio principal. El frío hace que mis ojos piquen, y un dolor agudo se alza de repente en mi pecho. Febrero es realmente el peor mes. Media docena de autobuses están alineados junto a la cafetería, los motores resonando y tosiendo, dejando salir una gruesa pared negra de humo de escape. A través de las sucias ventanas se ven las caras pálidas de un puñado de hombres de clase media (todos encogiéndose en sus asientos, esperando no ser vistos), todas luciendo monótonas e intercambiables, con pequeños puntos blancos y grandes y tristes ojos, como algo salido de una tira cómica o una pesadilla. Empiezo a cruzar el terreno de la facultad hacia el estacionamiento de los alumnos de último año, pero apenas voy por mitad del camino cuando veo el enorme Range Rover plateado (con sus vidrios vibrando con el sonido del bajo de "No Más Drama") saliendo del aparcamiento hacia el Lote Superior. Me detengo, con toda esa buena sensación huyendo de mí rápida e inmediatamente. Por supuesto, yo no esperaba realmente que Lindsay me estuviera esperando, pero

muy al fondo supongo que sí lo esperaba. Y entonces me golpea: No tengo vehículo, no tengo ningún lugar a dónde ir. El último lugar en el que quiero estar es en casa. Aunque me estoy congelando, siento punzaduras de calor elevándose desde mis dedos, arrastrándose a lo largo de mi espina dorsal.

Es la cosa más rara. Soy popular (realmente popular) pero no tengo tantos amigos. Lo que es aún más raro es que es la primera vez que lo noto.

—¡Sam!

Giro alrededor y veo a Tara Flute, Bethany Harps, y Courtney Walker viniendo hacia mí. Ellas siempre viajan en grupo, e incluso aunque somos medio—amigas con ellas, Lindsay las llama "Las Pugs": bonitas de lejos, pero feas de cerca.

—¿Qué haces? —Tara siempre tiene una sonrisa permanente, como si estuviera audicionando para un anuncio de pasta dentífrica, y ella la gira hacia mí ahora—. Hace, como, mil grados bajo cero.

Tiré mi pelo sobre un hombro, tratando de parecer despreocupada. La última cosa que necesito es que las Pugs sepan que quedé plantada.

—Tenía que decirle algo a Lindsay. —Hago gestos vagos hacia el aparcamiento—. Ella y las chicas tuvieron que irse volando sin mí… tenían una cosa de servicio comunitario que hacen una vez al mes. Patético.

—Tan patético —Bethany dice, asintiendo vigorosamente. Por lo que yo sé, su único objetivo en la vida es concordar con lo que sea que se acaba de decir.

—Ven con nosotras. —Tara pone una mano sobre mi brazo y presiona un poco—. Nos dirigimos a La Villa para ir de compras. Y después pensábamos en aparecernos en la fiesta de Kent. ¿Suena bien?

Analizo brevemente mis otras opciones: mi casa está obviamente fuera. No seré bienvenida en la casa de Ally. Lindsay lo había dejado bastante claro. Entonces quedaba la casa de Rob... sentarme en el sofá mientras él juega Guitar Hero, besarnos un rato, fingiendo que no noto cuando me rompe otro sostén porque no puede entender el mecanismo de cierre. Conversar un poco y saludar mientras sus padres empacan el coche para el fin de semana. Pizza y cerveza tibia del escondite del garaje tan pronto como ellos se hubieran ido. Entonces, besarnos un rato más. No, gracias.

Miro a través del estacionamiento una vez más, buscando a Katie. Me siento algo mal acerca de irme con sus botas, pero, por otra parte, no es exactamente como si ella estuviera haciendo un gran esfuerzo por encontrarme a mí. Además, Lindsay siempre dijo que un nuevo par de zapatos podrían cambiar tu vida. Y si yo alguna vez necesité de un gran cambio de vida (o cambio de vida después de la muerte, lo que sea) es ahora.

—Suena perfecto —digo y, aunque hubiera pensado que era imposible, la sonrisa de Tara se agranda aún más, sus dientes tan blancos que parecen huesos.

Pugs: raza de perro de pequeño tamaño que se caracteriza por su rostro chato y arrugado; conocida por el personaje “Frank” de las películas Hombres de Negro.

* * * *

Mientras dejamos la escuela, les digo a las Pugs (no puedo evitar pensar en ellas así) acerca de mi viaje a la oficina, y de cómo la Sra. Winters ha estado haciendo sus cochinadas con el Sr. Otto, y cómo yo me fui sin siquiera una detención, porque le prometí que destruiría una foto de una cámara de teléfono de una de sus sesiones de amor en la oficina de Otto (lo cual era mentira, obviamente, no hay manera en que yo jamás me quedaría con evidencias de sus encuentros, y mucho menos en alto formato digital). Tara lucha por respirar de tanto reír, y Courtney me mira como si acabara de encontrar la cura para el cáncer o si hubiera desarrollado una píldora que hace que te crezcan los senos, y Bethany se cubre la boca y dice: “Santa Madre del Señor Cocoa Puffs”. No estoy segura de lo que significa, pero es definitivamente la cosa más original que jamás la oí decir. Todo me hace sentir bien y segura otra vez, y me recuerdo a mí misma que éste es mi día: Puedo hacer lo que yo quiera.

—¿Tara? —Me inclino hacia adelante. El coche de Tara es un diminuto Civic de dos puertas, y Bethany y yo estamos aplastadas en el asiento trasero—. ¿Podemos pasar por mi casa por un segundo antes de ir al centro comercial?

—Seguro. —Ahí está la sonrisa otra vez, reflejada en el retrovisor como un pedazo de cielo—. ¿Necesitas dejar algo?

—Necesito recoger algo —la corrijo, disparándole mi sonrisa más grande.

Son casi las tres en punto, así que supongo que mi mamá ya debe de haber regresado de yoga, y su coche está en el camino de entrada cuando llegamos a mi casa. Tara comienza a aparcar detrás del Accord, pero la toco en el hombro y le hago un gesto para que siga. Ella sigue con su coche por el camino hasta que terminamos ocultas detrás de un grupo de árboles de hoja perenne que mi mamá hizo plantar al jardinero hace años, después de que descubriera que a nuestro vecino de entonces, el Sr. Horferly, le gustaba dar paseos de medianoche totalmente desnudo. Esa es prácticamente la respuesta a cada problema que encuentres en los suburbios: planta un árbol, y espera no tener que ver las partes privadas de nadie.

Salgo del coche y paso a través del camino al lado de la casa, rezando para que mi mamá no estuviera mirando a través de una de las ventanas de la sala o del estudio de mi padre. Me respaldo en el hecho de de que está en el baño, tomando una de sus notoriamente largas duchas antes de ir a recoger a Izzy de la clase de gimnasia. De hecho, cuando deslizo mi llave por la puerta trasera y entro en la cocina, oigo el tamborileo del agua corriendo en el baño de arriba y unas pocas altas y desafinadas notas: mi mamá está cantando. Vacilo por una fracción de segundo, lo suficiente como para reconocer la melodía (“New York,

New York", de Frank Sinatra) y doy gracias al cielo de que las Pugs no sean testigos del pequeño acto de mamá.

Entonces, camino de puntillas por la cocina, donde, como de costumbre, mi mamá ha depositado su enorme bolso. Está tirado de lado. Varias monedas y un paquete de mentas para el aliento se cayeron hacia la lavadora, y un rincón de su billetera verde de Ralph Lauren se asoma hacia fuera. Quito la billetera con cuidado, escuchando todo el tiempo el ritmo del agua arriba, preparándome para abortar y escapar si el sonido se detiene. La cartera de mi mamá es un lío también, apiñada con fotos (de Izzy, fotos de mí, fotos de mí y de Izzy, de Pickle usando un disfraz de Santa Claus), recibos, tarjetas de presentación. Y tarjetas de crédito.

Especialmente, tarjetas de crédito.

Saco la Amex con cuidado. Mis padres sólo la utilizan para compras mayores, así que no hay manera de que mi mamá note que no está. Las palmas de mis manos están pegajosas con sudor y mi corazón golpea tan fuerte que es doloroso. Cierro con cuidado la cartera y la guardo en el bolso, asegurándome de que quede en la misma posición exacta en la que estaba antes.

Encima de mí, hay un torrente final de agua, un chillido cuando los tubos se cierran, y entonces silencio. El tributo a Sinatra de mi mamá se detiene. La ducha terminó. Por un segundo, estoy tan aterrorizada que no puedo lograr que mis pies se muevan. Ella me oirá. Ella me atrapará. Ella me verá con la tarjeta Amex en la mano. Entonces, el teléfono empieza a sonar, y oigo sus pasos dirigiéndose fuera del cuarto de baño, cruzando el pasillo, mientras ella canta: "Ya voy, ya voy".

En ese segundo me voy, salgo de la cocina, saliendo a través de la puerta trasera y corriendo, corriendo alrededor del lado de la casa, el césped cubierto de escarcha salpicando mis pantorrillas, intentando no reírme, tomando la fría tarjeta de plástico Amex tan fuerte que cuando abro la palma más tarde, veo que ha dejado una marca.

* * * *

Normalmente, en el centro comercial tengo un límite muy estricto de gasto: dos veces al año mis padres me dan quinientos dólares para comprar ropa nueva, y además de eso puedo gastar lo que junte por hacer de niñera de Izzy y hacer tareas de tipo sirviente que mis padres me piden que haga, como envolver los presentes para nuestros vecinos en Navidad o rastrillar las hojas en noviembre o ayudar a mi padre a destapar los desaguaderos de tormenta. Sé que quinientos dólares suenan como mucho, pero tienes que tener presente que las botas Burberry de Ally cuestan casi eso, y que ella las usa bajo la lluvia. En sus pies. Así que nunca me ha gustado tanto ir de compras. Simplemente, no es tan divertido, especialmente cuando eres mejor amiga de Ally límite—

ilimitado—de—tarjeta—de—crédito Carter y Lindsay mi—padrastro—intenta—comprar—mi—afecto Edgecombe.

Hoy, ese problema queda resuelto.

Primero vamos a "Bebe", donde recojo un vestido magnífico strapless que es tan apretado que tengo que aguantar el aire completamente para entrar en él. Aún así, Tara tiene que entrar al cambiador y ayudarme a cerrar la última media pulgada. En realidad me gusta cómo se ven las botas de Katie con el vestido, sexy y dura, como si fuera una asesina de videojuego o una heroína de acción. Hago poses de los Ángeles de Charlie en el espejo por un rato, formando un arma con mis dedos, señalando mi reflejo y articulando "lo siento". Tirando del gatillo, e imaginando una explosión.

Courtney casi se muere cuando le entregué mi tarjeta de crédito sin mirar siquiera el total. No es que no lo hubiera visto de reojo. Es bastante difícil no ver el gran $302.10 verde brillando desde la caja registradora, brillando hacia mí como si me acusara de algo. Mi estómago hace un desempeño hula—hula cuando la vendedora desliza el recibo hacia mí para que lo firme, pero supongo que todos esos años de falsificar mis propias notas del doctor y pases de llegadas tarde valieron la pena, porque le doy una perfecta imitación de la firma de mi mamá, y la vendedora me sonríe y dice: "Gracias, señorita Kingston", como si yo acabara de hacerle un favor a ella. Y así como así, salgo con el vestido negro más perfecto del mundo envuelto en suave papel en el fondo de una bolsa de compras. Ahora comprendo por qué Ally y Lindsay aman salir de compras. Es mucho mejor cuando puedes comprar lo que quieras.

— Eres tan afortunada de que tus padres te hayan dado una tarjeta de crédito —dice Courtney, trotando detrás de que mí mientras dejamos la tienda—. Les he rogado a los míos durante años por una, pero dicen que tengo que esperar hasta que esté en la universidad.

—Ellos no me la dieron exactamente —le digo, levantando una ceja. Su boca cae abierta.

—No bromees. —Courtney sacude la cabeza tan fuerte que su pelo marrón se azota de aquí para allá en una mancha—. No hay manera. Tú no acabas de… ¿Estás diciendo que robaste…?

—Shhhh. —El centro comercial La Villa se supone que está ambientado a lo italiano, así que todo es grande, fuentes de mármol y senderos de losa, todos los sonidos siendo amplificados y mezclándose de modo que es imposible entender lo que la gente dice a menos que estén de pie junto a ti, pero aún así. No tiene sentido arriesgarme ahora que estoy de racha—. Prefiero pensar en ello como pedirlo prestado, de todos modos.

—Mis padres me estrangularían. —Los ojos de Courtney están tan abiertos que estoy preocupada de que sus globos oculares se saldrán de repente—. Ellos me matarían hasta que estuviera muerta.

—Totalmente —dice Bethany.

Vamos a la tienda MAC después, y yo obtengo un makeover total de un tipo llamado Stanley que es más flaco que yo, mientras que las Pugs se prueban diferentes tonos de delineadores de ojos y les gritan por usar los brillos de labio sin abrir. Yo compro todo lo que Stanley usa en mí: base, corrector de ojeras, bronceador en polvo, tres tonos de sombra de ojos, dos tonos de delineador de ojos (uno blanco para debajo del ojo), rímel, delineador de labios, brillo de labios, cuatro cepillos diferentes, un rizador de pestaña. Vale tanto la pena. Salgo luciendo como una modelo famosa, y puedo sentir cómo las personas me miran fijamente mientras caminamos por La Villa. Pasamos a un grupo de chicos que deben estar en la universidad, por lo menos, y uno de ellos murmura: "Ardiente". Tara y Courtney me flanquean y Bethany camina detrás de mí. Yo pienso: así es como Lindsay debe sentirse todo el tiempo.

La siguiente es Neiman Marcus: una tienda a la que nunca voy a menos que Ally me arrastre, ya que todo cuesta como un billón de dólares. Courtney se prueba raros sombreros de vieja, y Bethany la hace fotos y la amenaza con publicarlas en internet. Escojo esta increíble estola verde de piel de imitación, sin tener en cuenta que hace que me vea como si debiera estar de fiesta en un jet privado en alguna parte, y un par de aretes de plata granates tipo candelabro.

La única pega viene cuando la mujer del cajero… Irma, de acuerdo con el nombre de su etiqueta… pide ver mi ID (identificación).

—¿Mi ID? —Parpadeo con inocencia—. Nunca la llevo conmigo. El año pasado me la robaron.

Me mira fijamente durante mucho tiempo como si estuviera pensando en dejármelo pasar, a continuación, hace estallar su chicle y me da una risa forzada.

—Lo siento, Ellen. Se requiere de identificación para todas las compras superiores a doscientos cincuenta dólares.

—Prefiero Señorita Kingston, en realidad. —Le devuelvo la sonrisa forzada. Perra. ¿Ese truco de hacer estallar el chicle? Lindsay inventó eso.

Por otra parte, yo también sería una perra si mis padres me hubieran puesto Irma.

De repente inspirada, revuelvo en mi bolso y saco la tarjeta del Hilldebrigde de Natación y Tenis, de mi madre. Te lo juro, la seguridad de ahí es más estricta que la del aeropuerto… como si la obesidad en América fuera un complot terrorista, y la siguiente gran cosa fuera llenar el país de máquinas elípticas… y la tarjeta tiene una pequeña fotografía mía, un número identificativo de miembro, mi primer apellido y mis iniciales: KINGSTON, S. E.

Irma arruga su cara.

—¿Qué significa la S?

Mi mente trabaja con dificultad y luego se queda totalmente en blanco.

—Um…Severus.

Ella me mira fijamente.

—¿Como en Harry Potter?

—Es alemán, en realidad. —Nunca debería haberme ofrecido a leer esos estúpidos libros a Izzy—. Podrás ver por qué paso de mi segundo nombre.

Irma sigue dudando, mordiendo la esquina de sus labios. Tara viene directo a mí, pasando los dedos sobre mi Amex como si algo de la línea de crédito se fuera a ir con ella. Se inclina hacia delante y se ríe.

—Estoy segura de que lo entiendes. —Tara entrecierra los ojos un poco, como si estuviera tratando de descifrar la etiqueta del nombre a una distancia de seis metros—. ¿Irma, verdad?

Courtney viene detrás de nosotras, llevando un sombrero de ala ancha con una gigantesca pluma pelirroja a un lado.

—¿Te llamaba la gente siempre Worma cuando eras pequeña? ¿O Squirma[1]?

Irma pliega su boca en una fina línea blanca, alcanza mi tarjeta y la pasa.

—Guten Tag [2] —le digo mientras nos vamos: la única frase alemana que conozco.

---

[1] Juego de palabras al mezclar su nombre con: worm (=gusano) y squid (=calamar)

[2] En alemán: buenos días

* * * *

Tara y compañía todavía se están riendo de Irma cuando salimos del estacionamiento de La Villa.

—No puedo creerlo —sigue repitiendo Courtney, inclinándose hacia delante para mirarme, como si yo repentinamente fuera a desaparecer. Esta vez me han dado el asiento del copiloto automáticamente. Incluso no he tenido que reclamarlo—. No puedo creer lo inusitado que es esto.

Me permito una pequeña sonrisa mientras me vuelvo a la ventana, y momentáneamente me sorprendo por lo que veo reflejado allí: ojos oscuros enormes, humo y sombras, labios rojos y carnosos. Entonces recuerdo el maquillaje. Por un segundo, no me reconozco.

—Eres tan impresionante —dice Tara, entonces palmea el volante cuando se nos detiene el semáforo.

—Por favor. —Hago un gesto con la mano al aire. Me siento bastante bien. Estoy casi contenta de que Lindsay y yo discutiéramos esta mañana.

—Oh, mierda, no hay manera. —Courtney golpea mi hombro mientras un gran Chevrolet Tahoe, vibrando bajo, se detiene junto a nosotras. A pesar de que hace mucho frío, todas las ventanas están bajadas: son los chicos universitarios de La Villa, los que habíamos visto antes. Los que me habían mirado antes. Están peleando por algo y riendo en el coche (uno de ellos grita: "Mike eres un maricón", simulando que no nos están viendo, de la manera en que los chicos lo hacen cuando se están muriendo por mirar.)

—Son tan ardientes—dice Tara, inclinándose sobre mí para ver mejor, luego se agacha rápidamente de vuelta al volante.

—Deberías obtener su número.

—¿Hola? Hay cuatro allí.

—Sus números, entonces.

—Totalmente.

—Voy a exhibirme para ellos —le digo y estoy encantada de repente con lo perfecto, puro y simple de esto: lo voy a hacer. Es mucho más fácil y limpio que: "Tal vez debería" o "¿No nos meteremos en problemas?" o "¡Oh Dios Mío! Nunca podría". Sí. Dos letras. Me vuelvo hacia Courtney—. ¿Te atreves conmigo?

Sus ojos están haciendo esa cosa obsesiva otra vez. Tara y Bethany me miran como si me hubieran salido tentáculos.

—No lo harás —dice Courtney.

—No puedes —dice Tara.

—Yo puedo, quiero y voy a hacerlo. —Bajo la ventana y el frío me golpea, adormeciendo todo mi cuerpo así que solo me siento a mí misma en pedazos y trozos, un codo flotando por aquí, un muslo acalambrado, los dedos hormigueando. La música que bombea desde el coche de los chicos es tan fuerte que esto hace que me duelan los oídos, pero no puedo escuchar ninguna letra o melodía, sólo el ritmo, punzante, palpitante… ni siquiera hay un sonido fuerte, solo vibraciones, sentimiento.

—Hey. —Al principio sólo puedo graznar la palabra, así que me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo—. Hey. Chicos.

El conductor gira la cabeza en mi dirección. Casi no puedo enfocarle de lo emocionada que estoy, pero al segundo, veo que no es tan lindo, de hecho… tiene los dientes torcidos y un gran diamante de imitación en un oído, como si fuera rapero o algo así… pero entonces dice:

—Hey, monada. —Y veo a sus tres amigos inclinándose hacia la ventana para mirar, una, dos, tres cabezas aparecen como en una caja de sorpresas, como el juego Guacamole de Dave & Buster's [1]. Una, dos, tres, estoy levantando mi camiseta, y hay un rugido y un zumbido, un sonido cantando en mis oídos… ¿risa? ¿Gritos?... y Courtney grita:

—Vamos, vamos, vamos. —Entonces, los neumáticos chirrían y el coche sale disparado hacia delante, derrapando un poco, el viento me da en la cara, y el olor a goma quemada y gasolina flota en el aire. Mi corazón se hunde lentamente de vuelta desde mi garganta a mi pecho, y la calidez y los sentimientos vuelven a mi cuerpo. Subo la ventana. No puedo explicar las sensaciones que me embargan, un torrente como cuando ríes demasiado fuerte o giras demasiado tiempo en círculos. No es exactamente felicidad, pero lo aprovecho.

—¡No tiene precio! ¡Legendario! —Courtney golpea la parte de atrás de mi asiento, y Bethany solo mueve la cabeza para mirarme, con los ojos muy

abiertos, asombrada como si fuera una santa y la hubiera curado de una enfermedad. Tara grita riendo. Ella apenas puede ver la carretera, sus ojos se mueven muy rápidamente. Se atraganta:

—¿Has visto sus caras? ¿Las has visto? —Y me doy cuenta de que no las vi. No podía ver nada, no podía sentir otra cosa que el rugido a mi alrededor, pesado y fuerte, y se me ocurre que no estoy segura de si esto es lo que es estar realmente viva o es lo que es estar realmente muerta, y me resulta gracioso. Courtney me golpea una vez más, y veo su cara pendiente de mí en el espejo retrovisor, roja como un sol, y empiezo a reír también, y las cuatro nos reímos todo el camino de regreso a Ridgeview, unos treinta kilómetros mientras el mundo pasa como una centella a nuestro lado como manchas negras y grises, como una mala pintura de sí mismo.

---

[1] Es un juego de mesa para niños.

* * * *

Nos detenemos en casa de Tara para que todas nos cambiemos. Tara me ayuda aponerme el vestido otra vez, y después de ponerme la piel en los hombros y los aretes y de dejar mi pelo suelto (el cual está ondulado por dejarlo retorcido en un medio—moño todo el día) me vuelvo hacia el espejo y mi corazón realmente hace cabriolas en mi pecho. Me miro al menos veinticinco segundos. Me veo como alguien más. Y cierro los ojos, recuerdo estar de pie en el baño cuando era pequeña esperando a que el vapor de la ducha se retirara del espejo, rezando por una transformación. Recuerdo el enfermo sabor de la decepción cada vez que mi rostro resurgía, tan feo como siempre. Pero esta vez, cuando abro los ojos, funciona. Ahí estoy: diferente, hermosa, y sin ser yo misma.

La cena corre por mi cuenta, por supuesto. Vamos a *Le Jardin du Roi*, ese restaurante francés súper lujoso en el que todos los camareros son ardientes y franceses. Pedimos la botella de vino más cara del menú, y nadie nos pide nuestras identificaciones, por lo que comenzamos con una ronda de champán. Está tan bueno, que pedimos otra ronda antes de que vengan los aperitivos. Bethany se hace la borracha y flirtea con los camareros en un mal francés, sólo porque el año pasado se pasó el verano en Provenza. Ordenamos medio menú: pequeños hojaldres de queso que-se-derriten-en-tu-boca; gruesos trozos de pâté que probablemente tengan más calorías de las que se supone que comes en un día; ensalada de queso de cabra y mejillones en vino blanco; y un filete con salsa bearnesa; y una lubina con su cabeza aún unida y *crème brûlée*; y mousse de chocolate. Creo que es la mejor comida que he probado nunca, y como hasta que casi no puedo respirar y, si como un bocado más, realmente reventaré mi vestido. Luego, mientras estoy firmando la cuenta, uno de los camareros (uno

de los lindos) nos trae cuatro vasos en miniatura de licor rosa para la digestión, salvo, por supuesto, que él dice *paga zu diggest-on*.

No me doy cuenta de lo mucho que he bebido hasta que me levanto, y el mundo se columpia salvajemente por un segundo, como si estuviera luchando por encontrar su equilibro, y creo que tal vez el mundo está borracho, y no yo, y empiezo a reír. Salimos al aire frío, y esto me ayuda a despejarme un poco.

Reviso mi teléfono y veo que tengo un mensaje de Rob.

"¿Qué pasa con nosotros? Teníamos plan para esta noche."

—Vamos, Sam —me llama Courtney. Ella y Bethany se han subido al asiento trasero del Civic. Están esperando a que yo me suba en el asiento del copiloto de nuevo—. Tiempo de fiesta.

Rápidamente, le escribo a Rob.

"Estamos de camino. Nos vemos pronto."

Entonces, me meto en el coche, y nos dirigimos a la fiesta.

* * * *

La fiesta justo acaba de empezar cuando llegamos, me dirijo derecha a la cocina. Ya que todavía es temprano y hay muy pocas personas, me doy cuenta de un montón de detalles de las habitaciones que no había visto antes. El lugar está tan lleno de pequeñas estatuas de madera tallada, modernas pinturas al óleo y libros antiguos, que podría ser un museo.

La cocina es muy luminosa y aquí todo parece fuerte e independiente. Hay dos barriles alineados directamente enfrente de la puerta, y la mayoría de la gente está reunida allí. En este momento, se trataba básicamente de chicos, además de algunos estudiantes de segundo año. Están amontonados en grupos, agarrando sus vasos de plástico como si contuvieran su energía vital, y sus sonrisas son tan forzadas que puedo decir que sus mejillas están sufriendo.

—Sam. —Rob me ve y reacciona tardíamente mientras viene hacia mí. Entonces, me pone de espaldas a la pared, apoyando una mano a cada lado de mi cabeza, de manera que estoy encerrada—. No creí que fueras a aparecer.

—Te dije que iba a venir. —Puse las manos en su pecho, sintiendo su corazón saltando bajo mis dedos. Esto me entristece por alguna razón—. ¿Recibiste mi mensaje?

Él se encoge de hombros.

—Has estado actuando de forma rara durante todo el día. Pensé que tal vez no te había gustado mi rosa.

Luv ya. Había olvidado eso; olvidado lo que eso me había disgustado. Nada de eso importa ahora. Son solo palabras, de todos modos.

—La rosa estuvo bien.

Rob sonríe y pone una mano en mi cabeza, como si yo fuera una mascota.

—Te ves sexy, cariño —dice—. ¿Quieres una cerveza?

Asiento.

El vino que tomé en el restaurante ya se está desvaneciendo. Me siento demasiado sobria, demasiado consciente de mi cuerpo, con mis brazos colgando como pesos muertos. Rob comienza a girarse cuando se detiene, mirando fijamente a mis zapatos. Él me mira, medio divertido, medio confundido.

—¿Qué son esos? —Apunta a las botas de Katie.

—Zapatos. —Señalo uno de los dedos de mis pies y el cuero ni siquiera cede. Eso me hace sentir bien por alguna razón—. ¿Te gustan?

Rob hace una mueca.

—Se ven como botas del ejército o algo así.

—Bueno, a mi me gustan.

Él niega con la cabeza.

—No se ven como tú, cariño.

Pienso en todas las cosas que he hecho hoy que podrían escandalizar a Rob: saltarme todas las clases, besar al Sr. Daimler, fumar hierba con Katie Carjullo, robar la tarjeta de crédito de mamá. Cosas que no son como yo. Ni siquiera estoy segura de lo que eso significa; no estoy segura de cómo lo sabes.

Mentalmente, trato de resumir las cosas que he hecho en mi vida, pero ninguna imagen clara emerge, nada que me diga qué tipo de persona soy, sólo un montón de vaguedad y limites borrosos, recuerdos indistinguibles de risas y estar conduciendo. Siento como que estoy tratando de tomar una fotografía en el sol: toda la gente de mis recuerdos se está volviendo sin rasgos e intercambiable.

—Tú no sabes todo sobre mí —digo.

Él da una media risa.

—Sé que te ves linda cuando estás enojada. —Aprieta un dedo entre mis ojos—. No frunzas tanto el ceño. Te saldrán arrugas.

—¿Qué pasa con esa cerveza? —digo, agradecida cuando Rob se da la vuelta. Estaba esperanzada de que verlo me relajaría, pero en vez de eso, me está alterando.

Cuando Rob vuelve con mi cerveza, tomo mi vaso y subo las escaleras. En lo alto, casi choco con Kent. Él da un rápido paso atrás cuando me ve.

—Lo siento —decimos ambos al mismo tiempo, y puedo sentir que me estoy sonrojando.

—Viniste —dice él. Sus ojos se ven más verdes que nunca. Hay una expresión extraña en su rostro, su boca está toda torcida como si él estuviera mascando algo amargo.

—Parece ser el lugar en el que hay que estar.

Miro a lo lejos, deseando que él dejara de mirarme fijamente. De alguna forma sé que va a decir algo desagradable. Va a decir que puede ver a través de mí nuevamente. Y siento esa loca urgencia de preguntarle qué ve, como si él pudiera ayudarme a entenderme. Pero estoy asustada de su respuesta.

Mira a sus pies.

—Sam, quiero decir…

—No lo hagas. —Levanto una mano. Luego me doy cuenta: él sabe lo que pasó con el Sr. Daimler. Él puede decirlo. Sé que estoy siendo paranoica, pero la certeza es tan fuerte que hace que mi cabeza gire, y tengo que estirar mi mano y agarrarme del barandal—. Si esto es sobre lo que paso en matemáticas, no quiero escucharlo.

Él me mira nuevamente, con su boca fruncida en una línea.

—¿Qué paso?

—Nada. —Una vez más, siento el peso del Sr. Daimler sobre mí, el calor de su boca fija sobre la mía.

—No es tu problema.

Pienso en la nota que navegó hacia mi escritorio antes. Sabía que era de él. El pensamiento de Kent McFuller sintiendo pena por mí, menospreciándome, hizo que algo se rompiera dentro de mí.

Mis palabras salieron a la carrera.

—No tengo que explicarte nada. Ni siquiera somos amigos. Somos… somos nada.

Kent da un paso atrás, deja salir un sonido que es medio bufido, medio risa.

—Eres increíble, ¿sabes? —Él niega con la cabeza, luciendo disgustado o triste, o quizá ambos—. Quizás todos tienen razón sobre ti. Quizás no eres más que una superficial… —se detiene.

—¿Qué? ¿Una superficial qué? —Siento que tengo ganas de abofetearlo para que me mire a la cara, pero él mantiene sus ojos fijos en la pared—. Una perra superficial, ¿cierto? ¿Eso es lo que piensas?

Sus ojos vuelven hacia mí, claros, pesados y duros, como una roca. Ahora deseo que no me hubiera mirado para nada.

—Quizás. Quizás es como tú dices. No somos amigos. No somos nada.

—¿Sí? Bueno, al menos no tengo que caminar por ahí fingiendo que soy mejor que los demás. —Explota fuera de mí antes de que pueda detenerlo—. Tú no eres perfecto, sabes. Estoy segura de que has hecho cosas malas. Estoy segura de que las haces. —Sin embargo, tan pronto como lo digo, tengo la sensación de que no es verdad. Lo sé de alguna forma. Kent McFuller no hace cosas malas. Al menos, no le hace cosas malas a otra gente.

Ahora Kent si se ríe.

—¿Yo soy el que pretende ser mejor que el resto? —Entrecierra los ojos—. Eso es muy divertido, Sam. ¿Alguien te ha dicho alguna vez cuán divertida eres?

—No estoy jugando. —Tengo mis manos empuñadas contra mis muslos. No sé porque estoy tan enojada con él, pero podría sacudirlo o llorar. Él sabe sobre el Sr. Daimler. Sabe sobre mí, y me odia por eso—. Tú no deberías hacer sentir mal a la gente sólo porque no son, así como, perfectos o como sea.

Su boca cae abierta.

—Nunca dije…

—No es mi culpa que no pueda ser como tú, ¿sí? No me levanto en la mañana pensando que el mundo es un lugar enorme, feliz y brillante, ¿sí? Así no es como funciono. No creo que pueda ser reparada.

Quise decir, "No creo que pueda ser mejorada", pero salió mal, y repentinamente estoy al borde del llanto. Tengo que tomar grandes bocanadas de aire para tratar de mantener las lágrimas a raya. Me giro para que Kent no me vea.

Hay un momento de silencio que parece durar para siempre. Luego Kent descansa su mano en mi codo sólo por un segundo, su toque es como las alas de algo rozándome. Sólo ese pequeño toque me da escalofríos.

—Iba a decirte: te ves hermosa con el cabello suelto. Eso es todo lo que iba a decir. —La voz de Kent es tranquila y baja. Se mueve alrededor mío y se encamina a las escaleras, pausando en lo alto. Cuando él se gira para verme, luce triste, aún cuando está sonriendo un poquito.

—No necesitas ser reparada, Sam.

Él dice las palabras, pero es como si ni siquiera las escuchara; es como si pasaran a través de mi cuerpo al mismo tiempo, como si las estuviera absorbiendo desde el aire. Él debe saber que no es verdad.

Abro mi boca para decirle eso, pero él ya está desapareciendo escaleras abajo, fundiéndose con el mar de gente que fluye hacia el interior de la casa. Soy una no-persona, una sombra, un fantasma. Incluso antes del accidente no estoy segura de que fuera una persona completa, eso es de lo que me estoy dando cuenta ahora. Y no estoy segura de dónde comienza el daño.

Tomo un enorme trago de cerveza, deseando que pudiera sólo caer inconsciente. Quiero que el mundo desaparezca. Tomo otro enorme trago.

La cerveza está fría, al menos, pero sabe a agua mohosa.

—¡Sam! —Tara está subiendo las escaleras, su sonrisa es como el destello de una linterna—. Te hemos estado buscando. —Cuando ella llega a lo alto, jadea un poco, poniendo su mano derecha en su estomago y doblándose contra él.

Es su mano izquierda, está sosteniendo un cigarrillo, a medio fumar.

—Courtney hizo una reconstrucción. Encontró las cosas buenas.

—¿Las cosas buenas?

—Whisky, vodka, gin, grosellas negras, las obras.

Bebidas alcohólicas. Las cosas buenas.

Toma mi mano y bajamos las escaleras, que están lentamente obstruidas con gente. Todos se están moviendo en la misma dirección: desde la entrada con la cerveza y luego escaleras arriba. En la cocina empujamos a través del coágulo de gente apilada junto al barril. En el lado opuesto de la cocina, hay una puerta con un letrero hecho a mano. Reconozco la letra de Kent.

Dice: "Por favor no pasar".

Hay una nota al pie escrita en letras pequeñas a lo largo del pie de página: "En serio chicos. Estoy dando esta fiesta y es la única cosa que pido. ¡Miren! ¡Hay un barril tras de ustedes!"

—Quizás no deberíamos… —comienzo a decir, pero Tara ya se está colando por la puerta, así que la sigo.

Está oscuro al otro lado de la puerta, y frío. La única luz viene de una enorme ventana saledíza que da hacia el patio trasero.

Escucho risas desde algún lugar en lo profundo de la casa, luego el sonido de alguien golpeándose con algo.

—Ten cuidado —alguien sisea, y luego escucho a Courtney decir—: Tú trata de servir en la oscuridad.

—Por aquí —susurra Tara. Es extraño cómo la voz de la gente se vuelve más suave en la oscuridad, como si no pudieran evitarlo.

Estamos en el comedor. Hay un candelabro cayendo desde el cielo como una flor exótica, y pesadas cortinas a cada lado de las ventanas. Tara y yo bordeamos la mesa del comedor (mi mamá podría tener un infarto de la emoción, debe de acoger al menos a doce personas) y salimos a una especie de hueco. Aquí es donde está el bar. Tras el hueco, hay otra pieza oscura.

Me pregunto cuántas habitaciones hay. La casa parece extenderse hasta el infinito. Está aún más oscuro aquí, pero Courtney y Bethany están husmeando en los muebles.

—Deben haber unas cincuenta botellas aquí —dice Courtney. Está muy oscuro para leer las etiquetas, así que ella abre cada botella y huele, adivinando el contenido—. Esto es ron, creo.

—Qué casa más rara, ¿huh? —dice Bethany.

—No lo creo —digo rápidamente, no estoy segura de por qué me siento a la defensiva. Apuesto que es hermosa durante el día: habitación tras habitación llena de luz. Apuesto a que la casa de Kent está siempre tranquila, o que siempre hay música clásica sonando o algo así.

El vidrio se rompe junto a mí y algo mojado salpica mi pierna. Salto cuando Courtney susurra.

—¿Qué hiciste?

—No fui yo —digo cuando Tara dice—: No fue mi intención.

—¿Fue un florero?

—Ew. Algo de eso entró en mi zapato.

—Sólo tomemos la botella y salgamos de aquí.

Nos deslizamos de vuelta en la cocina justo cuando RJ Ravner grita:

—¡Fuego en el agujero!

Matt Dorfman toma un vaso de cerveza y comienza a apretarlo para beberlo de un tirón.

Todos ríen y Abby McGail aplaude cuando él ya ha acabado el vaso.

Alguien sube la música, y Jay-Z suena y todos comienzan a cantar junto con él. "*Soy un estafador, cariño, solo quiero que lo sepas…*"

Escucho risas sonoras. Luego una voz desde el pasillo principal:

—Dios, creo que llegamos justo a tiempo. Mi estomago salta hasta mi garganta.

Lindsay esta aquí…

Hay ciertas cosas que nunca dices

Aquí está el gran secreto de Lindsay: cuando ella regresó de visitar a su hermanastro en la NYU (Universidad de Nueva York) cuando estábamos en primer grado, ella estuvo terrible por días (hablándole con brusquedad a todos, burlándose de Ally por tener raros suministros de comida, burlándose de Elody por ser exuberante y pusilánime, burlándose de mí por ser siempre la última en hacer cosas, desde adquirir las tendencias de moda hasta llegar a tercera base, lo cual no hice hasta el final del segundo año). Elody, Ally y yo sabíamos que algo debía haber sucedido en Nueva York, pero Lindsay no nos lo decía cuando le preguntábamos, y nosotras no presionamos. No puedes forzar las cosas con Lindsay. Eso sólo lo empeora.

Entonces, una noche cuando estaba por terminar el año escolar, estábamos todas en Rosalita's (un cutre restaurante mexicano al final de la ciudad donde no te piden identificación) tomando margaritas y esperando a que nuestra cena llegara. Lindsay no estaba realmente comiendo, no había estado comiendo en realidad desde que regresó de Nueva York. Ella no tocó las papas fritas gratis, diciendo que no tenía hambre y, en lugar de eso, se mantuvo metiendo sus dedos en la sal que bordeaba su vaso de margarita y comiendo los cristales de sal uno por uno.

No recuerdo sobre qué estábamos hablando, pero de repente Lindsay dijo impulsivamente: "Tuve sexo". Sólo así. Todas la miramos en silencio, y ella se inclinó y nos contó en un jadeante arrebato sobre cómo había estado borracha y cómo, porque su hermanastro no estaba listo para dejar la fiesta, el chico (el innombrable) le ofreció acompañarla de vuelta al dormitorio donde ella se estaba quedando con su hermanastro. Ellos habían tenido sexo en la larga cama gemela de su hermanastro, con Lindsay adormilándose y despertándose, y el chico (el innombrable) se había marchado incluso antes de que el hermano de Lindsay volviera de la fiesta.

—Fue sólo como tres minutos —dijo ella al final, y supe entonces que ya lo estaba archivando como "Cosas de las que nunca hablaremos", metiéndolo en algún lejano rincón de su mente y construyendo otra historia alternativa encima de esa, historias mejores: Fui a Nueva York y lo pasé genial. Definitivamente me mudaré allí algún día. Besé a un chico y él quería venir a casa conmigo, pero yo no se lo permití.

Justo después, nuestra comida llegó. Lindsay estaba tremendamente aliviada después de contárnoslo (aunque nos hizo jurar por nuestra vida que lo mantendríamos en absoluto secreto) y toda su boca cambió instantáneamente. Ella devolvió la ensalada que había ordenado (como "Quiero olvidarme de esa basura de conejo") y ordenó quesadillas de champiñones y queso, burritos rellenos de carne de puerco con crema agria extra y guacamole, una orden de chimichangas para compartir y otra ronda de margaritas. Fue como si un gran peso hubiera sido levantado, y tuvimos la mejor cena que habíamos tenido en años. Todas nosotras estábamos atiborrándonos, incluso Ally, y bebimos margarita tras margarita de diferentes sabores (mango, frambuesa, naranja) y nos reíamos tan alto que al menos las personas de una mesa pidieron ser movidas a otra parte del restaurante. Ni siquiera recuerdo de lo que estábamos hablando, pero en cierto punto, Ally tomó una fotografía de Elody usando una tortilla de harina en su cabeza y levantando una botella de salsa picante. En la esquina del marco, podías ver un tercio del perfil de Lindsay. Ella estaba doblada, y partida de risa, su cara era de un brillante púrpura. Se estaba agarrando el estómago con una mano.

Después de la cena, Lindsay agotó la tarjeta de crédito de su mamá para pagar todo. Se supone que sólo la usaba para emergencias, pero se inclinó sobre la mesa y nos hizo a todas tomarnos de las manos como si estuviéramos rezando.

—Esto, amigas mías, era una emergencia —dijo, y todas reímos porque ella estaba siendo melodramática como siempre. El plan era marcharnos a una fiesta al jardín botánico: una tradición en el primer fin de semana cálido del año. Teníamos toda la noche por delante. Todas estábamos de buen humor. Lindsay estaba siendo normal de nuevo.

Lindsay fue al baño para arreglar su maquillaje y, cinco segundos después de que ella dejó la mesa, todas esas margaritas y risas me golpearon de una vez: nunca había tenido tantas ganas de hacer pipí en mi vida. Me apresuré al baño, aún riendo, mientras Elody y Ally me arrojaron papas a medio comer y servilletas arrugadas y gritaron: "Envíanos una postal desde las cataratas del Niágara" y "¡Si es amarillo, mantenlo tenue!", así que, de nuevo, las personas de otra mesa pidieron ser movidas.

El baño era para una sola persona, y me recliné contra la puerta, llamando a Lindsay para que me dejara entrar, traqueteando la manija al mismo tiempo. Supongo que ella había tenido prisa por entrar, porque no cerró la puerta correctamente y se abrió cuando estuve inclinada contra ella. Me caí dentro del baño, aún riendo, esperando encontrar a Lindsay delante del espejo con los labios fruncidos, aplicándose dos capas de su brillo labial marca MAC Vixen.

En lugar de eso, estaba arrodillada en el piso delante del retrete, y los restos de quesadillas y burritos de carne de cerdo estaban flotando en la superficie del agua. Ella tiró de la cadena, pero no lo suficientemente rápido. Vi dos trozos completos de tomate sin comer arremolinándose en el retrete.

Toda la risa me dejó instantáneamente.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, aunque era obvio.

—Cierra la puerta —siseó ella.

La cerré rápidamente. El ruido del restaurante se esfumó, quedándonos en silencio.

Lindsay se levantó lentamente.

—¿Y bueno? —dijo ella, mirándome como si ya estuviera preparando sus argumentos, como si esperara que yo la acusara de algo.

—Tenía que hacer pipí —dije. Es tan tonto, pero no podía pensar en nada más.

Había un pequeño trozo de comida aferrándose a un mechón de su cabello y el verlo me hizo sentir como si quisiera estallar en lágrimas. Ella era Lindsay Edgecombe: era nuestra armadura.

—Has pipí entonces —dijo, pareciendo aliviada, aunque creí ver un destello de algo más, quizá tristeza.

Lo hice. Hice pipí mientras Lindsay se inclinaba en el lavabo, ahuecando las manos y bebiendo sorbos de agua de ellas, agitándola en su boca y haciendo gárgaras. Eso es gracioso: crees que cuando suceden cosas increíbles, todo lo demás se detiene, como si te olvidaras de ir al baño, comer y tener sed, pero no es realmente cierto. Es como si tú y tu cuerpo fueran dos cosas separadas, como si tu cuerpo estuviera traicionándote, traqueteándose, idiota y animal, anhelando agua y sándwiches y el baño se rompe mientras tu mundo se desmorona.

Observé a Lindsay sacar una tira de Listerine y colocar una en su boca, haciendo muecas ligeramente. Entonces, ella fue a trabajar en su maquillaje, retocando su rímel y re aplicándose brillo de labios. El baño era pequeño, pero ella parecía estar muy lejos.

Finalmente, dijo:

—No es un hábito ni nada. Sólo creo que comí demasiado rápido.

—De acuerdo —dije, y hasta ahora nunca he sabido si ella estaba diciendo la verdad.

—No le digas a Ally o a Elody, ¿de acuerdo? No quiero que se preocupen por nada.

—Obviamente —dije yo.

Ella hizo una pausa, presionó sus labios, los frunció hacia el espejo. Entonces, se giró hacia mí.

—Ustedes son mi familia. Sabes eso, ¿verdad?

Lo dijo de manera casual, como si estuviera elogiando mis jeans, pero yo sabía que era una de las cosas más sinceras que le había escuchado decirme alguna vez. Sabía que realmente lo decía en serio.

Fuimos a la fiesta en el jardín botánico como estaba planeado. Elody y Ally lo pasaron estupendamente, pero a mí me dio dolor de estómago y tuve que doblarme sobre el capó del auto de Ally. No estoy segura si fue la comida o

qué, pero se sentía como si algo tratara de arañar su camino a través de mi estómago.

Lindsay tuvo una noche genial: esa noche besó a Patrick por primera vez. Cuatro meses después, al final del verano, tuvieron sexo. Cuando ella nos contó sobre perder la virginidad con su novio (las velas, la manta en el piso, las flores, y todo lo demás), y lo genial que fue que su primera vez fuera tan romántica, ninguna de nosotras pestañeó siquiera. Todas nos apresuramos y la felicitamos, pedimos detalles y le dijimos que estábamos celosas. Lo hicimos por Lindsay, para hacerla feliz. Ella lo habría hecho por nosotras.

Ese es el asunto sobre las mejores amigas. Así es como lo hacen. Ellas te alejan de caer por el borde…

Donde todo comienza.

Lindsay, Elody y Ally se dirigen hacia arriba tan pronto como llegan, teniendo en cuenta que portan su propio vodka, y no las veo otra vez hasta, al menos, una hora después. Yo ya me he tomado cuatro tragos de ron y todo me choca: la sala gira y el mundo es un borrón de color y sonido.

Courtney acaba de terminar la botella de ron, así que intento conseguir una cerveza. Tengo que concentrarme en cada paso, y cuando llego al barril, me quedo ahí por un segundo pues he olvidado a lo que he venido.

—¿Cerveza? —Matt Carnegie llena una jarra y la mantiene fuera de mi alcance.

—Cerveza —digo, contenta de que la palabra salga tan clara, contenta de acordarme de que esto es a lo que venía.

Sigo mi camino arriba. Las cosas se registran en ráfagas cortas, como un rollo de película que ha sido cortado en pedazos: el tacto de la madera en bruto del pasamanos; Emma McElroy recostada contra una pared, con la boca abierta y riendo sin aliento, como un pez colgando del anzuelo; luces de Navidad parpadeando, borrosas luces. No estoy segura de a dónde voy o qué estoy buscando, pero de repente allí está Lindsay, la veo al otro lado del cuarto y me doy cuenta de algo: he atravesado toda la casa hasta la parte posterior, la sala de los cigarrillos. Lindsay y yo nos miramos por un segundo y espero que ella me sonría, pero mira hacia otro lado. Ally está de pie junto a ella. Se inclina hacia delante y le susurra algo a Lindsay, y luego se dirige hacia mí.

—Hola, Sam.

—¿Tuviste que pedir permiso para hablar conmigo? —Estas palabras no salen con tanta claridad.

—No seas perra. —Ally pone los ojos en blanco—. Lindsay está realmente molesta por lo que dijiste.

—¿Está loca Elody? —Elody está en la esquina con Steve Dough, apretándose contra él mientras habla con Liz Hummer como si aquella ni siquiera existiese. Quiero ir allí y abrazarla.

Ally vacila, mirándome por debajo del borde de su flequillo.

—No está loca. Ya conoces a Elody.

Podría decirle a Ally que miente, pero estoy demasiado borracha como para hacerlo.

—Hoy no me has llamado. —Odio haberlo dicho. Me hace sentir como una extraña otra vez, como alguien que intenta entrar en el grupo. Sólo ha pasado un día, pero les extraño: sólo a mis amigas de verdad.

Ally toma un sorbo del vodka que tiene en la mano, y luego hace una mueca.

—Lindsay estaba volviéndome loca. Te lo dije, ella está muy molesta.

—Sin embargo es cierto, ¿no es así? Lo que he dicho.

—Eso no es lo que importa. —Ally niega con la cabeza hacia mí—. Ella es Lindsay. Ella es nuestra. No es como los demás, ¿sabes?

Nunca he pensado realmente que Ally sea muy inteligente, pero ésta es, probablemente, la cosa más inteligente que he oído en mucho tiempo.

—Tienes que decirle que lo sientes —dice Ally.

—Pero no lo siento. —Definitivamente, estoy farfullando ahora. Mi lengua se percibe gruesa y pesada en mi boca. No puedo hacer que haga lo que yo quiero que haga. Quiero contárselo todo a Ally, lo del señor Daimler y Katie Carjullo y la Sra. Winters y su perrillo faldero, pero no puedo ni siquiera pensar en las palabras.

—Sólo tienes que decirlo, Sam. —Los ojos de Ally han empezado a deambular por la fiesta. De pronto, ella da un paso rápido hacia atrás. Su boca se queda floja y se lleva las manos a la boca.

—Oh, Dios mío —dice, mirando por encima del hombro. Su boca se curva hacia arriba en una sonrisa—. No me lo creo.

Siento como si el tiempo se congelase cuando me doy la vuelta. Una vez leí que en el borde de un agujero negro el tiempo se detiene por completo, así que, si alguna vez te acercas a uno de ellos, quedas atrapado en su orilla para siempre, siempre desgarrado, siempre muriendo. Eso es lo que siento en este instante. La aglomeración de personas en círculo a mi alrededor, un borde sin fin, más y más gente.

Y ahí está, de pie en el umbral. Juliet Sykes. La Juliet Sykes que ayer se voló la tapa de los sesos con la pistola de sus padres.

Lleva el pelo atado en una cola de caballo y, sin poder evitarlo, imagino que tiene nudos y coágulos de sangre, un gran, enorme agujero justo debajo de la línea del pelo. Estoy aterrada por ella: un fantasma en la puerta, ese tipo de cosas con las que se tienen pesadillas cuando eres un niño, el tipo de cosas sobre las que se hacen las películas de terror.

Recuerdo una frase que oí en un programa de noticias que trataba de los presos del corredor de la muerte que chocaban con mi ética y moral: muertos andantes. Pensé que era horrible cuando lo escuché por primera vez, pero ahora la entendía.

Juliet Sykes era un muerto andante. Esto era demasiado.

—No —digo, sin querer decirlo en voz alta. Doy un paso hacia atrás y Harlowe Rosen chilla diciendo—: Ese es mi pie.

—No puedo creerlo —dice Ally de nuevo, pero huele a mentira de lejos. Ella ya se está alejando de mí, mientras le grita a Lindsay por encima de la música—. Lindsay, ¿viste quién es?

Juliet se balancea en la puerta. Parece tranquila, pero sus manos se cierran en puños.

Me lanzo hacia delante, pero todos eligen ese momento para apretarse aún más a mi alrededor. Ahora, no puedo verla. No quiero ver lo que sucede a continuación. No estoy muy firme sobre mis pies, y sigo rebotando entre la gente como una pelota de ping-pong, tratando desesperadamente salir de la habitación. Sé que piso a la gente, que la aparto a codazos, pero no me importa. Necesito salir.

Por último, consigo salir de la maraña de personas. Juliet está bloqueando la puerta. Ni siquiera me mira. Está de pie, inmóvil como una estatua, con los ojos fijos a cierta distancia por encima de mi hombro. Está mirando a Lindsay. Entiendo entonces que es a Lindsay a quien realmente busca, es a Lindsay a quien odia, pero eso no me hace sentir mejor. Cuando casi estoy a punto de forzar mi paso por ella, hacia la oscuridad del pasillo, un temblor recorre su cuerpo y me frena con la mirada.

—Espera —me dice, y pone una mano sobre mi muñeca. Está tan fría como el hielo.

—No— intento alejarme de ella y seguir, tropezando hacia adelante, casi ahogada en mi miedo. Imágenes desordenadas de Juliet me invaden: Juliet doblada en dos, las manos extendidas, empapada en cerveza y tropezando; Juliet tendida en el frío suelo en un charco de sangre. No puedo para pensar con claridad, y en mi cabeza las dos imágenes se fusionan y la veo errando por la habitación mientras se ríe todo el mundo, con el pelo empapado, chorreando sangre.

Estoy tan distraída que no veo a Rob en el pasillo hasta que no estoy frente a él.

—Hey. —Rob está borracho. Tiene un cigarrillo sin encender colgando de sus labios—. Oye, tú.

—Rob…. —Me aprieto contra él. El mundo está girando—. Salgamos de aquí, ¿de acuerdo? Vamos a tu casa. Estoy lista ahora, solos tú y yo.

—Vaya, vaquera. —La mitad de la boca de Rob se eleva lentamente hacia arriba, pero es incapaz de hacer que la otra mitad se le una—. Después del

cigarrillo. —Empieza a moverse hacia la parte posterior de la casa—. Entonces nos iremos.

—No —casi lo grito.

Se vuelve de nuevo hacia mí, tambaleándose y antes de que pueda reaccionar, le he arrancado el cigarrillo de la boca y le beso, con las manos ahuecadas a ambos lados de su rostro, empujando mi cuerpo contra el suyo. Le lleva un segundo darse cuenta de lo que está pasando, pero luego empieza a tantear por encima de mi vestido, dando vueltas a su lengua en círculos, gimiendo un poco.

Los dos estamos girando por el pasillo, casi como si bailásemos. Siento cómo el suelo gira y se tuerce y Rob accidentalmente me empuja con fuerza contra la baranda y doy un grito ahogado.

—Lo siento, nena. —Sus ojos se cruzan y se descruzan.

—Necesitamos una habitación. —Desde el fondo de la casa comienza a oírse una cantinela. Psicópata, Psicópata—. Necesitamos una habitación ahora.

Tomo la mano de Rob, y nos tropezamos en el pasillo, luchando contra la marea de gente que se mueve en la otra dirección. Todos van a ver el motivo del ruido.

—Aquí. —Rob golpea duro contra la primera puerta cerrada que encuentra. Hay un ruido seco y los dos caemos al interior. Lo beso de nuevo y trato de perderme en el sentimiento de cercanía de nuestros cuerpos, en su calor, tratando de bloquear el aumento de los aullidos de risa de la trastienda. Intento imaginar que no soy más que un cuerpo con una mente tan en blanco y difusa como una televisión llena de nieve. Trato de reducirla, empujándola a lo más hondo: el centro de mí misma es ahora mi piel, el único sentimiento que existe es el de los dedos de Rob.

Una vez que la puerta está cerrada, todo está negro como la brea. La oscuridad que nos rodea no cesa, o bien aquí no hay ventanas o es que está todo apagado. Está tan negro que la oscuridad casi pesa y me pongo de un súbito temor histérico, imaginando que estamos atascados en una caja. Rob, tambaleándose sobre sus pies, tiene sus brazos apretados a mi alrededor, tanto que me hace sentir mareada. Siento una oleada de náuseas, y le empujo hacia atrás, hasta que nos encontramos con algo suave: una cama. Cae y yo me subo encima de él.

—Espera —murmura.

—¿No es esto lo que querías? —susurro. Incluso ahora puedo escuchar los sonidos de la risa y los gritos, Psicópata, Psicópata, por encima de la música. Beso a Rob más duro y él lucha con la cremallera de mi vestido. Oígo como se rasga la tela, pero no me importa. Me deslizo el vestido hasta la cintura y Rob comienza su ataque a mi sostén.

—¿Estás segura de esto? —farfulla Rob en mi oído.

—Sólo bésame. —Psicópata. Psicópata. Las voces hacen eco en el pasillo. Deslizo las manos por debajo del pelo de Rob, agarro su cabeza y comienzo a

besar su cuello, bajando por él hasta la abertura de la camisa de polo. Su piel sabe a sudor, sal y cigarrillos, pero sigo besándolo mientras sus manos se mueven por encima de mi espalda, hacia abajo, hacia mi culo. Una imagen del señor Daimler encima de mí, y del moteado del techo, se eleva desde la oscuridad, pero la empujo lejos.

Saco la camisa de Rob y ahora estamos pecho a pecho. Nuestra piel sigue haciendo esos extraños ruidos de succión cuando se unen y un pop cuando se separan. En un determinado momento, las manos se aquietan. Todavía le estoy besando, acariciando su pecho, sintiendo la pelusilla de allí. El pelo del pecho siempre me ha asqueado, es otra cosa en la que no puedo pensar esta noche.

Rob está quieto, probablemente conmocionado. No he hecho mucho con él antes. Normalmente, siempre es él quien se hace cargo. Siempre he tenido miedo de hacer algo mal. Es muy incómodo actuar como si supieses lo que estás haciendo. Ni siquiera he estado totalmente desnuda con él.

—¿Rob? —susurro y él se queja en voz baja. Mis brazos están temblando por sostener mi peso durante tanto tiempo—. ¿Quieres quitarme el vestido?

Silencio. Mi corazón está latiendo rápidamente, y aunque la habitación está fría, el sudor me cosquillea por las axilas.

—¿Rob? —repito.

De repente, suelta un ronquido enorme, como una bocina, y se da la vuelta. Los ronquidos continúan, cada vez en ondas más largas.

Durante un tiempo, me quedo allí parada, escuchándolo. Cuando Rob ronca, me recuerda a cuando yo era pequeña y me sentaba en el porche delantero para ver a papá hacer círculos estrechos con su cortadora de césped de Sears, de seis años de antigüedad, automática, que gruñía tanto que tenía que taparme las orejas. Aún así, nunca me metía en casa; me encantaba ver las pistas, no muy perfectas, de color verde, que mi padre dejaba a su paso, mientras cientos de pequeñas hojas de hierba giraban por el aire como bailarinas.

Está tan oscuro en la habitación que me lleva largo rato encontrar mi sostén y poder ponérmelo; tengo que buscar a tientas con manos y rodillas para encontrarlo. No me importa. No siento mucho de nada, no pienso en nada, sólo intento concentrarme en las cosas que tengo que hacer. Encontrar el sujetador. Abrocharse el vestido. ¡Salir!

Me deslizo por el pasillo. La música ha vuelto a un volumen normal y la gente entra y sale del cuarto de atrás. Juliet Sykes se ha ido…

* * * *

Un par de personas me miran raro. Estoy segura de que estoy hecha un desastre, pero no tengo energía para preocuparme. Es increíble lo bien que he manejado esto, actualmente, a pesar de que mi cerebro está nublado, pienso

muy claramente: *Es increíble cómo has manejado esto*. Pienso, Lindsay estaría orgullosa.

—No tienes subida la cremallera del vestido —se ríe de mí Carly Jablonski.

Detrás de ella, alguien dice:

—¿Qué estabas haciendo ahí?

Los ignoro. Sólo me mantengo en movimiento (flotando, en verdad, sin saber muy bien hacia donde voy) bajo a la deriva por las escaleras y salgo al envolvente porche, cuando el frío me hiere como un puñal, vuelvo a la casa y a la cocina. De repente, la idea de que una parte de la oscura y silenciosa casa se encuentra en paz, ya que allí no hay ningún ruido, hay un cuadrado iluminado por la luz de la luna y los tranquilos tic-tac de los viejos relojes, parecen atrayentes. Así que voy en esa dirección, más allá de la puerta, a través del comedor, pasando por la habitación en la que Tara derramó el vaso, con mis botas crujiendo sobre el cristal, a la sala de estar.

Una de las paredes es casi toda ventana. Da al jardín delantero. Fuera, la noche parece plateada y helada, los árboles están envueltos por un manto de hielo, como si hubieran sido construidos con yeso. Empiezo a preguntarme si todo este mundo, el mundo en el que estoy atrapada, es sólo una réplica, una imitación barata de algo real. Entonces, me siento en la alfombra (en el centro exacto del cuadrado perfecto de la luz de la luna) y me pongo a llorar. El primer llanto es casi como un grito.

No sé cuánto tiempo permanezco allí, al menos quince minutos, desde que controlo un poco mejor mi llanto. En el proceso, moqueo sobre mí misma y arruino la estola que llevo puesta con el rímel y la mugre de mi cara. Pero en cierto momento me doy cuenta de que hay alguien más en la habitación.

Me tranquilizo. Parte de la habitación está cubierta por las sombras, pero puedo sentir algo moviéndose en la esquina de mi ojo. Un vistazo de unas zapatillas a cuadros entra y sale de mi vista.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —digo, limpiándome la nariz por cuadragésima vez con la parte posterior de mi brazo.

—No mucho. —La voz de Kent es muy tranquila. Sé que está mintiendo, pero no me importa. En realidad, me hace sentir mejor saber que no estaba sola todo este tiempo.

—¿Estás bien? —Da unos cuantos pasos en el cuarto, con lo que la luz le golpea y lo convierte en plata—. Quiero decir, obviamente no estás bien, sólo quería saber, si ya sabes, hay algo que pudiera hacer o algo de lo que quieras hablar o...

—¿Kent? —Le interrumpo. Él siempre ha tenido la costumbre a irse por la tangente, incluso cuando éramos pequeños.

Se detiene.

—¿Sí?

—¿Podrías... tal vez traerme un vaso con agua?

—Sí. Dame un segundo. —Suena aliviado de poder hacer algo, y oigo el susurro de sus zapatillas en la alfombra. Está de vuelta en menos de un minuto con un vaso de agua. Éste tiene la cantidad justa de cubitos de hielo.

Después de dar unos cuantos sorbos digo:

—Lo siento por estar de nuevo aquí. La señal y todo eso.

—Está bien. —Kent se sienta con las piernas cruzadas sobre la alfombra junto a mí, no tan cerca como para tocarnos, pero lo suficientemente cerca que puedo sentirlo sentado allí—. Quiero decir, la señal era para bastantes más personas. Ya sabes, para impedir que la gente rompiera la mierda de mis padres, o cualquier cosa. Realmente nunca antes había hecho una fiesta.

—¿Por qué la hiciste una ahora? —le digo, sólo para que siga hablando.

Él da una medio sonrisa.

—Pensé que si hacía una fiesta, vendrías.

Siento una oleada de vergüenza, el calor se expande desde los dedos de mis pies. Su comentario es tan inesperado que no sé qué decir. Sin embargo, Él no parece avergonzado. Sólo se sienta allí, mirándome. Típico de Kent. Nunca entenderá que no puede decir algo como eso.

El silencio dura demasiado. Busco algo que decir.

—Esta habitación debe tener una gran cantidad de luz durante el día.

Kent se ríe.

—Es como estar en medio del sol.

Silencio de nuevo. Aún podemos escuchar la música, pero amortiguada, como si tuviera que viajar kilómetros antes de llegar a nosotros. Me gusta eso.

—Escucha. —Sólo tratar de decir lo que quiero decir me hace un nudo en la garganta—. Siento lo de antes. Realmente, gracias por hacerme sentir mejor. Lo siento, siempre he sido… —Al siguiente segundo, no puedo decirle todo—. Siento ser siempre tan desagradable. Siento que haya algo malo en mí.

—Eso vino por lo que había dicho yo antes —dice Kent tranquilamente—. Sobre tu pelo.

Se mueve un poco, una fracción de una pulgada, acercándose, y me doy cuenta entonces que estoy sentada con Kent McFuller en medio de una habitación iluminada por la luna.

—Debo irme. —Me pongo de pie, aún no soy muy constante en mis pasos, y la sala se inclina conmigo.

—Vaya. —Kent se levanta, estirando la mano para estabilizarme—. ¿Segura que estás bien?

—Yo. —No se me ocurre a dónde ir y no tengo a nadie que me saque de aquí, de todos modos. No puedo soportar la idea de Tara sonriéndome ampliamente, y Lindsay obviamente estaba fuera. Esto era tan horrible como divertido, y solté una breve carcajada—. No quiero ir a casa.

Kent no pregunta por qué. Estoy muy agradecida por eso. Mete sus manos en sus bolsillos. El contorno de su cara está iluminado, haciéndolo brillar.

—Puedes… —Él traga—. Siempre puedes quedarte aquí.

Fijo mi mirada en él. Gracias a Dios está oscuro. No tengo ni idea de cómo se ve mi cara.

Rápidamente tartamudea.

—No, como, estar conmigo. Obviamente no es eso. Sólo quería decir... bueno, tenemos un par de habitaciones, con sábanas en las camas y esas cosas. Sábanas limpias, obviamente, no es como si las dejáramos después de que la gente…

—Está bien.

—…las usara, eso sería asqueroso. En realidad, tenemos un ama de llaves que viene dos veces a la semana y…

—¿Kent? Dije que sí. Quiero decir, me gustaría quedarme. Si no te importa.

Se quedó allí por un segundo con la boca abierta, como para asegurarse de que me había entendido. Luego sacó las manos de los bolsillos y las retorció, las levantó y las dejó caer contra sus muslos—. Claro, sí, no, está bien.

Pero por otro minuto no se mueve. Sólo me mira fijamente. El calor vuelve, esta vez se mueve por mi cabeza, haciendo que cada cosa parezca nublada y remota. Los ojos de repente me pesan.

—Estás cansada —dice, y su voz es más suave otra vez.

—Tuve un día largo —digo.

—Vamos. —Extiende su mano y sin pensármelo, la tomo. Es cálida y seca, y entonces me interna más profundo en la casa, lejos de la música, hacia las sombras, cierro los ojos y recuerdo cómo él solía deslizar su mano entre la mía y susurrarme: "No les hagas caso. Sigue caminando. Mantén la cabeza alta". Siento como si no hubiera pasado el tiempo. No se siente mal que vaya de la mano de Kent McFuller y que le esté dejando que me lleve a alguna parte, se siente normal.

La música se desvanece por completo. Todo está tranquilo. Nuestros pies apenas hacen ruido en las alfombras, y cada habitación es una maraña de sombras y luz de la luna. La casa huele a madera pulida y a lluvia, y un poco a humo de chimenea, como si recientemente la hubieran encendido. Pienso, ésta sería una casa perfecta para cuando nevara.

—Por aquí —dice Kent. Abre una puerta, la cual cruje en sus goznes, y le oigo buscar a tientas el interruptor de la luz en la pared.

—No —le digo.

Él duda.

—¿Sin luz?

—Sin luz.

Muy lentamente, me guía en la habitación. Está casi completamente a oscuras. Apenas puedo ver el contorno de sus hombros.

—La cama está por aquí.

Dejo que me ponga sobre ella. Estamos sólo a centímetros de distancia, y es como si pudiera sentir su impresión en la oscuridad, como si estuviera

tomando forma alrededor. Todavía estamos tomados de la mano, pero ahora estamos cara a cara. Nunca me di cuenta de lo alto que era: por lo menos cuatro pulgadas más alto que yo. Esa extraña cantidad de calor viniendo de él. Está en todas partes, irradiando hacia fuera, haciendo temblar mis dedos.

—Tu piel —digo en apenas un susurro—, está caliente.

—Siempre es así —dice. Algo susurra en la oscuridad, y sé que él ha movido el brazo. Sus dedos se sitúan a centímetros de mi cara, y es como si los viera, muy calientes y blancos. Deja caer el brazo, llevándose el calor con él.

Y esto es la cosa más extraña, pero estar aquí con Kent McFuller en una habitación tan oscura como la brea podía desenterrar algo, siento una diminuta chispa dentro de mí, como una pequeña llama debajo de mi estomago, que me hace no tener miedo.

—Hay mantas extra en el armario —dice. Sus labios están directamente sobre mi mejilla.

—Gracias —le susurro de vuelta.

Se queda hasta que me meto en la cama, y luego me tapa con las mantas hasta los hombros como si fuera normal, como si él me hubiera metido en la cama todas las noches de mi vida. Típico de Kent McFuller.

CINCO

Ya ves, yo seguía buscando respuestas. Aún quería saber por qué. Como si alguien fuera a responder eso por mí, como si alguna respuesta pudiera ser satisfactoria.

No entonces, pero después, comencé a pensar en el tiempo, en cómo se mantiene moviéndose y agotándose y fluyendo por siempre, segundos en minutos, minutos en días, días en años; todo eso llevándote al mismo lugar, una corriente que siempre va en una sola dirección. Y todos nosotros vamos y nadamos tan rápido como podemos, evitándolo.

Mi punto es: quizá puedas disponer de una espera. Quizá para ti hay un mañana. Quizá para ti hay mil mañanas, o tres mil, o diez mil, tanto tiempo que puedas inundarte en él, dejarlo deslizarse como monedas a través de tus dedos. Tanto tiempo que puedes desperdiciarlo.

Pero para alguno de nosotros, sólo existe el hoy. Y la verdad es que, realmente nunca lo sabes.

* * * *

Me despierto jadeando, con la alarma sacándome de la oscuridad, como si me hubiera traído desde la profundidad de un lago. Es la quinta vez que me despierto en el día 12 de Febrero, pero hoy me siento aliviada. Apago la alarma y me tumbo en la cama, observando la lechosa luz blanca escabulléndose lentamente hacia las paredes, esperando a que mi pulso regrese a la normalidad. Un rayo de luz solar pasa hacia el collage que Lindsay hizo para mí. En el final ella escribió con tinta rosa destellante: "Te querré por siempre". Hoy Lindsay y yo somos amigas de nuevo. Hoy nadie está enojado conmigo. Hoy no besé al señor Daimler ni me senté sola a llorar a mares en una fiesta.

Bueno, no completamente sola. Imagino la luz llenando la casa de Kent lentamente, ascendiendo como la espuma de la champaña.

Mientras estoy ahí tumbada, empiezo a hacer una lista mental de todas las cosas que me gustaría hacer en mi vida, como si aún fueran posibles. La mayoría de ellas son sólo locos planes, pero no pienso en eso, sólo continúo enlistando y enlistando como si fuera tan fácil como anotar lo que necesitas de la tienda de abarrotes. Volar en un jet privado. Comer un cruasán recién horneado en una panadería en París. Recorrer a caballo todo el camino desde Connecticut hasta California, pero alojarme sólo en las mejores habitaciones de

hotel en el camino. Algunas de ellas son más simples: llevar a Izzy a Goose Point, un lugar que descubrí la primera y única ocasión que intenté huir. Ordenar el Fast Feast en la cena (una hamburguesa de tocino, con una malteada y un plato entero de papas fritas), y comerlo sin preocuparme, como solía hacer el día de mi cumpleaños cada año. Correr bajo la lluvia. Comer huevos revueltos en la cama.

Para cuando Izzy se escabulle dentro de mi habitación y salta a la cama conmigo, me estoy sintiendo realmente tranquila.

—Mami dice que tienes que ir a la escuela —dice Izzy, dándome cabezazos en el hombro.

—No voy a ir a la escuela.

* * * *

Eso es todo: así es como empieza. Uno de los mejores (y peores) días de mi vida comienza con esas siete palabras.

* * * *

Agarro el estómago de Izzy y le hago cosquillas. Ella aún insiste en usar su vieja playera de Dora la Exploradora, pero es tan pequeña que deja la gran franja de su barriga expuesta (la única parte gorda de su cuerpo). Ella chilla con risas, rodando lejos de mí.

—Basta, Sam. ¡Dije basta!

Izzy está chillando y riendo y agitándose cuando mamá llega a la puerta.

—Son las 6:55. —Ella se para en el rellano, manteniendo ambos pies pulcramente alineados detrás de la línea roja descascarada de todos estos años atrás—. Lindsay estará aquí en cualquier minuto.

Izzy quita mis manos y se sienta, con sus ojos brillantes. Nunca antes lo había notado, pero ella realmente se parece a mamá. Me entristece por un minuto. Desearía que se pareciera más a mí.

—Sam estaba haciéndome cosquillas.

—Sam va a llegar tarde. Tú también, Izzy.

—Sam no irá a la escuela. Y yo tampoco. —Izzy infla su pecho como si estuviera preparada a dar batalla por ello. Quizá se parecerá a mí cuando sea mayor. Quizá cuando el tiempo empiece a avanzar de nuevo (incluso si soy arrastrada con ello, como basura en una marea), sus mejillas se alzarán y tendrá un crecimiento tremendo y su cabello se pondrá más oscuro. Me gusta pensar que es verdad. Me gusta pensar que después las personas dirán: Izzy se ve exactamente como su hermana Sam.

Dirán: "¿Recuerdas a Sam? Era bonita". No estoy realmente segura de qué más podrían decir: "Era amable. Les agradaba a las personas. Se le extraña". Tal vez ninguna de esas cosas.

Saco el pensamiento de mi cabeza y vuelvo a mi lista mental: Un beso que haga que mi cuerpo entero se sienta como si estuviera explotando. Un baile lento en medio de una habitación vacía con música estupenda. Nadar en el océano a media noche, sin ropa puesta.

Mi mamá se frota la frente.

—Izzy, ve a tomar tu desayuno. Estoy segura que ya está listo.

Izzy gatea sobre mí. Yo aprieto la parte rechoncha de su estómago y consigo una última risa antes de que salga fuera de mi cama y salga corriendo por la puerta. Lo que puede hacer que Izzy se mueva tan rápidamente es un bagel de pasas y canela tostado con mantequilla de maní, todos los días por el resto de su vida, llenando una casa completa con ellos.

Cuando Izzy se ha ido, mi mamá me mira con dureza.

—¿De qué se trata esto, Sam? ¿Te sientes enferma?

—No exactamente.

Algo que no está en mi lista de deseos es pasar siquiera un segundo en la oficina de un doctor.

—Entonces, ¿qué? Debe haber algo. Pensé que el día del Cupido era uno de tus favoritos.

—Lo es. O quiero decir, lo era. —Me incorporo sobre los codos y dejo el aire salir—. No lo sé, es algo estúpido, si piensas al respecto.

Ella levanta sus cejas.

Empiezo a parlotear, sin pensar realmente lo que quiero decir antes de decirlo, pero luego me doy cuenta de que es cierto.

—El punto es sólo mostrar a otras personas cuántos amigos tienes. Pero todos saben cuántos amigos tienen todos los demás. Y no es como si realmente consigas más amigos de esta manera o te acerques a los amigos que sí tienes.

Mi mamá sonríe un poquito, un lado de su boca se levanta.

—Bueno, tienes suerte de tener muy buenas amigas, y de saberlo. Estoy segura de que las rosas son muy significativas para algunas personas.

—Sólo estoy diciendo que todo eso es un poco ordinario.

—Esto no suena como la Samantha Kingston que yo conozco.

—Sí, bueno, quizá estoy cambiando.

Tampoco digo en serio estas palabras hasta que las escucho. Entonces, pienso que podrían ser verdad, y siento un parpadeo de esperanza. Tal vez aún hay una oportunidad para mí, después de todo. Tal vez tengo que cambiar.

Mi mamá me contempla con una expresión en su cara como si yo fuera una receta que ella no puede dominar del todo.

—¿Pasó algo, Sam? ¿Algo con tus amigas?

Hoy no estoy tan molesta porque ella lo pregunte. Hoy me resulta un poco gracioso, de hecho. Deseo tanto que lo único que me molestara fuera una pelea con Lindsay, o algo tonto que Ally dijo, o algo así.

—No son mis amigas. —Busco algo que la haga ceder—. Es... es Rob.

Mi mamá frunce el ceño.

—¿Tuvieron una pelea?

Me derrumbo un poco más en la cama, esperando que eso me haga ver deprimida.

—Él... me botó.

En cierta forma no es mentira. No es como si él hubiera terminado conmigo exactamente, pero quizá sí como si nosotros no hubiéramos estado nunca en serio, en serio en la forma en que creí por tanto tiempo. ¿Es incluso posible salir seriamente con alguien que no te conoce en realidad?

Funciona incluso mejor de lo que esperaba. Mi mamá se lleva la mano al pecho.

—Oh, cariño. ¿Qué sucedió?

—Sólo queríamos cosas diferentes, supongo. —Jugueteo con el borde de mi edredón, pensando en todas esas noches con él en el sótano, inundados de luz azul, sintiéndome protegida del mundo entero. No requiere mucha imaginación parecer alterada cuando pienso en eso, y mi labio inferior comienza a temblar—. No creo que yo le haya gustado de verdad alguna vez. No en realidad, en realidad.

Esto es lo más honesto que le he dicho a mi madre en años, y repentinamente me siento muy expuesta. Tengo una retrospectiva entonces de estar delante de ella cuando tenía cinco o seis años y tener que desnudarme mientras ella me revisaba por completo en busca de garrapatas de venado. Yo me alejaba hacia las esquinas, enrollando mi puño hasta que las uñas se me enterraron en las palmas.

Entonces, la cosa más loca en el mundo sucedió. Mi mamá pisa directo sobre la línea roja descascarada y camina hacia la cama como si no fuera la gran cosa. Estoy tan sorprendida que ni siquiera protesto cuando ella se inclina sobre mí y me planta un beso en la frente.

—Lo siento, Sam. —Se alisa la frente con el pulgar—. Por supuesto que puedes quedarte en casa.

Esperaba más de un argumento y me quedo sin palabras.

—¿Quieres que me quede en casa contigo? —me pregunta.

—No. —Trató de darle una sonrisa—. Voy a estar bien. En serio.

—¡Quiero quedarme en casa con Sam! —Izzy ha llegado a la puerta de nuevo, esta vez medio vestida de camino para la escuela. Tiene un color amarillo y rosa, una combinación no muy halagadora, pero es un poco difícil de explicar las paletas de colores a un niño de ocho años de edad y se puso un vestido amarillo mostaza con un par de medias de color rosa. También llevaba calcetines largos, y bandas amarillas para el cabello. Parece una especie de flor

tropical. Una parte de mí se siente tentada de sacar al monstruo sobre mi madre por dejar que Izzy se ponga lo que desea. Los otros niños deben burlarse de ella.

Por otra parte, creo que a Izzy no le importa. Esa es otra cosa que me parece graciosa: que mi hermana de ocho años, sea más valiente que yo. Es probablemente más valiente que la mayoría de la gente de Thomas Jefferson. Me pregunto si algún día eso va a cambiar, si se dejará llevar.

Los ojos Izzy son enormes y junta las manos como si estuviera rezando.

—¿Por favor?

Mi madre suspira, exasperada.

—No, en absoluto, Izzy. No hay nada malo contigo.

—Me siento enferma —dice Izzy. Es algo increíble por el hecho de que está saltando y haciendo piruetas sobre un pie mientras lo dice, pero Izzy nunca ha sido muy buena fingiendo.

—¿No has tomado el desayuno todavía? —Mi madre se cruza de brazos y hace cara de "padre estricto."

Izzy niega con la cabeza.

—Creo que tengo intoxicación alimentaria. —Se dobla, se agarra el estómago, e inmediatamente después se endereza y comienza a saltar de nuevo. No puedo evitarlo, se me escapa una pequeña risita.

—Vamos, mamá —digo—. ¡Que se quede en casa!

—Sam, por favor no la animes. —Mi madre se vuelve hacia mí, moviendo la cabeza, pero puedo decir que está vacilando.

—Está en tercer grado —digo—. En realidad, ellos no aprenden nada.

—¡Sí, vamos a hacer…! —Izzy grazna, a continuación, pone la mano contra la boca cuando le echo un vistazo. Mi hermana pequeña: al parecer, no es una buena negociadora tampoco. Sacude la cabeza y rápidamente tartamudea—. Quiero decir, no hacemos mucho.

Mi mamá baja la voz.

—Sabes que te estará molestando durante todo el día, ¿verdad? ¿No sería mejor estar sola?

Sé que está esperando que diga que sí. Desde hace años ha sido la palabra de moda de la casa: Sam sólo quiere que la dejen sola. ¿Quieres cenar? Lo traeré a mi cuarto. ¿Dónde vas? Sólo quiero estar sola. ¿Puedo entrar? Sólo déjenme sola. Mantente fuera de mi habitación. No me hables cuando estoy al teléfono.

Las cosas cambian después de tu muerte, aunque supongo que porque la muerte te hace sentir más solitaria de lo puede estar.

—No me importa —digo, y lo digo en serio. Mamá agita sus manos y dice—: Como quieras.

Pero incluso antes de cerrar su boca, Izzy carga a través de mi habitación y salta sobre el vientre dejándose caer encima de mí, echándome los brazos alrededor de mi cuello y chillando:

—¿Podemos ver la televisión? ¿Podemos hacer macarrones con queso? —Huele a coco, como de costumbre, y recuerdo cuando era muy pequeña, tanto que podía ponerla en el fregadero para darle un baño, y sentarla allí riendo, sonriendo y salpicando como si estuviera en el mejor lugar del mundo, en un cuadrado de porcelana de 12" x 18", como si el fregadero fuera el océano más grande del mundo.

Mi madre me mira y dice.

—Tú lo has querido.

Sonrío por encima del hombro de Izzy encogiéndome de hombros.

Y es tan fácil como eso.

En el bosque

Es extraño cómo cambia la gente. Por ejemplo, cuando era pequeña me encantaba todas estas cosas, como los caballos y Fat Feast and Goose Point y con el tiempo todo cayó, uno tras otro, sustituido por amigos, internet, los teléfonos móviles, los chicos y la ropa. Es un poco triste, si piensas en ello. Al igual que no hay continuidad en todas las personas. Al igual que se rompe algo cuando pasas de los doce o trece años, o tal vez sea la edad, cuando ya no eres un niño, sino un "adulto joven", y después eres una persona totalmente diferente. Tal vez incluso una persona menos feliz. Incluso uno peor.

Así es como descubrí por primera vez Goose Point: una vez antes de nacer Izzy, mi padre se negó a comprar esa bicicleta color púrpura con una cesta de flores de color rosa en ella y un timbre. No recuerdo por qué, tal vez ya tuviera una moto, pero aluciné y decidí huir. Estas son las dos reglas básicas para huir con éxito:

1. Ve a un lugar conocido.
2. Ve a un lugar que nadie más conoce.

No conocía estas dos reglas entonces, obviamente, y creo que mi objetivo era el opuesto: ir a un lugar que no conocía y luego ser descubierta por mi padre, a quien le sentara tan mal que pensaba que me compraría lo que quería, incluyendo la bicicleta (y tal vez un poni).

Era mayo, y hacia calor. Cada día la luz duraba más y más tiempo. Una tarde empaqué mi bolso favorito y me colé por la puerta trasera. (Recuerdo que pensé que era inteligente por evitar el patio delantero, donde mi padre estaba trabajando en el jardín). También recuerdo exactamente lo que puse en las maletas: una linterna, una sudadera, un traje de baño, un paquete entero de galletas Oreo, una copia de mi libro favorito: Matilde, y un enorme collar de perlas doradas falsas que mi mamá me había dado para usar el día de Halloween de ese año. No sabía a dónde iba, así que me fui directamente, de la cubierta y bajé las escaleras, todo el patio, y el bosque que separaba nuestro

terreno del vecino, seguí el bosque durante un rato, sintiendo mucha pena por mí y la otra mitad con la esperanza de que alguna persona inmensamente rica me encontrara y tuviera piedad de mí me adoptara y comprara un garaje lleno de bicicletas de color púrpura.

Pero, después de un rato, me metí en una especie de camino que hacen los niños. El sol estaba opaco y dorado. Todas las hojas parecían tener un halo de luz, y había pequeños pájaros picoteando por todas partes, y capas y capas de musgo verde aterciopelado bajo mis pies. Todas las casas se alejaron. Y fui profundizando en el bosque, e imaginando que era la única persona que nunca había llegado tan lejos. Me imaginaba que iba a vivir aquí para siempre, dormiría en una cama de musgo, llevaría flores en el pelo y viviría en armonía con los osos, zorros y unicornios. Llegué a un arroyo y había que cruzarlo. Subí una colina enorme, alta, tan grande como una montaña.

En la cima de la colina había la roca más grande que jamás había visto. Se curvaba hacia arriba y hacia fuera de la ladera como el casco de un barco panzudo, pero tenía un principio tan plano como una tabla. No recuerdo mucho de aquel primer viaje que no sea comer galletas Oreo, una tras otra, y la sensación de que poseía toda la parte del bosque. También recuerdo que cuando llegué a casa, con mi dolor de estómago por todas las galletas, y la decepción de que mis padres no se hubieran preocupado por mí. Estaba segura de que había estado fuera durante horas y horas y horas, pero el reloj mostraba que sólo había estado fuera menos de cuarenta minutos. En ese momento, decidí que la roca era especial: que el tiempo no se movió allí.

Fui allí mucho ese verano, cada vez que necesitaba escapar, después de eso. Una vez estaba tendida en la parte superior de la roca, mirando el cielo todo de color rosa y púrpura, como el caramelo que extienden en los carnavales, y vi cientos de gansos emigrar, una perfecta V. Una sola pluma flotando por el aire y aterrizando directamente al lado de mi mano. Bauticé el lugar como Goose Point, y durante años mantuve la pluma en una pequeña caja, decorativa encajada en una de las crestas de piedra a lo largo de su bajo vientre. Hasta que un día la caja desapareció. Me imaginé que había volado durante una tormenta, y busqué entre las hojas y la maleza durante horas, y cuando no pude encontrarla, grité.

Incluso después de salir de paseo a caballo, subía hasta Goose Point a veces, cada vez iba menos. Fui allí una vez en el sexto grado, después que todos los chicos de la clase de gimnasia nominaran mi trasero como "demasiado cuadrado". Fui allí cuando no estaba invitada a la fiesta de pijamas de cumpleaños de Lexa Hill, a pesar de que habíamos sido compañeras en clase de ciencias y pasó cuatro meses dando conciertos de por qué Jon Lippincott era guapo. Cada vez que regresaba a casa, había pasado menos tiempo del que yo esperaba. Cada vez, todavía me dije, aunque sabía que era estúpido, que Goose Point era especial.

Hasta que un día, Lindsay Edgecombe entró en la cocina de Tara Flute cuando estaba allí, me miró y susurró:

—¿Así que quieres ver algo? —Y en ese momento, mi vida cambió para siempre. Desde ese día, nunca he estado ni una vez de vuelta.

Tal vez por eso me decido a llevar a Izzy allí, aunque afuera haya una temperatura bajo cero. Quiero ver si todavía está todo igual, o si yo lo estoy. Es importante para mí, por alguna razón. Y, además, de todas las cosas en mi lista mental, es la más fácil. No es como meter un jet privado al parque mismo junto a mi casa. Y bañarse desnuda, ahora me arrestarían o cogería una neumonía o ambas cosas.

Así que supongo que esta es la mejor cosa siguiente. Y supongo que es cuando empieza a golpearme: el punto es, hacer lo que puedas.

* * * *

—¿Estás segura de que este es el camino correcto? —Izzy flota a mi lado, envuelta en tantas capas que parece un abominable muñeco de las nieves. Como de costumbre, ha insistido en la importancia de los accesorios y está usando unas orejeras de piel de leopardo de pintas rosas y negras, así como dos bufandas diferentes.

—Este es el camino correcto —le digo, aunque al principio estaba totalmente convencida de estar en el lugar equivocado. Ahora todo era tan pequeño… La corriente, un delgado y congelado hililo negro de agua y cubierto de telarañas por todas partes, no más amplio que un solo paso. La colina más allá de él se inclina suavemente hacia arriba, a pesar de que en mi la memoria siempre había sido una montaña.

Pero lo peor es que hay una nueva construcción. Alguien compró la tierra y hay dos casas en diferentes fases de acabado. Una de ellas es sólo un esqueleto, que surge de la tierra, de madera blanqueada, astillas y clavos, como los restos de un naufragio arrojados a la tierra. El otro está casi terminado. Es enorme, de aspecto blanco, como la casa de Ally y parece estar en cuclillas, allí en la colina, como si nos mirase. Me lleva un tiempo darme cuenta del por qué: aún no hay persianas en ninguna de sus ventanas.

Me siento pesada por la decepción. Venir aquí había sido, obviamente, una mala idea, y me acuerdo de algo que mi profesora de inglés, la Sra. Harbor, había comentado una vez. Dijo la razón por la que nunca se puede volver a casa, estábamos estudiando una lista de citas famosas y discutíamos su significado, una de ellas era de Thomas Wolfe, *No se puede volver a casa, no porque necesariamente haya cambiado el lugar, sino porque lo que ha cambiado es la gente. Así que nada parece igual.*

Estoy a punto de sugerir que nos demos la vuelta, pero Izzy ya ha saltado cruzando el arroyo y corretea por la colina.

—¡Vamos! —grita por encima del hombro. Y luego, cuando está sólo a cincuenta pies de la cima—: ¡Te echo una carrera!

Al menos, el Goose Paint es tan grande como lo recordaba. Izzy se eleva ya en la cima plana y yo subo tras ella, mis dedos entumecidos en mis guantes. La superficie de la roca está cubierta de hojas secas y congeladas y de una capa de escarcha. Hay espacio suficiente para que las dos nos estiremos, pero Izzy y yo nos apiñamos juntas para mantenernos calientes.

—Entonces, ¿qué te parece? —le digo—. ¿Crees que es un buen escondite?

—El mejor. —Izzy inclina la cabeza hacia atrás para mirarme—. ¿De verdad crees el tiempo pasa más lento aquí?

Me encojo de hombros.

—Solía pensar así cuando era pequeña. —Miro alrededor. Odio que aquí se vean casas ahora. Solía sentirlo tan remoto, tan secreto…—. Era muy diferente. Mucho mejor. No había ninguna casa, ni una. Así que realmente se sentía como si uno estuviera en medio de la nada.

—Pero de esta manera, si una tiene que hacer pis, puede ir y llamar a la puerta y preguntar simplemente. —Balbuceaba como si dijese: *manega, haceg, puegta y preguntag*.

Me río.

—Sí, supongo que sí. —Nos sentamos por un segundo en silencio—. ¿Izzy?

—¿Sí?

—¿Los… los otros niños siempre se burlan de ti?¿Por cómo hablas? —Siento su rigidez debajo de sus capas y capas.

—A veces.

—Entonces, ¿por qué no haces algo al respecto? —le digo—. Podrías aprender a hablar de forma diferente, ya me entiendes.

—Pero esta es mi voz —dice en voz baja pero con insistencia—. ¿Cómo sería capaz pensar en lo que digo mientras estoy hablando?

Esto es extraño, no puedo pensar en una buena respuesta a la pregunta de Izzy, así que me limito a mirar hacia adelante y encogerme. Hay tantas cosas que quiero contarle, tantas cosas que no sabe: cómo me acuerdo de la primera vez que llegó a casa desde el hospital, una mancha grande de color rosa con una permanente sonrisa, cómo se dormía mientras se aferraba a mi dedo índice o cómo solía darle paseos a cuestas, arriba y abajo de la playa de Cape Cod mientras ella tiraba de mi cola de caballo para dirigirme hacia un lado u otro, lo suave y peluda que era su cabecita cuando era un bebé, que la primera vez que bese a alguien estará nerviosa, y será raro, y no será tan bueno como una quiere que sea, y eso será normal, que sólo debe enamorarse de aquellos que también se enamoren de ella... Pero antes de que pueda conseguir decir nada de esto, ella está trepando lejos de mí, sobre manos y rodillas, gritando.

—¡Mira, Sam! —Se desliza hacia arriba, cerca del borde y curiosea algo en una fisura de la roca. Se da la vuelta, de rodillas, sujetándolo triunfal: una pluma, blanca, con bordes húmedos de color gris por las heladas.

Siento como si mi corazón se estuviese rompiendo en ese segundo porque sé que nunca seré capaz de decirle ninguna de las cosas que necesito decirle. Ni siquiera sé por dónde comenzar. En su lugar, tomo la pluma de su mano y la engancho en la cremallera en uno de los bolsillos de mi chaqueta North Face.

—Aquí estará a salvo —digo. Entonces, me tumbo de nuevo en la congelada piedra y miro hacia el cielo, que apenas comienza a oscurecerse, mientras la tormenta avanza—. Tendremos que irnos a casa pronto, Izzy. Va a llover.

—Pronto. —Ella se acuesta a mi lado, poniendo su cabeza en el hueco de mi hombro.

—¿Estás lo suficientemente caliente?

—Estoy bien.

En realidad, no hace tanto frío, una vez que estamos acurrucadas una junto a la otra y aflojo un poco el cuello de mi chaqueta, Izzy se da la vuelta sobre un codo y tira, sacándolo, mi collar de pájaros de oro.

—¿Por qué a mí la abuela no me dio nada? —dice. Esto es una vieja rutina.

—Ya no estaba viva, locuela.

Izzy sigue tirando.

—Es bonito.

—Es mío.

—¿Era buena la abuela? —Esto también es parte de la rutina.

—Sí, ella era buena. —En realidad, no me acuerdo mucho de ella, murió cuando yo tenía siete años, pero sí del movimiento de sus manos por el pelo cuando me peinaba o de la forma en que ella siempre cantaba enseñándome canciones, no importaba lo que estuviese haciendo. Ella solía hornear enormes panqueques de chocolate y naranja y los míos siempre eran los más grandes.

—Te habría gustado.

Izzy sopla el aire entre los labios.

—No quiero que nadie muera —dice.

Siento un dolor en la garganta, pero me las arreglo para sonreír. Dos conflictivos deseos pasan por mí al mismo tiempo, cada uno de ellos afilado como una cuchilla de afeitar: quiero verte crecer y no quiero cambiar nunca. Pongo mi mano sobre la parte superior de su cabeza.

—Estaría bastante lleno de gente, Fizz [1] —le digo.

—Me gustaría vivir en el mar —dice Izzy con total naturalidad.

—Yo solía estar aquí todo el verano —le digo—. Me gustaba llegar a aquí y sólo mirar al cielo.

Ella se da vuelta sobre su espalda de modo que mira también hacia arriba.

—Apuesto a que esta vista no ha cambiado mucho desde entonces, ¿verdad?

Lo que dice es tan simple que casi me río. Tiene razón, por supuesto.

—No. Se ve exactamente igual.

Supongo que ese es el secreto si alguna vez deseas que las cosas vuelvan a ser como eran. Sólo tienes que mirar hacia arriba.

---

[1]NdT: apelativo cariñoso; Fizz= burbujeante, efervescente, chispeante.

A Través de la Oscuridad

Reviso la bandeja de entrada de mi móvil al llegar a casa: tres mensajes nuevos. Lindsay, Elody y Ally me han enviado uno, todos son iguales: "Feliz Día de San Valentín, te amamos <3". Probablemente estaban juntas cuando lo enviaron. Eso es algo que hacemos a veces, escribir y mandar el mismo mensaje al mismo tiempo. Es estúpido, pero me hace sonreír. Sin embargo, no les respondo. Por la mañana le envié un mensaje a Lindsay diciéndole que debía ir a la escuela sin mí, pero aunque hoy no estamos peleadas, me sentí extraña al evadir nuestro usual saludo al final del mensaje: "¡Besitos!". En algún lugar, en algún universo alterno, o vida alterna o algo, todavía estoy enfadada con ella, y ella conmigo.

Me asombra qué fácil es que las cosas cambien, cuán fácil es descender por el camino de siempre, pero llegar a un lugar distinto. Sólo se necesita dar un paso en falso, pausar un instante, desviarse en lo más mínimo, y terminas con nuevos amigos o una mala reputación o un novio o una separación. Nunca se me había ocurrido; nunca había sido capaz de verlo. Y me hace sentir, extraña, como si tal vez todas estas distintas posibilidades existan al mismo tiempo, como si cada momento que vivimos tuviera miles de reflexiones debajo de él, y que esas se ven diferentes.

Quizá Lindsay y yo seamos mejores amigas y nos odiemos, al mismo tiempo, sin saberlo. Quizás esté a una clase de matemáticas de convertirme en una mujerzuela como Katie Carjullo. Quizás en el fondo, sea como ella. Quizás todos lo seamos: a sólo una hora del almuerzo, solos en un baño. Me pregunto, si se puede saber la verdad acerca de alguien, o si lo mejor que podemos hacer es toparnos entre nosotros y agachar nuestras cabezas esperando evadir la colisión. Pienso en Lindsay en el baño de Rosalita's, y me pregunto cuántas personas están guardando secretos como este, muy adentro, como piedritas en el fondo de sus estómagos. Todos ellos quizá lo hagan.

Mi cuarto mensaje es de Rob, y sólo dice: "¿Estás enferma?". Lo borro y luego cierro mi móvil.

Izzy y yo pasamos la tarde mirando viejos DVD´s, mayormente viejas películas de Disney y Pixar, que ambas amamos, como La Sirenita y Buscando a Nemo. Hacemos palomitas de maíz con mantequilla extra y salsa Tabasco, como mi padre siempre lo hace, y nos echamos en el escritorio, con todas las luces apagadas mientras afuera se hace más y más oscuro y los árboles empiezan a moverse con el viento. Cuando mi madre llega a casa, le pedimos si podemos tener un Viernes Formaggio, solíamos ir al mismo restaurante italiano cada viernes por la noche, y así llamamos a esos días porque el restaurante (que tenía manteles a cuadros rojos y blancos, un acordeonista y rosas falsas en las mesas) era tan cursi, ella nos dice que lo pensará, lo que significa que iremos.

Hace mucho tiempo que no me quedaba en casa una noche de fin de semana, y cuando mi padre llega a casa y nos ve a Izzy y a mí en el sillón, tambalea a través de la puerta, agarrando su corazón como si tuviera un ataque.

—¿Estoy alucinando? —dice, poniendo su portafolios en el suelo—. ¿Puede ser? ¿Samantha Kingston? ¿En casa? ¿Un viernes?

Ruedo mis ojos.

—No sé. ¿Tomabas mucho ácido en los sesenta? Podrías estar teniendo un flashback.

—Tenía dos años en 1960. Llegué demasiado tarde para la fiesta.

Se inclina y me besa en la cabeza.

Me aparto como estoy acostumbrada a hacerlo cada vez que lo hace.

—¡Y ni siquiera voy a preguntar! Cómo es que sabes sobre los flashbacks de ácido.

—¿Qué es un flashback de ácido? —pregunta Izzy.

—Nada —mi padre y yo decimos al mismo tiempo, y él me sonríe.

Terminamos yendo a Formaggio (Nombre Oficial: Cocina Italiana Hogareña de Luigi), que ni siquiera se llama así (ni Luigi) ya que no ha funcionado en años. Cinco años atrás, un restaurante de sushi se mudó al lugar y reemplazó el falso arte decorativo y las lámparas de cristal por elegantes mesas de cristal y un largo bar de roble. No importa nada de eso. Siempre será Formaggio para mí.

El restaurante está súper poblado, pero conseguimos una de las mejores mesas, justo al lado de los enormes acuarios de peces exóticos que hay junto a las ventanas. Como siempre, mi padre hace una broma mala acerca de cuánto Ama-a-Riscos, y mi madre le dice que mejor se dedique a la arquitectura y deje la comedia a los profesionales. Durante la comida, mi madre es súper amable conmigo porque piensa que estoy atravesando un trauma post-separación, e Izzy y yo ordenamos la mitad del menú y nos llenamos con edamame y shumai de camarón, y tempura, y ensalada de algas, antes de que la comida de verdad llegara a la mesa. Mi padre toma dos cervezas y se pone un poco borrachín, y nos entretiene con historias acerca de clientes locos, y mi madre sigue diciéndome que ordene lo que quiera, Izzy pone una servilleta sobre su cabeza

y juega a ser un peregrino que está probando los rollos California por primera vez.

Hasta entonces, estoy teniendo un buen día, uno de los mejores. Cercano a la perfección, en realidad, aunque en verdad nada especial haya ocurrido. Pienso en que quizás haya tenido muchos días como éste, pero de alguna forma estos días no son los que recuerdas. Eso ahora me parece mal. Pienso en estar acostada en la casa de Ally, en la oscuridad, preguntándome si había tenido algún día tan especial como para querer revivirlo. Me parece que vivir este día una y otra vez no sería tan malo, e imagino que eso es lo que haré, simplemente seguir así, una y otra vez, hasta que el tiempo se acabe completamente, hasta que el universo se detenga.

Justo antes de que lleguen nuestros postres, un grupo grande de chicas de primero y segundo que reconozco de la escuela entran en fila. Unas cuantas aún llevan puestas sus chaquetas del equipo de natación. Seguramente tuvieron una reunión tardía. Parecen muy jóvenes, tienen sus cabellos recogidos hacia atrás en colas de caballo, y sus caras sin maquillaje, totalmente distintas a como se ven cuando van a nuestras fiestas, cuando parece que pasaron una hora y media pintándose con productos cosméticos. Un par de ellas me ven mirándolas y bajan la mirada.

—Helado de té verde y habichuela roja. —La camarera deposita un gran bol y cuatro cucharitas frente nuestro. Izzy comienza a devorar el de habichuela roja.

Mi padre gruñe y apoya una mano en su estómago.

—No entiendo cómo todavía pueden tener hambre.

—Niña en crecimiento. —Izzy abre su boca, mostrando el helado derritiéndose en su lengua.

—Que asqueroso, Izzy. —Levanto mi cuchara y tomo un poco del helado de té verde.

— ¡Sykes! ¡Eh, Sykes!

Me doy la vuelta al oír su nombre. Una de las chicas del equipo de natación está parándose, saludando. Escaneo el restaurante, buscando a Juliet, pero sólo hay una persona en la puerta del local. Es delgada, pálida y muy rubia, y está parada allí, sacudiendo sus hombros para deshacerse de las gotas de lluvia de su chaqueta. Me toma un segundo reconocerla, pero mientras busca a sus amigas, lo hago: es la Cupido de la clase de matemáticas, el ángel que me llevó mis rosas.

Cuando por fin ve a sus compañeras, levanta su mano y mueve sus dedos, saludando. Luego comienza a caminar hacia ellas, y mientras pasa al lado de nuestra mesa, logro ver una parte de su chaqueta de natación de color azul y naranja neón, y es como si toda la sala se quedara en silencio y sólo esas cinco letras fueran lo único que pudiera ver, prendidas como carteles.

Sykes.

La hermana pequeña de Juliet.

—Tierra a Sammy. —Izzy me llama, dando pequeños golpes en mi brazo con su cuchara—. Tu helado se derrite.

—Ya no tengo hambre. —Dejo mi cuchara en la mesa y comienzo a levantarme.

— ¿A dónde vas? —Mi madre levanta su mano y la apoya sobre mi muñeca, pero apenas la siento.

—Cinco minutos. —Y ya estoy caminando hacia la mesa del equipo de natación, mirando todo el rato hacia la niña pálida con su rostro en forma de corazón. No puedo creer que no haya visto el parecido antes. Ambas tienen los mismos amplios ojos azules, la misma piel transparente y los mismos labios pálidos. Aunque, hasta hace poco no me había fijado mucho en Juliet, cuando en realidad la había visto diez mil veces.

Las chicas del equipo de natación cogen sus menús y se ríen y aplastan unas contra otras. Distingo a oír que una de ellas dice el nombre de Rob, probablemente diciendo lo mono que parece con su jersey de lacrosse (debería saberlo; ya que yo solía decir lo mismo todo el tiempo). Nunca me había preocupado menos por nada. Cuando estoy a cuatro pies de la mesa, una de ellas repara en mí y toda la mesa se queda en silencio. La chica que estaba hablando sobre Rob se vuelve del color del menú que estaba sosteniendo.

La pequeña Sykes se aprieta al final de la mesa. Camino directamente hacia ella.

—Hola. —Ahora que estoy ahí, no estoy exactamente segura de por qué he ido. La parte graciosa de esto es que no soy la única que está nerviosa—. ¿Cuál es tu nombre?

—Um… ¿hice algo? —Su voz realmente está temblando. El resto de las chicas no la ayudan. Ellas me están mirando como si esperaran que en algún momento me lanzara hacia delante y me tragara su cabeza o algo.

—No, no. Sólo… —Le doy una pequeña sonrisa. Ahora que la miro, el parecido entre ella y Juliet me pone nerviosa—. Tienes una hermana mayor, ¿verdad?

Su boca se aprieta en una delgada línea, y sus ojos se nublan, como si estuviera levantando un muro. No la culpo. Probablemente piensa que voy a burlarme de ella por tener un fenómeno como hermana mayor. Esto le debe de suceder muy a menudo.

Pero ella levanta la barbilla y me mira fijamente a los ojos. En cierto modo, me recuerda a algo que Izzy haría. "Sam no va a la escuela, y yo tampoco voy".

—Sí. Juliet Sykes. —Entonces, espera pacientemente, espera a que empiece a reírme.

Sus ojos parecen recorrerme.

—Sí. Yo, um, conozco a Juliet.

—¿Lo haces? —Alza sus cejas marrones.

—Bueno, algo así. —Todas las chicas me están mirando ahora. Tengo la sensación de que están teniendo dificultades en intentar que sus mandíbulas no se abran—. Ella es… ella es mi compañera de laboratorio.

Me imagino que eso es una apuesta segura. Ciencias es obligatoria, y todo el mundo tiene asignado un compañero de laboratorio.

La cara de la hermana de Juliet se relaja un poco.

—Juliet es realmente buena en biología. Quiero decir, ella es realmente buena en la escuela. —Da una sonrisa—. Soy Marian.

—Hola. —Marian es un buen nombre para ella: un nombre puro, de alguna manera. Mis palmas sudan. Las restriego en mis pantalones—. Soy Sam.

Marian baja los ojos y dice tímidamente:

—Sé quién eres.

Dos brazos me rodean la cintura. Izzy está detrás de mí. Su barbilla se me clava en un costado.

—El helado casi ha desaparecido —dice ella—. ¿Estás segura que no quieres?

Marian sonríe a Izzy.

—¿Cuál es tu nombre?

—Elizabeth —dice Izzy orgullosamente, luego flaquea un poco—. Pero todo el mundo me llama Izzy.

—Cuando era pequeña, todo el mundo me llamaba Mary. —Marian hace un gesto—. Pero ahora todos me llaman Marian.

—No me importa mucho Izzy —dice Izzy, se muerde el labio, como si estuviera justamente decidiéndolo.

Marian me mira.

—Tienes una hermana pequeña también, ¿huh?

De repente, no puedo mirarla. No puedo dejar de pensar en lo que va a pasar más tarde. Lo sé: el silencio en la casa, el disparo.

Y entonces… ¿qué? ¿Sería ella la primera en bajar las escaleras? ¿Será la imagen final de su hermana la que perdure, la que borre los otros recuerdos de todos estos años?

Entro en pánico, intentando pensar en qué tipo de recuerdos tiene Izzy de mí… los que tendrá de mí.

—Vamos, Izzy, deja a las chicas comer. —Mi voz tiembla, pero no creo que nadie lo note. Le doy una palmadita a Izzy en la cabeza y ella se marcha de vuelta a su mesa.

Las chicas de la mesa están más confiadas ahora. Sus sonrisas brotan, y parecen mirarme con sobrecogimiento, como si no pudieran creerse que estuviera siendo amable, como si les estuviera dando un regalo. Odio eso. Deberían odiarme. Si ellas supieran qué tipo de persona era, me odiarían, estoy segura de eso.

No sé por qué Kent aparece en mi cabeza en ese momento, pero lo hace. Él me odiaría también si supiera todo. La comprensión me causa un extraño malestar.

—Dile a Juliet que no lo haga —suelto, y luego no me puedo creer que lo haya dicho.

Marian arruga su frente.

—¿Hacer qué?

—La cosa del proyecto de ciencias —digo rápidamente, y luego agrego—: Ella sabrá de lo que estoy hablando.

—Bien. —Marian me da una sonrisa radiante. Empiezo a darme la vuelta, pero ella grita mi nombre—. ¡Sam!

Me vuelvo, y ella pone las manos sobre su boca y se ríe tontamente, como si no pudiera creer que haya tenido el coraje de decir mi nombre.

—Se lo diré mañana —dice—. Juliet estará fuera esta noche. —Lo dice como diciendo: "Juliet va a ser la estudiante con las mejores notas". Puedo imaginarme la escena. La madre, el padre y la hermana escaleras abajo, Juliet encerrada en su cuarto como normalmente, escuchando música, sola. Y entonces, milagro de los milagros, ella bajará, con su pelo peinado hacia atrás, con confianza, serena, anunciando que va a una fiesta. Estarán felices, orgullosos. Su pequeña hija solitaria lo está haciendo bien al final de su último año.

Irá a la fiesta de Kent. A encontrar a Lindsay… a encontrarme a mí. Para ser empujada, arrojada y salpicada de cerveza.

El sushi de repente no me sienta bien. Si ellos tuvieran idea…

—Definitivamente, se lo diré mañana, sin embargo. —Marian me sonríe, un faro llevándome a través de la oscuridad.

* * * *

Todo el camino a casa lo paso tratando de olvidar a Marian Sykes. Cuando mi padre me desea buenas noches (él siempre se pasa después de tomar una cerveza, y esta noche ha tomado (¡Aj!) dos) estoy intentado olvidar a Marian Sykes. Cuando Izzy viene media hora más tarde, duchada y oliendo a limpio con su destartalado pijama de Dora, estoy intentando olvidarla; y una hora más tarde, cuando mamá viene a la habitación y dice: "Estoy orgullosa de ti, Sam", aún estoy tratando de olvidarme de ella.

Mi madre se va a la cama. El silencio invade la casa. En algún lugar en la oscuridad, un reloj está sonando, y cuando cierro mis ojos, imagino a Juliet Sykes viniendo hacia mí con calma, sus zapatos repiquetean en el suelo de madera, sangre fluyendo de sus ojos…

Me siento en la cama, con el corazón latiendo fuertemente. Luego me levanto, buscando mi North Face en la oscuridad.

Esta mañana, me juré que no había nada en el mundo que me pudiera hacer volver a la fiesta de Kent pero, aquí estoy, bajando de puntillas las escaleras, avanzando por los oscuros pasillos, tomando secretamente las llaves de mi madre del estante en la habitación. Ella ha estado increíblemente humana hoy, pero lo último que necesito es que me dé una charla sobre qué-me-hace-pensar-que-puedo-dejar-la-escuela-y-luego-irme-por diversas razones.

Intento decirme a mí misma que Juliet Sykes no es realmente mi problema, pero sigo imaginando lo horrible que sería si este fuera su día. Si ella lo estuviera viviendo una y otra vez. Creo que todo el mundo, incluida Juliet Sykes, merece morir en un día mejor que este.

Las bisagras traseras y delanteras de la puerta graznan con tal fuerza que bien podrían ser un tipo de alarma (a veces pienso que mis padres ingeniaron esto deliberadamente.) En la cocina vierto cuidadosamente algo de aceite de oliva en una toallita de papel, y froto esto contra las bisagras de la parte trasera de la puerta. Lindsay me enseñó este truco. Ella siempre desarrollaba nuevas y mejores maneras de salir a escondidas de casa, a pesar de que no tiene toque de queda, y no tiene que preocuparse de esto de una manera u otra, cuando ella se va o cuando vuelve a casa. Creo que echa de menos eso, en verdad. Creo que por eso es tan meticulosa con los detalles: le gusta imaginar que tiene que hacerlo.

La puerta, con sus experimentadas bisagras italianas, se oscila abriéndose con apenas un susurro, y estoy fuera.

No he pensado realmente por qué me dirijo a la casa de Kent, o lo que voy a hacer una vez que llegue allí, y en vez de conducir hasta allí directamente, me encuentro girando en calles aleatorias y callejones sin salida, dando vueltas en círculo. Las casas están retrasadas en su mayor parte apartadas de la calle, y las ventanas iluminadas parecen mágicamente en la oscuridad, como linternas colgantes. Es asombroso cuán diferente todo luce de noche, casi irreconocible, especialmente bajo la lluvia. Las casas se sientan gigantescas atrás en sus céspedes, importantes y vivas. Se ve tan diferente del Ridgeview de día, cuando todo es limpio y pulido y recortado ordenadamente, cuando todo se despliega en una manera ordenada, los maridos dirigiéndose a sus coches con tazas de café, las mujeres siguiéndolos poco después, vistiendo sus trajes de Pilates, las niñas pequeñas con diminutos vestidos de Baby Gap, y asientos de coches y Lexus y SUV's y Starbucks y normalidad. Me pregunto cuál es la versión real.

Apenas si hay coches en el camino. Sigo arrastrándome a quince millas por hora. Estoy buscando algo, pero no sé qué. Paso la calle de Elody y sigo adelante. Cada farol lanza un embudo nítido de luz hacia abajo, iluminando el interior del coche brevemente, antes de dejarme a oscuras otra vez.

Los faros de mi auto iluminan el signo verde torcido con el nombre de la calle cincuenta pies adelante: Serenity Place [1].

Recuerdo de repente estar sentada en la cocina de Ally durante el primer año mientras su mamá parloteaba por teléfono indefinidamente, caminando de un lado para el otro, descalza y con sus pantalones de yoga.

—Está consiguiendo su dosis diaria de chismes —había dicho Ally, poniendo los ojos en blanco. Mindy Sachs es mejor que *Us Weekly* . Y Lindsay había dicho cuán irónico era que la Sra. Sachs viviera en Serenity Place, como si ella no trajera el ruido con ella, y esa fue la primera vez que realmente comprendí el significado de la palabra irónico.

Tiro el volante en el último segundo y freno, bajando por Serenity Place. No es una calle larga (no hay más de dos docenas de casas en ella), y, como la mayoría de las calles en Ridgeview, termina en un callejón sin salida. Mi corazón salta cuando veo un Saab plateado aparcado en uno de los caminos de entrada. La matrícula dice: Mamá D4. Ese es el coche de la Sra. Sachs. Debo de estar cerca.

La próxima casa es la número cincuenta y nueve. Está marcada con un buzón pequeño en forma de gallo, que sale de un cantero de flores que en esta altura del año no es más que un parche largo de tierra negra. Sykes está escrito en el ala del gallo, en letras tan pequeñas que tienes que estar buscando realmente para poder verlas.

No puedo explicarlo realmente, pero siento como si hubiera sabido de todos modos que esa era la casa. No hay nada de malo con ella, no es diferente de cualquier otra casa, no es la más grande, no es la más pequeña, está decentemente cuidada, pintada de blanco, con persianas oscuras, y una sola luz prendida en la planta baja. Pero hay algo más, alguna cualidad que yo no puedo identificar realmente, que hace que la casa parezca demasiado grande para mí misma, como si algo dentro de ella se esforzara por salir, como si el lugar entero estuviera a punto de explotar. De alguna forma, es una casa desesperada.

Me aparco en el camino de entrada. No tengo nada que hacer aquí, lo sé, pero no puedo evitarlo. Es como si algo me tirara desde dentro. La lluvia cae duramente, y tomo una camiseta vieja del asiento trasero (de Izzy, probablemente) y la utilizo para proteger mi cabeza mientras corro del coche hacia el porche delantero, con mi aliento nublando mi vista. Antes de que pueda pensar demasiado acerca de lo que hago, toco el timbre.

Toma mucho tiempo antes de que alguien abra la puerta, y hago un pequeño trotecito en el lugar, con el aliento humeando delante de mí, tratando de mantenerme tibia. Finalmente, hay un sonido dentro, y entonces un raspar de bisagras. La puerta se abre, y una mujer permanece de pie allí, parpadeando hacia mí confusamente: la madre de Juliet. Lleva una bata de baño, la cual mantiene cerrada con una mano. Es tan delgada como Juliet y tiene los mismos ojos azules claros y piel pálida que sus dos hijas. Mirándola, me recuerda a un hilo de humo girando en la oscuridad.

—¿Puedo ayudarte? —su voz es muy suave.

Quedo algo descolocada. Por alguna razón, esperaba que fuera Marian la que atendiera la puerta.

—Me llamo Sam... Samantha Kingston. Busco a Juliet. —Porque funcionó la primera vez, agregué—: Es mi compañera de laboratorio.

De adentro, un hombre (el padre de Juliet, supongo) grita:

—¿Quién es? —La voz es fuerte y áspera, y tan diferente de la voz de la Sra. Sykes que yo, inconscientemente, doy un paso hacia atrás.

La Sra. Sykes salta un poco, y gira la cabeza rápidamente, abriendo sin darse cuenta la puerta un par de pulgadas extra. El pasillo detrás de ella es oscuro. Oscuras sombras azules y verdes bailan en una pared, imágenes proyectadas desde una televisión en un cuarto que no puedo ver.

—No es nadie —dice rápidamente, su voz dirigiéndose hacia la oscuridad detrás de ella—. Es para Juliet.

—¿Juliet? ¿Alguien está aquí por Juliet? —Él suena exactamente como un perro. Ladrido, ladrido, ladrido, ladrido. Yo lucho contra un salvaje y nervioso impulso de reírme.

—Yo me encargo de ello. —La Sra. Sykes se vuelve hacia mí. Otra vez, la puerta se cierra con su movimiento, como si ella se inclinara en ella para obtener apoyo. Su sonrisa no alcanza exactamente sus ojos—. Juliet no está en casa en este momento. ¿Hay algo con lo que pueda ayudarte?

—Yo, ehh, falté a la escuela hoy. Teníamos esta gran tarea... —me voy apagando impotentemente, empezando a arrepentirme de haber venido. A pesar de mi abrigo, tirito como loca. Debo de lucir como una loca también, saltando de un pie al otro, sosteniendo una camiseta sobre mi cabeza como un paraguas.

La Sra. Sykes parece advertir, finalmente, que estoy parada bajo la lluvia.

—¿Por qué no entras? —dice, y da un paso hacia atrás en el vestíbulo. Yo la sigo adentro.

Una puerta abierta a la izquierda lleva directamente hacia el vestíbulo: ahí es donde la televisión está. Sólo puedo distinguir un sillón y la silueta de alguien sentado allí, la orilla de una enorme mandíbula iluminada de la luz azul de la pantalla. Recuerdo lo que Lindsay dijo entonces, acerca de que el padre de Juliet es un alcohólico. Recuerdo vagamente haber oído el mismo rumor, y algo más también, acerca de que había habido un accidente, algo acerca de una medio-parálisis o píldoras o algo. Desearía haber prestado más atención.

La Sra. Sykes me ve mirando y cierra rápidamente la puerta. Ahora está tan oscuro que apenas puedo ver, y me doy cuenta de que todavía tengo frío. Si la calefacción está encendida en la casa, yo no puedo sentirla. Desde el cuarto de la televisión, oigo los sonidos de gritos de una película de terror, y el ritmo constante de una ametralladora.

Ahora estoy definitivamente arrepentida de haber venido. Por un segundo, tengo esta loca fantasía de que Juliet viene de toda una familia de locos asesinos, y de que en cualquier segundo la Sra. Sykes se pondrá toda

como *El Silencio de los Inocente*s conmigo. Toda la familia está loca, es lo que Lindsay había dicho. La oscuridad me presiona, y casi grito con gratitud cuando la Sra. Sykes enciende una luz y el vestíbulo parece iluminado y normal, y no lleno de trofeos de humanos muertos o algo así. Hay un arreglo floral seco en una mesa lateral decorada con encaje, junto a una foto familiar encuadrada. Desearía poder verla más de cerca.

—¿Era importante esta tarea? —la Sra. Sykes pregunta, casi en un susurro. Dispara una mirada nerviosa hacia el cuarto de la televisión, y yo me pregunto si cree que está hablando demasiado fuerte.

—Yo justo... yo medio le prometí a Juliet que recogería algún material para nuestra presentación del lunes. —Trato de bajar mi voz, pero ella todavía respinga—. Pensé que Juliet se quedaría en casa esta noche.

—Juliet salió —dice, y entonces, como si no estuviera acostumbrada a decir las palabras y las estuviera probando en su lengua, repite—: Salió. Pero quizá ella lo dejó para ti.

—Yo podría buscarlo —digo. Quiero ver su cuarto, me doy cuenta: por eso estoy aquí. Debo verlo—. Ella probablemente sólo lo dejó en su cama o algo. —Trato de sonar casual, como si Juliet y yo estuviéramos en realmente buenos términos la una con la otra, como si no fuera raro que yo entrara a su casa a las diez treinta en una noche del viernes y tratara de entrar a su dormitorio.

La Sra. Sykes vacila.

—Quizá podría llamarla a su teléfono celular —dice, y entonces agrega en forma de disculpa—: Juliet odia que cualquiera entre a su cuarto.

—No tiene que llamarla —digo rápidamente. Juliet probablemente le diría a su madre que me acusara a la policía—. No es importante. Lo recogeré mañana.

—No, no. La llamaré. Eso sólo llevará un segundo. —La mamá de Juliet ya está desapareciendo hacia la cocina. Es increíble lo rápido y silenciosamente que ella se mueve, como un animal deslizándose dentro y fuera de las sombras.

Considero salir de aquí mientras está en la cocina. Y pienso en ir a casa, arrastrarme hasta la cama y ver películas antiguas en mi ordenador. Tal vez haga una cafetera llena y me siente ahí durante toda la noche. Si nunca me voy a dormir, tal vez hoy tendría que convertirse en mañana. Me pregunto cuánto tiempo puedo estar sin dormir antes de perder la cabeza y empezar a correr calle abajo, alucinando con arañas púrpuras.

Pero, en lugar de eso, me quedo aquí, esperando. No hay nada que hacer, así que doy unos pocos pasos y me inclino para ver las fotografías que hay en la mesa. Por un segundo estoy confusa; es la fotografía de una mujer desconocida, probablemente de veinticinco o treinta años, con sus brazos alrededor de un tipo bien parecido con una camisa de franela. Los colores son saturados y brillantes, y la pareja parece perfecta, centelleante, con todos sus dientes blancos y deslumbrantes sonrisas y hermosos cabellos marrones. Luego veo las palabras escritas en la esquina inferior de la fotografía... Shadow Cast Images, Inc. y me

doy cuenta de que la fotografía no es la de una familia real. Esta es una de las fotografías genéricas que vienen cuando compras un marco de fotos, una brillante, feliz publicidad de todos los momentos brillantes, felices que puedes capturar para siempre en el marco plateado de 5 x 7 pulgadas con detalles de mariposa. Nadie se ha molestado en reemplazarla.

O quizá la familia Sykes no tiene brillantes y felices momentos que recordar.

La devuelvo rápidamente, deseando no haberla visto. Aunque esa sea la fotografía de dos modelos, me siento, extraña, como si hubiera visto algo que es demasiado personal, como si accidentalmente hubiera cogido un atisbo de algo del muslo interior o pelos en la nariz o algo.

La señora Sykes aún no regresa, así que deambulo desde el vestíbulo a la sala de estar que hay a la derecha. Ésta es más oscura, y está llena de cuadros escoceses, encajes y flores muertas. Parece como si no la hubieran redecorado desde los años cincuenta.

Hay una sola y triste luz brillando cerca de la ventana, lanzando una reflexión sobre un negro panel circular de vidrio, una versión de la habitación en miniatura aparece ahí.

Y una cara.

Una horrible cara se presiona contra la ventana.

Dejo escapar un grito de miedo, antes de darme cuenta de lo que es ésto, también, un reflejo. Hay una máscara sobre una mesa justo enfrente de la ventana, mirando hacia afuera. Me acerco a ella y la levanto cuidadosamente de su percha. Es el rostro de una mujer hecho a mano con periódicos y puntadas rojas, las cuales atraviesan la piel como horribles cicatrices. Palabras corren por el puente de la nariz y a través de la frente, ciertos titulares son visibles, o medio visibles, como "Remedio de Belleza" y "Trágicos Golpes", y trozos de papel se han despegado de varias partes del rostro, como si estuviera mudando la piel. La boca y los ojos están completamente abiertos, y cuando levanto la máscara hacia mi cara, ésta encaja perfecta. El reflejo de la ventana es horrible; me veo como alguien enferma o un monstruo de una película de miedo. Y no puedo mirar hacia otro lado. Me pregunto si es así como se ve Juliet o como nos ve a nosotras. Tal vez ambas cosas.

—Juliet la hizo.

La voz detrás de mí me hace saltar. La señora Sykes ha aparecido y está apoyada contra la pared, mirándome con el ceño fruncido.

Me quito la máscara, devolviéndola rápidamente a su percha.

—Lo siento, La vi y… sólo quería probármela —finalizo sin convicción.

La señora Sykes viene y cambia de lugar la máscara, enderezándola, haciendo que esté correctamente alineada.

—Cuando Juliet era joven siempre dibujaba, siempre bosquejaba o pintaba algo o cosía sus propios vestidos. —La señora Sykes se encoge de hombros, sacudiendo la mano—. Creo que ella ya no está interesada en esas cosas ahora.

—¿Ha hablado con Juliet? —pregunto nerviosamente, esperando que ella me eche a patadas.

La señora Sykes pestañea hacia mí varias veces, como si estuviera tratando de enfocarme.

—Juliet… —repite, y luego sacude la cabeza—. La llamé al teléfono un par de veces. No contestó. Normalmente no suele salir entre semana… —La señora Sykes me mira sin poder hacer nada.

—Seguro que está bien —le digo lo más animadamente que puedo, sintiendo que, con cada palabra, un cuchillo se clava en mi estómago—. Probablemente no oyó el teléfono.

De repente, todo lo que quiero es salir de allí. No puedo mentir a la señora Sykes. Parece tan triste, parada ahí con su camisón, lista para dormir... como si estuviera dormida, más o menos. Así es como se siente toda la casa, como si estuviera envuelta en un pesado sueño, del tipo que te ahoga, sin dejarte despertar, arrastrándote de nuevo entre tus sabanas, ahogándote, incluso cuando luchas con esto.

Me imagino a Juliet yendo a hurtadillas por su habitación en la oscuridad, y el silencio, a través de la atmósfera de sueño tan densa que se siente solida, el arrullo del crujir de las tablas del suelo y los bajos silbidos de los radiadores, las lentas revoluciones de las personas orbitando calladamente unas alrededor de otras… y después…

Bang.

La señora Sykes me acompaña de vuelta al vestíbulo.

—Puedes venir mañana —dice—. Estoy segura de que Juliet tendrá todo listo para entonces. Ella es muy responsable. Una buena chica.

—Seguro. Mañana. —Ni siquiera me gusta decir la palabra, y doy una rápida despedida antes de volver corriendo a través de la oscuridad a mi coche.

Está aún más frio que antes. La lluvia, mitad hielo, rebota en el capó de mi coche mientras estoy sentada esperando a que el motor se caliente, me soplo en las manos y tiemblo, agradecida de estar fuera de allí. Tan pronto como estoy fuera de la casa, se alivia el peso de mi pecho, como si la atmosfera y la presión interior fueran diferentes, más pesadas. Mi primera impresión fue correcta: esta casa es desesperante. Veo la silueta de la mamá de Juliet por la ventana. Me asombro de que esté esperando a que me vaya o a que su hija regrese a casa.

Entonces, tomo la decisión. Sé que es lo que voy a hacer. Voy a ir a casa de Kent y atrapar a Juliet y, si lo hago, le pegaré en la cara. Para hacerla ver lo estúpida que es la idea de la muerte. (Esto ciertamente no es nada fácil para mí.) Si es necesario, la ataré a la parte trasera de mi coche para que no pueda tomar con sus manos el arma.

Me doy cuenta de que realmente nunca he hecho nada bueno por alguien, al menos, no en un tiempo. A veces soy voluntaria en Meals on Wheels, pero eso es porque las universidades aman ese tipo de cosas; especialmente la BU, lo mencionaba en la parte de aplicaciones de su página web. Y obviamente era

agradable con mis amigas y les hacía buenos regalos en sus cumpleaños. (Una vez me pasé un mes y medio recolectando saleros en forma de vacas, porque a Ally le encantan las vacas y la sal.) Pero no suelo hacer cosas buenas solamente porque sí. Esta será mi buena acción.

Luego tengo el atisbo de una idea. Recuerdo cuando estábamos estudiando a Dante en Inglés, y Ben Gowan se preguntaba si las almas torturadas salían alguna vez del infierno (Ben Gowan fue suspendido una vez durante tres días por hacer un dibujo de una bomba explosionando en nuestra cafetería, y todas las cabezas decapitadas volando en todas direcciones, así que para él esa pregunta era normal), y la señora Harbor dejó de irse por las ramas y dijo que no, que no era posible, pero que algunos pensadores cristianos modernos creen que podrían elevarse del purgatorio al cielo una vez que hubieran cumplido suficiente penitencia por sus pecados. Nunca he creído realmente en el cielo. Siempre sonaba como una idea loca: todo el mundo feliz y reunido, Fred Astaire y Einstein bailando un tango por las nubes, ese tipo de cosas.

Pero entonces otra vez, nunca creí posible volver a revivir un día para siempre, sin embargo. No es más loco que lo que me pasó a mí. Tal vez el punto es que tengo que demostrar que soy una buena persona. Quizá tengo que demostrar que me merezco seguir adelante.

Tal vez Juliet Sykes es la única cosa entre yo y una eternidad de fuentes de chocolate, amor perfecto y chicos que siempre llaman cuando dicen que van a hacerlo, y helados de plátano que realmente ayudan a quemar calorías.

Tal vez ella sea mi boleto de salida.

---

[1] Serenity Place: es el nombre de la calle, y significa "Lugar de la Serenidad".

Desaprobadoramente tarde

Ni siquiera me molesto en aparcar en la entrada de Kent. No planeo estar aquí por mucho tiempo, y no quiero quedar bloqueada. Además, algo sobre el excursionismo en los bosques bajo la lluvia me llama. Es una prueba, otra forma en la que puedo sacrificarme. Y por mi realmente limitada memoria de la escuela dominical (mi mamá se dio por vencida en la pelea después de que di una pataleta tremenda cuando tenía siete y amenacé con convertirme al vudú, aun cuando no estaba segura de lo que significaba exactamente), sé que así es como funciona: tienes que sacrificar algo. Estaciono en el empapado desnivel de la ruta nueve, tomando la sudadera de Izzy nuevamente, la cual está ahora completamente mojada. Aun así, es mejor que nada. La pongo sobre mi cabeza y salgo del auto, pausando por sólo un segundo.

El camino está vacío, franjas de oscuridad intercaladas con débiles cúmulos de luz amarilla proveniente de los postes. Trato de localizar el punto exacto donde el auto de Lindsay fue haciendo giros fuera del camino esa primera noche, pero todo se ve igual. Podría haber sido en cualquier parte. Cierro mis ojos, yendo atrás una vez más en busca de algún recuerdo de la vida más allá de la colisión, más allá de la oscuridad, pero no obtengo nada. Y cuando abro mis ojos, el camino está solo ahí, deslumbrado con una cubierta de lluvia, sin atractivo, normal y común como cualquier otro camino en medio de una ciudad pequeña en el medio de tal estado en la costa este de un país. Tomo una linterna de la camioneta y me interno a través de los bosques.

Es una caminata más larga de lo que hubiera pensado, y la tierra se alterna entre una delgada capa de hielo duro y una substancia viscosa que succiona mis New Balance púrpura como arena movediza. Después de unos pocos minutos, puedo escuchar el débil pulso de la música de la fiesta, vibrando a través de la oscuridad como si perteneciera ahí, como si su ritmo fuera parte de la noche, pero pasan unos diez minutos más hasta que veo el suave parpadeo de luces brillando esporádicamente mas allá de los árboles (gracias a Dios, ya que estaba empezando a pensar que estaba caminando en círculos) y otros cinco antes de que el bosque se disperse y pueda ver la casa, una enorme pila de torta de helado dispuesta sobre ese patio, reluciendo al tiempo que la lluvia tuerce y salpica las luces del pórtico. Estoy totalmente congelada, y arrepintiéndome al 100% de haber venido a pie. Ese es el gran problema del sacrificio. Es doloroso, literalmente.

Tan pronto como paso por la puerta, dos chicas ríen y un grupo completo de novatos abren enormemente su boca. No los culpo. Sé que me debo ver como la mierda. Antes de dejar la casa, ni siquiera me preocupé por cambiar mis pantalones de dormir, un par de calzas de terciopelo demasiado grandes que mi mamá me dio cuando aún estaban de moda.

Sin embargo, no pierdo el tiempo con los novatos. Ya estoy preocupada de que hubiera llegado demasiado tarde. Tara está bajando las escaleras al tiempo que yo estoy forzando mi ascenso, la agarro, inclinándome en su oído.

—¡Juliet Sykes! —Tengo que gritarlo.

—¿Qué? —grita de vuelta, sonriendo.

—¡Juliet Sykes! ¿Está aquí?

Tara golpea su oído para mostrarme que no puede escucharme.

—¿Estas buscando a Lindsay? —Courtney está detrás de Tara y se inclina, poniendo su mentón en el hombro de Tara—. Encontramos el escondite secreto con ron y esas cosas. Tara rompió un florero. —Ella ríe—. ¿Quieres algo?

Niego con la cabeza. Nunca había estado así de sobria en medio de gente así de ebria, y digo una pequeña oración por que no sea la mitad de molesta que ellas cuando estoy borracha. Continuo subiendo las escaleras y Tara grita:

—Lindsay esta atrás.

Antes de que esté fuera del alcance de mi oído, escucho a Courtney gritar:

—¿Viste lo que estaba usando?

Tomo un aliento profundo y me digo a mí misma que no importa. Lo que importa es encontrar a Juliet. Al menos puedo hacer esa única cosa.

Pero con cada paso estoy perdiendo las esperanzas. El pasillo de arriba está totalmente lleno, y a menos que ella no haya venido a la fiesta (lo cual parece demasiado para ser verdad) es poco probable que no se haya ido ya.

Aun así, sigo empujando, finalmente llegando a una de las piezas traseras. Lindsay se catapulta hacia mí como una granada tan pronto como entro (realmente salta sobre cinco personas) y por un segundo estoy tan agradecida de verla, feliz y ebria y mi mejor amiga, y de ser atrapada por uno de sus famosos abrazos apretujados, que olvido porque estoy aquí.

—Chica mala. —Ella golpea mi mano y se aleja—. ¿Faltaste a la escuela pero saliste a una fiesta? Traviesa, traviesa.

—Estoy buscando a alguien —digo. Miro la habitación: Juliet no está aquí. No es que esperara que ella estuviera, no sé, sentada en el sillón conversando con Greg Beame, pero es instinto (y pensando de forma ilusa) miro.

—Rob está abajo. —Lindsay da un paso atrás y levanta sus manos, enmarcándome en el ángulo entre su pulgar e índice—. Te ves como el hombre indigente que robó en Wal Mart. ¿Estás tratando de no echar un polvo o algo?

La irritación se eleva de nuevo. Lindsay, que siempre tiene algo que decir.

—¿Has visto a Juliet Sykes? —pregunto. Lindsay me mira fijamente por un pequeño segundo y luego rompe a reír—. ¿En serio?

Un sentimiento de alivio me llena. Quizás no ha llegado. Quizás tuvo un problema de auto, o perdió sus nervios, o…

—Ella me llamó perra. —En ese momento, Lindsay me destruye. Ella si había venido—. ¿Puedes creerlo? —Lindsay aún se está carcajeando. Pone uno de sus brazos alrededor de mis hombros y grita—: ¡Elody! ¡Ally! ¡Sammy está aquí! ¡Y está buscando a su mejor amiga Juliet!

Elody ni siquiera se gira a mirar; ella está demasiado ocupada con Steve Dough. Pero Ally se balancea en mi dirección, sonríe, grita:

—¡Hola, linda! —Y luego eleva su botella vacía de vodka—. Si ves a Juliet —dice ella—, ¡pregúntale qué es lo que hizo con el resto de mi bebida! —Ella y Lindsay piensan que esto es divertidísimo, y Lindsay dice de vuelta:

—¡Sicotini!

Llegué muy tarde. El darme cuenta me hace sentir enferma, y mi rabia contra Lindsay vuelve en un torrente.

—¿Mi mejor amiga? —repito—. Eso es gracioso. Pensé que tú eras la que fue de amigui-amigui con Juliet.

—¿De qué estás hablando? —El rostro de Lindsay se torna serio.

—Amigas de infancia. Mejores amigas. Ratas de alfombra. Conejos de arena. —Lindsay me ve como si estuviera a punto de decir algo, pero se calla—. Vi las fotografías. Así que, ¿qué paso? ¿Ella te atrapó tirándote pedos o algo?

¿Te vio lanzar un moco? ¿Descubrió que la famosa Lindsay Edgecombe no es perfecta después de todo? ¿Qué es lo que hizo que estuvo tan mal?

Lindsay abre su boca y luego la cierra.

—Ella es rara —susurra ferozmente, pero veo algo en sus ojos que nunca había visto antes, una expresión que casi no puedo identificar.

—Como sea. —Tengo que encontrar a Juliet Sykes.

Lucho para poder bajar las escaleras, ignorando a la gente diciendo mi nombre, golpeando mi hombro, y susurrando sobre el hecho de que me haya mostrado en público luciendo como si estuviera a punto de ir a dormir, lo cual es, por supuesto, exactamente lo que sucedió. Pienso que si soy lo suficientemente rápida puedo atrapar a Juliet cuando esté saliendo. Ella debe haberse estacionado en algún lado. Probablemente no pueda salir. Le tomará una hora hacer que la gente mueva sus autos (si es que ella puede convencer a alguien de que la ayude, lo cual es poco probable) e incluso mucho más si es que decide irse a casa a pie.

Afortunadamente, puedo bajar la escalera sin toparme con Rob. La última cosa que necesito es explicarle mi comportamiento a él. Hay un grupo de alumnos de segundo año de pie cerca de la entrada, luciendo aterrorizados y más o menos sobrios, así que voy hacia ellos.

—¿Han visto a Juliet Sykes?

Ellos me miran fijamente inexpresivos. Suspiro, tragándome mi frustración.

—Rubia, ojos azules, alta. —Ellos aún me están mirando sin expresión, y me doy cuenta que no estoy exactamente segura de cómo describirla. Perdedora, casi digo, habría dicho tres días atrás. Pero ahora no puedo decirlo—. Bonita —digo, probando la palabra. Cuando eso no funciona aprieto mis puños en mis palmas—. Probablemente esté empapada.

Finalmente, los rostros de las chicas se iluminan en reconocimiento.

—Baño —dice una de ellas, apuntando a un pequeño hueco antes de la cocina. Hay una línea de gente agrupada en frente de la puerta cerrada. Uno de ellos está cruzando sus piernas y saltando arriba y abajo. Otro continúa golpeando la puerta. Otra apunta a su reloj y dice algo que no puedo oír, pero se ve enojada.

—Ella ha estado ahí, por como veinte minutos —dice un alumno de segundo año. Mi estómago cae hasta mis pies y casi me pongo enferma justo ahí. Los baños tienen pastillas. Los baños tienen hojas de afeitar. La gente se encierra en los baños cuando quieren hacer cosas malas, como tener sexo u vomitar. O suicidarse.

No se supone que siga esta vía. Se supone que la salve. Me abrí paso a codazos hacia el baño, pasando por la línea de gente amontonada ahí.

—Muévete —le digo a Joanne Polerno, y ella deja caer su mano inmediatamente y se hace a un lado. Aprieto mi oreja en la puerta, esperando escuchar el sonido de llanto o nauseas o algo. Nada. Mi estómago se hunde un

poco más. Luego me doy cuenta que es casi imposible escuchar algo, con la música golpeando tan fuerte.

Golpeo suavemente y llamo:

—¿Juliet? ¿Estás bien?

—Tal vez está durmiendo —dice Rachel Zorf. Le lanzo una mirada que espero le comunique lo atrasadamente inútil que es ese comentario.

Toco de nuevo, pegando mi cara a la puerta. Es difícil decir si escucho un débil gemido desde dentro, en ese segundo la música chilla incluso más fuerte, ahogando todo lo demás. Pero puedo imaginarla allí, debilitándose justo detrás de la puerta, con las muñecas cortadas y la sangre por todas partes...

—Ve a buscar a Kent —digo inhalando en un largo respiro.

—¿Quién? —dice Joanne.

—Kent McFuller. Ahora. Hazlo —le grito a Joanne y ella parece sobresaltada, pero corre por el pasillo. Cada segundo se siente como una eternidad. Es la primera vez que realmente entiendo lo que Einstein dijo acerca de la relatividad, sobre cómo el tiempo se dobla y se estira como un osito de goma.

—¿Qué te importa, de todos modos? —dice Rachel, gruñendo sólo lo suficientemente alto para que yo pueda escuchar.

No respondo. La verdad es que no tengo respuesta en realidad. Tengo que salvar a Juliet. Eso es lo que siento. Es mi "algo bueno". Tengo que salvarme a mí misma.

Repentinamente, no estoy tan segura si eso me hace mejor o peor que alguien que no hace nada, así que alejo el pensamiento de mi mente.

Joanne vuelve acompañada por Kent. Él parece preocupado, su frente está arrugada bajo su desgreñado cabello castaño que cae sobre sus ojos. Mi estómago da un girón. Ayer estuvimos en una habitación oscura a no más de dos pulgadas, tan cerca que podía sentir el maravilloso calor de su piel.

—Sam —dice, y se inclina para agarrar mi muñeca, mirando profundamente mis ojos—. ¿Estás bien?

Estoy tan sorprendida por el repentino toque que me alejo sólo una fracción, y Kent retira su mano. No sé cómo explicar la forma en que esto hace que mi interior se sienta vacío.

—Estoy bien —digo, totalmente consciente de lo ridícula que debo verme para él: el cabello hecho un desastre, los pants. Él, en comparación, se ve realmente un poco preparado. Hay algo lindo y deslíñado en sus tenis a cuadros y sus holgados caquis de cintura baja, las mangas de su Oxford están recogidas, mostrando un bronceado que consiguió de Dios sabe dónde. Ciertamente, no en Ridgeview en los últimos seis meses.

Él parece confundido.

—Joanne dijo que me necesitabas.

—Sí te necesito. —Se escucha raro e intenso. Y siento un furioso ataque de rubor subiendo—. Quiero decir, no te necesito. Sólo necesito... —Tomo un

profundo respiro. Creo ver una chispa momentánea en los ojos de Kent y me distrae—. Estoy preocupada porque Juliet Sykes está encerrada en el baño.

Justo después de que lo digo, respingo. Suena ridículo. Él probablemente me dirá que estoy siendo demente. Después de todo, él no sabe lo que yo sé.

La chispa se apaga y su rostro se pone serio. Camina más allá de mí y trata de abrir la puerta, entonces, hace una pausa por un segundo, pensando. No me dice que estoy loca ni paranoica ni nada. Simplemente dice:

—No hay llave. Podría tratar de abrir el seguro. Siempre podemos romperla si tenemos que.

—Voy a hacer pipi arriba —anuncia Rachel, entonces gira sobre sus talones y se va tambaleándose.

Kent estira la mano hacia su bolsillo trasero y saca un puñado de ganchitos.

—No preguntes —dice cuando yo elevo una ceja. Levanto las manos y no fuerzo la cuestión. Estoy agradecida de que él se esté haciendo cargo sin hacer preguntas.

Se pone en cuclillas, dobla el ganchito hacia atrás, y lo usa para forzar la cerradura. Mantiene su oreja presionada contra la puerta como si estuviera esperando escuchar un clic. Finalmente, mi curiosidad me supera.

—¿Tienes un trabajo después de la escuela robando bancos o algo?

Él hace una mueca, trata de abrir la puerta, desliza el ganchito de nuevo en su bolsillo, y selecciona una tarjeta de crédito de su billetera.

—Difícilmente. —Aprieta la tarjeta de crédito en la abertura entre el marco y la puerta, y la mueve—. Mi mamá solía mantener la comida chatarra bajo llave detrás de la puerta de nuestra despensa.

Se endereza y gira el manillar. La puerta se abre una pulgada, y mi corazón sube a mi garganta. Parte de mí está esperando que aparezca la cara de Juliet, furiosa, o que la puerta sea cerrada de nuevo desde adentro. Eso es lo que yo haría si alguien tratara de abrir la puerta del baño estando yo adentro. Eso es lo que haría, si estuviera aún despierta (viva) para cerrarla.

Pero la puerta sólo se queda ahí, abierta por esa pulgada. Kent y yo sólo nos miramos primero. Creo que ambos tememos abrirla más.

Entonces, Kent le da un golpe a la puerta con la punta del pie, diciendo: "¿Juliet?" al mismo tiempo que la puerta se abre (de nuevo, el tiempo se estira, parece tardar por siempre) y en ese segundo, o medio segundo, de alguna manera tengo el tiempo para invocar cada horrible posibilidad, para imaginar su cuerpo derribado en el suelo.

Y entonces, la puerta deja de oscilar, y el baño está allí: perfectamente limpio, perfectamente normal, y perfectamente vacío. Las luces están encendidas y hay una toalla de manos húmeda colgada sobre el lavabo. Lo único ligeramente fuera de lo normal es la ventana. Está abierta por completo y la lluvia ha estado golpeando las baldosas debajo.

—Salió por la ventana. —Kent dice eso al mismo tiempo en que yo lo estoy pensando. No puedo colocar su tono. Es mitad tristeza, mitad admiración.

—Mierda.

De acuerdo. Después de una humillación como esta, ella habría buscado la mejor forma de escape posible, una que llamara menos la atención. La ventana daba a la pendiente del césped del lado y, por supuesto, al bosque. Ella debía de haber hecho una carrera hasta éste, planeando serpentear por la parte de atrás hasta el camino de entrada.

Salgo a toda velocidad del baño. Kent grita:

—¡Espera! —Pero ya he bajado al vestíbulo y salido por la puerta, adentrándome en el porche.

Agarro mi linterna y la sudadera de detrás de la maceta y voy a través del césped. La lluvia no es muy fuerte en este momento, es más como una neblina congelante que cae en capas solidas desde arriba, pero es el tipo de frío que te atraviesa. Mantengo mi linterna apuntando al terreno mientras recorro el lado de la casa. No soy exactamente una rastreadora calificada, pero he leído suficientes viejos misterios para saber que siempre debes buscar las huellas. Desafortunadamente, el barro es tan grueso y húmedo que todo parece estar removido. Aún así, en la base del baño encuentro una profunda marca, donde ella debería haber caído, y una serie de marcas de arrastre, las cuales supongo, se dirigen al bosque.

Envuelvo mi sudadera más fuertemente a mí alrededor y me meto detrás de ella. No puedo ver nada pero a unos pocos pies la luz se extiende en un desmesurado círculo frente a mí. Nunca había tenido miedo a la oscuridad exactamente, pero los raspados y gemidos de los árboles y el constante golpeteo de la lluvia a través de las ramas hace que suene como si el bosque estuviera vivo y balbuceara, como una de esas personas dementes que ves en la ciudad de Nueva York, las cuales siempre están empujando carritos de supermercado llenos de bolsas vacías.

No tiene sentido tratar de seguir las huellas de Juliet. Son totalmente invisibles en la húmeda pasta de hojas en descomposición, lodo y cortezas podridas. Sin embargo, sigo adelante en la que espero sea la dirección general a la carretera, esperando atraparla volviendo a su casa. Estoy segura que eso es lo que intenta hacer. Si estás tan desesperada por dejar una fiesta (y a la gente en ella) que saltas por una ventana, es poco probable que vayas a aparecer minutos después y pedir a la gente que mueva sus Hondas.

La lluvia comienza a caer dura y rápidamente a través de las congeladas ramas, el sonido de hueco contra hueso. Me duele el pecho del frío, y aunque me estoy moviendo tan rápido como puedo, mis dedos se sienten entumecidos y estoy teniendo problemas para sostener la linterna. No puedo esperar para ir a mi coche y poner la calefacción a toda potencia. Luego conduciré por las calles buscándola. En el peor de los casos la interceptaré en su casa. Si sólo pudiera irme de estos monstruosos bosques.

Me impulso más rápido, medio trotando, intentando mantenerme caliente. Cada poco tiempo grito:

—¡Juliet! —Pero no espero recibir una respuesta. El golpeteo de la lluvia es más fuerte y constante, grandes gotas gordas me salpican en la parte trasera de mi cuello haciéndome jadear.

—¡Juliet! ¡Juliet!

El golpeteo se vuelve más rápido. Dagas de hielo se deslizan hacia mí. Me mantengo trotando, con la linterna en mi mano. No puedo sentir los dedos de los pies; ni siquiera sé si voy en la dirección correcta. Podría estar dando vueltas en círculos, por lo que sé.

—¡Juliet!

Empiezo a asustarme. Me doy la vuelta en un círculo completo, barriendo con mi linterna la oscuridad: los densos arboles se presionan a ambos lados de mí. No me llevó tanto tiempo caminar a través de los bosques de camino a donde Kent, de eso estoy segura. Mis dedos se sienten como si tuvieran dos veces el tamaño que deberían tener, y mientras estoy girando, la linterna vuela de mi mano. Hay un choque y el sonido de algo astillándose. La luz parpadea y muere, dejándome totalmente en la oscuridad.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda. —Maldecir en voz alta hace que me sienta mejor.

Doy unos pocos dubitativos pasos en dirección a la linterna, manteniendo mis brazos extendidos frente a mí para que no pueda colisionar contra nada. Después de arrastrar un poco los pies, caigo de rodillas, destrozando instantáneamente mis pantalones de casa favoritos mientras la humedad se filtra a través del tejido. Cepillo mis manos en el lodo frente a mí, tratando de no pensar demasiado en lo que estoy tocando. La lluvia va directa a mis ojos. La lana de mi sudadera se adhiere a mi piel, y esto huele a perro mojado. Estoy temblando incontrolablemente. Esto es lo que pasa cuando tratas de ayudar a la gente. Consigues joderte. Siento cómo un nudo se construye en mi garganta.

A fin de distraerme de esta fusión total, pienso en lo que Lindsay diría si estuviera junto a mí en mitad de la noche en medio de un bosque que se extiende a quién sabe cuantas millas en medio de una lluvia torrencial, si me viera removiendo la tierra como un topo loco, completamente cubierta de lodo.

—Samantha Kingston —diría, sonriendo—. Siempre supe que en el fondo eras una chica muy sucia.

Ese pensamiento sólo me alegra por un segundo. Lindsay no está aquí conmigo. Lindsay probablemente está fuera con Patrick en una cálida habitación con ambiente muy seco ahora mismo, o dando una vuelta con un nuevo conjunto adelante y hacia atrás y preguntándose en voz alta si es por eso que he estado actuando tan estúpidamente. Estoy completamente pérdida, miserable por completo, totalmente sola. El dolor en la garganta se intensifica hasta que siento como si hubiera un animal clavando las uñas, tratando de salir de mi garganta.

Y de repente estoy enojada con Juliet, tan enfadada que podría golpearla. No entiendo cómo puede ser tan egoísta. No le importa nada, no importa cuán mal están las cosas, ella tiene una elección. No todos tienen tanta suerte.

Fue entonces cuando oigo el sonido más hermoso que he escuchado durante todos mis diecisiete años de vida (más los cinco días de vida después de la muerte).

Oigo tocar la bocina.

El sonido está muy lejos, y se desvanece tan pronto como empieza, un gemido en la noche como alguien que por exceso de velocidad se apoya en la bocina. Estoy más cerca de la carretera de lo que pensaba.

Me abro paso sobre mis pies para ir lo más rápido posible hacia la fuente del sonido, manteniendo los brazos extendidos como una momia, golpeando las ramas y manchándome con las húmedas ramas de los árboles de hojas de perenne. Mi corazón late con fuerza por la emoción, y me esfuerzo por oír un sonido, cualquier otro ruido, que me guíe. Después de un minuto o así escucho otra bocina, esta vez más cerca. Podría llorar de alivio. Un minuto más y oigo el ruido sordo de un equipo de música, sintonizando y luego nuevamente cómo un coche acelera en la distancia. Un minuto más y puedo ver, débilmente a través de los árboles, el resplandor de la luz de las farolas. Encontré la carretera.

Cuando estoy más cerca de las luces y los árboles, puedo ver un poco mejor, y me pongo en reserva a mí misma. Estoy tan ocupada fantaseando con pilas y pilas de mantas, que voy a tomar una sola de ellas cuando haya podido encontrar la casa, chocolate caliente, zapatillas y una ducha caliente, que no veo a Juliet Sykes hasta el último momento, cuando estoy a punto de tropezar con ella.

Está acurrucada a siete u ocho pies de distancia de la carretera, con los brazos envueltos alrededor de sus rodillas. El agua ha convertido su top blanco en algo totalmente transparente, puedo ver su sujetador de rayas y todos los huesos de su columna vertebral. Estoy tan sorprendida de verla tan fuera de su estilo; que me olvido, momentáneamente, de que ella es la única razón por la que estoy aquí, en primer lugar.

—¿Qué estás haciendo? —digo, en voz alta sobre la lluvia.

Ella me mira. Las farolas iluminan su rostro. Sus ojos están opacos. —¿Qué estás haciendo? — Me repite como un loro.

—Yo… um, en realidad buscándote —. Su rostro no registra ninguna emoción, ni sorpresa, ningún choque, ningún enojo, nada. Le digo —¿No tienes frío?

Ella niega con la cabeza, a duras penas, y continua mirándome con esos ojos apagados, cansados. Esto no es como me imaginaba que sería. Pensé que sería feliz de haber venido a buscarla, incluso que estaría agradecida. O tal vez ella estaría fuera de sí. En cualquier caso, pensé que haría alguna cosa.

—Escucha, Juliet... —apenas puedo hablar, con mis dientes castañeando tanto que hacen daño—. Es casi la una de la madrugada y hace mucho frío por

aquí. ¿Tal vez quieras venir a mi casa un rato? ¿Y hablar? Sé lo que pasó allí. —Señalo en dirección a la casa de Kent—. Y me siento realmente mal por ello.

Sólo quiero que ella suba al maldito coche, pero es verdad, me siento tan mal.

Juliet me mira durante unos segundos, la lluvia borra los escasos metros entre nosotras. Ella comienza a ponerse de pie, y estoy segura de que vendrá, pero de pronto ella se da vuelta y da varios pasos hacia el camino.

—Lo siento —dice ella. Su voz no se disculpa, sin embargo. Es plana.

Extiendo la mano y agarro su muñeca. La siento increíblemente diminuta en mi mano, como esa vez que me encontré con un pajarito cerca de Goose Point, y lo recogí en las palmas de la mano, jadeando, agitando la respiración y al final se murió allí. Juliet no se separa, pero se queda mirando mi mano como si fuera una serpiente a punto de morderla.

—Oye — vuelvo a intentarlo—. Escucha. Sé que esto va a parecer una locura, pero... —El viento corre por entre los árboles y ahora libera una descarga de lluvia—. Tengo la sensación de que tenemos algo en común, tú y yo. Si pudiéramos ir a algún lugar y hablar de ello...

—No voy a ir a ninguna parte —dice Juliet. Ella se queda mirando a la carretera, y me parece ver una pequeña y triste sonrisa jugando en sus labios. Luego ha desaparecido.

He estado fuera mucho tiempo. Mi mente está a punto de paralizarse. Nada tiene sentido, imágenes curiosas están parpadeando a través de mi cabeza, un rollo de estrambóticas y fantásticas cosas calientes. Una piscina llena de humeante chocolate caliente. Una pila de mantas apiladas hasta llegar a la azotea de casa. Y una parte de mí solo piensa que da lo mismo. Que haga lo que ella haga, mañana habrá un gran retroceso de todos modos.

Pero hay una gran parte de mí, mi madre solía llamarlo "mi yo interno", que dice que ella me debe esto. Estoy cubierta de barro, estoy a temperaturas bajo cero, y la mitad de la población de Jefferson piensa que soy una loca en pijama.

—¿Qué tal si voy a tu casa? —Me imagino que tendrá que volver allí con el tiempo. Ella me mira extrañada, y por un instante me siento como si estuviera escudriñando directamente a través de mí.

—¿Por qué haces esto? —dice ella.

Tengo que gritar aún más fuerte que antes. Los coches están empezando a salir de la calzada de Kent, rápidamente hacia nosotras en la carretera mojada.

—Yo... yo quiero ayudarte.

Ella niega con la cabeza, un gesto infinitesimal.

—Te odio.

Ella se está acercando cada vez más a la carretera, y me está haciendo poner muy nerviosa. Un coche viene por la carretera hacia nosotras, bombeando bajo. Brilla cuando pasa por debajo de la farola, y sólo puedo

distinguir la silueta de alguien riendo. En algún lugar a mi derecha, oigo mi nombre, pero es difícil oír más por la lluvia golpeando.

—No te odio. No te conozco. Pero me gustaría cambiar eso. Empezar de nuevo —estoy casi gritando ahora. No estoy segura de si todavía me escucha.

Ella dice algo que no se oye. Otro coche pasa, como una bala de plata.

—¿Qué?

Juliet vuelve la cabeza una fracción de pulgada y dice, más fuerte:

—Tienes razón. Tú no me conoces.

Otro coche. Una risa resuena a su paso. Alguien tira una botella de cerveza en el bosque y se hace añicos. Entonces, estoy segura de que oigo a alguien decir mi nombre, aunque no puedo decir exactamente de qué dirección proviene. Los alaridos del viento, y de repente me doy cuenta de que sólo esta Juliet, a una media pulgada de la carretera, balanceándose sobre la delgada línea donde comienza el pavimento, como si estuviera en equilibrio sobre una cuerda floja.

—Tal vez deberías retirarte de la carretera —digo, pero todo el tiempo en la parte posterior de mi cabeza, hay una idea cada vez mayor y la inflamación, un descubrimiento horrible, repugnante, reuniendo y tomando forma como las nubes en el horizonte. Oigo mi nombre. Y luego, todavía a lo lejos, oigo el ronco gemido de la canción *With or Without You* desde el coche de alguien.

—¡Sam! ¡Sam! —Lo reconozco como la voz de Kent ahora.

And you give yourself away, and you give yourself away…

Juliet se vuelve hacia mí de cara entonces. Ella sonríe, pero es la sonrisa más triste que he visto nunca.

—Quizá la próxima vez —dice—. Pero, probablemente, no.

—Juliet —trato de decir, pero el nombre queda capturado en la garganta. Siento cómo el miedo me ha petrificado. Quiero decir algo, moverme, extender la mano y agarrarla, pero el tiempo pasa tan rápido, a continuación, de repente explota como la música de los altavoces y se hace más fuerte y una ráfaga plateada del Range Rover desde la oscuridad. Como un pájaro o un ángel, como si estuviera tirándose por un acantilado, Juliet levanta los brazos y se precipita a la carretera, y hay un grito desgarrador el aire y un crujido repugnante, y no es hasta que el cuerpo de Juliet vuela hacia los lados el capó del coche de Lindsay y el terreno arrugado boca abajo en la carretera, y los faros del Range Rover en el bosque, colisionando, estrellándose, chocando contra un árbol, y largas cintas de humo y las llamas que comienzan lamiendo el aire, hasta que me doy cuenta que estoy gritando.

Kent me alcanza entonces.

—Sam —dice sin aliento, con sus ojos buscando mi cara—. ¿Estás bien?

—Lindsay —susurro. Es lo único que puedo pensar en decir—. Lindsay, Elody y Ally están en ese auto.

Él se gira hacia la carretera. Pilares negros de humo se elevan sobre los bosques. Desde donde estamos parados sólo podemos ver el estropeado parachoques de metal, alzándose como un dedo sobre el badén de la tierra.

—Espera aquí —dice. Es un milagro, pero suena tranquilo. Corre a la carretera, sacando su teléfono, y lo escucho gritando direcciones a alguien en el otro lado de la línea. *Ha habido un accidente, fuego. Ruta 9, justo pasando Devon Drive.* El se arrodilla cerca del cuerpo de Juliet. *Al menos una persona herida.*

Otros autos están chirriando para detenerse ahora. La gente sale de sus carros dudosamente, todos repentinamente sobrios, todos hablando en susurros, mirando el diminuto cuerpo derribado en la carretera, el fuego y el humo lamiendo el bosque. Emma McElroy hace un chirrido para detenerse y sale con sus manos ahuecadas sobre su boca, los ojos saltando fuera de su cabeza, dejando la puerta de su Mini abierta y la radio tocando. La canción "Hot in Herre" de Nelly truena a través de la noche, y la normalidad de ello es lo más horrible de todo. Alguien chilla:

—Por amor de Dios, Emma, apaga eso.

Emma regresa a gatas al auto y después hay silencio excepto por el golpeteo de la lluvia, y los sonidos de alguien sollozando en voz alta.

Siento que estoy en un sueño. Me mantengo tratando de moverme, pero no puedo. Ya ni siquiera siento la lluvia. No siento mi cuerpo.

Sólo hay un pensamiento girando, girando y girando alrededor de mi cabeza: el rayo blanco justo antes de que giráramos en la abierta boca del bosque, Lindsay gritando algo que no pude entender del todo.

No "siéntense" ni "mierda" ni "miren".

Sino Sykes.

Entonces, un largo y agudo lamento viene del otro lado de los bosques, y Lindsay sale tropezando a la carretera, su boca abierta y las lágrimas corriendo por su cara. Kent está allí, sosteniendo a Ally que está cojeando y tosiendo, pero se ve bien.

Lindsay está gritando:

—¡Ayuda!¡Ayuda! ¡Elody está todavía allí! ¡Alguien que la ayude! ¡Por favor!

Ella está tan histérica que sus palabras salen juntas, transformándose en el aullido de un animal. Ella se hunde en el pavimento y solloza, con la cabeza entre sus manos. Entonces, otro lamento se le une: las sirenas a la distancia.

Nadie se mueve, todo comienza a suceder en cortos y agitados estallidos (al menos, eso es lo que me parece a mí) como si estuviera viendo una película mientras una luz estroboscópica se enciende y se apaga. Más y más estudiantes congregándose bajo la lluvia, de pie, tan tranquilos y silenciosos como estatuas. Las luces de la policía cambian, encendiendo la escena de rojo, luego de blanco, luego rojo, después blanco. Figuras en uniforme, una ambulancia, una camilla, dos camillas. El cuerpo de Juliet acostado pulcramente, diminuto y frágil, justo como el ave de todos estos años atrás. Lindsay vomita mientras la segunda camilla levanta un cuerpo de la totalidad del auto, y Kent acaricia su espalda. Ally solloza con la boca abierta, lo cual es raro, porque no escucho ningún sonido. En algún punto, levanto mis ojos al cielo y veo que la lluvia se ha transformado en nieve, gruesos y blancos copos de nieve se arremolinan en la oscuridad como si fuera mediante magia. No tengo idea de cuánto tiempo he estado allí parada. Estoy sorprendida de que cuando miro de nuevo a la carretera, apenas queda alguien en absoluto, sólo unos cuantos extraños y un solitario carro de policía, y Kent, saltando de arriba abajo para mantenerse caliente, hablando con un oficial. La ambulancia se ha ido. Lindsay se ha ido. Ally se ha ido.

Luego Kent está de pie delante de mí aunque no lo vi moverse. *¿Cómo haces eso?* Trato de decir, pero nada sale.

—Sam —Kent está hablándome, y tengo la sensación de que él ha dicho mi nombre más de una vez. Siento una sensación de un apretón y me toma un segundo darme cuenta de que él tiene su mano sobre mi brazo. Me toma un segundo darme cuenta que aún tengo brazos, y en ese momento es como si volviera a mi cuerpo, y la fuerza de todo lo que he visto me golpea y mis piernas se doblan y me desplomo hacia delante. Kent me atrapa, me sostiene.

—¿Qué sucedió? —susurro, aturdida—. ¿Elody está...? ¿Juliet...?

—Shhh. —Sus labios están cerca de mi oído—. Te estás congelando.

—Tengo que encontrar a Lindsay.

—Has estado aquí afuera por más de una hora. Tus manos están como el hielo —él se quita el pesado suéter que trae puesto y me cubre con él. Hay copos blancos en sus pestañas. Pasa su mano gentilmente bajo mis codos y me conduce de regreso al camino—. Vamos. Vayamos a ponerte cálida.

No tengo la fuerza para argumentar. Lo dejo guiarme de vuelta a la casa. Sus manos nunca me dejan, y aunque apenas y roza mi espalda, siento que sin él, caería.

* * * *

Parecía como si hubiéramos vuelto a la casa de Kent sin ni siquiera movernos. Entonces vamos a la cocina, él me saca una silla y me siento en ella. Sus labios se están moviendo y su tono es conformista, pero no puedo entender

nada de lo que dice. Luego hay una gruesa manta sobre mis hombros y un fuerte dolor en mis dedos de las manos y los pies como si estuvieran volviendo en sí, como si alguien me estuviera clavando agujas calientes y afiladas. Aún así, no puedo parar de temblar. Mis dientes castañean juntos con un ruido de dados vibrando en una taza.

Los barriles aún están en la esquina, y hay vasos medio vacios por todas partes, y colillas de cigarros nadando en ellos, pero la música está apagada y la casa se siente totalmente diferente sin gente en ella. Mi mente se enfoca en un montón de pequeños detalles, rebotando de uno a otro como una pelota de ping-pong: el exagerado letrero sobre el fregadero que dice, "Martha Stewart no vive aquí"; las fotografías puesta en el refrigerador, de Kent y su familia en alguna playa, de un pariente que no conozco, de viejas postales desde Paris, Marruecos, San Francisco; una serie de fotos colocadas detrás de la vitrina de cristal, con eslóganes como "Amamos la cafeína" o "Agárrame" y "Es la hora del té".

—¿Una nube o dos? —dice Kent.

—¿Qué? —Mi voz suena ronca y extraña. Todos mis otros sentidos vuelven en un torrente: oigo el siseo de la leche calentándose en una tetera; enfoco la cara de Kent, dulce y preocupada, un poco de nieve se derrite en su enmarañado cabello marrón. La manta alrededor de mis hombros huele como a lavanda.

—Pondré un par —dice Kent, dándose la vuelta hacia la cocina. En un minuto había una descomunal taza (ésta dice: "Una casa es donde esté el chocolate") humeante en frente de mí, llena con espumoso chocolate caliente, del real, no del tipo que tu tomas de un paquete, y grandes, borlas de nubes. No sé si lo había pedido en voz alta o él había leído mi mente.

Kent se sienta frente a mí en la mesa y me mira dar un sorbo. Está delicioso, lo suficientemente dulce y lleno de canela y algo que no puedo identificar, y bajo la taza con las manos ligeramente más firmes.

—¿Dónde está Lindsay? —digo mientras la escena regresa a mí: Lindsay de rodillas en frente de todo el mundo, levantándose. Debía de haber estado fuera de sí, Lindsay nunca haría algo como eso en público—. ¿Está bien?

Kent asiente, sus ojos están fijos en mi cara.

—Lindsay está bien. Ella ha ido al hospital para que la revisen por el shock y esas cosas. Pero va a estar bien.

—Ella... Juliet vino tan rápido. —Cierro mis ojos, imaginando la blanca imagen borrosa, y cuando los abro, Kent parece como si interiormente se estuviera rompiendo—. ¿Ella… quiero decir, Juliet está…?

Él sacude su cabeza una vez.

—No había nada que pudieran hacer —dice, tan bajo que si no llego a saber que él está hablando nunca le habría oído.

—La vi… —empecé a decir y encontré que no podía—. Tenía que haberla agarrado. Estaba tan cerca.

—Esto fue un accidente. —Kent mira hacia abajo. No estoy segura de que él realmente lo crea.

No, no fue así, quiero decir. Pienso en su extraña media sonrisa mientras ella dice: *Tal vez la próxima vez, pero probablemente no*, y cierro mis ojos, deseando alejar ese recuerdo.

—¿Qué hay sobre Ally? ¿Está bien?

—Ally está bien. No tiene ni un arañazo. —La voz de Kent se hace más fuerte, pero no hay una réplica en ella, y entiendo que está tratando de que deje de habla, ya que no quiere que le pregunte lo que voy a preguntar.

—¿Elody? —Mi voz sale en un susurro.

Kent mira lejos. Un músculo se mueve en su mandíbula.

—Ella iba en el asiento de delante —dice finalmente, como si cada palabra doliera, y pienso en Elody inclinándose y gimiendo: *¿Por qué Sam siempre va en el asiento del copiloto?*—. El lado del pasajero se llevó el peor golpe.

Me pregunto si eso es lo que les explicaron a mis padres en el hospital, la colisión, el lado del pasajero, el impacto.

—¿Ella está…? —No puedo decir la palabra.

Él me mira como si estuviera a punto de llorar. Parece mayor de lo que jamás lo he visto, sus ojos son oscuros, llenos y tristes.

—Lo siento tanto, Sam —dice en voz baja.

—¿Qué estas diciéndome? —Aprieto los puños con tanta fuerza que puedo sentir mis uñas clavándose en mi piel—. Estás diciendo que ella... que ella está...

Me rompo, sin poder decirlo. Decirlo hará que sea real.

Kent se ve como si cada palabra fuera algo afilado que él tuviera que hacer pasar por su estomago.

—Fue... habría sido instantáneo. Sin dolor.

—¿Sin dolor? —repito, con la voz temblando—. ¿Sin dolor? No sabes eso. No puedes saberlo. —Siento un nudo en mi garganta—. ¿Es lo que dicen? ¿Dicen que fue sin dolor? ¿Como si fuera pacífico? ¿Como si estuviera bien?

Kent alcanza mi mano a través de la mesa.

—Sam...

—No. —Arrastro mi silla lejos de la mesa y me pongo de pie. Mi cuerpo entero está vibrando de rabia—. No. No me digas que va a estar bien. No me digas que no la hirió. Tú no lo sabes, no tienes ni idea, ninguno de ustedes tiene alguna idea de lo mucho que duele. Duele...

Ni siquiera estoy segura si estoy hablando de Elody o de mí. Kent se levanta y envuelve sus brazos a mí alrededor. Me encuentro con la cabeza enterrada en su hombro, sollozando. Me mantiene estrechamente presionada contra él, y está haciendo pequeños sonidos en mi cabello y, antes de dejarme llevar por todo y sucumbir a la oscuridad inundándome, tengo el pensamiento más extraño y tonto: que mi cabeza encaja perfectamente en el hombro de Kent.

Entonces el pensamiento de Elody y Juliet se vuelve demasiado, y un pesado velo cae sobre mi mente, y lloro. Es la segunda noche seguida que pierdo totalmente el control delante de Kent, aunque, por supuesto, él no podría saber eso. Debería estar agradecida de que él no recuerda que tan sólo anoche nos sentamos juntos en una habitación oscura, con nuestras rodillas casi tocándose; pero, por el contrario, eso me hace sentir más sola. Estoy perdida en una bruma, en una neblina, y en algún punto, cuando comienzo a volver, me doy cuenta de que Kent está literalmente sosteniéndome. Mis pies están a penas rozando el piso.

Su boca está enterrada en mi cabello y siento su aliento cerca de mi oreja. Un zumbido de electricidad pasa a través de mí, lo que me hace sentir fatal y más confundida que nuca. Me alejo, poniendo un poquito de espacio entre nosotros. Aunque él mantiene sus brazos a cada uno de mis costados, sosteniéndome, y me alegro. Él es sólido y cálido.

—Sigues helada —dice. Pone el dorso de su mano contra mi mejilla durante un milisegundo pero, cuando la retira, puedo sentir el contorno de su mano, como si me hubiera escaldado—. Tu ropa está empapada.

—Ropa interior —digo impulsivamente.

Él frunce el ceño.

—¿Qué?

—Mi... um, ropa interior. Es decir, mis pantalones y mi chaqueta y mi ropa interior... están todos llenos de nieve. Bueno, la mayoría está derretida ahora. Es realmente fría.

Estoy demasiado agotada para preocuparme por sentirme avergonzada. Kent sólo se muerde el labio y asiente.

—Quédate aquí —dice—. Y bébetelo todo.

Asiente hacia el chocolate caliente.

Me guía de vuelta a la silla y desaparece. Estoy aún temblando, pero al menos puedo sostener la taza sin derramarla por toda la mesa. No pienso en nada excepto el movimiento de la taza hacia mis labios y en el sabor del cacao, el tic-tac de un reloj con forma de gato y la blanca nieve acumulada afuera de las ventanas. En pocos segundos, Kent está de regreso con una enorme chaqueta, unos pants desteñidos y unos bóxers a rayas.

—Son míos —dice, y entonces su pone de color rojo brillante—. Quiero decir, no son míos. No los he usado todavía o algo. Mi mamá los compró para mí... —Se da cuenta y traga—. Es decir, los compré para mí como por el martes. Todavía tienen la etiqueta puesta y todo.

—¿Kent? —lo interrumpí.

Él inhala.

—¿Sí?

—Lo siento mucho, pero... ¿te importaría estar en silencio? —Hago un gesto hacia mi cabeza—. Mi cerebro está lleno de pelusa.

—Lo siento —exhala—. No sé qué decir. Desearía... desearía que hubiera más.

—Gracias —digo. Sé que él está haciendo un esfuerzo y me las arreglo para esbozar una débil sonrisa.

Él deja la ropa sobre la mesa, con una enorme y mullida toalla blanca.

—No sabía... Pensé que si aún tenías frío podrías tomar una ducha.

Se sonroja en la palabra "ducha".

Niego con la cabeza.

—De verdad, sólo quiero dormir.

Me he olvidado de dormir y siento una enorme carga cuando digo: todo lo que quiero es dormir.

Tan pronto como caiga dormida, esta pesadilla se acabará.

Aún así, un agitado sentimiento de ansiedad se eleva dentro de mí. ¿Qué tal si el día no se rebobina esta vez? ¿Qué tal si esto es todo? Pienso en Elody y siento el chocolate caliente subiendo por mi garganta.

Kent debe ver la expresión en mi cara porque se agacha de manera que nuestros ojos estén al mismo nivel.

—¿Puedo hacer algo? ¿Puedo conseguirte algo?

Sacudo mi cabeza, tratando de no llorar de nuevo.

—Estaré bien. Es sólo... el shock. —Trago con fuerza—. Sólo quiero... sólo quiero rebobinar, ¿sabes?

Él asiente una vez y pone sus manos sobre las mías. No las retiro.

—Si pudiera hacerlo mejor, lo haría —dice.

De alguna forma, es la cosa estúpida y obvia que decir, pero la manera en que lo dice, tan honesto y simple como si fuera lo más verdadero que hay, hace que las lágrimas me escuezan en los ojos. Tomo la ropa y la toalla, y salgo al pasillo, hacia el baño en el que entramos para encontrar a Lauren. Entro y cierro la puerta. La ventana está todavía abierta y ráfagas de nieve entran arremolinándose. Cierro la ventana. Me hace sentir mejor, como si ya estuviera empezando el proceso de borrar lo que sucedió esta noche. Elody estará bien.

Después de todo, yo era la que se suponía debía estar en el asiento delantero.

Cuelgo la toalla de mano que Juliet dejó cerca del lavabo y me quito mi ropa, temblando. La ducha es demasiado difícil de resistir después de todo, y enciendo el agua tan alta y tan caliente como es posible, y entro. Es una de esas duchas tipo selva tropical donde el agua se derrama sobre ti directo desde arriba, en un largo y directo chorro. Cuando golpea las baldosas de mármol bajo mis pies, levanta grandes nubes de vapor. Me quedo bajo el agua tanto tiempo que mi piel se arruga.

Me pongo la chaqueta de Kent, que es súper suave y huele como a detergente y, por alguna razón, césped recién cortado. Luego le quito la etiqueta al bóxer y deslizo mis piernas en ellos. Son demasiado grandes para mí, obviamente, pero me gusta lo limpios y frescos que se sienten en mi piel.

Los únicos otros bóxers que he visto son los de Rob, usualmente arrugados en el piso o metidos bajo su cama y manchados con cosas que no tengo deseo alguno de identificar. Por último, me pongo los pants que se juntan en mis pies. Kent me ha dado calcetines también, del tipo que son grandes y esponjosos. Enrollo toda mi ropa y la dejo justo afuera de la puerta del baño.

Cuando regreso a la cocina, Kent está de pie allí, exactamente como lo dejé. Algo destella en sus ojos cuando entro, pero no estoy segura de lo que es.

—Tu cabello está mojado —dice suavemente, pero lo dice como si en realidad estuviera diciendo algo más.

Bajo la mirada.

—Me di una ducha, después de todo.

El silencio se extiende entre nosotros por unos cuantos latidos. Entonces, él dice:

—Estás cansada. Te llevaré a tu casa.

—No —digo más enérgicamente de lo que pretendía, y Kent parece sobresaltado—. No.... Quiero decir, no puedo. No quiero ir a casa en este momento.

—Tus padres... —Kent se calla.

—Por favor.

No sé qué sería peor: si el que mis padres ya hayan escuchado y estén sentados allí esperándome, esperando interrogarme y hacerme preguntas y hablar sobre hospitales por la mañana y de terapeutas para ayudarme a enfrentarlo; o el que no lo hayan escuchado todavía y llegue a una casa oscura.

—Hay un cuarto de invitados aquí —dice Kent. Su cabello finalmente está secándose en pequeños mechones y ondas.

—Nada de cuartos de invitados. —Sacudo mi cabeza resueltamente—. Quiero estar en una habitación de verdad. Una habitación que alguien ocupe.

Kent me mira por un segundo y luego dice:

—Ven conmigo. —Alcanza mi mano mientras pasa y lo dejo tomarla. Subimos las escaleras y caminamos por el pasillo hacia la habitación con todas las calcomanías de parachoques pegadas. Debería haber sabido que era la suya. Pelea un poco con la puerta.

—Está atacada —explica.

Y finalmente la abre. Inhalo nítidamente. El aroma es el mismo que anoche cuando estuve aquí con Rob, pero todo es diferente, la oscuridad luce más suave de algún modo.

—Dame un segundo.

Kent aprieta mi mano y se aleja. Escucho el crujir de cortinas y jadeo: repentinamente, tres enormes ventanas, extendiéndose desde el piso hasta el techo y ocupando una pared entera, son reveladas. Él no ha encendido la luz, pero bien podría haberlo hecho. La luna es enorme y luminosa y pasa a través de toda la deslumbrante nieve blanca, haciéndose más brillante. Toda la habitación está bañada en una luz hermosa y plateada.

—Es increíble —digo. Exhalo; ni siquiera había notado que estaba conteniendo el aliento.

Kent sonríe rápidamente. Su rostro es perfilado por la luz de la luna.

—Es genial de noche. Aunque no tan genial al amanecer. —Él comienza a cerrar las cortinas.

—Déjalas abiertas —chillo, y entonces añado—: Por favor.

Me siento de repente tímida.

La habitación de Kent es enorme y huele como esa increíble mezcla de detergente extra suave marca Downy y césped cortado. Es el olor más fresco en el mundo, el olor de abrir ventanas y de sábanas frescas. Anoche no pude divisar nada excepto la cama. Ahora veo que la habitación está revestida completamente con estanterías de libros. Hay un escritorio en la esquina, amontonado con una computadora y más libros. Hay fotografías enmarcadas en las paredes, borrosas figuras moviéndose, pero no puedo divisar los detalles. Un monstruoso puf [1] está en una esquina y Kent me atrapa mirándolo.

—Lo he tenido desde séptimo grado —dice. Creo que se ve ruborizado en la oscuridad.

—Yo solía tener uno así —digo. No añado por qué lo tiré: porque Lindsay dijo que parecía una teta grumosa. No puedo pensar en Lindsay ahora, o en Ally. Definitivamente, no puedo pensar en Elody.

Kent corre las sábanas en su cama y luego retrocede, volviendo la espalda de manera que yo tenga algo de privacidad. Subo a la cama y me acuesto, con mis extremidades pesadas y dolorosamente rígidas, sintiéndome un poco cohibida pero tan entumecida con el cansancio que no me importa. Hay una cabecera de madera curveada y un pie de cama a juego, y tan pronto como estoy tumbada, me recuerda a estar en un trineo. Inclino la cabeza de manera que pueda ver la nieve cayendo, y entonces cierro los ojos, imaginando que estoy volando a través del bosque de camino a algún buen lugar: una elegante casa blanca en la distancia con velas ardiendo en sus ventanas.

—Buenas noches —susurra Kent. Estaba tan tranquila que me había olvidado que estaba allí de pie.

Abro los ojos y me apoyo en un codo.

—¿Kent?

—¿Sí?

—¿Puedes quedarte conmigo aunque sea un ratito?

Él asiente con la cabeza, y tira de la silla del escritorio hasta acercarla junto a la cama, sin hablar. Se mete las rodillas hasta la barbilla y me mira. La luz de luna que entra por la ventana vuelve su pelo plateado.

—¿Kent?

—¿Sí?

—¿Crees que es extraño que esté aquí contigo? —Cierro los ojos cuando lo digo para no tener que mirarle a la cara.

—Soy el editor en jefe de los desaparecidos —dice—. Y una vez estuve trescientos sesenta y cinco días usando Crocs. No creo que haya nada de raro.

—Me olvidé de la fase Crocs —le digo. Finalmente estoy caliente bajo las sábanas, y siento el sueño acercándose a mí, como si estuviera de pie en una playa caliente con una suave marea tirando de los dedos de mis pies—. ¿Kent?

—¿Sí?

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

Hay silencio durante tanto tiempo, que empiezo a pensar que no va a contestarme. Imagino que puedo oír la nieve a la deriva en la tierra, que abarca todo el día, borrando y limpiando. Estoy demasiado asustada como para abrir los ojos, aterrada de que se rompa el hechizo, aterrorizada de que él me mire enojado o herido.

—¿Recuerdas el tiempo cuando estaba en segundo grado después de que mi abuelo muriera? —dice finalmente, hablando en voz baja y tranquila—. Me eché a llorar en el comedor y Howell Phil me llamó maricón. Eso sólo me hizo llorar más fuerte, aunque no sabía qué era un maricón. —Se ríe suavemente en la oscuridad.

Mantengo mis ojos cerrados, navegando con su voz. El año pasado Phil Howell fue encontrado semidesnudo con Sean Trebor en la parte trasera del BMW de su padre. Es curioso ver cómo salen las cosas.

—De todos modos, cuando le dije que me dejara solo, golpeó mi bandeja, y la comida salió volando por todas partes. Nunca lo olvidaré: teníamos puré de patatas y hamburguesas de pavo. Y tú te acercaste y recogiste las patatas del suelo con las manos y las tiraste hacia el rostro de Phil. Y entonces tomaste la hamburguesa de pavo y se la tiraste sobre la camiseta. Y dijiste: "Eres peor que la comida caliente". —Se ríe de nuevo—. Eso fue un gran insulto en segundo grado. Y Sean estaba tan sorprendido, y se veía tan ridículo allí de pie con el puré de patatas y cebolla untado todo sobre él, que apenas me eché a reír y reír, y era la primera vez que me había reído desde que había oído la noticia sobre mi abuelo. —Hace una pausa—. ¿Te acuerdas de lo que te dije ese día?

El recuerdo está ahí, un globo inflamado en alguna parte dentro de mí que pensé que estaba perdido, y toda la escena queda clara y perfecta ahora.

—Eres mi héroe —decimos los dos al mismo tiempo. No oigo moverse a Kent, pero de repente su voz está más cerca, y él encuentra mis manos en la oscuridad, y las ahueca entre las suyas.

—Prometí que después de ese día que iba a ser tu héroe, también, no importa cuánto tiempo tome —susurra.

Nos quedamos así por lo que se siente como horas, y todo el tiempo el sueño está arrastrándome, tirando de mí lejos de él, pero mi corazón está revoloteando como una mariposa, superando de nuevo los sueños y la oscuridad y la niebla hacinándose en mi cerebro. Una vez que me duerma, lo perderé. Pierdo este momento para siempre.

—¿Kent? —digo, y mi voz parece subir desde el interior de la niebla, tendiendo siempre a ir desde mi cerebro a mi boca.

—¿Sí?

—¿Prometes que te quedarás aquí conmigo? —digo.

—Lo prometo —susurra.

Y entonces, en ese momento, justo cuando ya no estoy segura de si estoy soñando o despierta o caminando en un valle, donde hay un lugar en el que todo lo que deseas se hace realidad, siento el temblor de sus labios en los míos, pero es demasiado tarde, estoy resbalándome, me he ido, se ha ido, y el momento en el que empiezo a escapar y regresa sobre mí misma como unas flores en la noche.

---

[1]PUFF: Asientos suaves rellenos de bolitas que se amoldan al cuerpo.

SEIS

Esta vez, cuando sueño, no hay sonido. Mientras caigo en la oscuridad, siento un campanilleo discordante, un tipo de musiquilla como la que se escuchas en la sala de espera de una consulta o en un ascensor y sin saber cómo, sé que el sonido procede de las tuberías camino de la conserjería del Thomas Jefferson.

Tan pronto como me doy cuenta de esto, pequeños puntos brillantes explotan atravesando la oscuridad, una galería, un zoom de todos los carteles de inspiración dudosa que la señora Gardner tiene en sus paredes, excepto que en mi sueño, todos me sobrevuelan un centenar de veces, cada uno del tamaño de una casa. En uno, Einstein aparece sobre las palabras: la gravedad no es responsable de la caída del amor. Otro tiene una cita de Thomas Edison: el genio es inspiración en 1 uno por ciento y en un 99 por ciento, transpiración. Estoy pensando en intentar coger uno de ellos y dilucidar si va a ser capaz de mantener mi peso, cuando giran más allá de un dibujo de un gato a rayas que está colgando de la rama de un árbol por sus uñas. Allí dice: colgar de aquí.

Y la cosa más divertida: tan pronto como lo veo, el silbido en mis oídos cesa y el sentimiento de terror desaparece, y me doy cuenta de que en todo este tiempo no he estado cayendo en absoluto. He estado flotando.

* * * *

La alarma que me despierta es el sonido más dulce que haya oído nunca. Me incorporo, con un intento de risa burbujeando en mi interior. Tengo el deseo de tocar todo lo que hay en mi habitación, las paredes, la ventana, el collage, las fotos que saturan mi escritorio, los vaqueros Tahari tirados en el suelo, incluso mi libro de texto de biología que la débil luz descubre sobre el alféizar de la ventana. Si llegase a asirlo con mis manos, lo besaría.

—Alguien está de buen humor —dice mi madre cuando llego a la planta baja.

Izzy está ya en la mesa delante de su bagel de mantequilla de cacahuete, mordisqueándolo lenta y cuidadosamente, como de costumbre.

—Feliz Día de Cupido —dice mi padre. Él está de pie en la cocina, esperando que mamá acabe los huevos del desayuno.

—Mis favoritos —digo, pasando rápidamente a robarle un mordisquito del bagel de Izzy.

Izzy chilla y palmotea mis manos. Yo le planto un gran beso descuidado, en su frente.

—Deja de babearme —dice.

—Hasta luego, burbujeante Lagarto [1] —le digo.

—No me llames lagarto. —Izzy lengüetea la mantequilla de cacahuete.

—Pareces un lagarto cuando haces eso.

—¿No quieres nada de desayuno, Sam? —demanda mi madre.

Yo nunca desayuno en casa, pero mamá todavía me pregunta todos los días, sobre todo si me levanto antes, y en ese momento me doy cuenta de cuánto me gustan las rutinas de cada día de mi vida: el hecho de que ella siempre me lo pregunte, el hecho de que yo siempre diga que no, porque hay una rosca de pan de sésamo que me espera en el coche de Lindsay, el hecho de que siempre escuche "*No Más Dramas*", mientras espera en el aparcamiento. El punto que mi madre da siempre a los espaguetis con albóndigas que cocina los domingos y el hecho de que, una vez al mes, mi padre se hace cargo de la cocina y hace su "guiso especial", que no es más que perritos calientes, frijoles al horno, un montón de salsa de tomate adicional y melaza, y que yo nunca admitiré, ni bajo tortura, que es una de mis comidas favoritas. Son esos pequeños detalles de mi vida, poco especiales, urdidos como el tejido a mano de una alfombra lo que realmente les hace únicos, esos pequeños fallos en las costuras, esas lagunas y saltos pequeños y entrecortados, que hacen que el patrón sea irrepetible.

---

[1] Juego de palabras: en el original Fizzy Lizard.

* * * *

Muchas cosas se convierten en preciosas cuando las miras realmente.

* * * *

—No quiero desayunar, gracias, pero… —Voy hacia mamá y la envuelvo con mis brazos. Ella grita, sorprendida. Supongo que hace un par de años que no la abrazo, excepto por el trámite obligado, de dos segundos, en los cumpleaños—. Te quiero.

Cuando me alejo, me mira como si yo acabase de anunciar que voy a dejar la escuela por el circo para convertirme en contorsionista.

—¿Qué? —dice papá, dejando una olla en el fregadero y limpiándose las manos en el paño de cocina—. ¿No hay amor para tu viejo?

Pongo los ojos en blanco. Odio cuando mi padre trata de "hablar como un adolescente", como él lo llama, pero no se lo tengo en cuenta. Nada me puede hacer caer hoy.

—Adiós, papá. —Dejo que me envuelva en uno de sus abrazos de oso infame. Me siento llena de amor, desde la parte superior de mi cabeza hasta el fondo de los dedos de los pies, una burbujeante sensación, como si alguien hubiese sacudido mis entrañas como una botella de Coca Cola.

Todo, los platos del fregadero, los bagel de Izzy, la sonrisa de mamá, se ven como más fuerte, como si estuviesen hechos de vidrio o como si lo estuviese viendo por primera vez. Es deslumbrante y lo que más deseo es darme la vuelta y tocarlo todo, asegurarme de que es real.

Si tuviera tiempo lo haría. Pasar las manos por la comida a medio comer y olerla. Quiero pasar mis dedos por el cabello de Izzy…

Pero no tengo tiempo. Es el Día de Cupido, Lindsay está fuera, y yo tengo asuntos que atender. Hoy tengo que salvar dos vidas: la de Juliet Sykes y la mía.

Hágase la luz

—¡Beep, beep! —Los gritos de Lindsay atraviesan la ventana, como si se escabullesen de la helada, succionando el aire frío de mis pulmones… amo la manera en que me quema, amo incluso el amargo olor a cigarrillo de Lindsay y el del tubo de escape concentrándose en el aire.

—¡Madre mía! ¿Cuánto? *

—Ahora que lo preguntas —digo dejándome caer en el asiento del pasajero—, más de lo que tú puedes permitirte [1].

Ella sonríe y me entrega mi café antes de que pueda alcanzarlo.

—Feliz Día de Cupido.

—Yo también te deseo Feliz Día de Cupido —le digo y brindamos con las tazas de espuma de poliestireno.

A ella también la veo más nítida que nunca. Lindsay, con su cara de ángel, su pelo rubio sucio, sus astilladas uñas esmaltadas en negro, su maltratada mochila de cuero Dooney & Bourke que siempre tiene una película de tabaco y la mitad de un Trident Original sin envoltura en la parte inferior. Lindsay, quien odia lo aburrido, siempre en movimiento, siempre corriendo. Lindsay, quien dijo una vez: "El mundo está en contra nuestra, nenas", borracha y serpenteante, con sus brazos alrededor de nuestros hombros cuando estábamos en el Arboreto, y realmente diciéndolo en serio.

Lindsay, mezquina y divertida, feroz y leal y… mía.

Me inclino siguiendo un impulso y le doy un beso en la mejilla.

—¡Vayaa! ¿Lesbiana después de tanto? —Lindsay se encoge de hombros y con uno de ellos se limpia el aceitoso brillo de labios de su mejilla—. ¿O simplemente practicando para esta noche?

—Tal vez ambas cosas —digo y ella se ríe mucho y en voz alta.

Tomo un sorbo de mi café. Quema y es el mejor café de todo Ridgeview, de todo el mundo. Dios bendiga a Dunkin's Donuts.

Lindsay parlotea acerca de cuántas rosas espera obtener y de si Marcy Posner, como de costumbre, irá a llorar al baño durante el quinto período porque Justin Streamer hace tres años que la descartó el Día de Cupido, dejándola así marcada, permanentemente, como sólo medio popular, mientras miro por la ventanilla y veo Ridgeview pasar como un borrón gris. Trato de imaginar cómo, en sólo unos meses, los árboles dispararán sus pequeños tallos hacia el cielo, con el aroma a flores y verde flotando por encima de todo como una niebla. Y luego, unos meses después de eso, todo el pueblo será una explosión de verde: árboles y pastos que se verán como si aún estuvieran mojados de pintura fresca. Me imagino que están esperando bajo la superficie del mundo, como las diapositivas en un proyector esperando a que les den la vuelta, y el verano ya estará aquí.

Y ahí está Elody, balanceándose en el césped sobre sus zapatos, sin camisa y con los brazos alrededor del pecho. Cuando la veo, radiante y viva, el alivio es tan grande que lanzo una enorme carcajada. Lindsay levanta las cejas hacia mí.

—Está congelada. —Suspiro, a modo de explicación.

Lindsay hace girar su dedo en su oreja.

—Está totalmente grillada por la cocoa Puffs.

—¿Alguien dijo cocoa Puffs? —dice Elody mientras entra en el automóvil—. Me estoy muriendo de hambre.

Me giro sobre mí misma para mirarla. Es todo lo que puedo hacer para evitar escalar por el respaldo y saltar sobre ella. Me siento con la imperiosa necesidad de tocarla, asegurarme de que realmente es real, está aquí y viva. De alguna manera, ella es la más valiente y la más delicada de todas nosotras. Me gustaría poder decirle esto de alguna manera.

—¿Qué? —Elody arruga la nariz hacia mí, y me doy cuenta de que la estoy mirando—. ¿Qué tengo? ¿Tengo pasta de dientes en la cara o algo así?

—No —digo, una y otra vez la risa brota de mí, aumentando en alegría y alivio. Quisiera revivir este momento una y otra vez—. Se te ve preciosa.

Lindsay se ríe, mirando a Elody por el retrovisor.

—Tienes unos bagels bajo tu culo, preciosa.

—Mmm, bagels al trasero. —Elody alcanza la bolsa y saca un bagel, aplastado, toma un bocado enorme de uno de ellos y dice—: Sabe a Victoria Secret.

—Sabe como una tanga de hilo dental — digo.

—Sabe como crac [2] —dice Lindsay

—Sabe como un pedo — dice Elody, y Lindsay escupe café en el tablero, comienzo a reír y no puedo parar, todo el camino al colegio vamos pensando en sabores para donas de trasero, y estoy pensando que esto, mi ida, mis amigas, pueden ser raras o absurdas, imperfectas o dañadas o cualquier cosa, pero eso nunca me ha parecido más perfecto.

Mientras estacionamos en el aparcamiento de la escuela, le grito a Lindsay que frene. Frena de golpe y Elody jura cuando el café se derrama sobre ella.

—¿Qué demonios? —Lindsay pone una mano en su pecho—. Me diste un susto de muerte.

—Oh... um. Perdón. Pensé que vi a Rob. —Más adelante estoy mirando al Chevrolet de Sarah Grundel dar la vuelta en el callejón de los alumnos de último año quince segundos antes de nosotras. El espacio para aparcar es minúsculo, un detalle, pero hoy no voy a hacer nada mal. No quiero darme ninguna oportunidad. Es como el juego que solíamos jugar cuando éramos pequeñas, donde teníamos que evitar todas las grietas de la acera o si no significaba que mataríamos a nuestras cuatro madres. Aunque no creyeras en eso, te asegurabas de que estabas pisando correctamente, sólo por si acaso—. Lo siento. Estaba equivocada.

Lindsay hace rodar sus ojos y enciende el coche de nuevo.

—Por favor, dime que no te trasformarás en una acosadora psicótica.

—Déjala en paz. —Elody se inclina hacia adelante y me golpea en el hombro—. Sólo está nerviosa por lo de esta noche.

Me muerdo el labio para evitar reírme. Si Lindsay y Elody tuvieran alguna idea de todo lo que de verdad está pasando por mi cabeza, ellas probablemente me tendrían comprometida. Toda la mañana, en cuanto cierro mis ojos, sigo imaginando la sensación de los labios de Kent McFuller rozando los míos, como la luz y las alas de las mariposas; del halo de luz rodeando sus rizos y la forma en que sus brazos se sentían cuando me estaba manteniendo en pie.

Reclino mi cabeza contra la ventana. Una sonrisa se refleja en mí, volviéndose más y más amplia mientras Lindsay conduce arriba y abajo por el callejón de los de último año, jurando porque Sarah Grundel agarró el último de los espacios en el aparcamiento.

En vez de seguir a Elody y Lindsay dentro del edificio principal, me alejo hacia el edificio A, donde está la oficina de la enfermera, murmurando una excusa de un dolor de cabeza. Ese es el sitio donde las rosas son almacenadas para el día de San Valentín, y tengo algunos ajustes que hacer. Bien, quizás mentir no es 100% kosher [3] en la escala de las buenas acciones (especialmente mentirle a tus amigas), pero es por una buena, muy buena causa.

La oficina de las enfermeras es larga y estrecha. Normalmente una doble fila de camillas corrían a todo lo largo, pero todas ellas habían sido eliminadas y reemplazadas por enormes mesas plegables. Las cortinas pesadas que usualmente mantenían el lugar oscuro como un cine habían sido corridas, y la habitación estaba literalmente brillando con la luz. La luz se reflejaba en los

accesorios de metal de las paredes y zigzagueaban locamente sobre las paredes blancas. Había rosas por todos lados, sobrepasando sus canastas, amontonadas en los rincones, unas pocas de ellas esparcidas por el suelo, los pétalos pisoteados, y si no sabías que había un principio organizativo en esto, y un propósito, podrías haber pensado que alguien había lanzado alguna clase de bomba de rosas.

La Sra. Devane, la cual usualmente vigilaba el día San Valentín, no está por ahí, pero hay tres Cupidos de pie sobre uno de los contenedores, riendo. Ellas saltan y retroceden corriendo hacia el fondo cuando entro. Obviamente, habían estado leyendo las notas. Es extraño pensar en eso, esos pequeños trozos de papel, un tijereteo de palabras, medio cumplidos, cumplidos ambiguos, promesas rotas, semi deseos y mini expresiones de lo que realmente quieres decir: ellos nunca dicen la historia completa, o al menos la mitad de ella. Una habitación llena de palabras que eran casi la verdad pero no completamente, cada nota aleteando en el tallo de su rosa como el ala rota de una mariposa. Ninguna de la chicas me habla y comienzo a caminar por el pasillo, escaneando los rótulos de las bandejas, buscando la S. dudo que alguien más haya irrumpido alguna vez en la habitación de las rosas, especialmente no un alumno de ultimo año.

Finalmente encuentro la bandeja marcada: St-Ta. Hay unas cuatro o cinco rosas para Tamara Stugen, otra media docena para Andrew Svork, y tres para Burt Swortney, quien tenía el nombre más desafortunado que había escuchado hace tiempo. Y ahí estaba: una rosa única para Juliet Sykes, con una nota enroscada delicadamente alrededor de su tallo. *Quizás el próximo año, pero probablemente no. Quizás el próximo año, pero probablemente no.*

—Um… ¿Puedo ayudarte con algo? —Una de las chicas avanza unos pocos pasos. Está retorciendo sus manos y se ve absolutamente petrificada.

La rosa de Juliet es delgada y joven, delicadamente ribeteada de rosa. Todos sus pétalos están cerrados. No ha florecido aun.

—Necesito rosas — digo—. Muchas de ellas.

---

[1]Lindsay la ve muy guapa y le pregunta cuánto valdría, como si un hombre preguntase a una prostituta cuánto por sus servicios y Sam le contesta a la broma.

[2]Kosher: comida que respeta los preceptos judíos

[3] Tipo de cocaína.

Correcciones y Ajustes

Dejo la habitación de las rosas sintiéndome con los nervios de punta y energética, como si recién me hubiera tomado tres cafés de mocha de Caffeine Rush en el Mall. Reemplacé la única rosa de Juliet por un enorme bouquet, dejé

ir cuarenta grandes por dos docenas, y una nota impresa en letras capitales que decía: "De tu admirador secreto". Estoy segura de que va a alegrar su día. Más que eso: estoy segura de que va a mejorar las cosas. Incluso tendrá más rosas que Lindsay Edgecombe. Comienzo a pensar en los ojos de Lindsay saliéndose de su cabeza cuando vea que a Juliet la ha vencido en el titulo de "La más saludada este año", y dejo salir un enorme bufido de risa justo en medio de Historia Americana. Todos se giran y me miran fijamente, pero no me importa. Esto debe ser como se siente cuando te drogas: la sensación de estar sobre todo, notándose nueva, fresca y encendida desde el interior. Excepto por la sensación de culpa, la resaca del día siguiente y la posible sentencia a prisión. Cuando el Sr. Tierney distribuye los exámenes sorpresa, paso el resto de los veinte minutos dibujando corazones y globos alrededor de las preguntas, y cuando él llega a retirar los papeles, se los entrego con una sonrisa tan brillante que él hace una mueca, como si no estuviera acostumbrado a ver a la gente feliz.

Toda la mañana estoy repasando por los pasillos, buscando a Kent. No estoy segura de lo que le diré si lo veo.

Realmente, no puedo decir nada. Él no sabe que pasamos las dos noches pasadas juntos, que ambas noches estuvimos tan cerca que si uno de nosotros hubiera respirado habríamos terminado besándonos, que la noche anterior pienso que podríamos haberlo hecho. Pero tengo esta increíble urgencia de estar alrededor de él, de verlo haciendo esas cosas familiares: sacando su pelo de sus ojos, sonriendo con esa sonrisa desviada, arrastrando sus zapatos ridículamente cuadriculadas, y metiendo sus manos dentro de las largas mangas de su camisa abotonada.

Mi corazón se lanza a mi garganta cada vez que creo ver su caminar galopante, o que capto la visión del pelo castaño al aire en un chico, pero nunca es él, y cada vez que no lo es, mi corazón hace la trayectoria inversa hacia el fondo de mi estómago.

Por lo menos estoy segura de verlo en cálculo. Después de las habilidades para la vida, me detuve en el baño, y pasé los tres minutos antes de que la campana sonara en frente del espejo, ignorando las conversaciones que hay a cada lado de mi, y tratando muy duro de no focalizarme en el hecho de que voy a estar cara a cara con el Sr. Daimler en menos de cinco minutos. Mi estómago se ha estado comportando como una montaña rusa muy seguido, una combinación de esperar a que Juliet reciba las rosas, esperando ver a Kent, y estar decepcionada, no estoy segura que pueda aguantar cuarenta y cinco minutos para tener que ver la sonrisa afectada, los cierre de ojos y el ceño fruncido del Sr. Daimler en clase. Eliminaré el recuerdo de la lengua de él dentro de mi boca, húmeda y resbalosa.

—Es tan perra. —Uno de los alumnos de segundo año está saliendo del baño, negando con la cabeza.

Por un segundo de paranoia estoy segura de que está hablando de mí, que de alguna forma ha leído mi mente, pero luego sus amigas explotan en risas con ella, y una de ellas dice:

—Lo sé.

Escucho que ha tenido sexo con, al menos, tres chicos del equipo de básquetbol, y me doy cuenta de que están hablando de Katie Carjullo.

La puerta de la cabina está abierta y la escritura de Lindsay es tan obvia. KC= WT. Y bajo eso: "Vuelve a tu camión, prostituta".

—No deberías creer todo lo que escuchas — escupo, y las tres chicas cierran instantáneamente sus bocas y me miran fijamente—. Es verdad —digo, sintiéndome más audaz ahora que tengo a una audiencia tan cautivada—. ¿Sabes cómo comienzan la mayoría de los rumores?

Las chicas niegan con la cabeza. Están paradas tan cerca que pienso que sus cráneos van a golpearse.

—Porque alguien siente ganas de hacerlo.

Entonces la campana suena, y las chicas de segundo año salen apresuradas por la puerta como si las hubieran dejado salir de clases. Me quedo de pie ahí, obligando a mis pies para que salgan por la puerta, avancen por el pasillo, que bajen por unas escaleras, doblen a la derecha y a cálculo, pero nada sucede. En vez de eso, estoy concentrada en la escritura de la puerta de la cabina, en como Ally rió y apuntó a la imitación de artista. KC= WT. Estoy muy segura que Lindsay lo escribió por capricho, cuatro miserables letras, estúpidas, sin sentido, probablemente para probar un nuevo marcador y ver cuánta tinta tenía... Casi hubiera sido mejor, si ella lo hubiera hecho a propósito. Hubiera sido mejor si de verdad odiara a Katie. Porque importaba. Había importado.

Sin pensar en el hecho de que en este momento estoy oficialmente tarde para cálculo, humedezco una tira de papel, sólo como un experimento, y comienzo a restregarlo contra la escritura en la puerta de la cabina. No desaparece. Pero como ya he comenzado, no puedo parar. Miro bajo el lavamanos y encuentro un paño Brillo y una botella de limpiador Comet.

Tengo que sujetar la puerta con una mano y apoyarme fuerte con la otra, frotando con furia, pero después de unos minutos el graffiti de la puerta se ha aclarado, y después de un momento más largo, casi no puedes ver las letras. Me siento tan bien una vez que las he eliminado de la primera puerta, que avanzo por la fila y froto las dos que quedan, aun cuando mi brazo está adolorido y acalambrado, que incluso he empezado a sudar un poco en mi camiseta sin mangas, mentalmente estoy maldiciendo a Lindsay todo el tiempo por sus caprichos, por usar un marcador permanente.

Cuando las tres cabinas están terminadas abro las puertas y miro sus reflejos en el espejo: blancas, limpias, sin escritos, de la forma en que las puertas de las cabinas deben ser. Y por alguna razón, me llena de tanto orgullo y felicidad que hago un pequeño paso de baile ahí, golpeteando mis tacones en el suelo de azulejos. Se siente como si estuviera retrocediendo en el tiempo y

hubiera corregido algo. Entre esto y las rosas de esta mañana no me había sentido tan viva, tan capaz de hacer cosas.

Hasta ese momento, he arruinado mi maquillaje, y pequeñas gotas de sudor están perladas en mi frente y en el puente de mi nariz. Salpico agua helada en mi rostro y la seco con el papel rasposo del baño, comenzando nuevamente con la máscara y el colorete en pétalos de rosa que Lindsay y yo usamos religiosamente. Mi corazón estaba golpeteando enloquecedoramente en mi pecho, en parte por regocijo, en parte por los nervios. El siguiente periodo es el almuerzo, y en el almuerzo es la hora de mostrarse.

* * * *

—¿Puedes parar de hacer eso? —Elody se inclina y presiona mis dedos que han estado haciendo ruido sobre la mesa—. Me estás volviendo loca.

—No te estás volviendo rexi, ¿verdad, Sam? —Lindsay señala mi sándwich, que he mordisqueado sólo por los bordes. Rexi es su palabra para anoréxica, aunque yo siempre he pensado que suena más como el nombre que le darías a un perro.

—Eso es lo que obtienes por ordenar la carne misteriosa. —Ally hace una mueca a mi Roast Beef, que he ordenado a pesar que su borde era inaceptable. Cosas que no importan cuando has vivido el mismo día seis veces y muerto en por lo menos dos de ellos: Carnes frías y su familiar frialdad.

Para mi sorpresa Lindsay responde por mí.

—Es la misteriosa carne, Al. El sabor del pavo como botones de zapato.

—Asqueroso —Elody está de acuerdo

—Siempre he odiado el pavo de aquí —Ally admite, y nos miramos y estallamos en carcajadas.

Se siente bien reírse, y el nudo en mis hombros se relaja. Aun así, mis dedos empiezan involuntariamente a tamborilear, moviéndose con voluntad propia. Estoy explorando cada persona que entra en la cafetería, buscando alternativamente a Kent (Es cómo, ¿que, él ya no come?). Y a Juliet sacudir su rubio cabello. Hasta ahora, nada.

—¿…A Juliet?

Había estado tan perdida pensando en Juliet, que por un segundo cuando oigo su nombre, pienso que sólo lo he imaginado, o peor, lo dije en voz alta. Pero luego veo a Lindsay mirando a Ally, y una extraña sonrisa curvándose en sus labios, y ahora ella debería estar preguntándose si Juliet obtuvo nuestra rosa. Olvido completamente que Ally y Juliet están juntas en Biología, y estoy de repente sin aliento. El cuarto parece inclinarse mientras espero que Ally responda: "Oh Dios mío, chicas es la cosa más rara... ella recibió el ramo de flores más grande... ella de hecho está sonriendo".

Ally pone una mano en su boca, sus ojos desorbitados.

—Oh mi Dios, chicas. Olvidé completamente decirles.

Unas manos caen sobre mis ojos y estoy tan liquidada que dejo salir un pequeño grito. Las manos huelen a grasa y, por supuesto, a bálsamo de limón. Lindsay, Ally y Elody estallan en carcajadas cuando Rob quita sus manos de mis ojos. Cuando volteo a mirarlo, él esta sonriendo, pero hay una tensión cerca a sus ojos y puedo decir que él no es feliz.

—¿Ahora me evitas? —él dice, jugando con la tira de mi top como si tuviera cinco años.

—No exactamente —digo tratando de sonar agradable—. ¿Qué quieres decir?

Él gira su cabeza hacia la máquina de sodas.

—He estado allá de pie, casi quince minutos. —Su voz era baja; él claramente no está feliz de tener esta conversación en frente de mis amigas—. No has mirado hacia allá ni has ido ni nada.

Tú me hiciste esperar más que eso, quiero decir, pero obviamente él no lo entendería. Además, lo veo arrastrando sus nuevos Sneakers, me doy cuenta que él no es realmente tan horrible. Sí, es egoísta y no demasiado inteligente y bebe mucho y coquetea con otras chicas y no puede quitar un sujetador ni por su propia vida, no sin mencionar lo que viene después, pero él crecerá algún día y hará a una chica realmente feliz.

—No te estoy ignorando, Rob, es sólo... —Soplo aire sobre mis mejillas. Nunca he roto con alguien antes y todos los clichés empiezan a correr en mi cabeza. No eres tú, soy yo (No, es él. Y yo). Es mejor que seamos amigos (Nunca seremos amigos)—. Las cosas entre nosotros han... —Él entrecierra los ojos como si tratara de leer en un idioma diferente.

—¿Recibiste mi rosa, cierto? ¿Quinta hora? ¿Leíste la nota?

Como si esto mejorara las cosas.

—De hecho —digo tratando de mantener la impaciencia en mi voz—. No recibí tu rosa, me salté la quinta hora.

—Señorita Kingston. —Al frente de la mesa, Elody pone las manos sobre su pecho y pretende estar en shock—. Estoy muy decepcionada de ti.

Más risas.

Le disparo una mirada y vuelvo a Rob.

—Pero ése no es el punto. El punto es...

—Yo no recibí una rosa de ti —Rob dice y puedo verlo lentamente, empezando a asociar todo: Algo está mal. Cuando Rob piensa casi puedes ver los engranajes trabajando en su cerebro.

Esta mañana hice uno que otro arreglo en el cuarto de la rosa. Me detuve en la C y cuidadosamente saqué las rosas de Rob saltando justo a la rosa de Gabby Haynes, su ex novia, que dice: *¿Cuándo vamos a salir como prometiste, sexy?* Y remuevo la que es para mí, con la pequeña nota paso horas agonizando.

Lindsay palmea el brazo de Rob, aún pensando que es una broma.

—Sé paciente Rob —ella dice guiñándole un ojo—. Tu rosa llegará.

—¿Paciencia? —Rob frunce el ceño como si las palabras supieran mal en su boca. Él cruza sus brazos y se queda mirándome—. Lo entiendo. No hay rosa, ¿cierto? ¿La olvidaste o algo...?

Algo en su voz hace a mis amigas finalmente entender. Ellas se quedan calladas mirando quedadamente de Rob a mí, de mí a Rob.

Déjenme volver a decir: Algún día él hará a una chica universitaria realmente feliz, una rubia llamada Becky con senos de copa D a quien no le interesará ser tratada por un hombre como carne en una marinada.

—No lo olvide... —comienzo a decir, pero él me cortó.

Su voz es calmada, muy baja, pero puedo oír la rabia por debajo, es dura, fría y cortante.

—Haces un gran problema por el día de San Valentín. Y luego no quieres mantener el final de nuestro típico acuerdo.

Por dentro, mi estómago está revolviéndose, como tratando de digerir una vaca completa, pero levanto mi barbilla y lo miro—. ¿Típico? ¿Qué se supone que significa eso?

—Creo que lo sabes. —Rob pasa una mano sobre sus ojos y luce repentinamente mezquino, recordándome un truco que mi papá solía hacer, donde traía su mano sobre su rostro, cambiando todas su expresiones de feliz a triste, y luego de triste a feliz nuevamente, en un instante—. Tú no tienes una historia perfecta sobre mantener tus promesas.

—Alerta Psicópata —Lindsay deja salir, probablemente esperando difuminar la tensión.

Funciona, un poco. Me levanto tan rápido que golpeo mi silla. Rob me mira, disgustado, luego golpea ligeramente la silla con el dedo del pie, no fuerte, pero lo suficiente para hacer ruido, y dice:

—Búscame más tarde.

Él sale de la cafetería, pero yo ya no lo estoy observando. Estoy observando a Juliet flotar, a la deriva, rozando en el cuarto. Como si ya estuviera muerta y sólo estuviéramos viéndola vacilar a la vida en parches, imperfecta.

Ella no lleva nada austero, sólo una simple y grumosa bolsa de papel marrón como siempre. Mi decepción es tan grande y real que puedo probar algo grumoso y agrio en mi garganta.

—...Y uno de los Cupido vino, y juro que, ella tenía, como tres docenas de rosas, todas para Juliet.

Me muevo rápidamente.

—¿Qué dijiste? —Ally frunce el ceño ante mi tono de voz, pero repite—: Ella recibió este enorme ramo de rosas. Nunca había visto tantas rosas. —Ella empieza a reír—. Tal vez la loca tiene un acosador

—Sólo no entiendo qué pasó con nuestra rosa —Lindsay dice en un puchero—. Yo específicamente les dije que a la tercera hora ella tenía biología.

—¿Qué hizo ella con ellas? —Yo intervine

Lindsay, Elody y Ally me miran.

—¿Qué hizo con qué? —Ally dice

—Con las rosas. ¿Ella... ella las botó?

—¿Por qué te importa? —Lindsay arruga su nariz como si estuviera oliendo algo malo.

—Sólo... no me importa. Es sólo... —Ellas están mirándome en blanco. Elody tiene la boca abierta y puedo ver papas fritas en ella—. Pienso que es agradable, ¿de acuerdo? Si alguien le envió todas esas rosas... Es agradable.

—Ella probablemente se las envió a sí misma —Elody dice empezando a reírse de nuevo.

Finalmente, pierdo mi temperamento.

—¿Por qué? ¿Por qué dices eso?

Elody se sacude como si la hubiera golpeado.

—Yo solo... es Juliet.

—Sí, exacto. Es Juliet. Así que, ¿cuál es el punto? Nadie da una mierda por ella. Nadie le presta atención. —Me inclino, presionando ambas manos en la mesa, mi cabeza golpeando por la ira y la frustración—. ¿Cuál es el punto?

Ally me frunce el ceño.

—¿Esto es porque estás alterada por lo de Rob?

—Sí. —Lindsay cruza los brazos—. ¿Qué pasa con eso de todos modos? ¿Ustedes están bien?

—Dije que esto no es acerca de Rob —digo, dejando salir las palabras a través de mis dientes apretados.

Elody se incorpora.

—Fue un chiste, Sam. Ayer dijiste que temías que Juliet te mordería si te acercabas demasiado. Dijiste que ella probablemente tenía rabia.

Eso es lo que me mata, justo eso, cuando Elody dice eso. O, más bien, cuando ella me recuerda que yo dije eso; ayer, hace seis días, cuando era todo mundo diferente. ¿Cómo es posible, yo pienso, cambiar tanto y no poder cambiar nada en lo absoluto? Eso es lo peor acerca de todo esto, un sentimiento de desesperanza irremediable, y me doy cuenta de que mi pregunta a Elody es la pregunta que me ha estado rompiendo por dentro todo el tiempo. ¿Cuál es el punto? Si estoy muerta, si no puedo cambiar nada, si no puedo arreglarlo... ¿cuál es el punto?

—Sam tiene razón —Lindsay me guiña un ojo, todavía no entendiéndolo—. Es el Día de Cupido, ¿saben? Un momento de amor y perdón, aún para los psicópatas del mundo. —Levanta una rosa como si fuera una copa de champaña—. Por Juliet.

Ally y Elody levantan sus rosas, riéndose tontamente.

—Por Juliet —dicen al unísono.

—¿Sam? —Lindsay levanta una ceja—. ¿Quieres brindar con nosotras?

Me giro y me dirijo hacia la parte posterior de la sección de los de último año, hacia la puerta que se dirige directamente al estacionamiento. Lindsay grita algo, y Ally dice:

—Ella no las botó, ¿de acuerdo?

Sigo caminando de todos modos, pasando frente a las mesas amontonadas con alimentos y rosas y bolsas, todos hablando y riéndose, inconscientes. Tengo una punzada en el estómago que se siente como pena. Todo se ve tan estúpidamente felizmente, normal: todos malgastando su tiempo sólo porque tienen tanto de ello para malgastar, los minutos escapándose entre los quién está con quién y los: ¿te enteraste que...?

En el horizonte está la línea negra de nubes, sólo sentándose allí, una cortina a punto de ser cerrada. Observo el aparcamiento, buscando a Juliet, rebotando una y otra vez sobre mis pies para mantener el calor. La música suena desde un coche en el aparcamiento de los de último año, y reconozco el Taurus plateado de Krista Murphy dirigiéndose hacia la salida. Fuera de eso, el estacionamiento está quieto. Juliet ha desaparecido en algún lugar en el paisaje de metal y pavimento.

Respiro hondo y exhalo una nube, disfrutando del agudo pinchazo del aire frío en mi garganta. Estoy casi aliviada de que Juliet se haya ido, ya que no estoy exactamente segura de lo que le habría dicho. Y ella no tiró las flores después de todo. Esa es una buena señal. Yo me paro allí por un segundo más, rebotando en mis pies, pensando: *Esta noche es la noche en que conseguiré liberarme de esta cosa.* Pensando en todas las cosas que haré en mi vida. Ir a Goose Point con Izzy, hasta que sea demasiado grande como para soportarme. Pasar el tiempo con Elody, sólo nosotras dos. Conducir hasta Nueva York e ir a un juego de los Yankees con Lindsay, y llenarme con perros calientes, y silbarles a todos los jugadores.

Besar a Kent. Realmente besarlo, lento y largo, en algún lugar al aire libre, quizá mientras nieva. Quizá estando en el bosque. Él se inclinará hacia delante y tendrá pequeños copos de nieve en las pestañas otra vez y quitará el pelo de mi cara y pondrá una mano tibia detrás de mi cuello, tan tibia que casi me quema...

—Oye, Sam. —La voz de Kent. Giro con un chirrido, tropezando con mis propios pies. Como con Juliet Sykes, estoy tan perdida en mi fantasía acerca de Kent, que su aparición verdadera parece un sueño o una ilusión. Él lleva una chaqueta de cordero y con parches cocidos en los codos, como un desquiciado (y adorable) profesor de inglés. La tela se ve suave, y tengo el impulso de estirarme y tocarla, un impulso que no tiene nada que ver con mi sentido general del hoy y la hermosura de las cosas.

Las manos de Kent están enterradas en sus bolsillos, y sus hombros están encogidos hacia las orejas, como si tratara de permanecer tibio.

—¿No fuiste a cálculo hoy?

—Uhh... no. —He estado esperando encontrarme con él todo el día, pero ahora mi mente está en blanco.

—Qué lástima. —Kent me sonríe, trotando levemente en el lugar—. Te perdiste algunas rosas. —Gira su mochila sobre su hombro y abre la cremallera, sacando la rosa crema-con-toques-rosados con una tarjeta dorada revoloteando en un extremo—. Algunas de ellas volvieron a la oficina, creo. Pero yo, uhh… quise traerte ésta yo mismo. Está un poco aplastada. Lo siento.

—No está aplastada —digo rápidamente—. Es hermosa.

Él muerde el borde de su labio, la cosa más mona que jamás he visto. Pienso que él quizás esté nervioso. Sus ojos revolotean sobre mi cara y entonces miran hacia otro lado, y cada vez que aterrizan en mí, se siente como si el mundo se fuera lejos y sólo quedáramos nosotros dos en medio de un gran y brillante campo verde.

—No te perdiste de nada en matemáticas —dice, y reconozco una gran ola de los murmullos de Kent McFuller acercándose—. Quiero decir, repasamos parte de las cosas de los deberes del miércoles porque algunas personas estaban, como, enloquecidas acerca del examen del lunes, pero en su mayor parte todos estaban algo nerviosos, supongo que por el Día de Cupido, y a Daimler realmente no le importó que…

—¿Kent?

Parpadea y se calla.

—¿Sí?

—¿Tú me enviaste esto? —Sostengo la rosa—. Quiero decir, ¿es de tu parte?

Su sonrisa se vuelve tan grande que es casi como un inmenso rayo de sol.

—Nunca lo diré —dice, guiñándome un ojo.

He caminado inconscientemente varios pasos hacia él, así que puedo sentir el calor que irradia de su cuerpo. Me pregunto qué haría él si yo lo tiro hacia mí en este momento, rozando mis labios contra los suyos de la forma en que él lo hizo (de la forma en que yo esperaba que lo hiciera) anoche. Pero incluso la idea envía un montón de mariposas hacia mi estómago, haciendo que todo mi cuerpo se sienta cosquilloso e inseguro.

En ese momento recuerdo lo que Ally nos dijo el primer día, el día en que todo comenzó: que si un grupo de mariposas levanta vuelo en Tailandia, puede causar un huracán en Nueva York. Y pienso acerca de todos los miles de millones de pasos y deslices y de oportunidades y coincidencias que me han traído aquí, a estar frente a Kent, sosteniendo un rosa crema-mezclada-con-rosado, y se siente como si fuera el milagro más grande en el mundo.

—Gracias —murmuro, y agrego rápidamente—. Ya sabes... por traerme esto.

Él agacha la cabeza, luciendo complacido y avergonzado.

—No hay problema.

—Yo, ehh, ¿oí que darás una fiesta esta noche? —Me pateo mentalmente a mí misma por sonar tan tonta. En mi cabeza, esto resultaba mucho más fácil. En mi cabeza, él se inclinaría y haría la cosa con los labios otra vez, la cosa suave como de mariposa. Estoy desesperada por hacer que todo vaya bien otra vez, desesperada por volver a ese sentimiento que tuve anoche (que nosotros tuvimos anoche, él debe de haberlo sentido también), pero siento que cualquier cosa que diga sólo podría arruinarlo. Una tristeza temporaria por lo que he perdido me agobia. En algún lugar en ese remolino interminable de la eternidad, esa diminuta fracción de segundo en la que nuestros labios se encontraron, se perdió para siempre.

—Sí. —Su cara se ilumina—. Mis padres están fuera de la ciudad, sabes. ¿Vendrás?

—Definitivamente —digo tan fuerte que él se ve algo sorprendido—. Quiero decir… —continúo en un volumen normal—, será el lugar de siempre, ¿correcto?

—Eso espero. —La voz de Kent es lenta y tibia, como miel, y desearía poder cerrar los ojos y sólo escucharlo—. Conseguí dos barriles. —Gira sus dedos en el aire como diciendo: Síiiii.

—Iría de todos modos. —Me pateo mentalmente: ¿qué significa eso de todos modos?

Aunque Kent parece que lo entiende, porque se ruboriza.

—Gracias —dice—. Esperaba que lo hicieras. Quiero decir, supuse que lo harías porque siempre están en fiestas, ya sabes, saliendo de fiestas y eso, pero no sabía si había otra fiesta o algo, o si quizá tú y tus amigas hacen algo diferente los viernes…

—¿Kent?

Él hace esa adorable parada rápida de su boca.

—¿Sí?

Yo me mojo los labios, insegura de cómo decir lo que quiero decir, apretando mis manos en puños.

—Ten… tengo algo que decirte.

Él frunce la frente. Es adorable… ¿cómo no me había dado cuenta de lo adorable que es? y no me lo está haciendo más fácil.

Respira profundamente… adentro y fuera.

—Esto sonará completamente loco, pero…

—¿Sí? —Él se inclina aún más cerca, hasta que nuestros labios están a menos de cuatro pulgadas de distancia. Puedo oler el dulce sabor a menta en su aliento, y mi cabeza comienza a girar desenfrenadamente, como si hubiera sido metida en una batidora gigantesca.

—Yo, ehh… yo…

—¡Sam!

Kent y yo damos instintivamente un paso hacia atrás mientras que Lindsay sale por la puerta de la cafetería, mi bolso y el suyo sostenidos en un

brazo. Estoy realmente agradecida por la interrupción, ya que yo estaba a punto de confesarle que morí hace unos pocos días o que me estaba enamorando de él, y no estoy segura de que hubiera podido decir ninguna de las dos, y él probablemente se reiría de mí por ambos (o me reportaría ante el psicólogo de la escuela o algo así).

Lindsay se acerca, siendo realmente melodramática acerca del hecho de tener que llevar los dos bolsos, como si ambos estuvieran hechos de hierro.

—¿Así que iremos?

—¿Qué?

Sus ojos revolotean momentáneamente sobre Kent pero, fuera de eso, ella ni siquiera lo reconoce. Se planta casi directamente delante de él, como si ni siquiera estuviera allí, como si él no valiera su tiempo, y cuando Kent aparta la mirada y finge no notarlo, yo me siento enferma. Quiero mostrarle, de algún modo, que ella no soy yo, que yo sí sé que él vale mi tiempo. Él es mejor que mi tiempo.

—¿Vamos a El Mejor Yogurt del País o qué? —Pone una mano en su estómago y hace muecas—. Lo juro por Dios, esas papas fritas me dieron una hinchazón que sólo puede ser resuelta por ese delicioso sabor químico.

Kent asiente hacia mí y comienza a irse rápidamente, sin ningún adiós, sin nada, sólo tratando de salir de allí tan rápido como sea posible.

Me asomo alrededor de Lindsay y le grito:

—¡Adiós, Kent! ¡Te veo luego!

Él se gira rápidamente, sorprendido, y me da una inmensa sonrisa.

—Nos vemos, Sam. —Se toca la cabeza en forma de saludo, como si fuera uno de esos tipos en una película en blanco y negro, y entonces se aleja rápidamente.

Lindsay lo mira por un minuto, entonces me mira y entrecierra los ojos.

—¿Qué pasa con eso? ¿Kent te acosó lo suficiente para lograr tu sumisión ahora?

—Quizá —digo, porque no me importa lo que Lindsay piense. Estoy embelesada por su sonrisa y por estar tan cerca de él. Me siento liviana e invencible, como si estuviera drogada o algo.

Ella me mira fijamente durante un latido más y entonces sólo se encoge de hombros.

—Nada dice "Te amo" como un ladrillo arrojado a través de la ventana. —Entonces resbala su brazo por el mío—. ¿Yogurt?

Y eso, a pesar de su millón completo de fallas, es el por qué amo a Lindsay Edgecombe.

La Raíz y el Brote

—Vamos, Sam. —Lindsay está buscando la casa de Kent con avidez, como si ésta estuviera hecha de chocolate—. Tu cara se ve bien.

Estoy comprobando mi maquillaje por cincuenteava vez en el inclinado espejo. Me pongo al final un poco de brillo labial y quito una pieza de goma de mi máscara de ojos de la esquina de mis pestañas, practicando la intervención que he ensayado en mi cabeza. *Oye, Kent, esto puede sonar al azar, pero me preguntaba si tú, ya sabes, quieres pasar el rato en algún momento…*

—No lo entiendo —Ally se inclina hacia delante desde el asiento trasero, su hinchada chaqueta Burberry suena—. Si no vas a hacerlo con Rob, ¿qué es lo que te enloquece?

—No estoy enloquecida —digo. A pesar de que me puse un colorete color crema y crema hidrante con un ligero tinte, parezco pálida como un vampiro.

—Estás enloquecida —dicen Lindsay, Elody y Ally a la vez, y entonces nos echamos a reír.

—¿Segura que no quieres un trago? —Ally me da un golpe en el hombro con la botella de vodka.

Sacudo mi cabeza.

—Estoy bien. —Estoy demasiado nerviosa para beber, extrañamente. Además, este es el primer día de mi nuevo comienzo. Desde ahora haré las cosas bien. Voy a ser una persona diferente, una buena persona. Voy a ser el tipo de persona que sería recordada bien, no sólo recordada. Me he estado repitiendo esto una y otra vez, y justamente esa idea es la que me está dando fuerza, algo solido a lo que me pueda agarrar, un salvavidas.

Esto me ayuda a hacer retroceder el miedo y la sensación de zumbido en algún profundo lugar dentro de mí de que me había olvidado de hacer algo, que algo se quedó fuera.

Lindsay pone sus brazos a mí alrededor y me planta un beso en la mejilla. Su aliento huele como a vodka y Tic Tacs.

—Nuestra muy designada conductora —dice—. Me siento como una chica de los especiales de televisión de por la tarde [1].

—Eres una de ellas —dice Elody—. Del tipo de advertencia.

—Deberías hablar, putilla —dice Lindsay, dándose la vuelta para tender a Elody un tubo de brillo de labios. Elody lo toma y lanza un chillido triunfal, luego se pone un poco en sus labios.

—Bien, estoy congelándome —dice Ally—. ¿Podemos irnos, por favor?

—¿*Madame*? —Lindsay se vuelve hacia mí, haciendo una floritura con su mano y una ligera reverencia.

—Todo bien. Vamos. —Mantengo las frases corriendo por mi cabeza: *Ya sabes, ver una película, o ir a algún sitio a comer o algo… Sé que han pasado un par de años desde que nosotros realmente hablamos…*

La fiesta es enérgica, un gigantesco bramido. Quizá esto es porque estoy sobria, pero todo parece ridículamente lleno de gente, cálido y confortable, y por primera vez en mucho tiempo, siento timidez caminando, cuando la gente me mira. Mantengo mi mente en lo que he venido a hacer: encontrar a Kent.

—Locura. —Lindsay se echa hacia delante y hace círculos con sus manos en el aire, gesticulando hacia toda la gente borracha, moviéndose libremente a la vez, como si estuvieran conectadas por una cuerda invisible.

Vamos hacia las escaleras. Los ojos de todos parecen brillantes, como los ojos de las muñecas, por el alcohol y quizá por otras cosas. Esto es espeluznante, en verdad. Incluso aunque me he cruzado en la escuela con todas esas personas, ellos parecen diferentes, desconocidos, y cuando me sonríen, nada más que veo dientes, como pirañas listas para comerse algo. Siento como si el telón hubiera caído y estuviera viendo a la gente como son en realidad, diferentes, nítidos y desconocidos. Por primera vez en días, pienso en el sueño que estuve teniendo por un tiempo, cuando estoy caminando a través de una fiesta y todo el mundo parece familiar excepto por una cosa, algo falta. Me pregunto si el punto real de ese sueño no es que la gente cambiara, sino que yo lo hice. Lindsay mantiene un dedo pinchando en la parte baja de mi espalda, animándome a mantenerme en movimiento, y me alegro por ello. Este pequeño punto de conexión me da coraje.

Me dirijo a la primera habitación al final de las escaleras, una de las más grandes, y mi corazón baja hasta mí estomago: Kent. Él está parado en la esquina hablando con Phoebe Rifer, e instantáneamente mi mente está confusa, una gran e inútil tormenta de nieve. Mi boca se siente como si estuviera llena de algodón y me arrepiento totalmente de no haber bebido aunque fuera un trago, sólo para no ser consciente de lo extraña, alta e incómoda que me siento, soy como Alicia en el País de las Maravillas siendo demasiado grande para la habitación.

Doy una vuelta para decirle algo a Lindsay... no sé el qué, pero necesito hablar con alguien, no estar sólo ahí enorme como una especie de maleza vegetal... pero ella ha desaparecido. De acuerdo. Ella habrá ido a encontrarse con Patrick. Empuño mis manos y cierro mis ojos. Eso significa que de un momento a otro, en tres, dos, uno…

—Sam. —Rob no pone sus brazos alrededor de mí, y cuando me vuelvo él parece bajar su nariz hacia mí como si oliera. Esto es de locos, pero en realidad había olvidado que él estaría en la fiesta. No había pensado en él en absoluto—. No pensé que vinieras.

—¿Por qué no lo haría? —Cruzo mis brazos sobre mi pecho después de que Rob le diera un vistazo no muy sutil a mis pechos.

—Has estado actuando como una loca hoy. —Ahí está: la difamación saliendo—. ¿Así que qué? ¿Vas a disculparte? —Sonríe perezosa y descuidadamente—. Podemos encontrar una manera mejor para que me recompenses.

La ira brota dentro de mí. Él me mira de arriba abajo como si sus ojos fueran dedos y estuviera tratando de tocarme toda de una vez. No puedo creer cuantas noches he pasado en el sofá de su sótano, dejando que me baboseara. Años y años de fantasía tirados en un momento.

—¿Oh, sí? —Estoy luchando por controlar mi temperamento, pero no puedo mantener la irritación fuera de mi voz. Afortunadamente, Rob está demasiado bebido para notarlo—. Me gustaría eso. Recompensarte, quiero decir.

—¿Sí? —La cara de Rob brilla y da un par de pasos hacia mí, pasando sus brazos alrededor de mi cintura. Me estremezco por dentro pero me fuerzo a mí misma a permanecer ahí.

—Hmmm. —Recorro su pecho con mis dedos, mirando en secreto hacia Kent, el cual aún sigue hablando con Phoebe. Me distraigo momentáneamente... Phoebe tiene la personalidad de un monstruoso fideo, por el amor de Dios... pero arrastro mis ojos de vuelta a la cara de Rob y me fuerzo a mi misma a coquetear—. Pienso que necesitamos un pequeño tiempo uno-sobre-otro, ¿tú no?

—Definitivamente. —Rob se tambalea un poco hacia un lado—. ¿En qué estabas pensando?

Me pongo de puntillas sobre mis zapatos y le susurro en su oído.

—Hay una habitación en esta planta. Con grandes pegatinas por toda la puerta. Ve dentro y espérame. Espérame desnudo. —Me aparto, ofreciéndole mi sonrisa sexy—. Y yo prometo darte la mejor disculpa posible.

Lo ojos de Rob están desorbitados.

—¿Ahora?

—Ahora.

Se separa de mí y se va con pasos temblorosos en dirección al vestíbulo, entonces se choca contra algo y lo rodea.

—¿Vendrás pronto, verdad?

Esta vez no tengo que forzar mi sonrisa.

—Cinco minutos —digo, levantando mi mano derecha con cinco dedos extendidos—. Lo prometo.

Cuando me doy la vuelta alejándome de Rob lucho para no soltar una carcajada, y todo el nerviosismo que sentía por hablar con Kent se disipa. Estoy lista para ir hacia él y meter mi lengua en su garganta, si tengo que hacerlo.

Excepto que él ha desaparecido.

—Mierda —murmuro.

—Esa no es la forma de hablar de una señorita. —Ally viene detrás de mí, levantando las cejas mientras balancea la botella—. ¿Qué está mal contigo? ¿El ataque de la Crisis Cokran?

—Algo como eso. —Me froto la frente—. ¿Has, um, visto a Kent McFuller?

Ally entrecierra los ojos.

—¿A quién?

—Kent McFuller —digo un poco más fuerte, y dos estudiantes de segundo año pasan a mi lado y me miran. Les miro de vuelta haciendo que ellos se vayan.

—El anfitrión está con la multitud. —Ally balancea su botella—. ¿Por qué, rompiste algo ya? Es una buena fiesta, ¿no crees?

—Sí, una buena fiesta. —Intento no hacer rodar mis ojos. Ella está demasiado borracha como para ser útil. Gesticulo hacia la parte trasera de la casa. Lindsay y Elody debería estar en la habitación de la parte trasera, y Kent probablemente estará cerca—. Vamos, circula.

Ally me coge del brazo.

—Sí, mamá.

Me encuentro con Amy Weist... probablemente la más cotilla de la escuela entera haciéndolo con Oren Talmadge en la entrada como si ella estuviera muerta de hambre y la boca de él estuviera llena de Cheetos. Arrastro a Ally hacia ellos.

—¿Quieres circular con Amy Weiss? —bufa Ally en mi oído. El primer año de escuela Amy corrió el rumor de que Ally había dejado que Matt Dannon y otros dos chicos tocaran sus pechos detrás del gimnasio a cambio de hacer su tarea de matemáticas durante meses. Nunca estuve segura de si la historia era verdad o... Ally asegura que no, Matt que sí, y Lindsay suponía que Ally sólo los había dejado mirar, no tocar... pero en todo caso Ally y Amy habían sido enemigas no-oficiales desde entonces.

—Entrada a boxes. —Toco el hombro de Amy y ella se separa de la boca de Oren.

—Hola, Sam. —Su cara está brillante. Le echa una mirada rápida a Ally, luego vuelve a mí, poniendo sus brazos sobre el cuello de Oren. Oren parece extremadamente confundido, probablemente imaginando que tenía un chupetón en la cara—. Lo siento. ¿Estamos bloqueando la entrada?

—Sólo tu trasero —dice Ally animadamente. Aprieto su brazo y ella grita. La última cosa que necesito es a Amy y Ally discutiendo.

—Aquí hay un lugar mucho mejor —digo—, si tú y Oren quieren... ya sabes, más privacidad.

—Queremos más privacidad —manifiesta Oren.

Le sonrío.

—Abre el dormitorio. La habitación con las pegatinas por toda la puerta. Tiene una cama extra-confortable. —Me llevo mis dedos a mis labios, lanzándole un beso a Amy—. Diviértanse.

—¿Qué ha sido eso? —explota Ally tan pronto como estamos fuera de su alcance—. ¿Desde cuándo eres la mejor amiga de Amy?

—Una larga historia. —Me siento bien, poderosa, y en control. Las cosas vuelven a ser como deberían ser. Pongo mi mano en la puerta de la habitación de Kent mientras entro. *Lo siento, Rob*.

Ally y yo serpenteamos por la entrada. Estoy escaneando la multitud buscando a Kent, metiéndome en varias habitaciones, frustrándome más y más cuando no le veo.

Escuchamos a alguien gritar y luego hay una explosión de risa. Por un momento, mi corazón se detiene y pienso, no puede ser, no esta noche, no de nuevo, no Juliet, pero luego escucho a Oren gritar:

—Chico, súbete los calzoncillos por el amor de dios. —Ally asoma su cabeza por la puerta de la habitación de Kent. Sus ojos se vuelven tan grandes y redondos que se ve como un personaje de caricaturas.

—Um, ¿Sam? Podrías querer ver esto.

Miro en el pasillo. Rob se dirige a las escaleras, o al menos está tratando de hacerlo. Es un poco difícil para él moverse rápidamente ya que él está (a) absolutamente rodeado de gente mirándolo boquiabierta y (b) está más que un poco inestable en sus pies, usando nada más que sus bóxers y sus nuevas zapatillas New Balance con calcetines desapareados. Y su gorra, por supuesto. Él esta apretando el resto de su ropa en frente a su entrepierna y ladrando a la gente:

—¿Qué mierda están viendo?

Me sentiría mal por él si no fuera por las zapatillas. Que pasa, ¿no podría haberse molestado en sacárselas? ¿Él estaba demasiado ocupado planeando un método para atacar mi sostén o qué? Además, cuando él está casi en las escaleras, se tambalea accidentalmente hacia una alumna de segundo año, pero en vez de alejarse la rodea en un abrazo ebrio. No puedo escuchar lo que dice, pero cuando ella logra zafarse puedo ver que está riendo tontamente, como si ser magullada por un semidesnudo y sudoroso alumno de último año que está absolutamente fuera de sí, fuera la mejor cosa que le ha sucedido en todo el día.

—Yup —le digo a Ally—. Definitivamente, hemos terminado. Es oficial.

Ella me está mirando extrañamente.

—Kent.

Mi corazón aletea.

—¿Qué?

—Es Kent.

Mi cerebro tamborilea de nuevo.

Ella lo sabe. Es obvio que he estado completamente obsesionada con él; quizás Lindsay dijo algo luego de que nos encontrara juntos en las afueras de la cafetería.

—Yo… la cosa de Rob no tiene nada que ver con…

Ally niega con la cabeza, apuntando con un dedo sobre mi hombro.

—Kent. Tras de ti. ¿No lo estabas buscando antes?

El alivio me recorre. Ella no sabe. Luego una pequeña punzada de decepción también. Ella no sabe porque no hay nada que saber. Él ni siquiera lo sabe. Me doy la vuelta y escaneo el pasillo en su busca.

—Allá. —Ally apunta a una puerta diez pasos más allá en el pasillo. Desde nuestro ángulo es imposible ver más que unos pocos pies dentro de la habitación, la cual, desde el enorme escritorio que bloquea la mitad de la puerta, parece ser un espacio de almacenamiento o un estudio. La gente fluye dentro y fuera.

—Vamos.

Le doy un tirón a Ally nuevamente, pero ella se suelta.

—Voy a buscar a Lindsay.

Ella claramente está cansada de la misión que sea en la que estoy metida. Asiento y se va rápidamente de vuelta a la habitación, usando la botella de vodka como una picana, punzando a la gente para que salga de su camino. Una mano toma mi brazo y doy un salto.

Me giro: Brianna McGuire y Alex Liment.

—Tú tienes a la Sra. Harbor en ingles, ¿cierto? —Ella no espera a que yo responda antes de lanzarse en su arenga—. ¿Sabes si ella ya entregó la asignación de los ensayos para Macbeth? Alex faltó. Una cita con el doctor.

Porque no fui con Lindsay a por yogurt helado después de todo, algo estaba tirando de mi, haciendo que tuviera ganas de estar cerca de la escuela, en el centro de las cosas, casi me había olvidado de Brianna y Katie y Alex. Y ahora la expresión en el rostro de Alex: una pequeña y torcida sonrisa que solía emerger en el rostro de Rob siempre que él había conseguido brillantemente una extensión de parte de uno de sus profesores por alguna razón completamente fabricada, me hizo querer golpearlo. Pienso en Katie con su maquillaje de ojos negro carbón y su almuerzo improvisado en el piso del baño abandonado. Incluso Brianna no es tan mala. Molesta, sí, pero bonita y simpática y la clase de persona que probablemente pasa su tiempo libre haciendo voluntariado con niños enfermos.

No puedo soportarlo. No puedo dejarlo seguir con eso.

Brianna aún está parloteando sobre la madre de Alex siendo una fanática de la salud. La interrumpo.

—¿Alguien huele a comida china?

Brianna arruga su nariz, claramente decepcionada porque no la había estado escuchando.

—¿Comida china?

Hago un gran espectáculo de estar oliendo.

—Sí. Como, como… —Miro directamente a Alex—, como un gran plato de bife naranjo.

Su sonrisa decae un poco, pero él se encoge de hombros y dice:

—No huelo nada.

—Oh, dios mío. —Brianna pone una de sus manos contra su boca—. No es mi aliento, ¿cierto? Comí comida china anoche.

Sigo mirando fijamente a Alex.

—¿Cuál es tu problema? —pregunto, ni siquiera molestándome en mantener el desagrado fuera de mi voz.

Él pestañea.

—¿Qué?

Brianna se ve confundida, y por un momento los tres nos quedamos de pie ahí sin decir nada. Alex y yo tenemos los ojos trabados, y Brianna nos mira en uno al otro entre nosotros tan rápidamente que me preocupa que su cuello se vaya a romper.

Luego yo sonrío.

—Tú sabes, sabio de la salud. ¿Por qué tenías que ir al doctor?

Alex se relaja visiblemente.

—Nada importante. Mi mamá quería que me pusieran una vacuna extraña. Y tú sabes, sólo un chequeo general y cosas por el estilo.

—Mmmhmmm. Espero que haya sido completo. —Lanzo una mirada clavada a su entrepierna. Afortunadamente, Brianna lo está mirando fijamente, viendo cómo se vuelve rojo, y no me ve.

—Um.

—S-sí. Bastante. —Él se aclara la vista como si recién me hubiera visto por primera vez.

—He estado buscando un doctor —suelto luego. Me siento mal por Brianna, pero al mismo tiempo, ella se merece saber lo que la pobre excusa de novio que tiene, está haciendo—. Es tan difícil encontrar uno bueno, ¿sabes? Especialmente uno que hace dobles en un restaurante con un almuerzo especial de $4.99. Eso es raro.

—¿De qué estás hablando? —La voz de Brianna es un chillido. Ella golpea de vuelta hacia Alex—. ¿De qué está hablando ella?

Un musculo está saltando en la mandíbula de Alex. Puedo darme cuenta que quiere insultarme pero sabe que eso sólo lo haría peor, así que sólo se queda ahí mirándome enojado.

Pongo mi mano en el brazo de Brianna.

—Lo siento, Brianna. Pero tu novio es realmente un imbécil.

—¿De qué está hablando ella?

La voz de Brianna se eleva otra octava, y mientras me alejo escucho a Alex comenzar a tratar de calmarla, sin duda alimentándola con mentiras tan rápido como pueda. Debería sentirme bien por lo que he hecho (él se lo merece, después de todo, y en una forma extraña sólo estoy poniendo las cosas bien) pero tan pronto como me alejo la extraña sensación se va. La sensación de control se desvanece y en su lugar llega una punzante sensación de ansiedad. Hago un recuento de los eventos del día como si estuviera moviéndome por la pantalla de un computador, tratando de encontrar algún lapso, algo que haya olvidado hacer o decir. Quizás debería haber ido a la casa de Juliet antes, para ver cómo estaba. Sin embargo, no estoy segura de lo que hubiera dicho. *Hola.*

¿Puedes verificar por mí que no vas a tirarte en frente de algún auto hoy en la noche? Eso sería genial. Es mi vida con la que estás jugando.

La música está tan fuerte, que las notas son casi indistinguibles una de otra. Fantaseo sobre tomar la mano de Kent y llevarlo hacia un lugar más silencioso y oscuro. La habitación escaleras abajo, quizá, o los bosques, o un lugar más lejos. Quizás sólo subirnos al auto y conducir.

—¡Sam! ¡Sam!

Miro hacia arriba. En la habitación de atrás, Lindsay trepa en uno de los sillones, saludándome sobre el atado de cabezas agitándose. Ally está junto a ella, y varios pasos tras de ellas veo a Elody susurrándole algo a Steve Dough.

Vacilo, un sentimiento de desesperanza me llena. Es ridículo de mi parte hablar con Kent. No tengo palabras para describir lo mala que he sido con él, con Rob, con todos. No creo que pueda explicarle cómo he estado cambiando. Y quizás es todo una mentira, de todos modos. Quizás es imposible cambiar.

En ese momento, mientras me estoy tambaleando entre dos puertas, la gente a mi alrededor se queda callada y quieta, los rostros volviéndose inexpresivos. Arriba del sillón, Lindsay se inclina, su mano golpeteando inútilmente a su costado. Junto a ella, Ally comienza a abrir y cerrar su boca como un pez. El zumbido recorre todo mi cuerpo ahora, como el murmullo de un cable eléctrico.

Y ahí está ella, caminando por el pasillo. Después de todo: Juliet Sykes en una misión.

En un segundo el odio, la desesperanza, la sensación de olvidar cosas o perder el pinto de alguna forma, todo se trasforma en rabia. Cuando ella ve a Lindsay, se detiene y abre la boca, yendo directamente a su rutina de "eres una perra", pero ni siquiera dejo que la primera palabra escape de su boca antes de cargar hacia ella, tomar su brazo, y casi la arrastrarla de vuelta por el pasillo. Ella está demasiado sorprendida para resistirse.

La empujo dentro del baño más cercano.

—Fuera —le ordeno a las dos chicas que están mirándose en frente del espejo, y cierro la puerta de un golpe poniéndole seguro.

Cuando me doy la vuelta para enfrentarla ella me está mirando fijamente como si yo fuera la psicópata.

—¿Qué estás haciendo?

Ella puede entender mal mi pregunta.

—Es una fiesta —dice ella con una suave insistencia. Cuando no está ocupada enloqueciendo y llamándome perra tiene una voz agradable, musical como la de Elody—. Tengo permiso de estar aquí como todos.

—No. —Niego con la cabeza, presionando mis dedos en mis sienes para evitar que palpiten—. Quiero decir, ¿qué estás haciendo realmente aquí? ¿Por qué estás aquí?

Sus ojos revolotean hacia la manija de la puerta tras de mí. Me muevo de modo que está cubierta por mi baja espalda. Si ella quiere salir, tendrá que sacarme del camino.

Aparentemente, a ella no le gustan sus posibilidades, porque toma un largo y lento respiro.

—Vine a decirte algo. A ti, Lindsay, Elody y Ally.

—Oh, ¿sí? ¿Qué es?

—Eres una perra —dice quedamente, no como una acusación, más como algo que ella lamenta.

Al mismo tiempo que ella lo dice, yo digo con ella:

—Soy una perra.

Ella me mira.

—Escucha, Juliet. —Me paso las manos por el cabello—. Sé que nunca hemos sido amables contigo o lo que sea. Y realmente me siento mal al respecto... de verdad. —Trato de evaluar lo que está pensando ella, pero es como si algo se hubiera derribado detrás de sus ojos, un botón apagándose, y ella sólo está de pie allí mirándome torpemente. Me apresuro—. La cosa es que, nosotras nunca tuvimos la intención de nada de eso, ¿sabes? No creo que yo... que *nosotras*, en realidad pensáramos en ello. Son sólo la clase de cosas que suceden. La gente solía burlarse de mí todo el tiempo. —Ella me está poniendo nerviosa, sólo mirándome así, y me paso la lengua por los labios—. Todo el tiempo. Y, como, no creo que sea porque las personas sean en realidad ruines o malas o lo que sea. Sólo creo... creo... —Estoy luchando por encontrar las palabras. Los recuerdos están chocando en mi mente: el sonido de gente cantando mientras caminaba por el pasillo, el olor a caramelo del aliento de Lindsay el día que arrojamos los tapones de Beth por la ventana, andar en caballo a través de un borrón de árboles—. Sólo creo que las personas no piensan. No saben. Nosotras... yo... no sé.

Me siento bastante orgullosa de mí misma por sacar todo esto. Pero Juliet no se ha movido, o sonreído o desconcertado. Está tan silenciosa que podría estar tallada en piedra. Finalmente, un pequeño temblor la atraviesa, un terremoto personal, y sus ojos parecen enfocarse en mí.

—¿No has sido siempre así de amable conmigo? —dice ella torpemente, y mi estómago se hunde. No escuchó ni una palabra de lo que dije.

—Yo... sí. Lo siento.

Sus párpados se agitan.

—En séptimo grado, tú y Lindsay robaron toda mi ropa de los vestidores, así que tuve que andar por ahí con mi ropa sudada de gimnasia durante el resto del día. Entonces, ustedes me llamaron Apestosa Sykes.

—Lo... lo siento. No recuerdo eso. —La forma en que me está mirando es horrorosa, como si estuviera viendo dentro, a través y más allá de mí, hacia algún vacío.

—Eso fue antes de que propusieran lo de psicópata, por supuesto. —La voz de Juliet ha perdido su cualidad musical. Está completamente apagada. Levanta su brazo y hace la mímica de dar cuchilladas a través de aire, emitiendo una serie de frenéticos chillidos que envían escalofríos por mis brazos, y por un momento creo que quizá ella está loca. Entonces, deja caer su brazo—. Realmente divertido. *Asesina psicópata, qu'est-ce que c'est*. Pegajoso.

—Las personas solían hacer esta broma realmente tonta sobre mí. Como cantarla cuando yo pasaba. *¿Qué es rojo, blanco y todo raro...?* —Espero hacerla reír o crisparse o algo, pero ella sólo se queda mirándome con esa tonta y animal mirada en su cara, una mirada en blanco.

—Yo nunca la canté —dice, y luego, como si estuviera obligada a mantenerse recitando todo lo que hicimos, continúa—: Me tomaste fotos cuando me estaba duchando.

—Esa fue Lindsay —digo automáticamente, poniéndome más y más incómoda. Si ella se enojara, sería algo, pero es como si ni siquiera me viera, como si sólo estuviera leyendo una lista que ha visto un millón de veces.

—Pusiste las fotos por toda la escuela. Donde los maestros podían verlas.

—Las quitamos como en una hora. —Estoy avergonzada tan pronto como digo las palabras. Como si el hecho de que las hubiéramos quitado lo mejorara.

—Hackearon mi cuenta de Yahoo. Publicaron mis... mis emails privados.

—Esas no fuimos nosotras —digo rápidamente, sintiendo una ráfaga de alivio de que esto, al menos, no fue nuestra culpa. Hasta este día no estoy segura de quién hackeó su cuenta e hizo circular intercambios de emails entre Juliet y un chico llamado Path2Pain118, al que ella obviamente había conocido en una sala de chat. Había docenas de emails, todos ellos eran largas quejas sobre el asco que era la escuela y lo horribles que eran todos. Quien la hackeó había enviado los emails a casi todos en la escuela después de ponerles un nuevo título de asunto: *Futuros Tiradores Escolares de América*. Tiemblo, pensando en lo fácil que es estar totalmente equivocado sobre las personas, ver una pequeña parte de ellos y confundirla por completo, ver la causa y pensar que es el efecto o viceversa. Y el pensar que he estado en la casa de Kent cinco veces en seis días hace que me sienta desorientada, confundida por la brillante luz de la habitación y la impasible cara de Juliet y los sonidos de la fiesta viniendo a través de la puerta.

Juliet continúa como si yo ni siquiera hubiera hablado.

—Ustedes comenzaron el rumor de que yo había perdido mi virginidad por un paquete de cigarrillos.

Ally. Esa fue Ally. No puedo decirlo. No importa de todos modos. Fuimos nosotras. Fuimos todas nosotras. Todos los que repitieron la historia y murmuraron: "prostituta" y fingieron una tos de fumador siempre que ella pasaba cerca.

—Ni siquiera fumo —dice esto con una sonrisa, como si fuera lo más gracioso del mundo. Como si esto, su vida entera, fuera una gran broma.

—Juliet...

—Mi hermana escuchó ese rumor. Ella les dijo a mis padres. Yo... —Finalmente, lo pierde un poco, cerrando sus manos en puños y apretándolos contra sus muslos—. Nunca he besado a alguien. —Esto sale en un feroz susurro, una confesión, y la intensidad de ello, la tristeza y el arrepentimiento, hacen que un negro pozo de rabia se rompa en algún lugar en mi interior.

—Lo sé, ¿de acuerdo? Sé que hicimos cosas horribles. Sé que hemos sido una mierda y hecho cosas que son malas y... —Me callo, las palabras se enredan en mi garganta. Estoy al borde de las lágrimas, llena de una furia cegadora que me golpea como una nube, borra todo excepto un solo ardiente punto de frustración: no puedo hacerle ver, no puedo hacerle ver que estoy tratando de hacer las cosas de la manera correcta. Siento como si estuviera observando tanto su vida como la mía, yéndose por el drenaje, enrolladas mutuamente—. Lo que estoy diciendo es que quiero hacer las paces contigo. Estoy intentando disculparme. Las cosas... las cosas van a mejorar

Ella presiona sus labios, mirándome enmudecida y con la cara blanca, y tengo que tensar cada músculo de mis brazos para evitar estirar la mano, agarrar sus hombros y sacudirla.

—Quiero decir... —Voy a continuar ciegamente ahora, andando a tientas, agarrando las palabras y las ideas conforme vienen zumbando hacia mí a través de mi furia, tratando de hacerle comprender—. Recibiste esas rosas hoy, ¿verdad? ¿Como un bonche completo de ellas?

Un enorme estremecimiento la atraviesa, y ahora una luz parpadea en sus ojos de nuevo, pero en lugar de gratitud, hay aborrecimiento ardiendo allí.

—Lo sabía. Sabía que fueron ustedes. —Su voz está tan llena de rabia y dolor que retrocedo como si me hubiera golpeado—. ¿Qué fue eso? ¿Otra de sus pequeñas bromas?

Su reacción es tan inesperada que me lleva unos segundos pensar en una respuesta.

—¿Qué? No. Eso fue...

—Pobre pequeña psicópata. —Juliet entrecierra los ojos, casi siseando hacia mí—. Sin amigos. Sin rosas. Vamos a joderla una vez más.

—No quería joderte. —No tengo idea de qué está sucediendo o de cómo las cosas han ido tan mal—. Se suponía que fuera algo lindo.

No sé si ella siquiera me escucha. Se inclina más cerca.

—Entonces, ¿cuál era el plan? ¿Qué iban a hacer con esa mierda del *"admirador secreto"*? ¿Sobornar a uno de tus amigos para que fingiera que le gusto? ¿Invitarme a salir? ¿Quizá incluso ir al baile de graduación? Y entonces, ¿qué? ¿La noche en la que se suponía que saldríamos él simplemente no aparece? Y será tan condenadamente divertido si me ilusiono, si me vuelo loca, si lloro o me derrumbo en los pasillos cuando lo vea en la escuela. —Se aleja de un tirón—. Lamento decepcionarlas, pero se están repitiendo a sí mismas. He

estado allí, haciendo eso. Cuarto grado. La broma de primavera. Andrew Roberts.

Ella se desploma como si el discurso la hubiera agotado, la rabia y la luz ardiente desaparecen simultáneamente, toda expresión abandona su rostro, sus manos se desenrollan.

—O quizá no tenían un plan —dice, esta vez tranquilamente, casi con dulzura—. Tal vez no había punto en ello para nada. Tal vez sólo querían recordarme que no tengo a nadie, ningún amigo, ningún admirador secreto. *"Quizá el próximo año, pero probablemente no, ¿verdad?"* —Me sonríe de nuevo y es mucho peor que su enfado.

A este punto, estoy tan frustrada y aturdida que tengo que luchar para contener las lágrimas.

—Te juro, Juliet, que ese no era el punto. Sólo... pensé que sería lindo. Pensé que te haría sentir mejor.

—¿Hacerme sentir mejor? —Ella repite las palabras como si nunca antes las hubiera escuchado, y ahora sus ojos tienen una mirada soñolienta y distraída. Todo rastro de emoción y furia se ha ido. Parece pacífica incluso, y estoy impresionada por lo hermosa que es, de cerca, justo como una supermodelo, con esa piel pálida fantasmal y esos enormes ojos azules, del color del cielo muy temprano en la mañana.

—No me conoces —dice en poco más que un susurro—. Nunca me conociste, y no puedes hacerme mejor. Nadie puede hacerlo.

Esto me recuerda a lo que le dije a Kent hace sólo dos días. "No creo que pueda ser reparada". Pero ahora sé que estaba equivocada. Todos pueden ser reparados; tiene que ser de esa manera, es lo único que tiene sentido. Estoy tratando de encontrar una manera de decirle esto a Juliet, de convencerla de ello, pero muy tranquilamente, y con esta gracia flotante que ella siempre ha tenido, pone su mano en uno de mis brazos y, suave pero firmemente, me quita del camino, y me encuentro a mí misma haciéndome a un lado y permitiéndole alcanzar la manija de la puerta. Las lágrimas están presionando mi garganta y estoy aún luchando por palabras, y todo el tiempo es como si su cara se estuviera poniendo más y más pálida, casi brillando, como el punto blanco y transparente de una llama, y tengo esta idea de que ya la estoy viendo chisporrotear, su vida parpadeando delante de mí, como una TV en estática.

Se detiene con la mano en la puerta, mirando directamente hacia delante.

—¿Sabes que yo era amiga de Lindsay? —Ella todavía está usando esa voz horrible, remota, como si estuviese hablando desde una distancia de kilómetros y kilómetros—. Cuando éramos más jóvenes lo hacíamos todo juntas. Todavía tengo un collar de la amistad que me regaló, uno de esos corazones divididos por la mitad de los que cuando juntas ambas mitades pone: Amigas para siempre.

Quiero preguntarle qué es lo que pasó, por qué dejaron de ser amigas, pero las palabras quedan atrapadas detrás del nudo que tengo en la garganta. Y

tengo miedo de interrumpir. Mientras Juliet siga hablando conmigo, estará a salvo.

—Eso fue justo antes de que sus padres se divorciaran. —Juliet lanza un rápido vistazo en mi dirección, pero sus ojos parecen pasar de largo por mi cara sin llegar siquiera a centrarse—. ¡Estaba tan triste en aquel momento! Yo solía ir a su casa para dormir allí y sus padres discutían tanto y tan alto que teníamos que escondernos debajo de la cama y ponernos las almohadas encima para amortiguar el sonido. Lo llamábamos "construir una fortaleza". Ella siempre fue así, ya la conoces, siempre tratando de hacer creer que las cosas eran mejor de lo que eran. Pero cuando pensaba que yo estaba dormida, ella lloraba y lloraba y lloraba. Comenzó a tener pesadillas, muchas. Tan malas que me despertaba con sus gritos en medio de la noche.

Juliet miraba hacia la puerta de nuevo, sonriendo levemente. Deseé poder recorrer sus recuerdos y ver lo que ella estaba viendo, arreglar aquello que estuviese roto.

—Ella empezó a mojar la cama otra vez, por todo aquello tan malo entre su padre y su madre. Se sentía humillada. Ella me hizo jurar que guardaría el secreto, dijo que nunca me hablaría de nuevo si alguien se enteraba. Nos despertábamos por la mañana y el fuerte de almohadas estaba húmedo. No pasaba nada. Una mañana entré en el cuarto de baño a cepillarme los dientes, y ella estaba sentada en la bañera, lavando con lejía una almohada, con tanta lejía, que escocían los ojos. Debía de haber estado lavándola durante más de media hora. La almohada estaba totalmente blanca, su estampado arruinado y sus dedos en carne viva, enrojecidos, quemados. Pero era como si ella no pudiese ni verlo. Sólo quería que estuviese limpio.

Cierro los ojos, sintiendo el suelo oscilar debajo de mí, recordando cuando entré en el baño del Rosalita's y vi a Lindsay de rodillas, los trozos de comida en el inodoro. La mezcla de vergüenza, rabia y desafío en su cara.

—Una vez, las peleas fueron tan graves que incluso se escapó. No tendríamos más de siete u ocho años, pero hicimos solas todo el camino hacia mi casa. Era Marzo y hacía frío. El plan era que Lindsay se quedase en mi habitación, yo no se lo diría a nadie, sólo tendría que llevarle la comida y mantenerla a salvo. Sobre todo quería ositos de goma y barritas de Snickers. Le encantaba el chocolate entonces, y los dulces. Cualquier dulce, de hecho.

Sin querer, dejé escapar un sonido estrangulado. No sabía si podría escuchar más. Tenía una sensación: este cuarto de baño, esta historia, eran la raíz y el brote del todo, el comienzo y el fin.

Pero Juliet seguía adelante, con ese tono extraño, mesurado, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—Por supuesto, no funcionó. Llegamos arriba y ya en mi dormitorio, comenzamos a discutir sobre quién debía dormir en la cama nido y quién debía quedarse con la grande y mi madre nos oyó. Ella estaba horrorizada porque hubiésemos hecho solas todo el camino; lloraba y gritaba que podríamos haber

sido secuestradas o asesinadas, o lo que fuera. ¡Recuerdo que estaba realmente avergonzada! —Juliet vuelve las manos hacia arriba y mira sus palmas—. Aunque eso no era nada en comparación con el caso monstruoso de Lindsay, sin embargo, mi madre dijo que tenía que irse a su casa. Nunca he oído a nadie gritar en voz tan alta. Mi mamá tuvo que meterla en el coche. Después de aquello, Lindsay venía a dormir en mi casa pero yo nunca a la suya. Mi madre no quería que yo fuese allí, ¿entiendes?

Ella está en silencio durante tanto tiempo que me da tiempo a meditar. Sus palabras se mantienen como un zumbido en mi cabeza, revoloteando a su alrededor y colocándose como las pistas de un crucigrama. *Ella siempre fue así ya la conoces, tratando siempre de hacer que las cosas parezcan mejor de lo que son... Había estado lavando más de media hora... Sus dedos estaban enrojecidos y quemados...* Siento que estoy a punto de averiguar algo que no estoy segura de querer saber. La habitación se siente pequeña y asfixiante. Hay un peso abrumador sobre mi pecho. Estoy tentada de salir zumbando, empujarla y salir a la fiesta, ir en busca de una cerveza y olvidarme de Juliet, olvidarme de todo. Pero parece como si hubiese echado raíces. No puedo moverme. ¡Sigo viendo la oscuridad sin fin de mi sueño vengándose frente a mí! No puedo volver atrás.

—Es gracioso cuando piensas en ello —dice Juliet—. Hicimos de todo juntas, Lindsay y yo. Incluso nos unimos juntas a las Chicas exploradoras. Fue idea suya. Yo no quería hacerlo, eso de las galletas, las fogatas y esas cosas. Nos fuimos de acampada a comienzos del quinto grado. Dormimos en la misma tienda, por supuesto.

Miro las manos de Juliet. Están temblando muy ligeramente, pero con tanta rapidez que apenas puede detectarse, como el vuelo de un colibrí. Por el rabillo del ojo, Juliet se da cuenta de mi mirada y lleva sus manos hacia abajo, a sus muslos, con gracia pero con firmeza.

—¿Sabes cuál era mi mote en quinto grado? ¿El mote que Lindsay me puso? Mellow Yellow. —Ella niega con la cabeza—. Solía soñar con ese nombre ¡Lo he oído tan a menudo! A veces hasta olvidaba cual era mi verdadero nombre.

Se vuelve hacia mí y su rostro está radiante, casi brillante, magnífico.

—Lo gracioso es que ni siquiera fui yo. Lindsay fue la que se meó en su saco de dormir. Una mañana, la tienda entera olía y cuando la Sra. Bridges llegó y preguntó qué había sucedido, Lindsay simplemente me señaló con el dedo y gritó: "Ella lo hizo". ¡Nunca olvidaré su cara cuando gritó! "¡Ella lo hizo!" Terrorífica. Como un perro salvaje preparado para morder.

Apreté mi espalda contra la puerta, agradecida por tener algo en lo que apoyarme. Tenía perfecto sentido, por supuesto. Ahora, todo tenía sentido: la ira de Lindsay, la forma en que siempre cruzaba los dedos en forma de cruz para evitar a Juliet Sykes. Ella no la odiaba. Ella le temía. Juliet Sykes, la poseedora del más antiguo y peor secreto de Lindsay.

Ahora podía parece absurdo, el azar y sus consecuencias. Una persona dispara y las espirales alcanzan a otros en su caída, el azar y el sin sentido. Algo tan simple como estar en el lugar correcto o en el equivocado o en empeñarse en ver. Tan simple como conseguir una ansiada Diet Pepsi un día de fiesta en la piscina, y ser apartada; tan simple como no decir que no.

—¿Por qué no dijiste nada? —le pregunto, a pesar de que ya sé la respuesta. Mi voz sale ronca por el esfuerzo de tragarme las lágrimas.

Juliet se encoge de hombros.

—Ella era mi mejor amiga. Estaba tan triste entonces…— Juliet hace un ruido que podría ser una risa o un gemido—. Además —dice con tranquilidad—, pensé que pasaría.

—Juliet… —empiezo a decir.

Ella mueve sus hombros como si estuviera sacudiéndose el peso de todas las cosas: la conversación, el pasado...

—Ahora ya no importa —dice rápidamente, después abre la puerta y sale.

—¡Juliet!

Hay un tapón enorme de gente de pie junto a la puerta y cuando intento salir, me veo empujada hacia atrás momentáneamente mientras dos estudiantes de segundo año se pelean por el cuarto de baño, ambos gritando, borrachos.

—¡Yo estaba aquí primero!

—No, estaba yo.

—¡Tú acabas de llegar! —Algunas personas me lanzan terribles miradas y, después, aparece Brianna McGuire corriendo a través de todos ellos, con su cara roja y manchada por las lágrimas. Y cuando me ve solloza:

—Tú… —pero no termina la frase, sólo se cuela entre los de segundo año y se encierra en el baño.

—Jesucristo, otra vez no —grita alguien.

—Voy a hacerme pis en los pantalones —gime uno de los estudiantes de segundo año, cruzando las piernas y saltando arriba y abajo.

Alex Liment viene tras Brianna. Se abre paso hasta la puerta del baño y empieza a golpear, llamándola para que salga. Todavía no me he movido. Estoy pegada a la pared, acorralada por la gente, paralizada por lo mal que está todo. Trato de recordar una historia, de una en la que oí hablar de un ahogamiento: no es el agua helada en si lo que hace que te ahogues de inmediato, sino que es el frío, que te desorienta y te hace pensar que abajo es arriba y arriba es abajo, por lo que puedes nadar y nadar sin fin en la dirección equivocada, derechita hacia el fondo hasta que te hundes y te ahogas. Así es como me siento, como si todo se hubiese dado la vuelta.

—¡Eres realmente increíble!

Soy consciente de que Alex está hablando conmigo. Sus labios se retraen hacia atrás, mostrando todos sus dientes.

—¿Sabes lo que eres? —Él pone una mano en cada lado de mi cabeza para impedir que la mueva, hasta que puedo ver el sudor en la frente y percibo el olor a hierba y cerveza de su aliento—. Tú, Samantha Kingston, eres una puta.

Al darme cuenta de que me está sacudiendo, me despierto. ¡Tengo que centrarme! Juliet está fuera, seguramente en el bosque, en el frío. Estará tomando la carretera. ¡Aún puedo encontrarla, hablar con ella, hacer que se vea realmente!

Pongo ambas manos sobre el pecho de Alex y le empujo. Tropieza hacia atrás.

—Ya he oído eso antes —digo—. Créeme.

Me voy abriendo paso por el pasillo y estoy a mitad de camino de las escaleras cuando alguien me llama por mi nombre. Es como la señal para que la gente empiece a insultarme como siguiendo un efecto dominó.

—Jesucristo, ¿qué? —Me giro y veo a Kent que salta por el pasamanos y se desliza hacia abajo por la escalera, casi llevándose por delante a Hanna Goldberg.

—Has venido. —Salta los dos últimos escalones, un poco sin aliento. Sus ojos están brillantes, felices. Su pelo se mantiene por encima de su frente, recogiendo la luz de las bombillas de navidad colgadas por todas partes, con sus reflejos de chocolate y caramelo. Siento un impulso casi incontrolable de extender la mano y empujarlo detrás de sus orejas.

—Te dije que quizá lo haría, ¿no es así? —Siento cómo emerge un terrible dolor en mi estómago. Todo lo que había querido toda la noche, y todo el día, era quedarme a su lado. Y ahora que estaba aquí no tenía tiempo—. Escucha, Kent…

—Pensé que estarías aquí cuando vi a Lindsay y compañía. Ustedes suelen viajar en manada, ¿no? Así que te he estado buscando —dice callándose y ruborizándose—. E s decir, que no es que te estuviera buscando activamente sino mirando. Realmente, solo mostrándome en público, ya sabes, socializando. Es lo que el anfitrión debe hacer cuando acoge una fiesta. Socializar. Ya sabes, mantener un ojo…

—Kent. —Mi voz sale fuerte, formidable y al cerrar los ojos, por un instante, imagino lo que sentiría con él en la oscuridad total, imaginar el roce de su mano sobre la mía. De repente se me ocurre lo imposible en todo esto: él y yo. Cuando abro los ojos, él está allí, de pie, esperando, con una arruguita en su frente: tan adorable y normal, el tipo de persona que merece que su chica use suéteres de casimir, sea realmente buena en los crucigramas, o toque el violín o sea voluntaria de un comedor popular. Una persona agradable, digna y honesta. El dolor se intensifica en mi estómago, como si algo me hubiese llamado allí, sacando fotos de mi interior. ¡Nunca podría ser lo suficientemente buena para él! Incluso si viviese este día una y otra vez hasta el infinito, nunca podría ser lo suficientemente buena.

—Lo siento —me obligo a decir—. No puedo hablar contigo ahora.

—Pero… —Se mete las manos en los bolsillos de la camisa, buscando algo, incierto.

—Lo siento.

Es lo mejor, casi le digo, pero esa no es la cuestión; no miro atrás, a pesar de que siento como él me mira.

Me ciño de un tirón el cuello de lana hasta arriba, la lluvia cae por mi cuello y empapa mis leggins rápidamente. Por lo menos esta noche llevo zapatos planos. Me dirijo al camino de entrada. El pavimento está helado y me protejo con los coches mientras avanzo. Lágrimas frías abrasan mis pulmones, y algo extraño, en medio de todo esto, tengo un estúpido pero simple pensamiento, debería hacer más footing, y tan pronto como lo pienso me debato entre el deseo de reír o llorar. Pero la idea de Juliet agachada en la Ruta 9, mirando pasar los coches, esperando a Lindsay, me mantiene en marcha.

Finalmente, los sonidos de la fiesta disminuyen con la distancia, y entonces, todo es silencio, salvo por el golpeteo de la lluvia, miles de diminutos fragmentos de cristal que caen sobre el pavimento, mientras mis pasos resuenan. Está oscuro, mucho y tengo que ir más despacio, guiándome por el tacto de los coches, el metal está tan frío que mis dedos parecen calientes. Cuando encuentro el Tanque, tan grande y pesado entre todos los demás, hundo mis dedos en mi bolso hasta que se cierran alrededor de un llavero de metal frío, con un diamante de imitación y una inscripción que dice: chica mala. Son las llaves del coche de Lindsay. Dejo salir el aire de golpe. Esto, al menos, es una buena noticia. No hay manera de que Lindsay pueda salir de aquí sin mí. Su coche no estará en la calle circulando esta noche, no importa cuánto tiempo espere Juliet. Sin embargo, bloqueo y vuelvo a bloquear el cierre de las puertas.

Me alejo del coche, también, arrastro los pies avanzando hacia delante muy lentamente, maldiciéndome mentalmente por no haberme traído una linterna, maldiciendo el 12 de Febrero, maldiciendo a Juliet Sykes. Veo ahora que las rosas fueron una idea estúpida, un insulto, incluso. Pienso en Lindsay y Juliet hace muchos años en una tienda de campaña, cuando Lindsay extendió el dedo y la señaló, aterrorizada, humillada y ahí comenzó todo. Y durante todos estos años Juliet mantuvo el secreto de Lindsay. *Pensé que pasaría.*

Al mismo tiempo cuanto más pienso en ello, con la lluvia golpeando furiosamente, más enfadada estoy. Esta es mi vida: la totalidad, extendiendo mi vida en todas sus posibilidades (los primeros besos y los últimos, la universidad y apartamentos, el matrimonio y las peleas, las disculpas y la felicidad) llevadas a un punto, a un segundo, a una milésima de segundo, cortado en el momento final del último acto de Juliet: su venganza contra nosotras, contra mí. Cuanto más me alejo de la fiesta, más pienso: No. Esto no puede ocurrir. No importa lo que hayamos hecho, no puede suceder de esta manera.

Entonces, el camino de entrada se abre repentinamente, y la Ruta 9 está aquí, brillando por delante de mí como un río, líquido plateado iluminado por

haces de luz. No me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración hasta que exhalo y doy un grito entrecortado, maravillada por la luz.

Seco la lluvia de mis ojos y me doy la vuelta, escaneando el borde de los bosques en busca de Juliet. Una pequeña parte de mí está esperando que ella venga caminando hacia mí y me diga que se encuentra mejor, tal vez ella se fue a casa, después de todo, quizá esto no signifique nada. Al mismo tiempo la forma en la que ella habló con esa baja y plana voz vuelve a mí, y sé que donde quiera que ella estuviese en ese baño, no era conmigo. Ella estaba perdida en algún lugar, atrapada en la niebla, a lo mejor en los recuerdos, a lo mejor en todas las cosas que podrían haber sucedido de otra manera.

Un coche pasa a mi lado, haciéndome saltar. En el rellano, pierdo el equilibrio y caigo de manos y rodillas en el hielo mientras el coche pasa velozmente, seguido de cerca por un segundo coche, su motor suena tan fuerte como un trueno. A continuación un bocinazo, las ondas de sonido llegan a mí, cada vez más fuertes. Miro hacia arriba y veo los faros de un coche viniendo hacia mí. Intento moverme, pero no puedo. Intento gritar y no puedo. Estoy congelada, las luces de los faros crecen tan grandes como lunas, flotando. En el último segundo el coche gira bruscamente un poco, pasa tan cerca que puedo sentir el calor del motor y oler el tubo de escape y oír la música saliendo de la radio. *Tienes que luchar por tu derecho a fiestaaaa*. Entonces desaparece, aún tocando la bocina, yendo hacia la noche mientras el bajo de los altavoces va desapareciendo, un pulso distante.

Mis palmas se cortan en el pavimento, y mi corazón late tan rápido que estoy bastante segura de que va a saltar fuera de mi pecho. Lentamente, temblando, me levanto. Otro coche pasa por el otro lado de la carretera, este casi lentamente, el agua de sus neumáticos salpica en ambas direcciones.

Y entonces, a cinco pies delante de mí, veo a una figura blanca emergiendo de los bosques, levantándose de cuclillas como una larga, pálida flor. Juliet. Empiezo a ir hacia ella, lentamente ahora, tratando de evitar los parches del pulido hielo oscuro. Ella permanece ahí, aún perfecta, como si ni siquiera sintiera la lluvia. En cierto momento ella incluso levanta los brazos, paralelos al suelo, como si estuviera preparándose para zambullirse. Es algo hermoso y terrorífico, verla en esa posición. Me recuerda a cuando era pequeña e íbamos a la iglesia en Navidades y Pascua, y yo siempre tenía miedo de mirar al pulpito, donde había una estatua de madera de Jesús sobre una cruz.

—¡Juliet!

Ella no responde; no estoy segura de si no me ha oído o me está ignorando. Estoy a quince pasos, luego a diez. Hay un bajo sonido detrás de mí. Me vuelvo y veo un gran camión viniendo a través de la oscuridad. Otra vez tengo un pensamiento al azar: deberían suspenderle totalmente su permiso de conducir, va demasiado rápido, y cuando me vuelvo otra vez, veo a Juliet mirando hacia la carretera, tensa, con los brazos en sus muslos, y ella me recuerda a algo, pero me lleva un segundo darme cuenta de lo que es, al igual

que me lleva un segundo darme cuenta de lo que está pasando (ella parece un perro a punto de ir tras un pájaro) y entonces todo encaja, y cuando ella comienza a moverse, un borrón blanco, me muevo también, corriendo tan rápido como puedo y acortando la distancia entre nosotras mientras ella corre hacía el carril más cercano. El camión toca la bocina, un sonido tan grande que parece llenar el aire con la vibración, y entonces choco contra ella con todo mi peso, y nosotras rodamos, cayendo, hacia atrás al bosque. Estoy gritando y ella también, las flores me hieren en el hombro. Me doy la vuelta sobre mi espalda, las negras ramas sobre mi cabeza son una red espesa. Fantaseo por un segundo que podría saltar al cielo y caer en ellas de forma segura.

—¿Qué estás haciendo? —grita Juliet, y cuando la miro, su cara ha perdido finalmente la compostura y se retuerce con furia—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—¿Qué estoy haciendo yo? —Mi ira sale a la luz también—. ¿Qué estabas haciendo tú? Saltando en frente de un camión al azar… pensaba que el punto era esperar a que Lindsay…

—¿Lindsay? ¿Lindsay Edgecombe? —La ira de Juliet se desvanece y ella parece totalmente confundida. Levanta las manos sobre la cabeza, retorciéndolas—. No sé de lo que estás hablando.

De repente no estoy segura.

—Yo… yo pensaba. Ya sabes, como que esa era tu gran venganza…

Juliet ríe, pero no está de buen humor.

—¿Venganza? —Sacude la cabeza, y otra vez ese velo parece cubrirle la cara—. Lo siento, Sam. Por una vez, esto no es sobre ti. —Se pone de pie, sin molestarse en quitar las piezas de lodo y hojas que se aferran a su ropa—. Ahora, por favor, déjame sola.

Mi cabeza daba vueltas y tenía problemas para enfocarla, como si estuviéramos separadas por millas en lugar de unos pocos pies. La lluvia comenzó a hacerse más fuertemente ahora, pequeñas bolas dentadas. Pequeños fragmentos de cosas se arremolinaron en mi cabeza: Lindsay acariciando el capó de su Tanque con orgullo y diciendo: "Yo podría chocarme de frente contra un camión de dieciocho ruedas y ni siquiera sentirlo"; el dueño de Dunkin's Donuts gritando: "Eso no es un coche, es un camión"; la aleatoriedad de las cosas, la forma en que todo puede cambiar en un segundo; el lugar correcto en el momento correcto, o en el incorrecto; el tiempo; ese enorme camión viniendo hacia nosotras, con su gran rejilla metálica brillando como dientes, la impresión de las luces y grandiosidad. La única cosa que tú puedes ver: los faros, su tamaño, una sensación de poder. No venganza. Casualidad. Estúpida, tonta y cegadora casualidad. Sólo una parte del extraño mecanismo del mundo, con sus ataques, aflojes, empieces y colisiones aleatorias.

—¿Pero por qué…? —Lucho con mis pies—. ¿Por qué viniste aquí? ¿Cuál es el punto?

No me mira, pero se encoge de hombros ligeramente.

—No hay un punto, en realidad. Sólo quería decir eso. Siempre tuve miedo de decirlo antes… lo que realmente pensaba de ti. Yo no tengo miedo. Ni de ti, ni de nadie, ni de nada. Ni siquiera tengo miedo de… —Ella se rompe, pero sé lo que quiere decir. *Ni siquiera miedo a morir.*

Pero yo sabía que ella no estaba diciendo toda la verdad. Su decisión de venir a la fiesta era mucho más que eso. Las piezas encajaron en su sitio, dándole un sentido horrible: ella nos necesitaba aquí, necesitaba el empujón final. Cierro mis ojos y veo a Juliet, tropezando, empujada de persona a persona como una pelota de pinball. Y esta noche, supuse que ella necesitaba contar su historia, necesitaba recordar lo mal que habían ido las cosas. Me pregunto si el día en que dormimos todos en casa de Ally (el día que las cosas terminaron de manera diferente para ella, el día que terminaron solas, en un sótano) le tomó más tiempo tomar el valor. Si ella llegó a la fiesta, desapercibida, ignorada, sin encontrar la fuerza suficiente para permanecer en ella. Si más tarde esa noche se sentó y quedó mirando la pistola que había en su regazo, lo único que hizo fue evocar los rostros de todas aquellas personas que la habían atormentado durante años.

La cara de Vicky Halligan de repente se cierne en la oscuridad, retorciéndose en una mueca y yo abro mis ojos precipitadamente. Quizás antes de morir sus fantasmas la acecharon.

—Este no es el camino —digo rápidamente, sintiendo cómo la lluvia se filtra en mi mente y la empapa inútilmente. No puedo recordar nada. Estaba planeando que decirle. Lo repito un poco más fuerte—. Este no es el camino.

—Perdona —dice Juliet rápidamente—. Sólo quiero estar sola.

—¿Qué hay de tu familia? —digo, elevando mi voz histéricamente, comprendo que estoy perdiéndola de nuevo, perdiendo mi oportunidad—. ¿Y tú hermana?

No me contesta. Todavía mantiene la mirada fija en el camino. La lluvia ha empapado su camiseta y puedo ver sobresalir sus omóplatos como las alas de un pajarito, y pienso en la madre de Ally cuando entró diciéndonos: "Juliet Sykes se pegó un tiro", y pensé que estaba muy mal, que ella, de todas las personas, debería haber brincado o saltado o descendido a través del cielo. Tengo otra vez la fantasía que tuve entonces, de que a ella de repente le saldrán alas y remontándose en el aire, se iría fuera de todo peligro.

Inusualmente la calle está limpia de tráfico, pero ahora desde ambos sentidos, sale el rugido del motor. Otra vez más fuerte. Más fuerte.

—Juliet. —Doy un paso hacia delante y la agarro su brazo con fuerza—. No puedo dejar que lo hagas.

Ella se vuelve hacia mí, mirándome con unos ojos tan vacíos que me quita el aliento. Son charcos, líquido, nada. Mirándola me acuerdo de las máscaras cosidas con los agujeros cortados para los ojos: monstruosa, deformada, emparchada, con ojos que miran hacia la nada. Estoy tan sorprendida, aflojo mi

apretón. Hay un rugido en mis oídos, apenas siento los coches, pero estoy paralizada y no puedo dejar de mirarla.

—Es tarde —dice ella, y en ese segundo cuando no la sostengo lo suficientemente fuerte, se suelta y va a toda velocidad a la carretera hacia dos furgonetas Converge, a punto de cruzarse la una con la otra, y todo lo que veo es el brillo del metal y algo blanco que de pronto sale lanzado por el aire, y por un segundo siento una inmensa sensación de alegría, pienso que ella lo hizo, que está volando y el tiempo parece detenerse con su resplandor en el aire como un pájaro hermoso. Pero después el tiempo se reanuda, y el aire no la mantiene, y es cuando ella cae con un sonido desgarrador dividiendo la oscuridad y otra vez me lleva mucho tiempo darme cuenta de que soy yo, gritando.

---

[1] Esta frase sería literalmente así: "I feel like an after-shool special." After-school special es un tipo de programa que dan por la tarde, para adolescentes, donde tratan problemas de sexo, drogas...

Fantasmas y Cielo

Hora y media después, estoy estacionada en la entrada de Lindsay, y las dos estamos mirando la lluvia convertirse en nieve, observando el mundo ponerse tan silencioso como si, en un momento, miles de gotas de lluvia parecieran congelarse en el aire y caer silenciosas en la tierra. Ya he dejado a Elody y a Ally. De camino a casa desde la fiesta, nadie habló. Elody se reclinó en el asiento, fingiendo dormir, pero, en cierto punto, eché un vistazo por el espejo retrovisor y vi el brillo de sus ojos, observándome.

—Jesús. Qué noche. —Lindsay recarga su frente en la ventana—. Tan loca, ¿sabes? Jamás habría pensado... Quiero decir, obviamente ella estaba arruinada, pero nunca pensé que ella... —Lindsay tiembla y me lanza una mirada—. Y tú estabas allí.

Cuando la policía llegó, y las ambulancias, seguidas por todas las personas de la fiesta de Kent, vagando a través del bosque, silenciosos, repentinamente sobrios, atraídos por el sonido de las sirenas como polillas a la luz, me encontraron de pie a un lado de la carretera, aún mirando. Incluso había sido entrevistada por una oficial de policía, con un enorme lunar exactamente en la punta de su barbilla, en el cual yo me había enfocado como si fuera una sola estrella en un cielo oscuro, algo para orientarme.

—¿Estaba ebria?

—No.

—¿Estaba metida en algo más? No tengas miedo de decírmelo.

—No. Al menos... no creo.

Lindsay se lame los labios, mueve sus manos sobre el regazo.

—¿Y ella no... no... dijo algo? ¿No explicó?

Es lo mismo que la oficial de policía me pregunto antes: la pregunta final, quizá lo único que importaba.

—¿Ella te dijo algo, lo que sea, para darte una idea de cómo se estaba sintiendo, lo que estaba pensando?

—No creo que estuviera sintiendo mucho en absoluto.

A Lindsay le digo:

—No estoy segura. Es la clase de cosas que no puedes explicar.

Ella se mantiene presionando.

—Pero, es decir, ella debió haber tenido problemas, ¿cierto? Cosas en casa, ¿verdad? La gente simplemente no hace eso.

Pienso en la fría y oscura casa de Juliet, las sombras de la TV subiendo por las paredes, la desconocida pareja en el duro y plateado marco de fotografía.

—No lo sé —digo. Miro a Lindsay, pero ella mantiene sus ojos apartados de mí—. Supongo que nunca lo sabremos ahora.

Siento una sensación de empatía tan profunda que detiene el sentimiento como de vacío y empieza a sentirse como de alivio. Imagino que así es como sería ser arrastrada por una ola. Esto es lo que se sentiría en el momento en que el fino y oscuro borde de la playa agacha su cabeza detrás de horizonte. Cuando te volteas y ves sólo cielo y agua, incorporándose a ti como un abrazo. Cuando extiendes tus brazos y piensas: *Está bien*.

—Gracias por traerme. —Lindsay pone su mano en la manija de la puerta, pero no hace otro movimiento más para salir—. ¿Estás segura que estarás bien?

—Estaré bien.

Veo patrones de nieve cayendo en un ángulo casi como si fluyeran, llegando hasta la cumbre, rompiéndose en una repentina corriente, una marea que deja el mundo brillando. Es hermoso. Todo lo que puedo pensar es que es la primera de muchas cosas que Juliet no verá.

Lindsay está mordiéndose una uña, un hábito que ella siempre está asegurando que dejó en tercer grado. Las luces automáticas del garaje chasquean y sus rasgos están a oscuras.

—¿Lindsay?

Ella salta como si hubiéramos estado en silencio por horas y está aún en el auto, impactada para verme.

—¿Qué?

—¿Recuerdas aquella vez en el Rosalita's? ¿Después de que tú volviste de Nueva York? ¿Cuando me aparecí inesperadamente en el baño?

Ella se gira para mirarme, sin decir nada. Sus ojos son de un oscuro más profundo que el resto de su cara, dos manchas de total oscuridad.

—¿Fue realmente esa la única vez? —pregunto.

Ella vacila sólo un segundo.

—Por supuesto que lo fue —dice ella, pero su voz es un susurro y sé que está mintiendo.

Y ahora me doy cuenta que Lindsay no es intrépida. Ella está aterrada. Está aterrada de que la gente descubra que está fingiendo, mintiendo para abrirse camino a través de la vida, aparentando tener todo junto cuando en realidad ella está sólo esforzándose inútilmente como el resto de nosotros. Lindsay, que te mordería si siquiera miras de manera equivocada en su dirección, como uno de esos pequeños ataques de perros que siempre están ladrando y mordiendo al aire antes de ser jaloneados hacia atrás por las cadenas que los mantienen en un solo lugar.

Millones de copos de nieve, girando y haciendo remolinos y viéndose todos juntos como olas de blanco. Me pregunto si es verdad que son todos diferentes.

—Juliet me contó. —Me reclino contra la cabecera y entrecierro los ojos de manera que todo desaparece, excepto la blancura—. Sobre el viaje de chicas exploradoras. Cuando estaban en quinto grado, cuando aún eran amigas.

Lindsay está todavía sin decir nada, pero puedo sentirla temblando un poco a mi lado.

—Ella me dijo que en realidad fuiste tú quien... ya sabes.

—¿Y le creíste? —dice Lindsay rápidamente, pero lo hace de manera automática, tontamente, como si ella no esperara que hiciera algún bien.

La ignoro.

—¿Recuerdas cómo todos solían llamarla Mellow Yellow después de eso? —Abro mis ojos y la miro—. ¿Por qué les dijiste a todos que fue ella? Quiero decir, en ese momento, está bien, lo comprendo, estabas asustada, avergonzada, pero ¿después...? ¿Por qué les dijiste a todos? ¿Por qué expandiste el rumor?

El temblor de Lindsay está empeorando ahora y, por un segundo, creo que ella no responderá, o que mentirá. Pero su voz es estable cuando habla, estable y llena de algo que no reconozco. Arrepentimiento, quizá.

—Siempre pensé que no duraría. —Suena como si aún le sorprendiera después de todos estos años—. Pensé que, eventualmente, ella les diría a todos lo que realmente sucedió. Que se defendería, ¿sabes? —Su voz se rompe un poco, una nota de histeria escapándose—. ¿Por qué ni siquiera se defendió? Ni una vez. Ella sólo... sólo aguantó. ¿Por qué?

Pienso en todos los años que Lindsay ha estado siguiendo con el conocimiento de este secreto, este secreto mismo de que lloraba cada noche y restregaba almohadas para limpiarlas de pipí, el secreto más atemorizante de todos, el pasado que estamos tratando de olvidar.

Y pienso en todas las veces que me senté en un avergonzado silencio, aterrada de decir o hacer lo incorrecto, atemorizada de que la torpe, desgarbada, y fracasada chica que montaba a caballo dentro de mí saliera y se tragara a la nueva yo, como una víbora dándose un banquete. Cómo despejé la estantería de mis trofeos y tiré mi asiento Puff y aprendí a cómo vestir y a

nunca comer el almuerzo caliente, y sobre todo, aprendí a alejarme de las personas que me hundirían y me llevarían de vuelta a ese lugar. Personas como Juliet Sykes. Personas como Kent.

Lindsay se despierta y abre la puerta. Apago el motor y salgo del auto con ella y arrojo las llaves sobre el techo. Ella las atrapa con una mano. Unos faros brillan a la vida, y yo me giro, entrecerrando los ojos, levantando una mano en la dirección del coche parado detrás de mí. Articulo en silencio: "dos minutos".

Lindsay asiente hacia Kent, que está estacionado detrás de nosotras, esperando para llevarme a casa.

—¿Estás segura que todo está bien? Para volver a casa y todo, quiero decir.

—Estoy segura —digo. A pesar de todo lo que ha sucedido esta noche, el pensamiento de estar sentada junto a Kent durante doce minutos de camino a mi casa, me llena de calidez. Aunque sé que no es correcto, incluso si sé, en algún lugar profundo dentro de mí, que no funcionará, que ya no puede funcionar para mí con alguien más.

Lindsay abre su boca y la cierra. Puedo notar que ella quiere preguntar sobre Kent, pero se lo piensa mejor. Empieza a caminar hacia la casa, vacila, y se gira.

—¿Sam?

—¿Sí?

—Lo siento mucho. Lamento mucho... todo.

Ella quiere que le diga que está bien. Ella necesita que le diga eso. Sin embargo, no puedo. En lugar de eso, digo quedamente:

—A las personas le agradarás de todos modos, Lindz. —No digo: si dejas de fingir tanto. Pero sé que ella lo entiende—. Te seguiremos amando sin importar lo que pase.

Ella enreda sus puños y dice con dificultad:

—Gracias.

Entonces, se da la vuelta y se dirige a la casa. Por un segundo, la luz cae en su cara y hace que su piel se vea húmeda, pero no estoy segura de si está llorando o si es la nieve.

Kent se inclina y abre la puerta para mí, y yo entro. Nos alejamos de la casa de Lindsay y giramos en la carretera principal en silencio. Él conduce lenta y cuidadosamente, con nieve en forma de embudos encendidos por los faros, con ambas manos descansando ligeramente sobre el volante. Hay tanto que quiero decirle, pero no puedo resignarme a hablar. Estoy cansada y me duele la cabeza, y únicamente quiero disfrutar del hecho de que hay sólo unas cuantas pulgadas separando nuestros brazos, del hecho de que este coche huele a canela, del hecho de que él tiene la calefacción encendida para mí. Hace que sienta soñolientas y pesadas mis extremidades, justo como si mi interior estuviera vivo y revoloteando y cien por ciento consciente de él, tan cerca.

Cuando nos acercamos a mi casa, él reduce la velocidad, de manera que estamos apenas avanzando a paso de tortuga, y espero que sea porque él

tampoco quiere que el viaje acabe. Este es el momento para que el tiempo se detenga, justo aquí, para escapar de que todo se abra y desaparezca como sucede al final de un agujero negro, y así este momento pueda tener su vuelta infinita y nos mantenga por siempre avanzando hacia la nieve. Pero no importa qué tan lento vaya Kent, el coche se mueve hacia delante.

Pronto la vista de mi calle aparece torcidamente a la izquierda, y entonces estamos pasando las casas a oscuras de mis vecinos, y luego estamos en mi casa.

—Gracias por traerme a casa —digo, girando hacia él mientras él se gira hacia a mí y dice:

—¿Estás segura de que estarás bien?

* * * *

Los dos nos reímos nerviosamente. Kent empuja su flequillo lejos de los ojos, y de inmediato se desploma en su lugar de nuevo, haciendo que mi estómago se remueva.

—No hay problema —dice él—. Ha sido un placer.

Ha sido un placer. Sólo podría decirlo Kent y hacer que no suene como algo cursi de una vieja película, y mi corazón me duele frenéticamente por un segundo cuando pienso en todo el tiempo que perdí, segundos y horas que escaparon de mis manos para siempre como la nieve en la oscuridad.

Nos sentamos un minuto. Estoy desesperada por decir algo, cualquier cosa, así no tener que salir del coche, pero las palabras no vienen y los segundos pasan.

Por último, digo abruptamente:

—Esta noche, todo ha sido horrible, excepto por esto.

—¿Excepto por qué?

Marco con mi dedo índice una vez entre nosotros.

—Tú y yo. Todo fue terrible, salvo por esto.

Una luz se enciende en sus ojos.

—Sam. —dice mi nombre una vez, sólo respira, y yo no sabía que una sola sílaba podría transformar todo mi cuerpo en un baile, en una cosa que brilla intensamente. Él llega de pronto y pone sus cálidas manos a ambos lados de mi rostro, trazando las cejas, su pulgar descansando ligeramente un solo segundo y sencillo milagro en mis labios degustando la canela de su piel, luego deja caer las manos y se retira, con aire avergonzado.

—Lo siento —murmura.

—No, está bien… —Mi cuerpo está tarareando. Él debe ser capaz de escucharlo. Al mismo tiempo siento que mi cabeza va a girar fuera de mis hombros.

—Es sólo... Dios, es tan horrible.

—¿Qué es tan horrible? —Mi cuerpo detiene el sonido abruptamente y mi estómago cae en plomo. Va a decirme que no me quiere. Va a decirme que él ve a través de mí otra vez.

—Quiero decir, con todo lo que ha pasado esta noche... no es el momento adecuado... y estás con Rob.

—No estoy con Rob —le digo rápidamente—. Ya no.

—¿No lo estás? —Me está mirando con tanta intensidad que puedo ver las rayas doradas que alternan con el verde de sus ojos como los radios de una rueda.

Sacudo la cabeza.

—Eso está bien. —Todavía me mira así, como si fuera la primera y la última persona que alguna vez ha visto—. Porque... —Su voz se apaga, y sus ojos recorren lentamente mis labios, y hay tanto calor rugiendo a través de mi cuerpo que juro que voy a perder el conocimiento.

—¿Por qué? —De pronto, me sorprendo de que todavía pueda hablar.

—Porque lo siento, pero no puedo evitarlo, y realmente tengo que darte un beso en este momento.

Él pone una mano detrás de mi cuello y me jala hacia él. Y luego nos besamos. Sus labios son suaves y dejan un hormigueo en los míos. Cierro los ojos, y en la oscuridad detrás de ellos veo una hermosa flor, flores girando como copos de nieve, y colibríes jugando al mismo ritmo que mi corazón. Desaparezco, perdida, girando en la nada como en mi sueño, pero esta vez es una buena sensación, explorando, como ser totalmente libre. Su otra mano empuja el pelo hacia mi cara, y puedo sentir la impresión de los dedos por todas partes que toca, y creo que las estrellas se reflejan en el cielo y dejando rastros ardiendo a su espalda, y en ese momento, el tiempo que dura, un segundo, días, mientras que él está diciendo mi nombre en mi boca y yo estoy respirando en la suya, me doy cuenta de esto, aquí, que es la primera y única vez que he sido besada en mi vida.

Él se aleja demasiado pronto, todavía siento la presión de su cara.

—Vaya —dice él, sin aliento—. Lo siento. Pero vaya.

—Sí. —Las palabras quedan capturadas en la garganta.

Nos quedamos así como, mirándonos el uno al otro, y por una vez no me siento ansiosa o preocupada por lo que está pensando. Estoy feliz, atrapada en sus ojos, impulsada en un lugar cálido y luminoso.

—Me gustas mucho, Sam —dice en voz baja—. Siempre me has gustado.

—Tú también me gustas. —No te preocupes por el mañana. Ni siquiera pienses en ello. Cierro los ojos un instante, apartándolo todo, menos este momento, sus manos calientes, sus deliciosos ojos verdes, sus labios.

—Vamos. —Se inclina y besa mi frente una vez, con suavidad—. Estás cansada. Necesitas dormir.

Sale del coche y da la vuelta hacia el lado del pasajero para abrirme la puerta. La nieve ha comenzado a pegarse, formando una manta por encima de

todo, difuminando los bordes del mundo. Nuestros pasos son amortiguados mientras hacemos nuestro camino por el sendero delantero hasta el porche. Mis padres han dejado encendida la luz del pórtico, la única luz en una casa oscura en una calle oscura, tal vez la única luz en el mundo. Con su resplandor, la nieve parecen estrellas fugaces.

—Tienes nieve en las pestañas. —Kent desliza un dedo sobre mis párpados y sobre el puente de la nariz, haciéndome temblar—. Y en tu pelo. —Ondeando su mano, la sensación de los dedos, la palma ahuecada, en mi cuello. ¡Cielos!

—Kent. —Envuelvo mis dedos alrededor del cuello de la camisa, no importa lo cerca que esté parado, no está lo suficientemente cerca—. ¿Alguna vez has tenido miedo de ir a dormir? ¿Miedo a lo que viene después?

Sonríe con tristeza y juro que parece como si él supiera.

—A veces tengo miedo de lo que estoy dejando tras de mí —dice él.

Luego nos besamos otra vez, nuestros cuerpos se mueven juntos y la boca es tan perfecta que es como si ni siquiera estés besando, pensando en los besos, pensando en la respiración, todo está bien, natural e inconsciente y relajado, un sentimiento de no tratar de hacer, sino de completo abandono, dejarte ir, y ahí mismo lo impensable e imposible sucede: el tiempo se detiene después de todo. Tiempo y espacio se alejan y la onda expansiva se distancia como un universo en expansión hacia afuera para siempre, y dejando solamente la oscuridad y a nosotros dos en su periferia, oscuridad, la respiración y el tacto.

SIETE

La última vez que tengo el sueño es algo así: Estoy cayendo, cayendo por el aire, pero, esta vez, la oscuridad a mi alrededor está viva, llena de cosas que me golpean y me doy cuenta de que no estoy rodeada de oscuridad sino que he tenido los ojos cerrados todo este tiempo. Los abro, sintiéndome un poco tonta, mientras cien mil mariposas de colores tan brillantes que parecen un arco iris sólido, revolotean sobre mí, oscureciendo el sol temporalmente. Pero a medida que se elevan más y más alto, revelan un paisaje debajo de mí, todo verde y dorado, bañado por el sol y me doy cuenta de que hay nubes de color rosado debajo de mí, y que el aire a mi alrededor es claro y azul, de un olor dulce, y estoy riendo, riendo, riendo mientras giro en el aire, ya que, por esta vez, no he estado cayendo todo este tiempo.

He estado volando.

Y cuando me despierto, es algo maravilloso, como si me hubiera transportado al silencio de una playa tranquila y pacífica, y el sueño y su significado, hubiesen roto por encima de mí como una ola que estuviese decayendo ahora, dejándome con una certeza única, sólida. Ahora lo sé.

Nunca se trató de salvar mi vida.

No, al menos, en la forma en que yo pensaba.

Y empieza el séptimo día

Recuerdo que una vez vi una película antigua con Lindsay; en la que el personaje principal hablaba de lo triste que es tener relaciones sexuales por última vez sin saber que es la última vez. Yo ni siquiera he tenido una primera vez, por tanto no soy lo que se dice una experta, pero supongo que debe ser como con la mayoría de cosas en la vida: el último beso, la última risa, la última taza de café, la última puesta de sol, la última vez que saltas atravesando un aspersor o que comes un helado, o que sacaste la lengua para atrapar un copo de nieve. Simplemente no lo sé.

Pero creo que es algo bueno, de verdad, porque si lo supiésemos sería casi imposible que lo dejásemos. Es como pedir que demos un paso lanzándonos al vacío desde el borde de un acantilado: todo lo que uno quiere hacer es postrarse sobre manos y rodillas y besar la tierra firme, olerla, aferrarse a ella.

Supongo que eso es lo que ocurre cuando se dice adiós para siempre, hay que dar un salto al vacío. Lo peor es tomar la decisión de hacerlo. Una vez que se está en el aire, no hay nada que puedas hacer, sólo dejarte ir.

* * * *

Esta es la última cosa que dije a mis padres: *Nos vemos más tarde*. Dije: *Te quiero también*, pero eso fue antes. La última cosa digo ahora es: *Nos vemos más tarde*. O en realidad, para ser exactos, lo último que le digo a mi padre es: Nos vemos más tarde. A mi madre le digo: *Seguro*, porque está de pie en la puerta de la cocina sosteniendo el periódico, con su cabello todo desordenado y su bata mal abrochada mientras me dice: "¿Estás segura de que no quieres desayunar?", como siempre hace.

Miro hacia atrás cuando estoy en la puerta principal. Detrás de ella, mi padre está en la cocina, canturreando para sí mismo y preparando huevos para mi madre. Lleva el pantalón del pijama de rayas que Izzy y yo le regalamos en su último cumpleaños y su pelo sobresale de su cabeza en ángulos locos como si él hubiese metido un dedo en un enchufe. Mamá le pone una mano sobre la espalda mientras se aprieta junto a él, para, a continuación, instalarse en la mesa de la cocina, moviendo el periódico. Él pone los huevos en un plato que coloca frente a ella, diciendo: "Ya está, señora. Extra crujiente" y ella niega con la cabeza y dice algo que no llego a oír, pero le sonríe mientras él se inclina y la besa en la frente.

Es una cosa agradable de ver. Me alegro, es algo que estaba buscando.

* * * *

Izzy me sigue a la puerta con mis guantes, sonriéndome y mostrando el hueco de la brecha entre sus dos dientes delanteros. Una sensación de vértigo me abruma cuando la miro, una sensación creciente de náuseas, pero hago una inspiración profunda y pienso en contar los pasos, en ejecutar el salto y en mi sueño de volar.

Uno, dos, tres… salto.

—Se te olvidaban los guantes —balbucea, sonriendo, con sus mechones de pelo de dorado.

—¿Qué haría sin ti? —Me agacho y la aprieto en un abrazo, mientras veo toda nuestra vida juntas: sus deditos de los pies y su cuero cabelludo pelón de pequeñita, su olor a talco para bebés; la primera vez que se tambaleó hacia mí, la primera vez que montaba una bicicleta y se cayó, se raspó las rodillas y que cuando vi toda esa sangre en ella, casi me muero del susto y me la llevé a casa. Y veo más allá de ella, extrañamente, vislumbres de ella en el futuro: Izzy de mayor, alta y preciosa, con una mano apoyada en el volante, riéndose; Izzy llevando un vestido verde largo y abriéndose paso con sus tacones hacia una limusina que la espera para llevarla al baile; Izzy cargada de libros con remolinos de nieve a su alrededor, en un dormitorio, con el pelo como una llama dorada sobre fondo blanco.

Ella grita y se retuerce intentando alejarse.

—¡No puedo respirar! ¡Me estás aplastando!

—Lo siento, Fizzer. —Me llevo las manos al cuello y desengancho el collar de pájaros de la abuela.

Los ojos de Izzy se tornan enormes y redondos.

—Date la vuelta —le digo, y por una vez, está totalmente tranquila y hace lo que digo sin quejas, de pie, completamente inmóvil mientras levanto su pelo y fijo el collar en su cuello. Se vuelve de nuevo a mí, con el rostro muy serio, esperando a que le dé mi opinión.

Doy un tirón del collar. Se cae hasta la mitad de su pecho, asentándose justo a la derecha de su corazón.

—Se ve muy bien en ti, Fizz.

—¿Estás dándomelo a mí, de verdad de verdad? ¿O sólo es por hoy? —Su voz es un murmullo, como si estuviésemos discutiendo secretos de Estado.

—Luce mejor en ti. —Pongo un dedo en su nariz y se pone a girar con las manos en el aire como una bailarina.

—¡Gracias, Sammy! —Aunque de su boca sale, por supuesto, *Tbammy*.

—Sé buena, Izzy. —Me pongo de pie, con un nudo en la garganta, doliéndome todo mi cuerpo. Tengo que reprimir el impulso de ponerme de rodillas y apretarla de nuevo.

Ella pone las manos en las caderas como nuestra madre hace, y finge estar ofendida, elevando su nariz en el aire.

—Siempre soy buena. Soy la mejor.

—La mejor de lo mejor.

Ella ya se dio la vuelta, corriendo y deslizándose sobre sus pies calzados con zapatillas, de nuevo hacia la cocina, gritando:

—¡Miren lo que me ha dado Sammy! —Mientras con una mano ahueca el collar. Las lágrimas tornan mi visión borrosa y no puedo verla claramente, el rosa de su pijama, el halo dorado de su pelo.

Fuera, el frío quema mis pulmones y hace que el dolor en la garganta empeore. Respiro profundo, absorbiendo los olores de los fuegos de madera y gasolina.

El sol es hermoso, largo y bajo en el horizonte, como si se estirase, como si estuviese sacudiéndose tras la siesta, y sé que debajo de esta débil luz invernal está la promesa de días que duran hasta las ocho de la noche, de fiestas en la piscina, de olor a cloro y hamburguesas a la parrilla y más abajo aún está la promesa de árboles iluminados en rojo y naranja, como llamas, y de sidra con especias y de escarcha que se derrite al mediodía, capas sobre más capas de vida, siempre hay algo más, más nuevo, más profundo. Irme me hace sentir ganas de llorar, pero Lindsay ya ha aparcado delante de casa y está moviendo los brazos y gritando:

—¿Qué estás haciendo? —Así que sigo caminando, un pie delante del otro, uno, dos, tres… y pienso en dejarme ir, en los árboles, la hierba y en ese cielo rayado de rojo en el horizonte, en dejar las pérdidas detrás de mí, como un velo.

Tal vez habrá algo espectacular debajo.

Un milagro de suerte y coincidencia. Parte I

—Y yo le dije, "Escucha, no me importa que sea estúpido, ni que sea un día inventado por Hallmark [1] para tener más ingresos, ni nada de eso...”—Lindsay está hablando sin parar sobre Patrick, marcando cada palabra con un ligero golpeteo con la palma de su mano en el volante del coche. Está otra vez perfectamente controlado, con su pelo recogido en una cola de caballo un poco desordenada para darle un toque especial, algo de brillo de labios, el aroma a su perfume Burberry Brit Gold se siente en su chaqueta. Es extraño verla ahora después de lo de anoche, pero al mismo tiempo estoy contenta. Ella puede ser cruel, asustadiza, orgullosa e insegura, pero sigue siendo Lindsay Edgecombe, la chica que en primer año rayó el coche nuevo de Mari Tinsley con una llave después de que ésta la llamó prostituta barata, aunque Mari recién había sido

elegida Reina de la graduación y nadie, ni siquiera la gente de su propio curso, se animaba a hacerle frente, y todavía es mi mejor amiga, a pesar de todo aún la respeto. Y sé que aunque haya estado errada sobre muchas cosas, sobre mucha gente, sobre ella misma, se dará cuenta de sus errores. Lo sé por la forma en que se veía anoche, con las sombras hundiendo su rostro.

Tal vez sólo sea una ilusión mía, pero quiero creer que lo que pasó anoche, en algún nivel, o en algún otro mundo, de verdad importa, que no sólo desapareció. *A veces temo ir a dormir por miedo a perder lo que dejo atrás*. Pensar en las palabras de Kent hace que un escalofrío recorra mi espina dorsal. Ésta es la primera vez en mi vida que extraño besar a alguien; la primera vez que siento que he perdido algo importante.

—Tal vez haya reaccionado así porque también le gustas —dice Elody desde el asiento trasero—. ¿No crees, Sam?

—Ajá. —Estoy saboreando mi café, tomándolo despacio. Una mañana perfecta, exactamente como la hubiera elegido: café perfecto, rosquilla perfecta, estar en el coche con dos de mis mejores amigas, sin hablar de nada en especial, sin tratar de hablar de nada en concreto, sólo charlando de lo mismo de siempre, disfrutando de la compañía mutua. Lo único que falta es Ally.

De repente, tengo ganas de manejar por Ridgeview un poco más. En parte porque no quiero que el viaje termine. En parte porque quiero ver todo una última vez.

—¿Lindz? ¿Podemos pasar por Starbucks? Yo, um, creo que quiero un Latte. —Tomo un par de sorbos de mi café, tratando de terminarlo, para que esto sea un poco más creíble.

Ella levanta sus cejas.

—Tú odias Starbucks.

—Sí, bueno, de repente tuve un antojo.

—Dijiste que era como tomar pis de perro colado por una bolsa de basura.

Elody se atraganta con su café.

—Qué asco. ¿Hola? Aquí hay alguien tomando y comiendo. —Mueve su rosquilla dramáticamente.

Lindsay alza ambas manos.

—Eso fue una cita textual.

—Si llego tarde a SOC una vez más, juro que me castigarán de por vida —dice Elody.

—Y te perderás de chuparle la cara a Panqueque antes de la primera hora —dice Lindsay, riendo por lo bajo.

—¿Y qué hay de ti? —Elody le tira un pedazo de rosquilla, y Lindsay chilla—. Es un milagro que Patrick y tú todavía no hayan hecho lo mismo.

—Vamos, Lindsay. ¿Por favor? —Agito mis pestañas en su dirección, y luego me giro en mi asiento para mirar a Elody—. ¿Porfa?—Lindsay suspira gravemente, mirando a Elody por el espejo retrovisor. Prende la señal del guiñe. Yo aplaudo y Elody se queja.

—Sam puede pedir lo que quiera hoy —dice Lindsay—. Después de todo, es su gran día. —Pone énfasis en la palabra gran, y luego se mata de la risa.

Elody entiende lo que acaba de decir.

—Se podría decir que es el gran día de Rob, en realidad.

—Hay que tener esperanza. —Lindsay me da un ligero golpe con el codo.

—Qué asquerosas —digo—. Pervertidas.

Lindsay está en su salsa.

—Va a ser un laaaaaargo día.

—Uno duro —agrega Elody.

Lindsay escupe algo del café que había en su boca y Elody chilla. Ambas se están doblando de la risa, parecen locas.

—Muy gracioso —digo, mirando por mi ventanilla, viendo las casas pasar mientras entramos en el pueblo—. Muy maduro. —Pero estoy sonriendo, sintiéndome feliz y tranquila, pensando: *No tienen ni idea*.

Hay un pequeño estacionamiento detrás del Starbucks, y conseguimos estacionar en el último lugar disponible; Lindsay lo estaciona con rapidez, casi sacándoles los espejos laterales a los dos autos que hay a los lados, y aún así grita "Gucci, nena, Gucci," palabra que ella dice que significa "perfecto" en italiano.

En mi mente le he estado diciendo adiós a todo, a todos estos lugares que he visto tan seguido que he comenzado a ignorar: la tienda de comida fina en la colina que tiene esas chuletas perfectas de pollo y la de chucherías donde solía comprar hilos para hacer pulseras de la amistad, la tienda de bienes raíces y el lugar donde iba al dentista, el pequeño jardín donde Steve King metió su lengua en mi boca en el séptimo grado y estuve tan sorprendida que la mordí. No puedo parar de pensar qué rara es la vida, ni en Kent y Juliet, y hasta en Alex y Katie y Brianna y el Sr. Otto y la Sra. Winters , en cuán complejo y conectado está todo, todo hilado en una gran red invisible, y cómo a veces piensas que estás haciendo lo correcto, y en verdad es algo terrible, y viceversa.

Entramos en Starbucks y pido un Latte. Elody compra un brownie, aunque recién haya comido una rosquilla, y Lindsay pone un oso de peluche en

su cabeza y pide un agua sin parpadear y la chica que la atiende la mira como si estuviera loca, y no puedo evitar rodearla con mis brazos, mientras ella me dice "Guarda eso para el dormitorio, amor," haciendo que la señora detrás nuestro se corra aún más atrás. Salimos de allí riéndonos y casi vuelco mi café: Sarah Grundel está en su camioneta Chevrolet esperando que alguien se vaya para poder estacionar. Golpetea su volante con las manos, mirando su reloj. El último lugar que había disponible lo tomamos nosotras.

—Tienes que estar bromeando —digo en voz alta. Definitivamente, llegará tarde.

Lindsay me escucha y malinterpreta mi comentario.

—Lo sé. Si yo tuviera ese coche, no sé si lo conduciría. Preferiría caminar a ser vista en él.

—No, es que... —Sacudo mi cabeza, dándome cuenta que no puedo explicarlo. Mientras pasamos por su coche, Sarah rueda sus ojos y suspira, como diciendo: Por fin. El humor de la situación me golpea y empiezo a reírme.

—¿Cómo está el Latte? —me pregunta Lindsay mientras subimos al auto.

—Como pis de perro colado por una bolsa de basura — le digo. Salimos de estacionamiento, tocando la bocina a Sarah, y ella resopla y toma el lugar.

—¿Cuál es su problema? —Elody pregunta.

—SPE —dice Lindsay—. Síndrome Pre-Estacional.

Mientras nos vamos de allí se me ocurre que quizá no sea tan complicado. La mayoría del tiempo (el 99 por ciento de las veces) simplemente no sabes cómo ni por qué los hilos están puestos de esa manera, y eso está bien. Haz algo bueno, y algo malo pasará. Haz algo malo, y algo bueno ocurrirá. No hagas nada y todo explotará.

Y muy, muy raramente, por un milagro de suerte y coincidencia, con mariposas batiendo sus alas levemente y los hilos unidos de cierta manera por un momento, se te da la oportunidad de hacer lo correcto.

Esto es lo último que se me ocurre mientras Sarah desaparece en el espejo retrovisor, saliendo de su coche y corriendo a la entrada del Starbucks: si estás a una llegada tarde de perderte la oportunidad de participar en una competencia importante, probablemente deberías hacer tu café en casa.

---

[1]Hallmark: marca de tarjetas de felicitación.

* * * *

Cuando llegamos a la escuela tengo unas cuantas cosas de las que encargarme en el cuarto de las rosas, así que nos dividimos con Elody y Lindsay, luego, porque ya voy tarde, decido saltarme el resto de la primera hora. Paseo por los pasillos y el campus pensando cuán extraño es vivir en una ciudad que nunca has visto. Incluso las paredes amarillas (a las que solemos llamar el pasillo vomitivo) me parecen más bonitas ahora, los esbeltos y simples árboles en el medio del patio, elegantes y escasos, sólo esperando por la nieve.

En la mayor parte de mi vida siempre ha parecido que el día de colegio duraba para siempre, excepto durante cuestionarios y exámenes, cuando los segundos parecían tropezar unos con otros tratando de correr más rápido. Aún es así. No importa cuánto quisiera que todo fuera despacio, el tiempo sigue vertiéndose como una hemorragia. Apenas he hecho hasta la segunda pregunta del cuestionario del señor Tierney antes que esté gritando: "¡Tiempo!" Y dándonos su feroz ceño, y tengo que entregar mi hoja parcialmente completa. Sé que no importa pero he dado mi mejor esfuerzo de todos modos. Quiero tener un último día donde todo es normal. Un día como los millones de días que he tenido. Un día en que entregue mi examen y me preocupe de si el señor Tierney alguna vez hará bien la amenaza de llamar a BU. Pero ya no me lamento por eso. Estoy lamentando el pasado.

Cuando es tiempo para matemáticas, bajo mi cabeza, sintiéndome calmada. Me siento en mi puesto unos momentos después de la campana y saco mi texto de matemáticas, centrado perfectamente en mi mesa, soy la primera estudiante en llegar.

El señor Daimler llega y se inclina en mi mesa, sonriéndome. Noto por primera vez que uno de sus incisivos es demasiado afilado, como el de un Vampiro.

—¿Qué pasa, Sam? —Él señala mi escritorio—. ¿Tres minutos temprano y, de hecho, preparada para clase? ¿Estás pasando una nueva página?

—Algo así —digo sin ninguna emoción. Sosteniendo mis manos sobre el libro.

—Así que, ¿cómo te trata San Valentín? —Él pone una menta en su boca y se inclina más cerca. Me da asco, como si pensara que puede seducirme con aliento fresco—. ¿Algún plan romántico esta noche? ¿Alguien especial con quien pasar un agradable rato? —Él levanta sus cejas hacia mí. Hace una semana esto me hubiera hecho desmayar. Ahora estoy completamente fría. Pienso en cuán tosco era su rostro sobre mí, cuan pesado se sentía. Pero no me

siento enojada o asustada. Me fijo en su collar de cáñamo, el cual siempre sobresale del cuello de su camisa. Por primera vez me parece un poco patético. ¿Quién usa la misma cosa por ocho años?

Eso sería como si insistiera en usar el collar de dulces que amaba cuando estaba en quinto grado.

—Veremos —digo sonriendo con las esquinas de mi boca—. ¿Qué hay de usted? ¿Va a estar solo? ¿Mesa para uno?

Él se inclina aún más, yo me quedo perfectamente quieta, permitiéndome no salir corriendo.

—No, ¿por qué asumes eso? —Él me guiña un ojo, obviamente pensando que ésta es mi versión de coquetear, como si fuera a ofrecerme a hacerle compañía o algo así.

Sonrió incluso ampliamente.

—Porque si tuviera una verdadera novia —digo tranquila pero claramente, así él puede oír cada palabra perfectamente—, no andaría tras chicas de secundaria.

El señor Daimler jadea y se yergue hacia atrás tan rápido que casi cae del escritorio. La gente está llegando a la clase, ahora, hablando y comparando rosas, ignorándonos. Podemos estar hablando de alguna tarea asignada o la nota de una prueba. Él me mira, su boca abriéndose y cerrándose, finalmente no dice nada.

La campana suena y el señor Daimler sacude sus hombros y tropieza lejos del escritorio, aún mirándome. Luego gira en un círculo completo, como si estuviera perdido. Finalmente, aclara su garganta.

—Está bien, todos —su voz se rompe y empieza a toser. Cuando vuelve a hablar es con un grito—. Todos, siéntense. Ahora. —Lo observo dar la vuelta y buscar en su bolsillo por sus mentas, haciendo una mueca cuando mete otra menta en su boca y tengo que poner la mano en mi boca para evitar reírme a carcajadas. El señor Daimler me dispara una mirada de total disgusto, lo que hace que la urgencia de reír sea más fuerte. Miro lejos girando hacia la puerta.

Justo en el momento en que Kent McFuller entra a través de esta.

Nuestras miradas se cruzan, y en ese momento es como si el salón se dividiera en dos. Y la distancia desaparece entre nosotros. Un acercamiento, los sentimientos corren rápidamente hacia mí, como si estuviera siendo arrastrada dentro de sus brillantes ojos verdes. El tiempo colapsa también, y estamos de vuelta en mi porche en la nieve, sus cálidos dedos acariciando mi cuello, la

suave presión de sus labios, el susurro de su voz en mi oreja. Nada existe, sólo él.

—Señor McFuller, ¿le importaría sentarse? —La voz de señor Daimler es fría.

Kent gira lejos de mí y el momento se ha ido. Él murmura un rápido "lo siento" al señor Daimler y luego se dirige a su lugar. Yo giro siguiéndolo con los ojos. Amo la forma en que se desliza en su asiento sin tocar el escritorio. Amo la forma en que saca su libro de texto, un montón de arrugados bocetos salen con él. Amo la forma en que juguetea nerviosamente con su cabello, corriendo su mano a través de él, aunque su mirada oscila inmediatamente a mis ojos.

—Señorita Kingston. Si pudiera molestarla por un segundo de su precioso tiempo y atención.

Giro de nuevo hacia el frente del salón, el Señor Daimler me está mirando.

—Si es sólo un segundo —digo en voz alta, y todos se ríen. El señor Daimler dobla su boca en una delgada línea blanca, pero no dice nada más.

Abro mi texto de matemáticas, pero no puedo concentrarme. Empiezo a tamborilear con mis dedos bajo el escritorio, sintiéndome inquieta y emocionada ahora que he visto a Kent.

Desearía poder decirle cómo me siento exactamente. Desearía poder explicarle de alguna manera, para que él pudiera saber. Miro el reloj ansiosamente. No puedo esperar que los Cupidos lleguen.

Kent McFuller recibirá hoy una rosa extra.

* * * *

Después de clase, espero a Kent en el vestíbulo, mariposas revolotean en mi estómago. Cuando él aparece, está cuidadosamente sosteniendo la rosa que le envié, como si tuviera miedo de que se fuera a romper. Levanta la mirada, serio y pensativo, sus ojos buscan mi cara.

—¿Puedes decirme qué es todo esto? —No sonríe, pero hay un tono burlón en su voz y sus ojos están brillando.

Decido tomarle el pelo en respuesta, incluso aunque al tenerle tan cerca se me esté haciendo difícil pensar.

—No sé de lo que me estás hablando.

Sostiene la rosa y tira de la nota abriéndola para que pueda leerla, aunque, por supuesto, sé lo que dice.

Esta noche. Mantén tu teléfono móvil encendido y tu coche fuera, y serás mi héroe.

—Misterioso —digo, manteniendo mi sonrisa. Él parece diez veces más adorable cuando está preocupado—. ¿Una admiradora secreta?

—No tan secreta. —Sus ojos aún están recorriendo mi cara como si estuviera escrita ahí la respuesta a un enigma, y tengo que mirar hacia otro lado para no agarrarlo y tirar de él hacia mí. Él hace una pausa—. Voy a dar una fiesta esta noche, ¿sabes?

—Lo sé —digo demasiado deprisa—. Quiero decir, lo he oído.

—¿Y...?

Me doy por vencida acerca de jugar con él.

—Escucha, tal vez necesite que vengas a recogerme a un lugar. Veinte minutos, como mucho. No te lo pediría a menos que fuera importante.

Él tira un lado de su boca en una sonrisa.

—¿Y qué gano yo con eso?

Me inclino hacia delante hasta que mi boca queda a pulgadas de su perfecta oreja. El olor de él (como a pasto recién cortado y a menta) es adictivo.

—Te contaré un secreto.

—¿Ahora?

—Más tarde —me echo hacia atrás. De otro modo, no podré frenarme de besar su cuello. No sé qué está mal conmigo. Yo nunca fui así con Rob. Apenas si puedo obligar a mis manos a no tocarlo cuando estoy alrededor de Kent. Quizá morir unas pocas veces interfiere con tus hormonas o algo así. De todos modos, casi me gusta.

Su rostro se pone serio otra vez.

—Lo que escribiste aquí... —Sostiene la nota, doblándola y desplegándola, sus ojos brillando, con pequeños destellos de oro—. La última parte... la cosa del héroe... ¿cómo lo…?

Mi corazón late frenéticamente, y por un segundo pienso que él lo sabe… pienso que él lo recuerda. El silencio es pesado entre nosotros, todo lo pasado y lo que está por venir, todo lo recordado y lo olvidado y lo deseado se balancea como un péndulo.

—¿Cómo, qué? —apenas si puedo pronunciar las palabras.

Suspira y sacude la cabeza, y me da una sonrisa débil.

—Nada. Olvídalo. Es estúpido.

—Ah. —Me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración, y exhalo, apartando la mirada para que él no pueda ver cuán decepcionada estoy—. Gracias por la rosa, a propósito.

* * * *

De todas las rosas que me regalaron, es la única que guardé.

—Es mi favorita. —Había dicho, cuando Marian Sykes me la entregó.

Ella me miró, asustada, y entonces echó una mirada alrededor, como si no hubiera forma en que yo pudiera estar hablando con ella. Cuando se dio cuenta de que lo estaba haciendo, se ruborizó y sonrió.

—Tienes tantas —dijo con timidez.

—El problema es que nunca puedo mantenerlas vivas —dije—. Tengo, como, un ramillete negro.

—Tienes que cortarles los tallos en un ángulo —dijo ella con ansias, entonces se ruborizó otra vez—. Mi hermana me enseñó eso. Solía gustarle trabajar en el jardín. —Apartó la mirada, mordiéndose el labio.

—Tú deberías quedártelas —dije.

Ella me miró fijamente por un segundo, como si sospechara que era una broma.

—Como… ¿para quedármelas? —dijo, recordándome a Izzy.

—Te lo digo, no puedo tener más homicidios de flores en mi conciencia— dije—. Tú podrías llevártelas a casa. ¿Tienes un jarrón?

Ella se detuvo un instante más y entonces su cara rompió en una sonrisa que deslumbraba, transformando todo su rostro.

—Las mantendré en mi cuarto —dijo.

* * * *

Kent arquea una ceja.

—¿Cómo sabes que fui yo quien te la envió?

—Vamos. —Pongo los ojos en blanco—. Nadie más hace extraños dibujitos para ganarse la vida.

Pone una mano en su pecho, actuando ofendido.

—No para ganarme la vida. Por amor al arte. Además, no son extraños.

—Como sea. Entonces, gracias por tu totalmente normal nota.

—De nada. —Sonríe. Estamos parados tan cerca que puedo sentir el calor saliendo de su cuerpo.

—Así que, ¿serás mi príncipe azul en su brillante armadura o qué?

Kent hace una pequeña reverencia.

—Sabes que no puedo resistirme a una dama en apuros.

—Sabía que podía contar contigo.

Los pasillos están vacíos ahora, todos están en el almuerzo. Por un momento, nosotros sólo nos quedamos parados allí, sonriéndonos el uno al otro. Entonces, algo se suaviza en sus ojos, y mi corazón se acelera. Todo en mí se siente libre y revoloteando, como si pudiera comenzar a flotar en cualquier segundo. Música, pienso, él me hace sentir como música. Entonces pienso: él me besará aquí mismo, en el ala de matemáticas del Instituto Thomas Jefferson, y casi me desmayo.

Pero no lo hace. En lugar de eso, él estira su mano y toca mi hombro una vez, muy levemente. Cuando quita la mano, yo todavía puedo sentir su toque hormigueando en mi piel.

—Hasta esta noche, entonces. —Destella una sonrisa—. Será mejor que tu secreto sea bueno.

—Es asombroso, lo prometo. —Deseo poder memorizar cada pequeña cosa acerca de él. Quiero quemar su imagen en mi mente. No puedo creer lo ciega que fui durante tanto tiempo. Comienzo a retirarme antes de que haga algo verdaderamente inadecuado, como saltar encima de él.

—¿Sam? —él me detiene.

—Sí.

Sus ojos hacen esa cosa de buscar otra vez, y ahora comprendo por qué él me dijo antes que podía ver a través de mí. Realmente ha estado prestando atención. Me siento como si pudiera leer mi mente en este momento, lo cual es más que un poco embarazoso, ya que la mayor parte de mis pensamientos en este momento implican cuán perfectos son sus labios.

Se muerde el labio y mueve sus pies un poco.

—¿Por qué yo? Para esta noche, quiero decir. Nosotros no hemos realmente hablado en, como, siete años.

—Quizá sólo recupero el tiempo perdido. —Sigo alejándome de él, saltando un poco.

—Lo digo en serio —dice—. ¿Por qué yo?

Pienso en Kent sosteniendo mi mano en la oscuridad, dirigiéndome a través de cuartos atravesados por la luz de la luna. Pienso en su voz

calmándome para que me duerma, llevándome lejos como una marea. Pienso en el momento increíble en que ahuecó mi cara y atrajo sus labios a los míos.

—Créeme—digo—, sólo puedes ser tú.

Segundas Oportunidades

El Valograma de Kent fue sólo el primero de los varios ajustes que hice en la Sala de las Rosas esta mañana, y tan pronto como entro en la cafetería puedo decir que Rob tiene el suyo. Él deja a sus amigos y trota hacia mí antes de que pueda ponerme en la fila de la comida (donde pensaba pedir un sándwich doble de carne asada.) Como siempre, su estúpida gorra de los Yankees está ladeada en su cabeza, puesta sobre un lado como si estuviera en un video de rap de 1992.

—Hola, nena. —Pone sus brazos alrededor de mi cintura, me alejo un paso de forma casual—. Recibí tu rosa.

—Gracias. Yo recibí la tuya también.

Mira a su alrededor, ve una solitaria rosa sobresaliendo a través del mango de mi bolso, y frunce el ceño.

—¿Es la mía?

Sacudo mi cabeza, sonriendo dulcemente.

Se frota la frente, siempre lo hace cuando está pensando, como si el acto de utilizar verdaderamente su mente le diera dolor de cabeza.

—¿Qué pasó con todas tus rosas?

—Están guardadas —digo, lo cual es una especie de verdad.

Sacude su cabeza, alejando esto.

—Así que este tipo Kent o Kyle va a celebrar una fiesta esta noche… —Se arrastra hacia atrás, luego inclina su cabeza y me sonríe—. Pensé que podría ser divertido ir un rato. —Extiende la mano y la pone en mi hombro, masajeándolo duramente—. Como, ya sabes, juego preliminar.

Sólo Rob podría pensar que un barril de cerveza espumosa y chillarse los unos a los otros cuenta como juego preliminar, pero decido dejarlo pasar y seguirle el juego.

—¿Juego preliminar? —digo, tan inocentemente como puedo.

Él obviamente piensa que estoy coqueteando. Sonríe e inclina su cabeza hacia atrás, mirándome a través de sus entrecerrados ojos. Solía pensar que eso era lindo cuando él lo hacía; ahora esto es un poco como ver a un defensa

intentando bailar la samba. Podría hacer todos los movimientos, pero estos no se verían bien.

—Ya sabes —dijo suavemente—, realmente me gustó lo que escribiste en tu nota.

—¿De verdad? —Hago que mi voz sea un ronroneo, pensando sobre lo que había garabateado esta mañana. *No tienes que esperar por mi nunca más.*

—Así que estuve pensando en ir a la fiesta a las diez, y estar ahí una o dos horas. —Se encoge de hombros y ajusta su gorra, volviendo a los negocios ahora que había dejado de coquetear.

Me siento repentinamente cansada. Había planeado jugar un poco con Rob (para vengarme por no prestar atención, por no estar ahí, por no preocuparse por nada más que la fiesta y el lacrosse, por como se ve con su estúpida gorra de los Yankees) pero ahora no puedo mantener el juego más.

—Realmente no me importa lo que hagas, Rob.

Duda. Esta no es la respuesta que estaba esperando.

—Dormirás conmigo esta noche, sin embargo, ¿no?

—No pienso hacerlo.

Su mano va hacia su frente una vez más: frotándola.

—Pero tú dijiste…

—Te dije que no tendrías que esperarme más. Y no lo harás. —Tomo una respiración profunda—. Esto no está funcionando, Rob. Quiero dejarlo.

Da un paso atrás. Su rostro se vuelve completamente blanco, y luego se pone de un rojo brillante de la frente hacia abajo, como si alguien le hubiera tirado Kool-Aid [1]—. ¿Qué has dicho?

—Dije que estoy rompiendo contigo. —Nunca había hecho algo como esto antes, y me sorprende lo fácil que me estaba resultando. Dejarle ir es fácil: todo iba cuesta abajo—. Sólo es que no creo que esto esté funcionando.

—Pero... pero... —tartamudea. La confusión en su cara es reemplazada por rabia—. No puedes romper conmigo.

Inconscientemente, arrastro los pies hacia atrás, cruzándome de brazos.

—¿Por qué?

Me mira como si fuera la persona más estúpida.

—Tú —dice, casi escupiendo la palabra—, no puedes romper conmigo.

Entonces, lo comprendo. Rob está recordando. Él recuerda que en sexto grado él dijo que yo no era lo suficientemente buena para él... recuerda esto, y aún lo cree. Cualquier simpatía que aún sentía por él se desvanece en este

momento, y mientras él permanece ahí, de color rojo brillante y con los puños cerrados, me asombra lo feo que lo encuentro.

—Puedo hacerlo —digo calmadamente—. Justo lo hice.

—Y yo esperé por ti. Esperé por ti durante meses. —Se da la vuelta, y murmura algo que no puedo oír.

—¿Qué?

Mira hacia atrás hacia mí, su cara se retuerce con disgusto y furia. Esta no puede ser la misma persona que hace una semana se acurrucó contra mi hombro y me dijo que yo era su manta personal. Es como si su rostro se hubiera ido y hubiera una cara totalmente distinta debajo.

—Dije que debería haber estado con Gabby Haynes cuando ella me lo pidió —dijo fríamente.

Algo llamea en mi estómago, sobras de dolor u orgullo, pero esto pasa lo suficientemente rápido y es reemplazado otra vez por un sentimiento de calma. Estaba desapareciendo de aquí, volando sobre esto, y de repente puedo comprender cómo se siente Juliet exactamente, cómo debió de sentirse por algún tiempo. Pensar sobre ella se lleva mis fuerzas, y ni siquiera puedo sonreír.

—Nunca es demasiado tarde para segundas oportunidades —digo dulcemente, y entonces camino lejos para tomar el último almuerzo con mis mejores amigas.

Diez minutos después, cuando finalmente me siento en nuestra mesa de siempre llevando un enorme sándwich de carne asada con mayonesa y un plato lleno de patatas, más hambrienta de lo que he estado en mucho tiempo, y Juliet entra en la cafetería, veo que ella lleva una solitaria rosa en una botella vacía que sobresale de un lado de su mochila. Está mirando alrededor, también, su cara corta la cortina de su pelo en dos, comprobando todas y cada una de las mesas por las que pasa, buscando, buscando pistas. Sus ojos están brillantes y despiertos. Está mordiéndose su labio, pero no parece triste. Ella parece viva. Mi corazón se salta un latido, eso es lo importante.

Tan pronto como ella pasa serpenteando por nuestra mesa, veo una nota doblada revoloteando debajo de los pétalos de la rosa, y aunque estoy demasiado lejos para leerla, puedo ver las palabras escritas claramente, incluso cuando cierro los ojos. Una sola frase.

Nunca es demasiado tarde.

---

[1] NdT: son sobres de polvos que sirven para preparar bebidas.

* * * *

—¿Qué pasa contigo hoy? —pregunta Lindsay de camino a El Mejor Yogurt del País. Casi hemos llegado a Row, la línea de pequeñas tiendas que se agrupan en la cima de la colina como setas. El manto de oscuras nubes va dibujándose en el horizonte pulgada a pulgada, trayendo la promesa de nieve. Esto hace que me duela el pecho por un segundo ya que nunca podré ver la nieve de nuevo.

—¿Qué es lo que quieres decir? —Estamos caminando tomadas del brazo, tratando de mantenernos calientes. Quería que Ally y Elody vinieran, pero Elody tenía una prueba de español, y Ally insistió en que si ella perdía otra clase de inglés probablemente sería suspendida. No hice muchos problemas respecto a eso.

Un día como cualquier otro.

—Quiero decir, ¿por qué estas actuando tan extraña?

Estoy tratando de formular una respuesta pero Lindsay continua:

—Como, soñando despierta en el almuerzo y esas cosas. —Ella muerde su labio—. Recibí este mensaje de texto de Amy Weiss…

—¿Sí?

—Amy Weiss está obviamente loca, y nunca creería nada de lo que ella dice, especialmente de ti —aclara Lindsay rápidamente.

—Obviamente —digo, divertida, muy segura de saber hacia dónde está dirigido esto.

—Pero… —Lindsay toma un aliento profundo y dice rápidamente—. Ella dice que estaba hablando con Steve Waitman, quién estaba hablando con Rob, quién dijo que ¿terminaron? —Lindsay me lanza una mirada y fuerza una risa—. Le dije que eso era una tontería, por supuesto.

Hago una pausa, escogiendo mis palabras cuidadosamente.

—No es una tontería. Es verdad.

Lindsay para de caminar y me mira fijamente.

—¿Qué?

—Rompí con él en el almuerzo.

Ella niega con la cabeza como si estuviera tratando de desalojar las palabras de su cerebro.

—Y, um, ¿estabas planeando compartir esta pequeña pieza de información en algún momento? ¿Con tus mejores amigas? ¿O sólo contabas con que se iba a echar a correr eventualmente?

Puedo decir que está realmente herida.

—Escucha, Lindsay, te lo iba a decir…

Ella aprieta sus manos en ambos oídos, aún agitando su cabeza.

—No lo entiendo. ¿Qué paso? Ustedes se supone que iban… quiero decir, tú me dijiste que querías… esta noche.

Suspiro.

—Esto es por lo que no quería decirte, Lindz. Sabía qué harías un problemón de esto.

—Eso es porque es un problemón.

Lindsay está tan enojada que ni siquiera está prestando atención mientras pasamos por Human Kitchen: está muy ocupada mirándome enojada como si esperara que yo súbitamente me volviera azul o entrara en combustión, como si no pudiera confiar en mí de nuevo.

Me parece que ella de verdad se va a sentir de esa forma después de que haga lo que estoy a punto de hacer, pero no puede ser evitado. Me giro hacia ella, poniendo mis brazos en sus hombros.

—Espera un momento, ¿sí?

Ella pestañea mirándome.

—¿Dónde vas?

—Tengo que detenerme en Human Kitchen por un segundo. —Me preparo, esperando que ella se vuelva loca—. Tengo algo para Katie Carjullo.

Estoy preparada para que ella grite o comience a seguirme o me tire osos de goma o algo, pero en vez de eso su rostro se vuelve totalmente inexpresivo como si el interruptor se hubiera apagado. Estoy algo preocupada de que vaya a entrar en shock, pero la oportunidad es demasiado buena para dejarla pasar.

—Dos minutos —digo—. Lo prometo.

Me cuelo en Human Kitchen antes que Lindsay (y su actitud) puedan volver a estar en línea. Una campana resuena en la puerta cuando entro. Alex mira hacia arriba, preocupado por un segundo, y luego fija una sonrisa en su rostro.

—¿Cómo estas, Sam? —dice él arrastrando las palabras. *Idiota.*

Lo ignoro y voy directa a Katie. Ella tiene su cabeza inclinada, empujando la comida alrededor de su plato. Es mucho más seguro que comerla, eso tenlo por seguro.

—Hey. —Estoy nerviosa por alguna razón. Hay algo desconcertante en su quietud, la forma en que eleva sus ojos y me mira fijo sin ninguna expresión. Me recuerda a Juliet—. Vine sólo a darte algo.

—¿Darme algo? —Ella retrae su labio, escéptica, y el parecido a Juliet ya no es tan fuerte. Debe pensar que estoy loca. Hasta donde ella sabe, nosotras nunca habíamos intercambiado una palabra en nuestra vida, y sólo puedo imaginar lo que ella piensa que quiero darle.

Alex está mirando hacia Katie y hacia mí, tan confundido como ella. Estoy consciente de Lindsay mirándome a través de las mugrientas ventanas, y el hecho de que tres personas me estén mirando fijamente como si estuviera loca es un poco abrumador. Alcanzo mi mochila, con mis manos temblando un poco.

—Sí, escucha, sé que es extraño. No puedo explicarlo, pero… —Saco un enorme libro de los dibujos de M.C. Escher y lo pongo en la mesa junto al pocillo de pollo con ajonjolí. O carne naranja. O gato cocinado. O lo que sea.

Katie se congela, mirando fijamente el libro como si fuera a morderla.

—Sólo me pareció la clase de cosa que te podría gustar —digo rápidamente, ya alejándome de la mesa. Ahora que la parte difícil ha pasado me siento miles de veces mejor—. Hay más de doscientos dibujos. Puedes incluso colgar algunos, si tienes un lugar para ponerlos.

Algo se tensa en el rostro de Katie. Aún está mirando fijamente al libro en la mesa, sus manos descansando en sus muslos. Puedo ver ahora cuán duro está apretando sus puños.

Estoy a punto de darme la vuelta y salir volando por la puerta cuando ella mira hacia arriba. Nuestros ojos se encuentran. Ella no dice nada, pero su boca se relaja. No es casi una sonrisa, pero es cercana, y lo tomo por un "gracias".

Escucho a Alex decir: "¿Qué fue eso?" y luego estoy fuera, la campana lanzando su sonora nota tras de mí.

Lindsay aún está de pie exactamente donde la dejé, con sus ojos aburridos. Sé que ella ha estado mirando por la ventana.

—Ahora sé que te has vuelto loca —dice.

—Te estoy diciendo, no sé de lo que estás hablando. —Me siento tan feliz ahora que ya se ha terminado—. Vamos. Quiero conseguirme algo de yogurt.

Lindsay no se mueve.

—Se te ha ido. Se te levantó la tapa. Te has ido a la mierda de murciélago. ¿Desde cuándo le traes regalos a Katie Carjullo?

—Escucha, no es que le haya dado un brazalete de amistad o algo así.

—¿Desde cuándo es que hablas con Katie Carjullo?

Suspiro. Sé que ella no se va a rendir en esto.

—Hablé con ella por primera vez un par de días atrás, ¿está bien? —Lindsay aún me está mirando fijo como si el mundo se estuviera desapareciendo ante sus ojos. Conozco el sentimiento—. Ella es bastante agradable de hecho. Quiero decir, creo que podría agradarte si…

Lindsay da un sonido como un chillido de alta frecuencia y aplasta sus manos sobre sus oídos nuevamente como si las mismas palabras fueran una tortura. Se mantiene gritando así mientras yo suspiro y miro mi reloj, esperando que ella termine su actuación.

Finalmente se calma, su grito se transforma en un sonido como de gorgoteo en su garganta. Entrecierra sus ojos al mirarme. No puedo evitar lanzar una risita. Se ve como una loca.

—¿Terminaste? —pregunto.

—¿Estás de vuelta? —Saca una de sus manos de su oído tentativamente, experimentando.

—¿Quién está de vuelta?

—Samantha Emily Kingston. Mi mejor amiga. Mi pareja de vida heterosexual. —Se inclina y golpea mi frente una vez con sus nudillos—. En vez de este extraño capullo lobotomizado al que le gusta la bota-novios de Katie Carjullo que la está reemplazando.

Hago rodar mis ojos.

—No sabes todo sobre mí, ¿sabes?

—Aparentemente, no sé nada sobre ti. —Lindsay cruza sus brazos. Tiro de una de las mangas de su chaqueta, y ella avanza reluctante. Sé que de verdad está enfadada. Pongo mis brazos a su alrededor y la aprieto. Ella es mucho más baja que yo y tengo que casi arrastrar mis pies para que nuestros pasos se equiparen, pero la dejo marcar el ritmo.

—¿Sabes cuál es mi sabor favorito de yogurt? —digo.

Lindsay da un suspiro.

—Doble de chocolate —gruñe, pero no me empuja lejos de ella, lo cual es una buena señal—. Con trozos de mantequilla de maní molida y cereal Cap'n Crunch.

—Y sé que tú sabes que tamaño voy a pedir.

Estamos en la puerta de El Mejor Yogurt del País ahora, y ya puedo oler el delicioso, dulce y químico aroma saliendo en ráfagas hacia nosotras. Es como el

olor del pan que se hornea en Subway. Sabes que no es la forma en que la naturaleza o Dios intentaron que oliera, pero algo sobre eso es adictivo.

Lindsay me mira por el rabillo del ojo y saca mis brazos de ella. Su expresión es tan triste que es divertida, y me trago una risa.

—Mejor ten cuidado, Señorita Jumbo Queen —dice, arreglando su pelo—. Toda esa exquisitez artificial se irá directa a tus caderas.

Pero su boca está torcida en una sonrisa, y sé que ella me ha perdonado.

Amistad, una historia

Si tuviera que elegir las tres cosas que me gustan de cada una de mis amigas, estas serían:

Ally:

1. Pasó todo el segundo curso coleccionando vacas de porcelana en miniatura y leyendo sus actos oscuros en internet después de que una de ellas (una real, quiero decir) envolviera su lengua alrededor de su muñeca mientras estaba de vacaciones en Vermont.

2. Cocina sin recetas, y seguramente va a tener su propio show televisivo de cocina algún día, y nos ha prometido que podemos ir y ser sus invitados.

3. Saca su lengua fuera cuando bosteza, como un gato.

* * * *

Elody:

1. Tiene el más perfecto tono, y la más limpia y rica voz que puedas imaginar, como cuando viertes jarabe de arce sobre un panqueque, pero ella no siempre la muestra y sólo canta para ella misma cuando está en la ducha.

2. Durante el año escolar lleva puesto al menos una prenda de ropa verde todos los días.

3. Resopla cuando ríe, lo cual siempre me hace reír.

* * * *

Lindsay:

1. Siempre baila cuando nadie más lo hace, incluso cuando no hay música: en la cafetería, en el baño, en el patio de comidas del centro comercial.

2. Empapeló con papel del baño la casa de Todd Horton todos los días durante una semana después de que él le dijera a todo el mundo que Elody besaba mal.

3. Una vez rompió a correr mientras atravesábamos el parque, bombeando sus brazos y piernas, y pasando zumbando a través de los campos en sus jeans y sus botas Chinese Laundry. Empecé a correr detrás de ella pero no pude alcanzarla antes de que ambas nos dobláramos, resoplando en el frío aire de otoño, mis pulmones parecían a punto de explotar, y cuando me eché a reír y dije: "Tú ganas", ella me dio una extraña mirada sobre su hombro, sin significado, sólo como si ella no pudiera creer que estuviera ahí, entonces se enderezó y dijo: "No corría contra ti."

Creo que lo entiendo ahora.

Estoy pensando todas estas cosas en la casa de Ally, sintiendo como que no he dicho lo suficiente, o al menos, sintiendo como que hemos pasado demasiado tiempo burlándonos de otros, o pensando sobre tonterías que no tienen importancia, o deseando que las cosas o la gente fueran diferentes: mejor, más interesante, más guapo, más mayor. Pero es difícil de encontrar una manera de decir eso ahora, así que en su lugar sólo me rio mientras Lindsay y Elody bailan alrededor de la cocina y Ally intenta desesperadamente salvar algo para comer del pesto italiano de hace dos días, y algunas viejas galletas caseras. Y cuando Lindsay lanza sus brazos alrededor de mis hombros y luego sobre los de Ally, y después Elody se pone al otro lado de Ally, y Lindsay dice: "Las querré hasta la muerte, perras. Lo saben, ¿verdad?" y Elody grita: "¡Abrazo grupal!" Sólo me olvido de eso y pongo mis brazos alrededor de ellas y las presiono hasta que Elody se aparta, riendo, y dice: "Si me rio más fuertemente voy a vomitar."

El secreto

—Es que simplemente no lo entiendo. —Lindsay está haciendo pucheros en el asiento delantero, a medio camino de la entrada de Kent, donde la línea de carros termina—. ¿Cómo esperas que lleguemos a casa?

Suspiro y lo explico por milésima ocasión.

—Yo las llevaré, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no sólo vienes con nosotros ahora? –Ally gimotea desde el asiento trasero, también por milésima ocasión—. Sólo deja el maldito carro.

—¿Y dejarte conducir a casa, señorita Absolut Vodka [1]? —Me giro y miro indicando la botella de vodka que ella tiene en la mano. Ella toma esto como una señal para echar la cabeza hacia atrás y tomar otro trago.

—Yo conduzco —insiste Lindsay—. ¿Me has visto siquiera borracha?

—No importa. —Ruedo mis ojos—. Ni siquiera puedes conducir sobria.

Elody suelta un bufido y Lindsay agita un dedo hacia ella.

—Ten cuidado o te irás caminando a la escuela de ahora en adelante —dice.

—Vamos, nos estamos perdiendo la fiesta. —Ally se peina el cabello con los dedos, agachándose de manera que puede poner su cabeza en el espejo.

—Dame quince minutos —digo—. Volveré antes de que lleguen al barril de cerveza.

—¿Cómo volverás aquí? —Lindsay sigue mirándome de manera suspicaz, pero abre la puerta.

—No te preocupes —digo—. Conseguí que me trajeran antes.

—Sigo sin ver por qué no puedes sólo llevarnos a casa más tarde —Lindsay está gruñendo, aún infeliz sobre los acuerdos, pero sale, y Ally y Elody la siguen. No me molesto en responder. Ya he explicado una y otra vez, que yo podría estar eludiendo la fiesta. Sé que todas ellas asumen que es porque Rob estará ahí y tengo miedo de alterarme o algo, y no las corregí.

Estoy planeando dejar el auto en la entrada de Lindsay, pero después de que salgo de la ruta 9, me encuentro que sin intención estoy conduciendo a casa. Me estoy sintiendo tranquila, en blanco, como si toda la oscuridad de afuera de alguna manera se hubiera rezumado y apagado todo dentro de mí. No es una sensación no placentera. Es como estar en una piscina y recostarse sobre la espalda hasta que encuentras tu balance perfecto donde puedes flotar sin pensar en ello.

La mayoría de las luces están apagadas en mi casa. Izzy se ha ido a dormir desde hace varias horas. Hay una ligera luz azul brillando en el estudio. Mi padre debe estar viendo la televisión. En el piso de arriba un brillante cuadro de luz indica el baño. A través de las sombras puedo ver una figura moviéndose, e imagino a mi mamá poniéndose crema hidratante en su cara, entrecerrando los ojos sin sus lentes de contacto, con la andrajosa manga de su bata agitándose,

como el ala de un pájaro. Como siempre, han dejado la luz del porche encendida por mí, de manera que cuando llegue a casa no tenga que rebuscar en mi bolsa por las llaves. Estarán haciendo planes para mañana, quizá preguntándose qué hacer para el desayuno o si despertarme o no antes del medio día, y por un momento siento pena por todo lo que estoy perdiendo, que ya he perdido (que perdí hace días en una fracción de segundo, de patinar en la carretera y desgarrar donde mi vida se salió de sus ejes) me abruma y apoyo mi cabeza en el volante y espero a que la sensación pase. Lo hace. El dolor mengua de nuevo. Mis músculos se relajan, y de nuevo estoy impactada por la virtud de las cosas.

Mientras conduzco de vuelta a la casa de Lindsay, pienso en algo que aprendí hace años en la clase de ciencia, que incluso cuando las aves han sido separadas de su bandada, aún continuarán migrando instintivamente. Ellas saben a dónde ir sin que siquiera les hayan mostrado el camino. Todos estaban hablando sobre lo maravilloso que era, pero ahora no parece tan extraño. Así es como me siento justo ahora: como si estuviera en el aire, sola, pero de alguna forma sé exactamente qué hacer.

Unas cuantas millas antes de la entrada a la casa de Lindsay, saco mi teléfono celular y marco el número de Kent. Se me ocurre que él podría haber pensado que yo estaba bromeando hoy. Quizá él no respondería la llamada si no reconocía el número, o quizá estará tan ocupado tratando de evitar que la gente vomite en la alfombra oriental de sus padres que no escuchará. Cuento los timbrazos, poniéndome más y más nerviosa. Uno, dos, tres.

Al cuarto timbrazo hay un sonido de movimiento torpe. Entonces, la voz de Kent, cálida y confiable:

—Héroes Hunky, rescatando mujeres afligidas, princesas cautivas, y chicas sin automóvil desde 1684. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Cómo supiste que era yo? –digo.

Hay un aumento de la música y de las voces. Entonces oigo a Kent poner su taza sobre el teléfono y gritar:

—¡Fuera! —Una puerta se cierra y el ruido de fondo es repentinamente acallado.

—¿Quién más podría ser? —dice, su voz es sarcástica—. Todo el mundo está aquí.—Él reajusta algo y su voz se hace más fuerte. Debe estar presionándose contra el teléfono. La idea de sus labios me distrae—. Entonces, ¿qué pasa?

—Espero que tu coche no esté bloqueado —digo—, porque necesito desesperadamente un paseo.

---

[1]Marca de Vodka.

* * * *

En el camino de regreso a donde Kent, estamos muy silenciosos. Él no me pregunta por qué estaba de pie en medio del camino de entrada de Lindsay, y no presiona la pregunta de por qué lo he elegido a él para ser mi conductor. Estoy agradecida por eso, y feliz sólo de estar sentada en silencio a su lado, mirando la lluvia y los oscuros árboles pincelándose contra el cielo. Mientras vamos a su camino de entrada, el cual a estas alturas está casi completamente lleno de coches. Intento decidir exactamente qué me parece la lluvia danzando en los faros. No son destellos, exactamente.

Él aparca su coche pero deja el motor encendido.

—Aún no he olvidado que me prometiste un secreto, por el paseo. —Se vuelve y me mira—. No pienses que te vas a escapar tan fácilmente.

—No soñaría con eso. —Desabrocho mi cinturón de seguridad, y me acerco una pulgada más a él, aún mirando la lluvia caer por el rabillo de mi ojo. Como polvo, o un tipo de éste, pero sólo si el polvo pudiera hacerse de sólida luz blanca.

Kent lleva sus manos a su regazo, mirándome expectante, su boca se curva en una sonrisa.

—Vamos a oírlo.

Voy hacia Kent y quito las llaves del contacto del coche, cortando las luces. En la oscuridad resulta que el sonido de la lluvia parece mucho más fuerte, cayendo a nuestro alrededor.

—Hey —dice Kent suavemente—, su voz hace que mi corazón lata más fuertemente otra vez, llenando de luz todo mi cuerpo—. Ahora no puedo verte.

Su cara y cuerpo están en sombras, oscuridad contra oscuridad. Sólo puedo delinear su figura, y, por supuesto, sentir el calor de su piel. Me inclino hacia adelante, llevando mi barbilla por su áspera cazadora de pana, para encontrar su oreja, accidentalmente choco mi boca con ella. Él respira fuertemente y su cuerpo se tensa. Mi corazón es fluido, alzándose. No hay ningún espacio entre los latidos del corazón.

—El secreto es —digo susurrando directo en su oído—, que el nuestro fue el mejor beso de toda mi vida.

Él se aleja un poco para poder mirarme, pero sus labios aún están a pulgadas. No puedo descifrar su expresión en la oscuridad, pero puedo decir que sus ojos están buscando mi cara.

—Pero yo nunca te he besado —susurra de vuelta. A nuestro alrededor la lluvia suena como cristales cayendo—. No desde tercer grado, de todos modos.

Sonrío, pero no estoy segura de que el pueda verme.

—Mejor empezar, entonces —digo—, porque no tengo mucho tiempo.

Él se queda quieto una fracción de segundo. Luego se inclina hacia delante y presiona sus labios contra los míos, y el mundo entero se apaga, la luna, la lluvia, el cielo, las calles y sólo quedamos nosotros dos en la oscuridad, vivos, vivos, vivos.

No sé cuánto tiempo nos estamos besando. Parecen horas, pero sin embargo cuando él se aleja, respirando duramente, con sus manos en mi cara, el brillante reloj del salpicadero sólo ha avanzado unos pocos minutos.

—Vaya —dice. Puedo sentir su pecho subir y bajar rápidamente. Los dos estamos sin aliento—. ¿Qué ha sido eso?

Me obligo a alejarme, a encontrar la manija en la oscuridad y a abrir la puerta. El aire frío y la lluvia se precipitan dentro, ayudándome a pensar. Doy una respiración profunda.

—Por el paseo y todo eso.

Incluso en la oscuridad, puedo ver sus ojos brillantes como los de un gato. A duras penas puedo mirar hacia otro lado.

—Realmente salvaste mi vida esta noche —digo, mi pequeña broma, y entonces antes de que él pueda detenerme, e incluso antes de que diga mi nombre, salto fuera del coche y corro por el camino de entrada hacia la casa, a la última fiesta de mi vida.

* * * *

—¡Lo hiciste! —chilla Lindsay cuando la encuentro en la habitación de atrás. Como siempre, la música, el calor y el humo son imposibles, un muro de gente, perfume y sonido—. Pensaba totalmente que serías un copo.

—Sabía que vendrías —dijo Ally, extendiendo una mano y apretando una de las mías. Baja su voz, lo cual con este volumen significa que grita un poco más suave—. ¿Has visto a Rob?

—Creo que me está evitando —digo, lo cual es verdad. Gracias a Dios.

Lindsay se da la vuelta, llamando a Elody.

—¡Mira quien ha decidido bendecirnos con su presencia! —grita, y Elody escanea nuestras caras antes de registrar que yo no he estado en la fiesta todo el tiempo, y luego se vuelve hacia mí, deslizando su brazo por mis hombros.

—Ahora esto es oficialmente una fiesta. Al, dale a Sam un trago.

—No, gracias. —Le devuelvo la botella que me ofrece. Abro mi teléfono móvil. Las once y media—. En realidad, um, creo que voy a ir a las escaleras un poco. Tal vez afuera. Realmente hace mucho calor aquí.

Lindsay y Ally me dan una mirada extraña.

—Si justo acabas de venir de fuera —dice Lindsay—. Sólo has estado aquí. Como cinco segundos.

—Estuve mirando alrededor un buen rato. —Sé que suena pobre, pero no puedo explicárselo.

Lindsay se cruza de brazos.

—Uh-uh, de ninguna manera. Algo te pasa, y nos vas a decir qué es.

—Has estado actuando raro durante todo el día. —Ally gira su cabeza.

—¿Lindsay te dijo eso? —pregunto.

—¿Quién ha estado actuando raro? —dice Elody mientras camina hacia nosotras.

—Yo, al parecer —le digo.

—Oh, sí. —Elody asiente con la cabeza—. Definitivamente.

—Lindsay no me dijo nada. —Ally hincha el pecho, pareciendo ofendida—. Es obvio.

—Somos tus mejores amigas —dice Lindsay—. Te conocemos.

Presiono mis dedos contra mis sienes, intentando bloquear el punzante sonido de la música, y cierro mis ojos. Cuando los abro de nuevo, Elody, Ally y Lindsay me están mirando sospechosamente.

—Estoy bien, ¿de acuerdo? —Estoy desesperada por impedir una larga conversación, o peor, una pelea—. Créanme. Sólo he tenido una semana extraña.

El eufemismo del año.

—Estamos preocupadas por ti, Sam —dice Lindsay—. No estás actuando como tú misma.

—Quizá eso sea algo bueno —digo—, y cuando me miran sin comprender, me inclino hacia delante alcanzándolas a todas en un abrazo grupal.

Elody chilla y se ríe tontamente: "¿Demasiada PDA [1]?" y Lindsay y Ally parecen relajarse también.

—Prometo que no pasa nada —digo, lo cual no es exactamente verdad, pero imagino que es la mejor cosa que puedo decir—. Mejores amigas por siempre, ¿verdad?

—Y sin secretos. —Lindsay me mira fijamente.

—Y sin estupideces. —dice Elody, lo cual no es parte de nuestra pequeña rutina, sin embargo. Se supone que ella tendría que decir "y sin mentiras", pero estoy de acuerdo en que una funciona tan bien como la otra.

—Para siempre —finaliza Ally—, y hasta que la muerte nos separe.

La última parte cae sobre mí:

—E incluso entonces.

—E incluso entonces. —Las tres me hacen eco.

—Bien, suficiente dramatismo. —Lindsay se aleja—. Yo, por ejemplo, vine a emborracharme.

—Pensé que no te emborrachabas.

—Es una expresión.

Ally y Lindsay empiezan a balancearse de atrás hacia delante, Ally bailando con la botella vacía (Si no te emborrachas, no veo el punto a beber y desperdiciar esto.) mientras Elody deambula de vuelta hacia Panqueque. Al menos la atención no está en mí.

—Las veo más tarde —les digo fuertemente a todas en general, y Elody mira por encima de su hombro, pero ella podría estar mirando a cualquiera. Lindsay hace un gesto con la mano en mi dirección y Elody ni siquiera me oye. Esto me recuerda a cuando salí de casa por última vez esta mañana, cómo al final es imposible comprender la finalidad de ciertas cosas, de ciertas palabras, de ciertos momentos. Mientras me doy la vuelta, mi visión se vuelve borrosa, y me sorprende encontrarme que estoy llorando. Las lágrimas vienen sin previo aviso. Parpadeo varias veces hasta que el mundo se agudiza otra vez, frotando la humedad de mis mejillas. Reviso mi teléfono móvil. Once cuarenta y cinco.

En la planta baja me sitúo junto a la puerta, esperando a Juliet, lo cual es un poco como intentar permanecer de pie en medio de aguas revueltas. La gente revolotea a mí alrededor, pero casi nadie me mira. Tal vez ellos estén recibiendo malas vibraciones de mí, también, o se puedo decir que están enfocados en otros lugares. O quizá (y esto hace ponerme triste tan pronto como lo pienso) ellos sientan, que da alguna manera, yo ya me fui. Empujo lejos ese pensamiento.

Finalmente, la veo deslizarse a través de la puerta principal, con un jersey blanco atado vagamente a su alrededor, con la cabeza inclinada. Al instante, salto hacia delante y pongo una mano en su brazo. Se para, mirándome fijamente, pienso que ella se habría imaginado encontrarse cara-a-cara conmigo esta noche, el hecho de que yo la haya encontrado y no al revés, la toma con la guardia baja.

—Hola —digo—. ¿Podemos hablar un momento?

Ella abre su boca, la cierra, y la vuelve a abrir.

—De hecho, yo, um, sólo busco un lugar donde estar.

—No, no lo haces. —En ese momento, me la imagino lejos de la deformada entrada, un área muy pequeña del pasillo. Ahí sería más fácil escucharnos la una a la otra, sin embargo aquí hay que estar paradas tan cerca, pecho-contra-pecho—. ¿No me estabas buscando, de todas formas? ¿No estabas buscándonos?

—¿Cómo…? —Pierde el control, toma aire, y sacude su cabeza—. No estoy aquí por ti.

—Lo sé. —La enfrento, esperando que me mirase, pero no lo hizo. Quiero contarle lo que había conseguido, lo que había entendido, pero ella examinaba las baldosas en el suelo—. Yo sé que es más que eso.

—Tú no sabes nada —dice dudando.

—Sé lo que has planeado para esta noche —digo, muy rápidamente.

Ella mira hacia arriba. Por un segundo, nuestros ojos se encuentran, puedo ver un poco de miedo en ellos, y algo más (esperanza, ¿tal vez?) pero ella rápidamente aparta sus ojos otra vez.

—No puedes saber —dijo simplemente—. Nadie sabe.

—Sé que tienes algo que decirme —le digo—. Sé que hay algo que nos quieres decir a todas nosotras, a mí, a Lindsay, a Elody, y a Ally, también.

Nuevamente, alzo la vista, su mirada abraza la mía, la mirada se prolonga, y nos encaramos mutuamente. Ahora me doy cuenta qué era lo que veía en su rostro, entre el miedo: asombro.

—Eres una perra —susurra, tan rápido que no estoy segura si he escuchado las palabras o las había recordado, imaginándolas en su voz. Lo dice como si recitara las líneas a un viejo jugador, alguien con gran-despreocupada letra que no puede ser olvidada.

Inclino la cabeza.

— Lo sé —dogo—,sSé quién soy. Sé lo que he sido… lo que todas hemos sido. Y lo lamento.

Ella da un rápido paso hacia atrás, pero no tiene un lugar a dónde ir, se detiene golpeando la pared. Se aplana a sí misma, con sus manos aplastadas en su sitio, respirando dificultosamente, como si fuera una especie de animal salvaje que pudiera atacarla en cualquier segundo. Sacude su cabeza rápidamente lado a lado. Ni si quiera pensé si ella sabía lo que hacía.

—Juliet. —Llego hasta ella, pero se encoge contra la pared y yo le tiendo mi mano—. Hablo en serio. Estoy tratando de decirte cómo de lamentable soy.

—Tengo que irme.

Ella intenta alejarse de la pared con esfuerzo, como si no estuviese segura de cómo hacerlo. Intenta esquivarme, pero me muevo, entonces volvemos a quedar frente a frente de nuevo.

—Lo siento —digo.

—Lo dijiste. —Ahora ella parece molesta. Me alegro. Creo que eso era una buena señal.

—No, me refiero... —Tomo algo de aire, esperando que ella lo entendiera. Así es como se supone que sea—. Tengo que ir contigo.

—Por favor —dice—, déjame sola.

—De eso te estoy hablando. No puedo. —Al estar allí exactamente a la misma altura. Debíamos vernos como el lado oscuro y el lado claro de una galleta Oreo, y yo sabía lo fácil que era invertir los lados. Ella debía estar bloqueando mi camino; yo debía estar tratando de esquivarla hasta llegar a la oscuridad.

—Tú no… —empieza ella, pero no escuché lo que quería decir.

En ese segundo alguien grita: "¡Sam!" desde las escaleras, me doy la vuelta para ver a Kent, Juliet me pasa como si fuese un dardo.

—¡Juliet! —No me doy cuenta lo suficientemente rápido. Ella se escapa por la entrada, la brecha que permitía escapar de la puerta se cierra tan pronto como se abre, un movimiento de Tetris formado por cuerpos, y ahora yo corro hacia sus espaldas y manos y sus enormes bolsos de cuero.

—¡Sam!

No ahora, Kent. Peleo con mi camino hacia la puerta, cada pequeño paso me lleva hacia atrás sin tregua hasta la cocina. Cuando estoy en la puerta, la línea adelgaza y sigo hacia adelante. Pero luego siento una guerra en mi espalda y a Kent girando mi rostro hacia el suyo, y a pesar del hecho de que necesitaba atrapar a Juliet y a pesar de que estamos en medio de un billón de personas, pienso en lo bien que se sentiría bailar con él. Realmente bailar, no esa rutina que baila la gente que está en la casa, bailar de la forma en que la gente

suele hacerlo, con mis manos en sus hombros y sus brazos alrededor de mi cintura.

—Había estado buscándote —dice sin aliento y su cabello se agita como usualmente lo hace—. ¿Por qué huiste de mí antes?

Se ve tan confundido y desconcertado, que siento que mi corazón sobresale en mi pecho.

—No tengo mucho tiempo para hablar de eso justo ahora —digo lo más gentilmente posible—. Te veo más tarde, ¿de acuerdo? —Es el camino más fácil. Es el único camino.

—No. —Suena muy apático y me encuentra fuera de guardia.

—¿Disculpa?

—Dije, no. —Se para en frente de mí, bloqueando mi camino hacia la entrada—. Quiero hablar contigo. Quiero hablar contigo ahora.

—No puedo… —comienzo a decir, pero él me interrumpe.

—No puedes correr lejos de nuevo. —Extiende sus brazos y pone sus manos gentilmente en mis hombros, pero su tacto hace que una corriente de calor y energía me recorra—. ¿Entiendes? No puedes seguir haciéndolo.

La manera en que me mira me hace sentir débil. Las lágrimas quieren aparecer.

—Nunca quise herirte —lloro.

Libera mis hombros, poniendo sus manos en su cabello. Parece como si quisiese gritar.

—Actúas como si fuese invisible por años, luego me envías esta adorable nota, la recibo y tú me besas…

—Creo que tú me besaste.

No se deja vencer.

—Y completamente me dejas y te alejas de mí y rompes mi mundo y todo lo demás, y ahora te vas para ignorarme.

—¿Yo te dejé? —digo antes de poder detenerme.

Él me encara firmemente.

—Tú me alejaste.

—Escucha, Kent. —Miro mis manos, que realmente quieren alcanzarlo y tocarlo, para coger su cabello y esconderlo tras su oreja—. Me refiero a todo lo que pasó en el auto, me refiero a lo de besarte —me explico.

—Pienso que te bese. —La voz de Kent está neutra y no podía saber si jugaba o no.

—Sí, bien, me refiero a besarte de nuevo. —Intento tragarme el nudo en mi garganta—. Eso es todo lo que te puedo decir. Lo que te expliqué. Es más de lo que puedo explicar en mi vida.

Estaba agradecida de haber estado mirando mis zapatos porque en ese segundo las lágrimas escapan y se deslizan por mis mejillas, haciendo parecer que mis ojos son rubíes.

—¿Qué hay sobre la otra cosa que dijiste en el auto? —Su voz no suena molesta, no totalmente, seguramente porque está muy asustada para mirarlo. Su voz se ha suavizado—. Dijiste que no tenías mucho tiempo. ¿A qué te referías?

Ahora que las lágrimas habían encontrado su escapatoria, no se detenían, y mantengo mi cabeza agachada. Una de ellas cae en mi zapato, dejando una marca en forma de estrella.

—Esas son cosas que están ocurriendo justo ahora... Que realmente no puedo explicar.

Pone dos dedos bajo mi barbilla y empuja mi rostro hacia arriba. Y me tropiezo. Mis piernas se mueven por debajo de mí, y uno de mis brazos se va hacia atrás para mantenerme derecha.

—¿Qué está pasando, Sam? —Seca una lágrima que está cerca de mi ojo, sus ojos examinan mi rostro, haciendo que lo que siento dentro de mí se mueva hasta llegar a mi corazón—. ¿Estás sufriendo?

Muevo mi cabeza, incapaz de hablar, y él se precipita diciendo.

—Puedes decirme. Sea lo que sea, puedes confiar en mí.

Por un momento, quise dejarme a mi misma en este camino, junto a él; besándolo una y otra vez hasta que mi propio aliento pensara en él. Pero luego pienso en Juliet en el bosque. Me imagino dos destellos de luz rompiendo la oscuridad, y el bajo sonido de un rugido, como si lejos del océano, una máquina saltase a la vida. El rugido y las luces llenan mi mente, empujando todo lo demás lejos (el miedo, el arrepentimiento, la tristeza) y no pude recuperarlo.

—No estoy sufriendo. No se trata de mí. Y… yo debo ayudar a alguien. —Me alejo de Kent gentilmente, empujando su brazo fuera de mi cintura—. No puedo explicarte. Debes confiar en mí.

Me inclino hacia él y le doy el beso final… sólo un picotazo, en verdad, nuestros labios apenas se rozan, pero me basta con eso para sentir esa sensación de ascender de nuevo, fuerza y poder fluyendo a través de mi. Cuando me alejo, espero más argumentos, pero en cambio él solo me mira fijamente un poco más y luego se da la vuelta y desaparece hacia la escalera. Mi estómago se

desploma y por una fracción de segundo me siento mal por él… le voy a echar de menos… siento como si todo mi pecho se hubiera derrumbado. Entonces pienso en la oscuridad, en las luces, en el rugido, y en Juliet, y antes de que pueda pensar en otra cosa, lucho por dar los pasos finales hacia la puerta y salgo al frío, donde la lluvia aún está cayendo como fragmentos de luna, o como acero.

---

[1] PDA: Pathetic Displays of Affection= Pátetica Muestra de Afecto.

Un milagro de suerte y coincidencia. Parte II

—¡Juliet! ¡Juliet! —Sé que ella ha conseguido un justo comienzo y no será capaz de escucharme, pero me hace sentir mejor gritar su nombre, hace que la oscuridad a todo mi alrededor no se sienta tan cercana y pesada.

Por supuesto, he olvidado el flash de luz. Empiezo mi conjunto de moverme y correr por el helado camino, deseando haber decidido usar tenis en lugar de mis botas de piel favoritas color oliva con tacón de cuña marca Dolce Vita. Al mismo tiempo, estos son zapatos para morir, para morir con ellos puestos.

Las luces de la casa han desaparecido detrás de mí, tragadas por las curvas de la carretera y las altas espigas de los árboles, cuando creo escuchar a alguien gritar mi nombre. Por un segundo, estoy segura de que lo he imaginado, o que es sólo el sonido del viento a través de las rendijas. Hago una pausa, vacilo, y entonces lo escucho de nuevo.

—¡Sam! —Suena como Kent—. ¡Sam! ¿Dóndes estás?

Es Kent.

Esto me derriba. Estaba bastante segura que eso sería el final de todo cuando él se alejó de mí en la fiesta. Nunca esperé que él realmente me siguiera. Considero dar la vuelta y volver hacia él. Pero ya no hay tiempo. Además, he dicho todo lo que puedo. Por un momento, de pie ahí en el congelante frío con el aire quemando mis pulmones y la lluvia derramándose en mi cuello y bajando por mi espalda, cierro mis ojos y recuerdo estar con él en el cálido y seco auto rodeados de agua por todos los lados. Recuerdo el beso y la sensación de elevarnos, como si fuéramos a ser arrastrados por una hola en cualquier

momento. Cuando lo escucho decir mi nombre de nuevo, suena más cerca, y lo imagino ahuecando sus manos en mi rostro y susurrándome: Sam.

Alguien grita. Abro los ojos de golpe, mi corazón se acelera en mi pecho, pensando en Juliet. Pero luego escucho unas cuantas voces llamando a alguien más (distante, tranquilo, una confusión de sonido) y puedo jurar que entre ellos escucho la voz de Lindsay. Pero eso es ridículo. Estoy imaginando cosas, y desperdiciando mi tiempo.

Me mantengo andando hacia la carretera. Mientras me acerco escucho el rugido de los vehículos, el siseo de neumáticos contra el asfalto, ambos sonando como olas en la playa.

Cuando encuentro a Juliet, ella está de pie, empapada, y su ropa pegándose a su cuerpo, con los brazos flotado perdidamente a sus costados, como si la lluvia y el frío no le molestaran en absoluto.

—¡Juliet!

Ella me escucha entonces. Gira su cabeza repentinamente, como si estuviera siendo llamada de vuelta a la tierra desde algún otro lugar. Comienzo a trotar hacia ella mientras escucho el bajo estrépito de una camioneta que se aproxima (andando demasiado rápido) detrás de mí. Ella da un rápido paso hacia delante mientras yo adquiero velocidad, agitando mis brazos para evitar volcarme sobre el hielo, su cara cobra vida cuando me ve, llena de rabia y miedo en una sola cosa. Maravilla.

El motor es más ruidoso ahora, un estable gruñido, y el conductor se inclina sobre su bocina. El ruido es inmenso: rodando, volando a nuestro alrededor, llenando el aire con sonido. Juliet todavía no se ha movido. Sólo está de pie allí, mirándome, sacudiendo su cabeza un poquito, como si fuéramos amigas perdidas desde hace tiempo en un aeropuerto al azar en algún lugar de Europa y nos hubieran encontrado. *Es tan raro verte aquí. ¿No es gracioso cómo funciona la vida? Un mundo pequeño.*

Cierro los últimos pasos entre nosotras mientras la camioneta pasa, aún tocando su bocina. La agarro por los hombros, y ella da unos tambaleantes pasos hacia los árboles, en mi ímpetu casi la tumbo. El sonido de la bocina se aleja de nosotras, desapareciendo en la oscuridad.

—Gracias a Dios —digo, respirando con fuerza. Mis brazos están temblando.

—¿Qué estás haciendo? —Ella parece despertarse, tratando de alejarse de mí—. ¿Me estás siguiendo?

—Creí que ibas a... —Asiento hacia la carretera, y repentinamente tengo la urgencia de abrazarla. Ella está viva, y es sólida y real bajos mis manos—. Pensé que no llegaría a tiempo.

Ella deja de luchar y me mira por un largo segundo. No hay carros en la carretera, y en la pausa lo escucho nítidamente, definitivamente: "¡Samantha Emily Kingston!" viene desde el boque a mi derecha, y hay una sola persona en el mundo que me llama por mi nombre completo. Lindsay Edgecombe.

Justo entonces, como un coro de aves elevándose del suelo al mismo tiempo, vienen las otras voces. Amontonándose una a otra: "¡Sam! ¡Sam! ¡Sam!". Kent, Ally y Elody, todos ellos a través de bosque hacia nosotras.

—¿Qué está pasando? —Juliet parece bastante temerosa ahora. Estoy tan confundida que pierdo mi agarre de su hombro y ella se aleja—. ¿Por qué me seguiste? ¿No puedes dejarme en paz?

—Juliet. —Levanto mis manos en un gesto de paz—. Sólo quiero hablar contigo.

—No tengo nada que decir. —Ella se aleja de mi y camina de vuelta a la carretera.

La sigo, sintiéndome repentinamente tranquila. El mundo a nuestro alrededor se agudiza y viene en un enfoque más profundo, y cada vez que escucho mi nombre rebotando a través del bosque, suena más y más cerca, y pienso: Lo siento. Pero es lo correcto. Así es como tiene que suceder.

Como se suponía que sucediera.

—No tienes que hacer esto, Juliet —le digo quedamente—. Sabes que no es el camino correcto.

—Tú no sabes lo que tengo que hacer —ella responde en un susurro ferozmente—. No sabes. Nunca podrías entender.

Ella está mirando la carretera. Sus omóplatos están sobresaliendo de su empapada camiseta, y de nuevo tengo la fantasía de un par de alas desplegándose detrás de ella, llevándola lejos, alejándola del peligro.

"¡Sam! ¡Sam! ¡Sam!". Las voces están cerca ahora, y diagonales rayos de luz zigzaguean por el bosque. Escucho pasos también, y ramas quebrándose bajo los pies. La carretera ha estado inusualmente despejada de tráfico, pero ahora desde ambas direcciones distingo el bajo gruñido de grandes motores. Cierro mis ojos y pienso en volar.

—Quiero ayudarte —le digo a Juliet, aunque sé que no puedo hacerle entender, no así.

—¿No comprendes? —Ella se gira hacia mí, y para mi sorpresa, veo que está llorando—. No puedo ser reparada, ¿entiendes?

Pienso en haber estado en las escaleras con Kent y haber dicho exactamente lo mismo. Pienso en sus hermosos ojos verde claro, y la forma en que dijo: *No necesitas ser reparada*, y el calor de su mano y la suavidad de sus labios. Pienso en la máscara de Juliet y cómo quizá nos sentimos parchados y cosidos y no del todo bien.

No tengo miedo.

Débilmente tengo la sensación de rugidos en mis oídos y voces tan cerca y caras, blancas y alarmadas, emergiendo de la oscuridad, pero no puedo dejar de mirar a Juliet mientras ella está llorando, aún tan hermosa.

—Es demasiado tarde —dice ella.

Y yo digo:

—Nunca es demasiado tarde.

En esa fracción de segundo, ella se lanza a sí misma a la carretera, pero mira de nuevo, sobresaltada, el reconocimiento iluminando sus ojos. Entonces, yo estoy abalanzándome detrás de ella. Golpeo su espalda y ella sale disparada hacia delante, rodando hacia el hombro opuesto, justo cuando dos camionetas convergen, a punto de pasar mutuamente. Hay un alto y furioso quejido y alguien (¿o más de una persona?) gritan mi nombre y una sensación de calor recorre mi cuerpo y la sensación de ser levantada, arrojada, por una enorme mano, la mano de un gigante; la tierra gira, gira al revés y hacia los lados y entonces una neblina de oscuridad devora los bordes de la tierra, volviendo todo un sueño.

Imágenes flotantes, apareciendo y desapareciendo: ojos verde brillantes y un campo de césped cálido por el sol, una boca diciendo *Sam, Sam, Sam*, haciéndolo sonar como una canción. Tres caras floreciendo juntas en un solo tallo, nombres menguando lejos de mí, una sola palabra: amor. Flashes rojos y blancos. Tres ramas encendidas como el abovedado techo de una iglesia.

Y una cara sobre la mía, blanca y hermosa, los ojos tan grandes como la luna. "Me salvaste". Una mano en mi mejilla, fría y seca. "¿Por qué me salvaste?". Las palabras manando en una corriente: No. Lo opuesto. Ojos del color del cielo al amanecer, una corona de cabello rubio, tan brillante y blanco y cegador que podría jurar que era un halo.

EPÍLOGO

Dicen que justo antes de morir flashes de toda tu vida se deslizan ante tus ojos, pero no es así como me sucede a mí.

Sólo veo mis mayores éxitos. Las cosas que quiero recordar y por las que ser recordada. La temporada en Cape Cod, Izzy y yo colándonos hasta la bahía a la medianoche y tratando de capturar cangrejos con la carne que sobró de las hamburguesas, y la luna era tan gorda y redonda que parecía que estaba sentada. Cuando Ally trató de hacer un soufflé y entró en la cocina con un rollo de papel higiénico en la cabeza como el sombrero de un cocinero, y Elody rió tan fuerte que se meó un poco y nos juró guardar el secreto. Lindsay echándonos los brazos alrededor y diciendo: "Te quiero hasta la muerte," y todas nosotras haciendo eco. "E incluso entonces". Recostada en la cubierta de las calurosas tardes de agosto, con el olor de hierba y flores tan pesado en el aire, es como si estuviera saboreándolas. El tiempo que nevó en navidad, y mi padre rompió una de las mesas viejas del televisor que estaban en el sótano y las uso como leña, y mi madre hizo sidra de manzana, y tratamos de recordar la letra de "Noche de Paz", pero terminamos cantando todas nuestras melodías favoritas.

Y besar a Kent, porque es cuando me di cuenta de que el tiempo no importa. Fue entonces cuando me di cuenta de que ciertos momentos duran para siempre. Incluso aunque tengan que continuar más allá, incluso después de muerta, enterrada, esos momentos son duraderos aún, hacia atrás, hasta el infinito. Ellos lo son todo y en todas partes al mismo tiempo.

Ellos son el sentido.

No tengo miedo, si eso es lo que te estás preguntando. El momento de la muerte está lleno de sonido y calidez y luz, tanta luz que me llena, me absorbe: un túnel de destellos de luz, formando un arco hacia arriba y arriba, y si el cantar fuera un sentimiento, sería este, esta luz, esta elevación, como ganas de reír...

* * * *

El resto ya lo tendrás que descubrir por ti mismo.

FIN

SOBRE LA AUTORA



Lauren Oliver viene de una familia de escritores, desde bien pequeña fue una ávida lectora a la que le encantaba escribir historias de su invención con los personajes de otras novelas.

Siguió escribiendo y compaginó eso con clases de ballet, de canto, de pintura e incluso algunas actuaciones. Estudió Filosofía y literatura en la Universidad de Chicago y después de esto estuvo trabajando en una pésima editorial hasta que consiguió trabajo en una de Nueva York.

Actualmente vive en Brooklyn, pero viaja mucho por lo que aprovecha cualquier sitio para escribir: una libreta, servilletas, en el teléfono móvil.

A la hora de escribir Before I Fall, se inspiró en su adolescencia, por ejemplo la ciudad donde vivió es muy parecida a la que se describe en el libro y todas las mañanas su amiga Laura solía recogerla para ir a la escuela y pasaban siempre por Dunkin Donuts. El núcleo de inspiración de la novela trata sobre cómo las personas pueden herir, dañar, liberarse, y en última instancia redimirse.

PÁGINA WEB DE LA AUTORA: http://www.laurenoliverbooks.com/

VISÍTANOS EN…

http://www.purplerose1.com/

